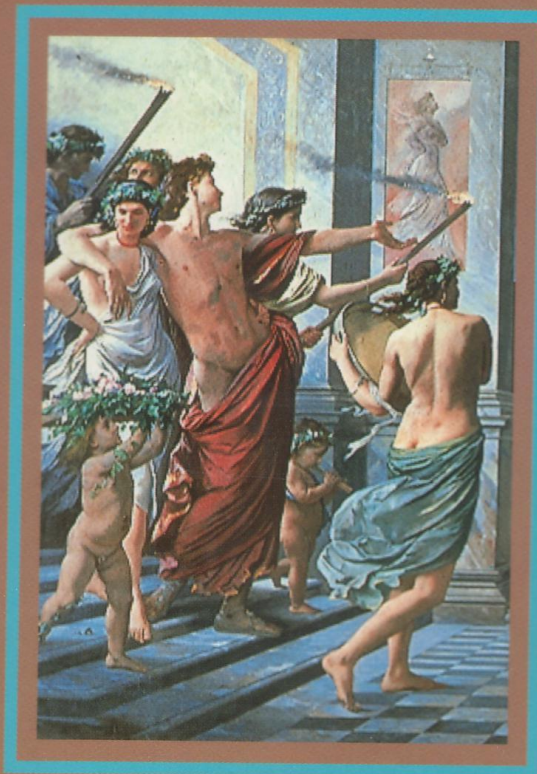


# STEVEN SAYLOR



## La casa de las vestales

EMECÉ

<i>Steven Saylor</i>	<i>La casa de las Vestales</i>	1
----------------------	--------------------------------	---

**Steven Saylor**

*The house of the Vestals*

# *La casa de las Vestales*

**Traducción de M<sup>a</sup> Luz García de la Hoz**

STEVEN SAYLOR se graduó en Historia por la Universidad de Tejas. Su pasión por la escritura le llevó a trabajar de editor y a publicar numerosos artículos y cuentos en diversos periódicos y revistas de San Francisco, tales como *San Francisco Bay Guardian*, *Ellery Queens Mystery Magazine* y *Magazine of Fantasy and Science Fiction*.

Su serie de novelas policiacas ambientadas en pleno apogeo del Imperio Romano<sup>1</sup>, que él mismo denominó *ROMA sub rosa* (*sub rosa*: “*dícese de lo furtivo y encubierto*”), tienen como protagonista a Gordiano *el sabueso*, sagaz detective y amante de la buena vida que resuelve con aparente desparpajo los casos más enmarañados, tales como los que se plantean en los cinco casos que componen esta serie.

\* \* \*

*Copyright © Steven Saylor, 1992-1997*  
*Copyright © Emecé Editores, 1998*

Emecé Editores España, S.A  
Mallorca, 237 - 08008 Barcelona - Tel. 215 11 99

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 84-7888-401-7  
Depósito legal: B-39.485-1998

1ª edición

*Printed in Spain*

Impresión: PURESА, Girona, 206  
08203 Sabadell

<sup>1</sup> No es propiamente el período histórico del Imperio Romano, sino de la República Romana (Nota del escaneador)

<i>Steven Saylor</i>	<i>La casa de las Vestales</i>	<b>2</b>
----------------------	--------------------------------	----------

A tres mujeres de la literatura policíaca  
Que me inspiraron estas historias: Janet  
Hutchings, Hildegard de Winthersy, Lillian  
De la Torre (*in memoriam*); al menos una  
de las tres es un personaje de ficción,  
aunque ya no recuerdo cuál...

## Índice

### *Prefacio*

La muerte lleva máscara  
El cuento de la cámara del tesoro  
La última voluntad no siempre es la mejor  
Los lémures  
El pequeño César y los piratas  
La desaparición de la plata de las Saturnales  
El zángano y la miel  
El gato de Alejandría  
La casa de las vestales

*Cronología parcial de la vida y la época de Gordiano el Sabueso*

*Nota histórica*

## Prefacio

Gordiano el Sabueso, investigador de la Roma antigua, fue presentado en *Sangre romana*, la primera novela de la serie que al final se ha llamado *Roma sub rosa*.

Sangre romana transcurre en el año 80 a.C., durante las consecuencias de la sangrienta guerra civil que puso al dictador Sila temporalmente al mando de la República Romana. La novela describe el juicio en que el joven orador Marco Tulio Cicerón imprimió su primera huella en los tribunales romanos, defendiendo a un hombre acusado de parricidio. Para descubrir la verdad, Cicerón recurría a Gordiano, un hombre de treinta años con una habilidad especial para revolver la porquería.

La siguiente novela de la serie, *El brazo de la justicia*, transcurre durante el caos de la rebelión de Espartaco, en el año 72 a.C. Así pues, entre *Sangre romana* y *El brazo de la justicia* había un paréntesis de ocho años en las actividades profesionales de Gordiano. Los lectores curiosos han preguntado a qué se dedicó Gordiano durante aquellos ocho años «perdidos».

La respuesta (al menos en parte) se encuentra en este libro. Cronológicamente, debería ser el segundo de la serie. Recoge las investigaciones de Gordiano el Sabueso (las que hasta ahora se han hecho públicas) entre los años 80 y 72 a.C., es decir, después de *Sangre romana* y antes de *El brazo de la Justicia*. Como comprobará el lector, no faltan asesinatos, secuestros, prodigios, desapariciones, decapitaciones, sacrilegios, robos, testamentos falsificados y otros enigmas que se resolvieron por entonces.

Al lado de Gordiano, en algunas historias, creciendo rápidamente, está Eco, el joven mudo que conoció en *Sangre romana*. También está Bethesda, la concubina judeoegipcia de Gordiano, que tiene una habilidad *sui generis* para resolver delitos. Una historia cuenta cómo compró Gordiano a su leal guardaespaldas Belbo. Otra retrocede hasta una de las primeras aventuras de nuestro héroe, cuando todavía era joven, carecía de responsabilidades y vivía en Alejandría. Cicerón y Catilina desempeñan importantes papeles; Marco Craso y el joven Julio César se perciben entre bambalinas.

Los lectores descubrirán en este volumen el origen de la amistad de Gordiano con su patricio benefactor, Lucio Claudio. La granja etrusca que visita Gordiano en «El zángano y la miel» es la misma que heredará más tarde, en *El enigma de Catilina*. La casa del Palatino que visita en «La desaparición de la plata de las Saturnales» y en «El gato de Alejandría» es la misma en la que vivirá después.

Las historias se presentan por orden cronológico. Los lectores a los que les guste la historia tanto como la intriga policíaca encontrarán una cronología detallada al final del libro, más unas notas sobre las fuentes históricas.



*La muerte lleva máscara*

-Eco, ¿me estás diciendo que nunca has visto una obra de teatro?

Eco levantó sus grandes ojos castaños hacia mí y negó con la cabeza.

-¿Nunca te has reído de los esclavos patosos que se dan batacazos? -añadí-. ¿Ni te has desmayado al ver que los piratas secuestran a la joven heroína? ¿Ni te has emocionado al saber que el héroe es el heredero secreto de una inmensa fortuna?

Los ojos de Eco se abrieron de par en par y negó con la cabeza con más energía.

-¡Pues eso hay que remediarlo hoy mismo! -exclamé. Eran los idus de septiembre y el más bonito día de otoño que pudieran imaginar los dioses. El sol brillaba cálidamente en las estrechas callejas y en las gorgoteantes fuentes de Roma; una suave brisa llegaba del Tíber, refrescando las siete colinas; el cielo era una bóveda del más puro azul, sin una sola nube. Era el duodécimo día de los dieciséis que cada año se dedicaban al Festival Romano, la fiesta pública más antigua de la ciudad. Quizá el mismo Júpiter había decretado que el clima fuera tan perfecto; la fiesta era en su honor.

Para Eco, el festival fue una serie interminable de descubrimientos. Por primera vez en su vida presenció una carrera de carros en el Circo Máximo, vio espectáculos de lucha y boxeo en las plazas públicas, y comió unas salchichas de sesos de ternera con almendras que habíamos comprado a un vendedor callejero. La carrera le emocionó, sobre todo porque le encantan los caballos; los pugilistas le aburrieron, ya que había visto muchas trifulcas públicas con anterioridad; y la salchicha se le indigesto (aunque es posible que la culpa la tuviera el atracón de manzanas verdes con especias que se dio después).

Hacía cuatro meses que había rescatado a Eco en un callejón de la Subura de una banda de jóvenes que lo perseguían con palos y crueles burlas. Sabía algo de su historia, ya que lo había conocido durante una investigación realizada para Cicerón aquella primavera. Al parecer, su madre, viuda y desesperada, había abandonado al joven Eco para que se las arreglara por su cuenta. ¿Qué podía hacer sino llevármelo a mi casa?

Me pareció muy inteligente a pesar de sus diez años. Sabía su edad porque siempre que le preguntaba me enseñaba diez dedos. Eco podía oír (y sumar) perfectamente, aunque su lengua estuviera inutilizada.

Su mudez fue al principio un gran obstáculo para los dos. (No era mudo de nacimiento, pero parece que se había quedado así a causa de las mismas fiebres que habían acabado con la vida de su padre.) Eco tiene una gran habilidad para la mímica, pero las señas no pueden transmitirlo todo. Alguien le había enseñado las letras, pero sólo leía y escribía lo más elemental. Yo había empezado a enseñarle, pero el progreso era difícil precisamente porque no hablaba.

Su conocimiento de las calles de Roma era profundo pero limitado. Conocía las entradas traseras de todas las tiendas de la Subura y dónde dejaban las sobras al final del día los pescaderos y carniceros del Tíber. Pero nunca había estado en el Foro ni en el Circo Máximo, nunca había oído disertar a un político (¡afortunado muchacho!) ni visto una obra teatral. Pasé muchas horas enseñándole la ciudad aquel estío, redescubriendo sus maravillas a través de los grandes ojos de un niño de diez años.

Y sucedió que el duodécimo día del Festival Romano un pregonero apareció corriendo por las calles, anunciando que la compañía de Quinto Roscio saldría a escena al cabo de una hora, y me dije que no debíamos perdernos la obra.

-¡Ah! ¡La compañía de Roscio el cómico! -exclamé-. Los magistrados que se encargan del festival no han reparado en gastos. ¡No hay actor vivo más famoso que Quinto Roscio, ni compañía con más renombre que la suya!

Fuimos desde la Subura hasta el Foro, cuyas calles estaban atestadas de gente debido a las fiestas. Entre el templo de Júpiter y las termas Senias habían levantado un teatro improvisado. Habían puesto varias filas de bancos delante de un escenario de madera que habían levantado en el estrecho espacio que quedaba entre las paredes de ladrillo.

-Algún día -dije-un agitador de multitudes construirá el primer teatro permanente de Roma. ¡Imagínatelo! Un auténtico teatro al estilo griego, hecho de piedra, y tan sólido como un templo. Los puritanos se escandalizarán. Odian el teatro porque viene de Grecia y piensan que todas las cosas griegas tienen que ser decadentes y peligrosas. ¡Por Baco! Hemos llegado muy pronto. Tendremos buen sitio.

El acomodador nos llevó a una localidad de pasillo, en un banco situado a cinco filas del escenario. Las cuatro primeras filas, destinadas a los senadores, habían sido aisladas con un cordón de tela violeta. A veces el acomodador llegaba correteando por el pasillo seguido de algún juez togado y de su grupo, y levantaba el cordón para permitirles el acceso a los bancos.

Mientras el teatro se llenaba a nuestro alrededor, indicaba a Eco los detalles del escenario. Delante de la primera fila de bancos había un pequeño espacio abierto, la orquesta, donde tocarían los músicos; a ambos lados había tres escalones que conducían al escenario. Detrás de éste, y cerrándolo por los dos lados, había una mampara de madera con una puerta plegable en medio y otras puertas en las alas izquierda y derecha. Por estas puertas entrarían y saldrían los actores. Fuera de la vista, debajo del escenario, se oía a los músicos calentando las flautas y ensayando fragmentos de tonadas conocidas.

Me di la vuelta y vi una figura alta y delgada que se perfilaba ante nosotros.

-¡Estatilio! -exclamé-. Me alegro de verte.

-Yo también. ¿Quién es éste? -dijo, acariciando el pelo castaño de Eco con sus largos dedos.

-Es Eco -dije.

-¿Un sobrino reencontrado?

-No exactamente.

-Ya. Una indiscreción de otros tiempos -dijo enarcando una ceja.

-Tampoco -dije ruborizándome. De pronto me pregunté qué pasaría si dijera: «Pues es mi hijo.» No era la primera vez que pensaba en la posibilidad de adoptar legalmente a Eco... pero rápidamente se desvaneció el pensamiento. Un hombre como yo, que a veces pone en peligro su vida, no tiene nada que hacer como padre; eso me decía a mí mismo. Si realmente quisiera hijos, podía haberme casado hacía tiempo con una auténtica romana y tener la casa llena ahora. Rápidamente cambié de tema.

-Pero, Estatilio, ¿y tu disfraz y tu máscara? ¿Por qué no estás detrás del escenario preparándote para la representación? -Conocía a Estatilio desde que éramos niños; se había hecho actor en la juventud, uniéndose primero a una compañía y luego a otra, buscando siempre la experiencia de los cómicos veteranos. El gran Roscio lo había admitido un año antes.

-¡Bah! Tengo tiempo de sobra para ponerme apunto.

-¿Y cómo se vive en la compañía del actor más grande de Roma?

-¡De fábula, chico! ¡Genial! -Me estremecí ante la ironía de su voz-. ¡Ay, Gordiano! Siempre lees en mi corazón. De genial, nada. ¡Es un asco! ¡Roscio es un monstruo! Brillante, sí, pero un bruto. Si yo fuera esclavo, estaría lleno de magulladuras. Pero como no puede darme con el látigo, me golpea con la lengua. ¡Vaya jefe! Es un hombre implacable y nunca está satisfecho. Hace que un hombre se sienta peor que un gusano. No creo que las galeras ni las minas sean peores. ¿Es culpa mía que se me haya pasado la edad de representar papeles de heroína o que no tenga todavía la voz adecuada para hacer de avaro o de soldado fanfarrón? ¡Ah, es posible que Roscio tenga razón! Soy un inútil sin talento y llevaré a toda la compañía al descrédito.

-Todos los actores son iguales -susurré a Eco-. Necesitan más coba que los niños. ¡Tonterías! -dije, dirigiéndome a Estatilio-. Te vi en primavera, en la festividad de la Gran Madre, cuando Roscio representó *Los dos Menecmos*. Estuviste impresionante en el papel de los gemelos.

-¿Lo dices de veras?

-Te lo juro. Me reí tanto que casi me caigo del banco. Se iluminó un momento y luego se estremeció. -Ojalá Roscio pensara lo mismo. Hoy estaba todo listo para que yo representara a Euclión, el viejo avaro...

-¡Ah! Entonces, ¿vamos a ver *La olla*?

-Sí.

-Es una de mis obras favoritas -dijo a Eco-. Es posiblemente la comedia más divertida de Plauto. Cruda, pero relajante...

-Iba a representar a Euclión -dijo Estatilio con rudeza, para centrar la conversación en él- cuando de repente, esta mañana, Roscio tuvo un ataque de ira y dijo que toda mi interpretación estaba mal enfocada y que sería humillante verme hacer una chapuza delante de toda Roma. Y ahora tengo que representar a Megadoro, el vecino.

-Buen papel -dije, esforzándome por recordar quién era el personaje.

¿Y quién se lleva el papel estelar de Euclión? El parásito de Panurgo... ¡un simple esclavo, con menos vis cómica que una babosa! -Se irguió bruscamente-. ¡Oh, no! ¿Qué es eso?

Seguí su mirada hasta el pasillo exterior, por el que el acomodador guiaba hacia la parte delantera a un hombre fornido y con barba. Le seguía de cerca un gigante rubio con una cicatriz en la nariz; era el guardaespaldas del hombre de la barba; conozco a un rufián de la Subura cuando lo veo. El acomodador los guió hasta el otro extremo de nuestro banco; se metieron entre las filas y avanzaron hacia nosotros para sentarse en el sitio vacío que había al lado de Eco.

Estatilio se inclinó para esconderse y me dijo al oído:

-Como si no tuviera bastantes problemas... es Flavio el prestamista, con uno de sus matones. El único hombre de toda Roma que es más monstruoso que Roscio.

-¿Y cuánto le debes exactamente al tal Flavio? -empecé a decir cuando, de repente, de detrás del escenario salió una voz de trueno que se elevó por encima del sonido disorde de las flautas.

-¡Idiota! ¡Incompetente! ¡No me vengas ahora con que no recuerdas el texto!

-Roscio -susurró Estatilio, gritándole a Panurgo, espero. Ese hombre tiene un genio terrible.

La puerta central del escenario se abrió de súbito, poniendo al descubierto a un hombre bajo y gordo, disfrazado ya con una espléndida capa de buen paño blanco. Su cara ceñuda y llena de bultos era la más indicada para meter miedo a los empleados y segundones, y sin embargo era, por consenso universal, el hombre más gracioso de Roma. Su legendaria bizquera volvía casi invisibles sus ojos, pero cuando miró hacia nosotros, sentí como si una daga hubiera pasado rozando mi oreja y se hubiera clavado en el corazón de Estatilio.

-¡Y tú! -bramó-. ¿Dónde estabas? ¡Al escenario inmediatamente! No, no te molestes en dar la vuelta... ¡sube por la orquesta, vamos, a escape! -Daba órdenes como si estuviera hablando con un perro.

Estatilio corrió por el pasillo, saltó al escenario y desapareció tras los bastidores, cerrando la puerta a sus espaldas, no sin lanzar antes una mirada furtiva al espectador que se había sentado al lado de Eco. Me volví y miré a Flavio el prestamista, que me devolvió la mirada de curiosidad con una mueca. No parecía estar del humor apropiado para ver una comedia.

Me aclaré la garganta.

-Hoy ponen la del puchero lleno de oro -dije, inclinándome sobre Eco para dirigirme a los recién llegados. Flavio dio un respingo y arrugó las peludas cejas, como si no comprendiese-. *La olla*, hombre, *Aulularia* -añadí-, una de las mejores obras de Plauto, ¿no la conoces?

Flavio abrió la boca y me miró recelosamente. El guardaespaldas rubio me miró con expresión de suprema estupidez.

Me encogí de hombros y miré hacia otro lado.

En la plaza que había detrás de nosotros, el pregonero dio el último aviso. Los bancos se llenaron rápidamente. Los rezagados y los esclavos se colocaron donde pudieron, poniéndose de puntillas. Dos músicos salieron a escena y descendieron hasta el foso de la orquesta, donde empezaron a soplar sus grandes flautas.

Un murmullo de reconocimiento recorrió la multitud cuando sonaron los famosos compases del tema del tacaño Euclión, la primera señal de la obra que íbamos a ver. Mientras tanto, el acomodador y el pregonero subían y bajaban por los pasillos, mandando callar a los miembros más ruidosos del público.

Por fin terminó la obertura. La puerta central se abrió con un crujido y salió Roscio, vistiendo su

suntuosa capa blanca y con la cabeza tapada por una máscara de expresión grotesca y feliz. A través de los agujeros pude ver sus ojos bizcos; su voz meliflua resonó en todo el teatro.

-Nadie se pregunte quién soy -dijo-; os lo diré en pocas palabras. Soy el Lar de esta casa, que es la casa de Euclión. Hace ya muchos años que la ocupo... -y se puso a dar detalles para que el público entrara en antecedentes: los abuelos de Euclión habían escondido una olla de oro bajo el suelo de la casa, Euclión tenía una hija que estaba enamorada del sobrino del vecino y sólo necesitaba una dote para poderse casar felizmente, y el Lar había conducido al avaro Euclión hasta la olla para poner en marcha los acontecimientos.

Miré a Eco, que contemplaba embelesado la figura enmascarada, pendiente de cada palabra. A su lado, el prestamista Flavio tenía la misma cara de desdicha que antes. El guardaespaldas rubio estaba sentado con la boca abierta y se rascaba la cicatriz de vez en cuando.

Se oyó un murmullo entre bastidores.

-¡Ah! -exclamó Flavio con un susurro teatral-. Ya oigo a Euclión, y viene chillando como siempre. El viejo avaro echa de la casa a su vieja sirvienta, para que no se entere de su secreto. Me figuro que querrá dar un vistazo al oro, para comprobar que no se lo han quitado. -Silenciosamente, se fue por la puerta derecha del escenario.

Por la puerta central salió a escena una figura con máscara de anciano y vestida de amarillo brillante, el color tradicional de los codiciosos. Era Panurgo, el esclavo que representaba el papel protagonista del avaro Euclión. Salió arrastrando a otro actor, disfrazado de esclava, a quien lanzó al centro del escenario.

-¡Sal, te digo! -gritó-. ¡Fuera! ¡Por Hércules, vete de aquí, vieja fisgona, saco de huesos!

Estatilio se había equivocado al valorar la vis cómica de Panurgo; enseguida oí carcajadas a mi alrededor.

-¿Qué he hecho? ¿Qué? ¿Qué? -gimió el otro actor. Su sonriente máscara de mujer estaba coronada por una espantosa peluca revuelta. La túnica le colgaba hecha jirones hasta las nudosas rodillas-. ¿Por qué golpeas a una vieja que sufre?

-¡Para que tengas un verdadero sufrimiento del que lamentarte, por eso! ¡Y para que sufras tanto como sufro yo cuando te miro! -Panurgo y su colega correataron por el escenario, para diversión del público. Eco saltaba en el banco y aplaudía. El prestamista y su guardaespaldas estaban sentados con los brazos cruzados, indiferentes.

CRIADA: Pero ¿por qué me echas de la casa?

EUCLIÓN: ¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones? ¡Tú quieres más leña, vieja asquerosa! ¡Te lo estás buscando!

CRIADA: ¡No puedo más! ¡Ojalá los dioses me dieran fuerzas para arrojar me por un barranco!

EUCLIÓN: ¿Qué murmuras? ¡Te voy a sacar los ojos, maldita bruja!

Al final desapareció la esclava y el avaro volvió a su casa a contar el dinero; Megadoro, el vecino, y su hermana Eunomia ocuparon el escenario. Por la voz me pareció que el actor que representaba a la hermana era el mismo que había representado a la vieja; seguro que estaba especializado en papeles femeninos. Mi amigo Estatilio interpretaba bien a Megadoro, pensé, pero no estaba a la misma altura que Roscio, ni siquiera que su rival Panurgo. Sus ademanes cómicos eran recompensados con bufidos y risas contenidas pero no con carcajadas.

EUNOMIA: Diligente hermano, he querido que salieras de casa para hablar contigo en privado de algo que afecta al bienestar de tu casa.

MEGADORO: ¡Dame la mano, mujer excelente!

EUNOMIA: ¿Quién? ¿Dónde está esa mujer?

MEGADORO: Hablo de ti. ¡Eres la mejor mujer que conozco!



EUNOMIA: No seas ridículo. No hay mujeres mejores, todas son siempre peores que las demás.

MEGADORO: Ya. Bueno, bueno, pero digas lo que digas...

EUNOMIA: Préstame atención. Querido hermano, me gustaría que te casaras...

MEGADORO: ¡No, maldición! ¡Socorro! ¡Que me matan, que me matan!

EUNOMIA: ¡Oh! ¡Cállate!

Este diálogo, normalmente divertido para el público, sólo despertó risitas sin entusiasmo. Mi atención se desvió hacia el disfraz de Estatilio, de lana azul bordada en amarillo, y hacia su máscara, de cejas absurdamente burlonas. Pensé que era mala señal que el disfraz de un actor fuera más interesante que su interpretación. El pobre Estatilio había encontrado un hueco en la compañía de actores más respetada de Roma, pero no brillaba allí. ¡Estaba claro por qué el exigente Roscio había sido tan intolerante con él!

Incluso Eco se estaba poniendo nervioso. El prestamista Flavio se inclinó para susurrar algo al oído de su guardaespaldas rubio, sin hacer caso, pensé, del talento del actor que le debía dinero.

La hermana se fue al final; el avaro volvió para hablar con su vecino. Viendo a los dos en escena, Estatilio y su rival Panurgo, el abismo entre sus respectivos talentos era dolorosamente claro. El Euclión de Panurgo, se comía la escena y no porque sus tiradas fueran mejores.

EUCLIÓN: Así que quieres casarte con mi hija. Muy bien; pero debes saber que no tengo ni un clavo para dárselo de dote.

MEGADORO: No espero ni siquiera medio clavo. Su virtud y su buen nombre son suficientes.

EUCLIÓN: Lo he dicho para que no te creas que acaba de encontrar un tesoro enterrado en su casa, por ejemplo una olla de oro escondida por mi abuelo, ni...

MEGADORO: Claro que no... ¡qué tonterías se te ocurren! No digas nada más. Entonces, ¿me concederás a tu hija?

EUCLIÓN: De acuerdo. Pero ¿qué es eso? ¡Oh, dioses! ¡Estoy arruinado!

MEGADORO: Por Júpiter, ¿qué ocurre?

EUCLIÓN: Me ha parecido oír una pala... alguien está cavando...

MEGADORO: ¡Bah! Sólo es un esclavo al que he mandado arrancar unas raíces en mi jardín. Cálmate, buen vecino...

Lo sentía por mi amigo Estatilio; aunque su interpretación era floja, había aprendido a seguir sin equivocarse las indicaciones escénicas del maestro. Roscio era famoso no sólo por embellecer las viejas comedias con disfraces vistosos y máscaras que deleitaban la vista, sino también por la coreografía de los movimientos de los actores. Estatilio y Panurgo nunca estaban quietos en el escenario, como los actores de compañías menos importantes. Daban vueltas, uno alrededor del otro, en una danza cómica constante, un remolino de azul y amarillo.

Eco me tiró de la manga. Con un enconгимiento de hombros señaló a los hombres que había a su lado. Flavio estaba otra vez susurrando al oído del guardaespaldas; el rubio fruncía el entrecejo con perplejidad. Entonces se levantó y anduvo pesadamente hacia el pasillo. Eco apartó los pies, pero yo fui más lento. El monstruo me pisó. Lancé un aullido. Algunos de los que me rodeaban hicieron lo mismo, pensando que estaba abucheando a los actores. El gigante rubio ni siquiera se disculpó.

Eco me tiró de la manga.

-Déjalo -dije-. Tenemos que aprender a convivir con la grosería en el teatro.

Eco entornó los ojos y cruzó los brazos con exasperación. Conocía aquel gesto: ¡si hubiera podido hablar!

En el escenario, los dos vecinos finalizaron los planes para que Megadoro se casara con la hija de Euclión; con el estridente chirriar de las flautas y el entrecuchar de los címbalos, abandonaron el escenario y terminó el primer acto.

Los flautistas empezaron a tocar un nuevo tema. Al poco rato, dos nuevos personajes aparecieron en escena. Eran los belicosos cocineros, convocados para preparar el banquete de bodas. Al público romano le encantan los chistes sobre comida y glotonería, cuanto más crudos mejor. Mientras a mi se me revolvían las tripas con los horribles juegos de palabras, Eco se reía a carcajadas, emitiendo un sonido ronco y ladrante.

Se me enfrió la sangre en medio de tanta alegría. Por encima de las risas, oí un grito.

No era un grito de mujer, sino de hombre. No era un grito de miedo, sino de dolor.

Mire a Eco y éste me devolvió la mirada. Él también lo había oído. Nadie más parecía haberlo notado; pero los actores que estaban en escena tenían que haber oído algo. En aquel punto trabucaron un par de frases y se volvieron dubitativos hacia la puerta, pisándose entre sí. El público se limitó a reír con más fuerza ante aquella torpeza.

Los cocineros belicosos terminaron la escena y desaparecieron entre bastidores.

El escenario quedó vacío. Hubo una pausa prolongada. Entre bastidores se oían ruidos extraños e inexplicables, suspiros ahogados, arrastrar de pies, un alarido. El público empezó a murmurar y a moverse inquieto en los bancos.

Al final se abrió la puerta del lado izquierdo y entro en escena una figura con la máscara del avaro Euclión. Iba vestido de amarillo chillón, como antes, pero la capa era diferente. Elevó las manos al aire.

-¡Qué desgracia! -exclamó. Un escalofrío me recorrió la columna ¡Qué desgracia! -repitió-. ¡El matrimonio de una hija es una desgracia! ¿Cómo puede pagarlo un hombre? Acabo de llegar del mercado y es impensable lo que piden por el cordero... un brazo y una pierna por un brazo y una pierna, eso es lo que quieren...

El personaje era el avaro Euclión, pero el actor ya no era Panurgo; era, Roscio el que estaba tras la máscara. El público no pareció darse cuenta de la sustitución o al menos no le dio importancia; todos empezaron a reírse casi inmediatamente del pobre Euclión aturdido por su propia tacañería.

Roscio recitó su tirada impecablemente, con la experiencia propia de quien ha interpretado un papel varias veces, pero a mi me pareció advertir un extraño temblor en su voz. Cuando se dio la vuelta y pude ver sus ojos detrás de la máscara, no vi señales de su famosa bizquera. Sus ojos estaban dilatados por la alarma. ¿Era Roscio el actor, asustado por algo muy real? ¿O Euclión, temeroso de que los bulliciosos cocineros encontraran el tesoro?

-¿Qué son esos gritos que vienen de la cocina? -exclamó-. ¡Por Júpiter! ¡Están pidiendo una olla más grande para cocinar el pollo! ¡Mi olla de oro! -Cruzó corriendo la puerta posterior, casi pisándose la capa blanca. Siguió un ruido de cacharros rotos.

La puerta central se abrió de súbito. Uno de los cocineros salió a escena, gritando aterrorizado:

-¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

¡Era Estatilio! Me puse tieso y fui a levantarme, pero resultó que los gritos eran parte de la obra.

-Esto es una casa de locos -dijo, colocándose bien la máscara. Saltó del escenario y echó a correr entre el público-. ¡El avaro Euclión se ha vuelto loco! ¡Nos está tirando ollas y sartenes a la cabeza! ¡Ciudadanos, venid a salvarnos!

Correí por el pasillo central hasta que se detuvo a mi lado. Se inclinó y habló entre dientes para que sólo yo pudiera oírle.

-¡Gordiano! ¡Ven entre bastidores enseguida!

Di un respingo. Miré los ojos ansiosos de Estatilio, a través de la máscara.

-¡Entre bastidores! -susurró-. ¡Rápido! Una daga... sangre... Panurgo... ¡muerto!

Al otro lado del laberinto de bastidores, toldos y plataformas, oía de vez en cuando el sonido de las flautas y las voces de los actores que discutían, seguidos por el rugido ahogado del público riéndose. Entre bastidores, sin embargo, la compañía de Quinto Roscio coma aterrorizada de aquí para allá, cambiándose

de disfraz, poniéndose las máscaras unos a otros, murmurando el texto en voz baja, endilgándose cuchufletas o dedicándose frases de ánimo, y todos, de una manera u otra, procurando comportarse como si aquello fuera una de tantas funciones frenéticas y no hubiera un cadáver allí en medio.

Era el esclavo Panurgo. Estaba boca arriba, en un discreto entrante del callejón que había detrás del templo de Júpiter. El lugar era un retrete público, uno de los muchos construidos en los múltiples recodos y rincones que jalonaban el perímetro del foro. Estaba resguardado por dos paredes, y tenía el suelo inclinado hacia un desagüe que desembocaba en la Cloaca Máxima. Al parecer, Panurgo había ido a vaciar la vejiga entre dos escenas. Ahora estaba muerto, con un cuchillo hundido en el pecho. A la altura de su corazón, un gran círculo rojo manchaba su brillante disfraz amarillo. Un perezoso río de sangre se deslizaba por las baldosas hacia el desagüe.

Era más viejo de lo que pensaba, casi tan viejo como su maestro, con canas en el pelo y la frente llena de arrugas. Su boca y sus ojos estaban dilatados por la sorpresa; sus ojos eran verdes y, en la muerte, resplandecían como esmeraldas sin tallar.

Eco miró el cadáver y me cogió la mano. Estatilio llegó corriendo a nuestro lado. Se había vestido otra vez de azul y llevaba en la mano la máscara de Megadoro. Su rostro estaba gris.

-Locura -susurró-. Maldita locura.

-¿No debería interrumpirse la obra?

-Roscio se niega. Dice que por un esclavo no merece la pena. Y no se atreve a decírselo al público. Imagínate: un asesinato entre bastidores, en medio de una representación nuestra y en un día de fiesta consagrado al mismo Júpiter, a la sombra del templo del padre de los dioses... ¡vaya augurio! ¿Qué magistrado volvería a contratar a Roscio y a la compañía? No, el espectáculo continúa... aunque tengamos que arreglárnoslas para representar nueve papeles con cinco actores en lugar de seis. Por Baco, y yo sin saberme el texto del sobrino...

-¡Estatilio! -Era Roscio, que volvía del escenario. Se quitó la máscara de Euclión. Su cara real era casi tan grotesca a causa de las contorsiones de la furia-. ¿Qué crees que haces allí murmurando? ¡Si yo represento a Euclión, tú tienes que representar al sobrino! -Se frotó los ojos bizcos y se golpeó la frente-. Pero no, es imposible... Megadoro y el sobrino tienen que estar en escena al mismo tiempo. ¡Qué catástrofe! Júpiter, ¿qué he hecho yo para merecer esto?

Los actores se movían como avispas, mientras los de vestuario, semejantes a abejorros, revoloteaban a su alrededor. Todo era caos en la compañía de Quinto Roscio.

Miré la cara exangüe de Panurgo, a quien nada podía preocuparle ya. Todos los hombres son iguales en la muerte, esclavos y ciudadanos, romanos y griegos, genios y farsantes.

Por fin terminó la obra. El viejo solterón Megadoro había escapado de las garras del matrimonio; el avaro Euclión había perdido y recuperado la olla de oro; al honrado esclavo que se la había devuelto le daban la libertad; Megadoro había pagado y despedido a los cocineros revoltosos; y los jóvenes enamorados se habían prometido felizmente. No sé cómo lo habían conseguido en aquellas circunstancias. Por algún milagro del teatro, todo había transcurrido sin contratiempos. Los actores se reunieron en escena para recibir un caluroso aplauso y luego volvieron entre bastidores, reemplazando rápidamente el alborozo por la cruel realidad de la muerte.

-Locura -dijo otra vez Estatilio, revoloteando alrededor del cadáver. Sabiendo lo que sentía por su rival, tuve que preguntarme si no estaría celebrándolo para sí. Parecía realmente afectado, pero podía ser una interpretación.

-¿Y quién es éste? -ladró Roscio, quitándose de un tirón la capa amarilla que se había puesto para hacer el papel del avaro.

-Gordiano. Y me llaman el Sabueso.

Roscio enarcó una ceja y asintió.

-¡Ah, sí! He oído hablar de ti. La primavera pasada... el caso de Sexto Roscio; me alegra decir que no somos parientes y, si lo somos, es en un grado muy lejano. Supiste hacerte con partidarios en ambos lados del asunto.

Como sabía que el actor era amigo íntimo del dictador Sila, al que yo había ofendido más de la cuenta, me limité a asentir.

-¿Y qué estás haciendo aquí? -añadió Roscio.

-Yo lo he llamado -dijo Estatilio con desamparo-. Le dije que viniera entre bastidores. Fue lo primero que se me ocurrió.

-¿Invitaste a un extraño a meterse en esta tragedia, Estatilio? ¡Idiota! ¿Y si se va corriendo al foro para contárselo a todo el que pase? Un escándalo sería desastroso.

-Te aseguro que puedo ser muy discreto con un cliente -dije.

-¡Ya! Entiendo -dijo Roscio, mirándome de reojo con astucia-. Pero quizá no sea mala idea, siempre que seas realmente de alguna ayuda.

-Creo que podría serlo -dije modestamente, calculando el precio. Roscio era, después de todo, el actor mejor pagado del mundo. Los rumores aseguraban que ganaba al menos medio millón de sestericios al año. Podía permitirse ser generoso.

Miró el cadáver y sacudió amargamente la cabeza.

-Uno de mis discípulos más prometedores. No sólo un artista listo, sino un valioso objeto de mi propiedad. Pero ¿por qué iba nadie a matar al esclavo? Panurgo no tenía vicios, ni ideas políticas, ni enemigos.

-Hombre extraño es el que no tiene enemigos -dije. No pude dejar de mirar a Estatilio, que rápidamente apartó los ojos.

Hubo un alboroto entre los actores y los tramoyistas. El grupo se separó para dejar paso a una figura alta y cadavérica, y con un pelo tan rojo que tiraba de espaldas.

-¡Querea! ¿Dónde has estado? -gruñó Roscio. El recién llegado miró por encima de su larga nariz, primero al cadáver y luego a Roscio.

-He venido desde mi villa de Fidenas -dijo con alguna crispación-. El eje de mi carro se rompió. Parece que me he perdido algo más que la obra.

-Gayo Fanio Querea -me susurró Estatilio al oído-. Fue el primer amo de Panurgo. Cuando vio que el esclavo estaba dotado para la comedia, se lo pasó a Roscio para que lo entrenara en semipropiedad.

-No parecen muy amigos

-Se han peleado por los beneficios que producían las actuaciones de Panurgo.

-Y bien, Quinto Roscio -dijo Querea, levantando la nariz-. Así es como cuidas de nuestra propiedad común. Una administración pésima, diría yo. Ahora el esclavo no vale nada. Te enviaré una factura por lo que me corresponde.

-¿Qué? ¿Crees que soy responsable de esto? -Roscio biqueó con furia.

-El esclavo estaba a tu cuidado; ahora está muerto. ¡Faranduleros! Gente irresponsable. -Querea se pasó los huesudos dedos por la roja melena y se encogió de hombros con altanería antes de darse la vuelta-. Te enviaré la factura mañana -dijo pasando a través del grupo para reunirse con el séquito de ayudantes que esperaba en el callejón-. O te veré ante los jueces

-¡Indignante!-exclamó Roscio-. ¡Tú! -dijo, señalándome con un dedo rechoncho-. ¡Es tu trabajo! Descubre quién lo hizo y por qué. Si fue un esclavo o un plebeyo, lo haré pedazos. Si fue un rico, lo sepultaré en demandas por destruir mi propiedad. ¡Antes recurriré al Hades que dar a Querea la satisfacción de decir que ha sido culpa mía!

Acepté el trabajo asintiendo seriamente con la cabeza y procuré no sonreír. Casi podía sentir en mi cabeza el tintineo de la plata. Entonces miré el rostro contorsionado del difunto Panurgo y comprendí la importancia de mi misión. En Roma rara vez se hace justicia a un esclavo muerto. Encontraría al asesino,



me dije, no por Roscio y su plata, sino para honrar el espíritu de un artista cruelmente abatido en su mejor momento.

-Muy bien, Roscio. Tengo que hacer algunas preguntas. Que ningún miembro de la compañía se vaya antes de que haya terminado. En primer lugar, me gustaría hablar contigo en privado. Una copa de vino nos calmaría a los dos...

A última hora de la tarde estaba sentado en un banco, a la sombra de un olivo, en una calle tranquila, no muy lejos del templo de Júpiter. Eco estaba a mi lado, observando pensativo el movimiento que producían las sombras de las ramas en los adoquines.

-Y bien, Eco, ¿qué opinas? ¿Hemos descubierto algo que merezca la pena?

Negó seriamente con la cabeza.

-Juzgas demasiado rápido -dije riéndome-. Piensa: la última vez que vimos a Panurgo vivo fue en la escena con Estatilio, al final del primer acto. Luego los dos abandonaron el escenario; los flautistas tocaron un interludio y aparecieron los cocineros alborotadores. Fue cuando oímos el grito. Debió de ser Panurgo al recibir la puñalada. Se formó un alboroto entre bastidores; Roscio fue a comprobar qué pasaba y descubrió el cadáver en la letrina. La noticia se extendió rápidamente. Roscio se puso la máscara del muerto y una capa amarilla, lo más parecido que tenía al ensangrentado disfraz de Panurgo, y salió a escena para continuar su actuación. Estatilio, mientras tanto, se puso un disfraz de cocinero para meterse entre el público y pedirme ayuda. De modo que al menos sabemos una cosa cierta: los actores que hacían de cocineros son inocentes, así como los flautistas, porque estaban a la vista cuando se cometió el homicidio.

Eco hizo una mueca para decir que no estaba impresionado.

-Sí, lo admito -proseguí-, todo esto es muy elemental, pero para construir una pared tenemos que empezar poniendo un ladrillo. Ahora veamos: ¿quién estaba entre bastidores en el momento del asesinato, quién carece de coartada que explique su paradero en el momento del grito y quién podría haber deseado la muerte de Panurgo?

Eco se puso en pie de un salto, listo para empezar el juego. Interpretó una pantomima, agitando la mandíbula como si hablase y abanicándose exageradamente con las manos.

Sonreí con tristeza; el desagradable retrato sólo podía corresponder a mi parlanchín y absorto amigo Estatilio.

Estatilio es el más sospechoso, aunque lamento decirlo. Sabemos que tenía motivos para odiar a Panurgo; mientras el esclavo estuviera vivo, nunca le darían los mejores papeles a un hombre de menos talento como Estatilio. También hemos sabido, después de interrogar a la compañía, que cuando se oyó el grito nadie vio a Estatilio. Quizá sólo sea una coincidencia, ya que entre bastidores suele haber una situación caótica durante una representación. El mismo Estatilio asegura que estaba en un rincón poniéndose el disfraz. En su favor diré que parece realmente consternado por la muerte del esclavo, pero quizá esté disimulando. Yo lo llamo amigo, pero ¿lo conozco realmente? -me pregunté-. ¿Quién más, Eco?

Se encorvó, hizo una mueca y miró de reojo.

-Sí, Roscio también estaba entre bastidores cuando Panurgo gritó, y nadie parece recordar haberlo visto en aquel momento. ¿Fue él quien encontró el cadáver o estaba allí cuando cayó el cuchillo? Roscio es un hombre violento; todos sus actores lo dicen. Le oímos gritar con furia antes de que comenzara la obra. ¿lo recuerdas? «¡Idiota! ¡Incompetente! ¡No me vengas ahora con que no recuerdas el texto!» Me han dicho que le estaba gritando a Panurgo. ¿Tanto le fastidió la actuación del esclavo durante el primer acto que le dio un ataque de ira, perdió la cabeza y lo mató? No parece probable; a mí me pareció que Panurgo lo hizo muy bien. Y Roscio, como Estatilio, parecía sinceramente afectado por el asesinato. Claro que Roscio es un actor muy hábil.

Eco puso los brazos en jarras, levantó la nariz y empezó a pavonearse.

-¡Ah, Querea! Precisamente iba a hablar de él. Asegura que llegó después que la obra terminara, pero no pareció muy sorprendido cuando vio el cadáver. Parecía incluso demasiado indiferente. Fue el primer propietario del esclavo. A cambio de desarrollar el talento de Panurgo, Roscio se quedó con la mitad de la posesión, pero Querea parece poco satisfecho con el arreglo. ¿Decidió quizá que el esclavo valía más para él muerto que vivo? Querea considera a Roscio culpable de la pérdida y trata de presionar a Roscio para que le pague la mitad del valor del esclavo en plata. En un tribunal romano, con el abogado indicado, seguramente ganaría Querea.

Me apoyé en el olivo. Sentía cierta desazón.

-De todas formas -proseguí-, ojalá hubiéramos descubierto a alguien de la compañía con algo parecido a un motivo y una oportunidad de cometer el asesinato. Pero nadie parece tener ojeriza a Panurgo y casi todos pueden probar dónde estaban cuando la víctima gritó.

»Claro que el asesino podría ser alguien ajeno a la compañía; cualquiera que pasara por el callejón que hay detrás del templo pudo entrar en el retrete en el que apuñalaron a Panurgo. Y Roscio nos dice, y los demás lo confirman, que Panurgo no trataba casi con nadie ajeno a la compañía, no jugaba ni iba a burdeles; no pedía dinero prestado ni tenía líos con mujeres casadas. Su oficio le ocupaba todo el tiempo; eso dicen todos. Incluso si Panurgo hubiera ofendido a alguien, la parte agraviada seguramente habría discutido el asunto, no con Panurgo, sino con Roscio, ya que era el propietario del esclavo y, legalmente, el responsable de cualquier fechoría.

Di un suspiro de contrariedad.

-El cuchillo que habla en su corazón -añadí- era una daga común, sin rasgos distintivos. No había huellas alrededor del cadáver. Ni sangre reveladora en ninguno de los disfraces. No hubo testigos o, al menos, ninguno que conozcamos. ¡Por Hércules! -La lluvia de plata de mi imaginación amainó hasta convertirse en cuatro gotas; sin nada que enseñar, suerte tendría si conseguía que Roscio me pagará un día de trabajo a cambio de mis desvelos. Peor aún: sentía el espíritu del muerto observándome. Había jurado que encontraría a su asesino, pero creo que fue una imprudencia temeraria.

Aquella noche cené en el revuelto jardín de mi domicilio. Las llamas de las lámparas estaban bajas. Pequeñas polillas plateadas revoloteaban entre las columnas del peristilo. Los ruidos de una juerga lejana se elevaban ocasionalmente sobre las calles de la Subura, al pie de la colina.

-Bethesda, la cena estaba exquisita -dije, mintiendo con mi gracia habitual. Creo que habría podido ser actor.

Pero Bethesda no era tonta. Me miró por entre las pestañas y sonrió con la mitad de la boca. Se peinó con la mano la cabellera negra, suelta y brillante, se encogió de hombros con un movimiento elegante y empezó a quitar la mesa.

Mientras iba a la cocina, contemplé el sinuoso movimiento de sus caderas bajo la túnica verde y suelta. Cuando la compré, hace años, en el mercado de esclavos de Alejandría, no fue por su habilidad culinaria. Desde entonces no habían mejorado sus recetas, pero en muchos otros aspectos alcanzaba casi la perfección. Observé la negrura de sus largos cabellos que le caían en cascada hasta la cintura; imaginé las polillas doradas perdidas en aquellos mechones, como estrellas titilantes en el firmamento azul oscuro. Antes de que Eco entrara en mi vida, Bethesda y yo habíamos pasado casi todas las noches juntos, sólo los dos, en la soledad del jardín...

Me sacó de mis recuerdos una mano que me tiraba del borde de la túnica.

-Sí, Eco, ¿qué pasa? Eco, reclinado en el triclinio que había al lado del mío, juntó los puños y los separó de arriba abajo, como si desenrollase un papiro.

-¡Ah! La hora de tu clase de lectura. Hoy no hemos tenido tiempo, ¿verdad? Pero mis ojos están cansados, lo mismo que los tuyos, sin duda. Y tengo otras cosas en la cabeza.

Me miró con el entrecejo fruncido, con fingida altanería, hasta que cedí.

-Muy bien. Acerca esa lámpara. ¿Oué quieres leer esta noche?

Eco se señaló a sí mismo, negó con la cabeza y me señaló a mí. Se tapó las orejas con las manos y cerró los ojos. Prefería (y secretamente yo también) que eligiera yo, para darse el gustazo de escuchar. Todo aquel verano, durante tardes perezosas y largas noches estivales, habíamos pasado muchas horas en el jardín. Mientras le leía la historia de Aníbal escrita por Pisón, Eco, sentado a mis pies, veía elefantes entre las nubes; mientras le recitaba la historia de las Sabinas, contemplaba la luna, tendido de espaldas. Utimamente le había leído fragmentos de un viejo y medio roto papiro de Platón, un regalo que Cicerón iba a tirar a la basura. Eco sabía griego, pero no conocía el alfabeto, y seguía con fascinación las sutilezas del filósofo, aunque, a veces, en sus grandes ojos castaños, veía un chispazo de pena por no poder participar nunca en aquella clase de debates.

-¿Leo un poco más de Platón? Dicen que la filosofía, después de comer, ayuda a la digestión.

Eco asintió y corrió a coger el papiro. Salió de las sombras del peristilo un momento después, sujetándolo cuidadosamente con las manos. De repente se detuvo y se quedó con una extraña expresión en la cara.

-Eco, ¿qué pasa?

-Por un momento pensé que estaba enfermo; el pescado rebozado y los rábanos con salsa de comino que había preparado Bethesda habían quedado muy sosos, pero no tan mal como para ponerle a uno enfermo. Se quedó mirando al vacío, sin oírme.

-¿Eco? ¿Estás bien? -Estaba rígido y temblando; una expresión que podía haber sido de miedo o de éxtasis le cruzó la cara. Luego saltó hacia mí, puso el papiro bajo mis narices y lo señaló frenéticamente.

-Nunca había conocido a un joven tan deseoso de aprender -dije riendo. Pero Eco no estaba jugando. Su expresión era de mortal seriedad-. Eco, es el mismo volumen de Platón que te he estado leyendo durante todo el verano. ¿Por qué estás tan nervioso de repente?

Eco dio un paso atrás para representar otra pantomima. Una daga atravesándole el corazón sólo podía referirse a Panurgo.

-Platón y Panurgo. Eco, no veo la relación. Eco se mordió los labios e hizo un aspaviento, desesperado por hacerse entender. Al final entró en la casa y salió con dos objetos, uno de cristal verde. Me los puso en las rodillas.

-¡Eco, ten cuidado! El vaso es de mucho valor y lo trajeron expresamente de Alejandría. ¿Y por qué me traes un trozo de teja? ¿Se ha caído del tejado?

Eco señaló los dos objetos por turno, pero yo no me enteraba de lo que quería decir.

Desapareció de nuevo y volvió con una tablilla de cera y un estilo, y escribió las palabras «verde» y «rojo».

-Sí, Eco, ya veo que el vaso es verde y la teja roja. ¿La sangre es roja? -Eco negó con la cabeza y se señaló los ojos-. ¿Panurgo tenía los ojos verdes?

-Los vi en mi memoria, mirando sin vida al cielo.

Eco dio una patada en el suelo y negó con la cabeza para hacerme saber que estaba equivocado. Cogió el vaso y la teja de mis piernas y empezó a pasárselos de una mano a otra.

-¡Eco, no hagas eso! ¡Te he dicho que el vaso es de gran valor!

Dejó ambos objetos y volvió a empuñar el estilo. Borró las palabras «verde» y «rojo» y en su lugar escribió «azul». Pareció querer escribir algo más, pero vacilaba como si no supiera cómo se escribía. Mordisqueó el estilo y sacudió la cabeza.

-Eco, creo que tienes fiebre. No tiene ningún sentido lo que haces.

Cogió el papiro de mis rodillas y empezó a desenrollarlo, mirándolo con desamparo. Aunque el texto hubiera estado en latín, le habría costado descifrar las palabras y encontrar lo que buscaba, fuera lo que fuese, pero las letras eran griegas y totalmente extrañas para él.

Tiró el papiro y empezó a hacer gestos de nuevo, pero estaba nervioso y obraba con torpeza; yo no encontraba ningún sentido a todo aquel espectáculo. Me encogí de hombros y de repente Eco empezó a llorar de frustración. Volvió a coger el papiro y se señaló los ojos. ¿Quería decir que tenía que leer el papiro o se refería a las lágrimas? Me mordí el labio inferior y le enseñé las palmas, incapaz de ayudarlo.

Eco dejó el papiro y salió llorando del jardín. Un gruñido ronco y ahogado salió de su garganta, no el sonido del llanto normal; me desgarró el corazón oírlo. Tendría que haber tenido más paciencia, pero ¿cómo iba a entenderle? Bethesda salió de la cocina, me miró con cara de jueza, y siguió el rastro del llanto de Eco hasta el pequeño cuarto donde dormía el joven.

Miré el papiro; había demasiadas palabras en él. ¿Cuáles habrían inspirado a Eco y qué tendrían que ver con la muerte de Panurgo? «Rojo», «verde», «azul»... vagamente recordé haber leído un pasaje en el que Platón hablaba de la naturaleza de la luz y del color, pero apenas lo recordaba, entre otras cosas porque no lo había entendido. Era algo sobre conos encadenados y proyectados desde los ojos hacia un objeto, o del objeto a los ojos, no lo recordaba bien; ¿sería aquello lo que había producido a Eco alguna asociación de ideas?

Eché un vistazo al papiro, buscando la referencia, pero fue imposible encontrarla. Mis ojos estaban cada vez más débiles. La lámpara empezó a chisporrotear. Todas las letras griegas parecían iguales. Normalmente Bethesda se habría presentado para llevarme a la cama, pero por lo visto había preferido consolar a Eco aquella noche. Me quedé dormido en el triclinio, bajo las estrellas, pensando en una capa amarilla manchada de rojo y en unos ojos verdes sin vida, iluminando el cielo azul.

Al día siguiente, Eco estaba enfermo o lo fingía. Bethesda me informó solemnemente de que se negaba a abandonar la cama. Me asomé a su cuarto y le hablé con dulzura, recordándole que las fiestas continuaban y que aquel día habría un espectáculo de fieras salvajes en el Circo Máximo y otra obra de teatro, representada por otra compañía. Me dio la espalda y se cubrió la cabeza con la colcha.

-Debería castigarle -me dije, tratando de pensar lo que haría un padre romano normal.

-No, no deberías -susurró Bethesda al pasar junto a mí. Su atrevimiento me dejó humillado.

Por primera vez después de mucho tiempo, y plenamente consciente de que Eco no estaba a mi lado, di solo el paseo matutino. La Subura parecía muy aburrida al no verla a través de los ojos de un niño de diez años. Mis ojos ya la habían visto un millón de veces.

Decidí comprarle un regalo; les compraría un regalo a los dos, pues siempre era buena idea aplacar a Bethesda cuando se ponía desdenosa. Para Eco compré una pelota de cuero rojo, de las que usan los niños para jugar al trigón, pasándosela unos a otros con los codos y las rodillas. Para Bethesda quería un velo azul noche lleno de mariposas plateadas, pero me dije que me conformaría con otro de lino. En la calle de los vendedores de telas encontré la tienda de mi viejo amigo, Ruso.

Quise ver un velo azul oscuro. Como por arte de magia, el vendedor sacó exactamente el velo que había imaginado, una gasa que parecía hecha de plata y telarañas negrizules. También era el artículo más caro de la tienda. Le increpé por tentarme con un artículo de lujo que estaba más allá de mis posibilidades.

Ruso se encogió de hombros con bondad.

-Nunca se sabe; podrías haber jugado a los dados, haber sacado la suerte de Venus y haber ganado una fortuna. Mira, estos son más baratos. -Sonrió y puso unos cuantos ante mí.

-No -dije al no ver nada que me gustara-. He cambiado de idea.

-¿Y un velo de un azul más claro? Un azul como el del cielo.



-No, creo que no.

-¡Ah! Pero mira antes lo que tengo que enseñarte. ¡Félix...! ¡Félix! Tráeme uno de los velos que han llegado de Alejandría, los azul claro con bordado amarillo.

El joven esclavo se mordió los labios con nerviosismo e hizo como si se encogiera de miedo. Aquello me pareció extraño, pues sabía que Ruso no era un amo cruel.

-Vamos, ¿a qué estás esperando? -Ruso se volvió hacia mí y sacudió la cabeza-. Este- esclavo nuevo... ¡es peor que inútil! No es muy listo, dijera lo que dijese el vendedor. Lleva los libros bastante bien, pero aquí en la tienda. ¡Mira, ya ha vuelto a hacerlo! ¡Increíble! Félix, muchacho, ¿qué te pasa? ¿Haces esto sólo para fastidiarme? ¿Quieres una páliza? ¡Escúchame bien, chico! ¡No pienso soportarlo más tiempo!

El esclavo retrocedió con aire confuso y desamparado. En la mano llevaba un velo amarillo.

-¡Siempre hace lo mismo! -gritó Ruso, apretándose la cabeza-. ¡Quiere volverme loco! ¡Se lo pido azul y me lo trae amarillo! ¡Se lo pido amarillo y me lo trae azul! ¿Has visto alguna vez a alguien tan estúpido? ¡Te voy a dar para el pelo, Félix, lo juro! -Y corrió detrás del pobre esclavo blandiendo una barra de medir.

Entonces lo entendí todo.

Mi amigo Estatilio, como suponía, no estaba en su alojamiento de la Subura. Cuando pregunté a su rasero, el viejo me miró como un cómplice acusado de borrar pistas y me dijo que Estatilio había salido de Roma y se había ido al campo.

No estaba en ninguno de los lugares en los que podía haber estado un día de fiesta. No le habían servido en ninguna taberna ni lo habían admitido en ningún burdel. Y no tenía lógica que se dejara caer por las casas de juegos... Entonces supe que la verdad estaba en el punto opuesto.

Empecé a buscar en los lugares de juego de la Subura y lo encontré con bastante rapidez. En un apartamento atestado del segundo piso de un viejo bloque de viviendas, le descubrí en medio de un grupo de hombres bien vestidos, algunos incluso con toga. Estatilio estaba a cuatro patas en el suelo, agitando una cajita y murmurando oraciones a la diosa Fortuna. Tiró los dados; el grupo se apiñó en un estrecho círculo y se apartó profiriendo exclamaciones. La tirada era buena: III, III, III y VI... la suerte de Remo.

-¡Así! ¡Mucho! gritó Estatilio levantando las manos. Los otros le entregaron sus monedas.

Lo cogí por el cuello de la túnica y lo arrastré chillando hasta el pasillo.

Me parece que ya tienes bastantes deudas -dije.

-¡Al contrario! -protestó, sonriendo de oreja a oreja. Tenía la cara roja y la frente perlada de sudor, como hombre que tuviera fiebre.

-¿Cuánto le debes exactamente a Flavio el prestamista?

-Cien mil sestercios.

-¡Cien mil! El corazón se me subió a la garganta.

-Pero ya no. Ya ves, ¡ahora puedo pagarle! Levantó la mano cargada de monedas-. Tengo dos bolsas llenas de plata en la otra habitación, mi esclavo las está vigilando. Y... ¿puedes creerlo?... la escritura de una casa del monte Celio. Me lo he ganado a pulso, ¿no lo ves?

-A costa de la vida de otro hombre.

Su sonrisa se volvió borreguil.

-Así que lo has descubierto. Pero ¿quién podría haber previsto esa tragedia? Desde luego, yo no. Y cuando Panurgo murió, no me alegré de su muerte... tú lo viste. No lo odiaba, de veras que no. Pero si el Hado decidió que era mejor él que yo, ¿quién soy yo para discutirlo?

-Eres un gusano, Estatilio. ¿Por qué no le dijiste a Roscio lo que sabías? ¿Por qué no me lo dijiste a mí?

-¿Qué sabía, realmente? Alguien, seguramente un desconocido, mató al pobre Panurgo. Yo no fui

testigo del hecho.

Pero imaginabas la verdad, que es lo mismo. Por eso me llamaste entre bastidores, ¿no? Temías que el asesino pudiera volver por ti. ¿Qué era yo? ¿Tu guardaespaldas?

Que yo sepa, no volvió, ¿verdad?

-Estatilio, eres un gusano.

-Eso ya lo has dicho.

-La sonrisa cayó de su cara como una máscara que se desecha. Se deshizo de mi tenaza con una sacudida.

-Me ocultaste la verdad -dije-. Pero ¿por qué se la ocultaste a Roscio?

-¡Qué! ¿Debía decirle que tenía pendiente una sucia deuda de juego y a un conocido prestamista amenazándome con matarme?

-A lo mejor te habría prestado el dinero para que le pagaras.

-¡Nunca! No conoces a Roscio. Cree que soy afortunado sólo porque estoy en su compañía; créeme, no es de los que se hacen cargo de las deudas de un subordinado y menos cuando ascienden a cien mil sestercios. Y si hubiera sabido que mataron a Panurgo por error, en lugar de matarme a mí, ¡oh, dioses! ¡Roscio se habría puesto furioso! En su opinión, un Panurgo vale diez Estatilios. Entonces sí que habría sido hombre muerto, con Flavio a un lado y Roscio al otro. ¡Me habrían desgarrado entre los dos, como cuando se arranca un muslo de pollo! -Dio un paso atrás y se estiró la túnica. La sonrisa vaciló y volvió a sus labios-. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

-Estatilio, ¿alguna vez dejas de actuar? -Desvié la mirada para evitar su hechizo.

-¿Qué?

-Mi cliente es Roscio, no tú.

-Pero yo soy tu amigo, Gordiano.

-Le hice una promesa a Panurgo.

-Panurgo no te oyó.

-Los dioses sí. Encontrar al prestamista Flavio fue fácil; unas preguntas en el oído indicado y unas monedas en las manos que correspondía. Me enteré de que llevaba a cabo sus gestiones en una bodega, en un pórtico cercano al Circo Flaminio, donde vendía vino malo de su Tarquinia natal. Pero en un día de fiesta, según me dijeron mis confidentes, tendría más posibilidades de encontrarlo en una casa de dudosa reputación que había al otro lado de la calle.

El lugar era de techo bajo y con olor a vino y a humanidad. Vi a Flavio al otro lado del establecimiento, de palique con un grupo de semejantes, es decir, empresarios cuarentones con modales rústicos, vestidos con túnica cara y capa de una calidad que contrastaba con la patanería de quienes la llevaban.

Cerca de él, apoyado en la pared (y con aspecto de ser bastante fuerte para sujetarla), estaba el gorila del prestamista. El gigante rubio parecía borracho, o más idiota que de costumbre. Parpadeó lentamente cuando me acerqué. Una vibración identificadora animó sus ojos acuosos y desapareció.

-Los días de fiesta son buenos para beber -dije, levantando mi copa de vino. Me miró sin expresión al principio; luego se encogió de hombros y asintió-. Dime -añadí-, ¿conoces a alguna de estas espectaculares bellezas? -y señalé un grupo de cuatro mujeres que merodeaban por el extremo más alejado del establecimiento, cerca de las escaleras.

El gigante, malhumorado, negó con la cabeza.

-Pues entonces es tu día de suerte -proseguí. Me acerqué a él y percibí el olor a vino que le echaba el aliento-. Acabo de hablar con una. Me ha dicho que tiene ganas de conocerte. Parece que le gustan los hombres con rizos dorados y espaldas anchas. Me ha dicho que por un hombre como tú, -susurré en su oído.

El velo de lujuria que cruzó su cara le hizo parecer aún más idiota.

-¿Cuál? -preguntó con susurro ronco.

-La de la túnica azul -dije.

-Ah.

-Asintió con la cabeza y eructó, me apartó con el brazo y fue tambaleándose hacia las escaleras. Como había supuesto, pasó de largo ante la mujer de verde, ante la de coral y ante la de marrón. En cambio, puso la mano abierta en la cadera de la mujer de amarillo, que se volvió y le dirigió una mirada sorprendida, pero no hostil.

-Quinto Roscio y su socio Querea se han quedado boquiabiertos ante mi inteligencia -expliqué aquella noche a Bethesda. Fui incapaz de contenerme, agité teatralmente la bolsita de plata en el aire y la dejé caer en la mesa, donde aterrizó con un tintineo-. No es una olla de oro, pero son unos honorarios lo bastante generosos para que pasemos un buen invierno.

Sus ojos se pusieron tan redondos y brillantes como las monedas. Se dilataron aún más cuando saqué el velo de la tienda de Ruso.

-¡Ooooh! ¿De qué está hecho?

-De noche y mariposas -dije-. De telarañas y plata.

Bethesda echó la cabeza atrás y extendió el transparente velo sobre su cuello y sus brazos desnudos. Parpadeé, respiré hondo y me dije que la compra había valido la pena.

Eco estaba vacilante en el umbral de su pequeño cuarto, desde el que me había visto entrar y oído mi apresurada versión de los sucesos de la jornada. Parecía haberse repuesto de su indisposición matutina, pero su expresión era sombría. Alargué la mano y se aproximó con cautela. Cogió la pelota de cuero rojo con presteza, pero seguía sin sonreír.

-Es sólo un pequeño regalo. Pero tengo otro más grande.

-Todavía no lo entiendo -protestó Bethesda-. Has dicho que el gigante rubio era idiota, pero ¿cómo puede ser alguien tan idiota como para no distinguir un color de otro?

-Eco lo sabe -dije, dedicándole una sonrisa de arrepentimiento-. Lo descubrió anoche y trató de decírmelo, pero no supo cómo. Recordó un pasaje de Platón que le había leído meses antes; yo lo había olvidado por completo. Mira, creo que ahora podré encontrarlo.

Cogí el rollo de papiro, que todavía estaba en mi triclinio.

-«Podemos observar -leí en voz alta- que no todos los hombres perciben los mismos colores. Aunque es extraño, los hay que confunden los colores rojo y verde, y también los que no distinguen el amarillo del azul; también hay otros que no parecen distinguir los distintos matices del verde.» Luego da una explicación de todo esto, pero no entiendo ni jota.

-¿Así que el guardaespaldas no distinguía el azul del amarillo? -dijo Bethesda-. Aun así...

-El prestamista fue ayer al teatro con la intención de cumplir la amenaza de matar a Estatilio. Recuerdo que Flavio dio un respingo cuando le dije que íbamos a ver una obra de Plauto sobre un puchero lleno de oro. ¡Seguro que pensó que estaba hablando de la deuda que Estatilio había contraído con él! Se quedó entre el público el tiempo suficiente para ver que Estatilio iba disfrazado con una capa azul. Luego envió al asesino rubio entre bastidores, sabiendo que el callejón que hay detrás del templo de Júpiter estaría desierto, para que esperara al actor de la capa azul. Eco debió de oír parte de sus instrucciones, o quizá sólo la palabra azul. Incluso entonces debió de intuir que algo andaba mal y trató de decírmelo, pero había mucha confusión, el gigante me pisó el dedo gordo del pie y el público abucheaba a nuestro alrededor. ¿Estoy en lo cierto?

Eco asintió y se golpeó una mano con el puño: exacto.

-Desgraciadamente para el pobre Panurgo y su capa amarilla, el asesino que confundía los colores también era excepcionalmente idiota. Necesitaba más información que el color azul para saber que mataba al hombre indicado, pero no se molestó en preguntar; y si lo hizo, Flavio se limitaría a soltarle un

gruñido y a empujarlo, incapaz de comprender su confusión. Al pillar a Panurgo solo e indefenso, con su capa amarilla, que podría haber sido azul perfectamente, el asesino hizo su trabajo, y metió la pata.

»Al saber que Flavio estaba en el teatro preparado para matarlo, enterarse de que Panurgo había sido apuñalado y ver que el asesino a sueldo ya no estaba entre el público, Estatilio se imaginó la verdad; es indudable que la muerte de Panurgo le conmocionó, ya que sabía que la víctima verdadera era él.

-¡Así que han matado a otro esclavo y por equivocación! Ya no hay justicia -dijo Bethesda de mal humor.

-No exageremos. Panurgo era una propiedad valiosa. La ley permite a sus propietarios demandar al responsable de su muerte por su valor en el mercado. Creo que Roscio y Querea van a pedir a Flavio cien mil sestercios cada uno. Si Flavio contraataca y pierde, tendrá que desembolsar el doble. Conociendo su avaricia, sospecho que admitirá tácitamente su culpa y se decidirá por la cantidad menor.

-Una justicia pequeña para un crimen insignificante.

Asentí con la cabeza.

-Y una recompensa pequeña por la destrucción de un talento grande. Pero es la única justicia que permite la ley romana, cuando un ciudadano mata a un esclavo.

Un pesado silencio descendió sobre el jardín. Reivindicada su perspicacia, Eco concentró su atención en la pelota de cuero. La tiró al aire, la cogió y asintió con aire pensativo, complacido porque encajaba en su mano.

-¡Ah, Eco! Como estaba diciendo, hay otro regalo para ti. -Me miró expectante-. Está aquí. -Acaricié la bolsa de plata-. No volveré a enseñarte a leer y escribir con mis métodos rudimentarios. Tendrás un preceptor como es debido, que vendrá todas las mañanas a enseñarte latín y griego. Será inflexible y sufrirás, pero cuando haya terminado, leerás y escribirás mejor que yo. Un chico tan inteligente como tú no merece menos.

La sonrisa de Eco fue radiante. Nunca había visto a un niño lanzar una pelota tan alto.

Esta historia habría terminado ya de no ser por otro desenlace.

Aquella noche, mucho más tarde, estaba en la cama con Bethesda. Lo único que nos separaba era el velo de gasa de hebras plateadas. Durante unos fugaces instantes me sentí completamente satisfecho de la vida y el universo. En mi relajación, sin quererlo, murmuré en voz alta lo que estaba pensando.

-Creo que debería adoptar al niño...

-¿Y por qué no? -dijo Bethesda, marimandona incluso a punto de dormirse-. ¿Qué más pruebas quieres que te dé? Eco no se parecería más a un hijo tuyo ni aunque fuera de tu carne y de tu sangre.

Desde luego, tenía razón.



## El cuento de la cámara del tesoro

-Cuéntame una historia, Bethesda.

Era la noche más calurosa del verano más caluroso que recordaba haber pasado en Roma. Había arrastrado el triclinio hasta el peristilo, entre los tejos y las amapolas, para pescar el menor soplo de viento que pasara por el monte Esquilino. No había luna y el cielo estaba cuajado de estrellas. Pero el sueño no llegaba.

Bethesda estaba recostada en su triclinio, a mi lado. Podíamos haber dormido juntos, pero hacía demasiado calor para estar carne contra carne. Suspiró.

-Amo, hace una hora me dijiste que te cantara una canción. Y una hora antes, que te limpiara los pies con un trapo mojado.

-Si, mujer, la canción era dulce y el trapo fresco. Pero no puedo dormir. Y tú tampoco. Así que cuéntame una historia.

Se llevó la mano a la boca y bostezó. Su pelo negro resplandeció a la luz de las estrellas. El camisón de lino se le pegaba como gasa a los mareantes contornos de su cuerpo. Incluso bostezando era hermosa, demasiado, me he dicho a menudo, para ser la esclava de un hombre vulgar como yo. La diosa Fortuna me sonrió cuando la encontré en aquel mercado de esclavos de Alejandría, diez años antes. ¿Fui yo quien eligió a Bethesda o ella quien me eligió a mí?

-¿Por qué no la cuentas tú? -sugirió Bethesda con sumisión-. Te encanta hablar de tu trabajo.

-O sea, que quieres que sea yo quien te duerma a ti. Mi trabajo siempre te ha parecido aburrido.

-No es cierto -protestó con somnolencia-. Vuelve a contarme cómo ayudaste a Cicerón a resolver el caso de la mujer de Aretio. En el mercado se sigue hablando del tema, y de que Gordiano el Sabueso debe de ser el hombre más inteligente de Roma por haber solucionado un asunto tan sórdido.

-Qué marrullera eres, Bethesda, ¿crees que adulándome conseguirás que yo cuente cuentos y tú escuches? ¡Eres mi esclava, por Hércules, y ordeno y mando que me cuentes una historia!

Maldito el caso que me hizo.

-Vuelve a contarme la historia de Sexto Roscio -dijo-. El gran Cicerón nunca había defendido hasta entonces a un hombre acusado de asesinato, y mucho menos a un hombre acusado de matar a su propio padre. ¡Sólo tú sabes hasta qué punto le hizo falta la ayuda de Gordiano el Sabueso! ¡Pensar que terminaste matando a un gigante salido de la Cloaca Máxima, mientras Cicerón pronunciaba un discurso en el foro!

-No soportaría que fueras mi biógrafa, Bethesda. Aquel hombre no era precisamente un gigante, y no fui yo exactamente quien lo mató, y aunque es verdad que sucedió en las letrinas públicas que hay detrás del Santuario de Venus, el hombre, que no era ningún gigante, no salió de las cloacas. ¡Y tampoco fue el final del asunto!

Estuvimos largo rato en la oscuridad, escuchando el canto de los grillos. Una estrella fugaz cruzó el firmamento, haciendo que Bethesda murmurara un conjuro a uno de sus extraños dioses animales de Egipto.

-Háblame de Egipto -dijo-. Nunca hablas de Alejandría. Es una gran ciudad. Muy antigua. Y muy misteriosa.

-¡Aja! Vosotros los romanos creéis que cualquier cosa es antigua si es anterior a vuestro imperio. Alejandro y su ciudad ni siquiera eran un sueño en la mente de Osiris cuando Keops construyó la gran pirámide. Menfis y Tebas ya eran antiguas cuando los griegos estaban en guerra con Troya.

-Por una mujer -comenté- Lo que demuestra que no eran completamente idiotas. Aunque lo fueron al pensar que Helena estaba escondida en Troya, cuando en realidad estuvo todo el tiempo en Menfis, con el rey Proteo.

-¿Qué? ¡Nunca había oído nada semejante!

-Todo el mundo en Egipto conoce la historia.

-Pero eso significaría que la destrucción de Troya no tuvo ningún sentido. Y puesto que fue el troyano Eneas quien huyó de Troya y fundó la casta romana, el destino de Roma está basado en un cruel bromazo de los dioses. Sugiero que te guardes la historia para ti, Bethesda, y no vayas difundiéndola por el mercado.

-Demasiado tarde. -Incluso en la oscuridad vi una sonrisa malvada en sus labios.

Permanecimos tumbados en silencio unos momentos. Una suave brisa sopló entre las rosas. Bethesda dijo finalmente:

-¿Sabes? Los hombres como tú no son los únicos que pueden resolver misterios y enigmas.

-¿Quieres decir que también los dioses pueden hacerlo?

-No. Quiero decir las mujeres.

-¿Es un hecho comprobado?

-Sí. Pensar en la estancia de Helena en Egipto me ha recordado la historia del rey Rampsinito y su cámara del tesoro, y que fue una mujer quien resolvió el misterio de la plata desaparecida. Pero supongo que debes conocer la historia, ya que es muy famosa.

-¿El rey Rabanito? -pregunté. Bethesda resopló con delicadeza. A veces le cuesta vivir en un lugar tan culturalmente atrasado como Roma. Sonreí a las estrellas y cerré los ojos.

-Bethesda, te ordeno que me cuentes la historia de ese rey Rabobonito y su cámara del tesoro.

-Muy bien, amo. Rampsinito, *Rampsinito*, ¿estamos?, sucedió al rey Proteo (que fue anfitrión de Helena) y a él le sucedió el rey Keops.

-El que construyó la gran pirámide. Muy famoso, sí señora. Keops debió de ser un gran rey.

-Insoportable, mi amo, el hombre más odiado de la larga historia de Egipto.

-¿Por qué?

-Precisamente porque construyó la gran pirámide. ¿Qué significa una pirámide para la gente normal, salvo un trabajo interminable y unos impuestos tremendos? El recuerdo de Keops es despreciado en Egipto; los egipcios escupen cuando pronuncian su nombre. Sólo los visitantes de Roma y Grecia miran su pirámide y ven una construcción maravillosa. Un egipcio mira la pirámide y dice: «Mira, ahí está la piedra que partió el espinazo a mi tata-tata-tatarabuelo»; o: «Ahí está el pilón ornamental que llevó a la ruina la granja del tata-tataratatarabuelo de mi tío». No, el rey Rampsinito caía mucho mejor al pueblo.

-¿Y cómo era ese Rampsinito?

-Muy rico. No ha habido rey de ningún tipo que haya sido ni la mitad de rico que él.

-¿Ni siquiera Midas?

-Ni siquiera Midas. El rey Rampsinito tenía una gran fortuna en piedras preciosas y oro, pero su mayor tesoro era su plata. Tenía bandejas de plata, copas de plata, monedas de plata y espejos, pulseras y grandes lingotes de pura, sólida y brillante plata. Había tanta que decidió construir una cámara de seguridad sólo para su plata.

»Así pues, el rey contrató a un hombre para que diseñara y construyera la cámara de seguridad en el patio al que daba su dormitorio, fundiéndola con la muralla que rodeaba el palacio. El proyecto tardó varios años en completarse, pues hubo que ahuecar la muralla y cortar, pulir y poner en su sitio las pesadas piedras. El arquitecto era un hombre de gran voluntad, pero de salud frágil y, aunque sólo era un cuarentón, apenas llegó a vivir lo suficiente para ver terminada su obra. El mismo día que el gran tesoro de plata fue metido pieza por pieza en la cámara y las grandes puertas fueron cerradas y selladas, el arquitecto murió. Dejó viuda y dos hijos que acababan de llegar a la edad viril. El rey Rampsinito llamó a los hijos a su presencia y le dio a cada uno un brazalete de plata en señal de la gratitud que sentía hacia su padre.

-Un regalo poco generoso -dije.

-Quizá. Dicen que el rey Rampsinito era imparcial y justo, nunca roñica ni espléndido.

-Me recuerda a Cicerón.

Bethesda se aclaró la garganta pidiendo silencio.

-Una vez al mes, el rey mandaba que rompieran los sellos y pasaba una tarde en la cámara del tesoro, admirando sus objetos de plata y contando sus monedas. Transcurrieron algunos meses; el Nilo creció y decreció, como todos los veranos, y la cosecha fue buena. El pueblo estaba contento y Egipto en paz.

»Pero el rey empezó a notar algo preocupante: faltaban piezas de plata de la cámara del tesoro. Al principio pensó que sólo lo imaginaba, ya que no había manera de abrir las grandes puertas sin romper los sellos, y los sellos sólo se rompían cuando él iba en visita oficial. Pero cuando sus sirvientes cerraron el inventario de su plata, fue evidente que faltaba una gran cantidad de monedas, así como otros pequeños objetos.

»El rey estaba tan dolido como desconcertado. En su siguiente visita, echó en falta más plata, incluido un cocodrilo de plata maciza del tamaño del brazo de un hombre, uno de los objetos que más valoraba el rey.

»El rey se puso furioso; estaba más desconcertado que nunca. Entonces se le ocurrió poner trampas dentro de la cámara del tesoro para que cualquiera que se escurriese entre las monedas y los cofres quedara atrapado y encerrado en una jaula de hierro. Y eso hizo.

»Y hete aquí que, en la siguiente visita, el rey descubrió que una de las trampas había saltado. Pero dentro de la jaula, en lugar de un bandido desesperado y suplicante, había un muerto.

Bethesda hizo una pausa dramática.

-No me extraña -murmure, mirando soñoliento las estrellas-. El pobre ladrón había muerto de hambre, o del susto, cuando la jaula de hierro le cayó encima.

-Quizá. ¡Pero le habían cortado la *cabeza*!

-¿Qué? -exclamé parpadeando.

-Y la cabeza no estaba por ninguna parte.

-Qué raro.

-Y que lo digas -asintió seriamente Bethesda.

-¿Faltaba más plata?

-Sí.

-Entonces debía de haber otro ladrón con él -deduje.

-Quizá -dijo Bethesda con astucia-. Pero el rey Rampsinito no estaba más cerca de resolver el misterio.

»Entonces se le ocurrió que quizá el infortunado ladrón tuviera parientes en Menfis, en cuyo caso querrían que se les devolviera el cuerpo para purificarlo y enviarlo a su viaje hacia la otra vida. Naturalmente, no podía esperarse que fueran a reclamar el cadáver, así que Rampsinito decidió dejar el cuerpo sin cabeza, bien visible, delante de la muralla de palacio. El hecho se anunció como una advertencia a los ladrones de Rampsinito, pero el verdadero objetivo era capturar a quienquiera que supiese algo sobre el extraño sino del ladrón. A los dos guardias de más confianza del rey (unos sujetos grandes y con barba, los mismos que solían proteger los sellos de la cámara del tesoro) se les encargó que observaran el cadáver día y noche, y que detuvieran a cualquier persona que gimiese o se lamentara.

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, el rey Rampsinito corrió hacia la muralla de palacio y miró por encima, ya que el misterio de la plata desaparecida había llegado a dominar sus pensamientos, tanto dormido como despierto. ¿Y qué fue lo que vio? A los dos guardias medio dormidos, ambos con una mejilla rasurada, y el cadáver sin cabeza había desaparecido.

Rampsinito ordenó que llevaran a los guardias a su presencia. Apestaban a vino y su memoria estaba embotada, pero recordaban que había pasado un mercader cuando se estaba poniendo el sol, empujando un carro lleno de odres de vino. Uno de los odres se había roto y dejaba escapar un hilo de líquido. Los guardias cogieron una copa y la llenaron con el vino que caía, dando gracias a los dioses por su buena suerte. El mercader montó en cólera; sin razón, ya que no era culpa de los guardias que se hubiera roto el

odre. Se las arreglaron para tranquilizar al mercader con algunas palabras pacíficas y éste se detuvo un rato junto a la muralla de palacio, y les explicó que se sentía débil e irritado después de un largo día de trabajo. Para hacerse perdonar su rudeza, ofreció a cada guardia una copa llena de su mejor vino. Ninguno de los guardias recordaba lo que había pasado después, o al menos eso aseguraban los dos. Cuando recuperaron la noción de las cosas, ya era de día y el rey Rampsinito estaba gritándoles desde la muralla de palacio, los dos tenían una mejilla afeitada y el cadáver decapitado había desaparecido.

-Bethesda -la interrumpí, sufriendo un ligero sobresalto por culpa de un grillo que saltaba entre los tejos-. Espero que no sea una de esas historias egipcias de fantasmas en las que los cadáveres se pasean por ahí, a la buena de Amón-Ra.

Bethesda estiró la mano y sus largas uñas correataron juguetonamente por mi brazo desnudo, poniéndome la carne de gallina. Aparté sus dedos de un manotazo. Soltó una risa baja y gutural. Al cabo de un momento continuó:

-Cuando les llegó el turno de describir al mercader de vinos, los guardias se expresaron con vaguedad. El uno dijo que era joven, el otro que cuarentón. El uno que llevaba barba abundante, el otro que sólo tenía una ligera pelusa en la mandíbula.

—El vino, o lo que hubieran puesto en él, debió de confundir sus sentidos -dije-. Suponiendo que estuvieran contando la verdad.

-Fuera como fuese, Rampsinito ordenó que se presentaran todos los vinateros de Menfis y desfilaran delante de los guardias.

-¿Y reconocieron los guardias al culpable?

-No. El rey Rampsinito no supo más que al principio. Para empeorar las cosas, algunos vinateros, al abrir la tienda aquella mañana, habían visto a los dos guardias dormidos y medio afeitados, y rápidamente se había extendido el rumor de que habían tomado el pelo a los guardias del rey. La noticia sobre el cadáver sin cabeza y el tesoro robado se había propagado por la ciudad, y pronto todo Menfis estuvo cuchicheando a espaldas del rey. El rey Rampsinito estaba muy disgustado.

-¡No me extraña!

-Tan disgustado que ordenó que los guardias debían permanecer afeitados a medias durante un mes, para que los viera todo el mundo.

-Un castigo leve, está claro.

No en el Menfis de aquellos tiempos. Ser visto con una sola mejilla afeitada era tan vergonzoso entonces como para un noble romano ser visto en el Foro con sandalias y sin toga.

-i Inconcebible!

-Pero Fortuna es una espada de dos filos, como decís los romanos, y al final resultó bueno para el rey que los cotilleos se propagaran, porque rápidamente llegaron a los oídos de una joven cortesana que vivía encima de una tienda de alfombras, cerca de las puertas de palacio. Se llamaba Naia y se había enterado de lo que ocurría porque varios de sus clientes eran miembros del cortejo del rey. Tras reflexionar sobre todo lo que había oído y sobre todo lo que sabía de la cámara del tesoro, y sobre su construcción y vigilancia, creyó tener la solución del misterio.

Naia pudo haber ido directamente al rey y denunciar a los ladrones, pero dos cosas la hicieron vacilar. Primero, no tenía pruebas tangibles; segundo, como te he dicho, el rey no era famoso por su generosidad. Probablemente se limitaría a darle las gracias, a regalarle una pulsera de plata y a decirle que adiós, muy buenas. Así que cuando fue a ver a Rampsinito, sólo dijo que tenía un plan para resolver el enigma y que llevarlo a cabo costaría tiempo y dinero; si su ardid no daba resultado, la misma Naia correría con los gastos...

-¡Qué locura! Yo siempre pido que me abonen los gastos más una tarifa, tanto si resuelvo el misterio como si no.

- ... pero si conseguía identificar a los ladrones y explicar cómo había sido robada la plata, Rampsinito tendría que pagarle tanta plata como su mula pudiera cargar y, además, concederle un deseo.



»Al principio, al rey le pareció un precio exagerado, pero cuanto más lo pensaba, más justo le parecía. Después de todo, había desaparecido de su cámara del tesoro mucha más plata de la que una mula podía cargar, y seguiría desapareciendo mientras no cesaran los robos. ¿Y qué deseo podía tener una cortesana que el rey de Egipto no pudiera conceder con un simple movimiento de la mano? Además, no parecía probable que una joven cortesana pudiera resolver el misterio que había confundido al rey y a todos sus consejeros. Aceptó el trato.

»Naia hizo unas cuantas indagaciones. No tardó mucho en descubrir el nombre del sujeto del que sospechaba, ni del lugar donde vivía. Mandó a su criado que observara sus movimientos y que la avisara inmediatamente la próxima vez que pasara cerca de su ventana.

»Pocos días después, el sirviente llegó corriendo a su habitación, sin aliento, y le dijo que mirara por la ventana. Un joven con ropas y sandalias recién compradas estaba mirando unas caras alfombras en la puerta de la tienda que había debajo. Naia se sentó en la ventana y envió al criado con un mensaje para el hombre.

-¿Acusó a aquel truhán allí mismo? -pregunté.

—Claro que no. El sirviente le dijo al joven que su señora le había visto por la ventana, que se había dado cuenta de que era un hombre de gusto y de recursos, y que deseaba invitarle a subir a su habitación. Cuando el joven miró hacia arriba, Naia estaba apoyada en la ventana de tal manera que muy pocos hombres se habrían resistido a la invitación.

-Esta Naia murmuré- está empezando a recordarme a otra egipcia que conozco...

Bethesda no me hizo caso.

-El joven fue directamente a su habitación. El sirviente llevó vino frío y fruta fresca, y se sentó al otro lado de la puerta, tocando dulcemente la flauta. Naia y su invitado hablaron un rato y pronto resultó evidente que el joven la deseaba con todas sus fuerzas. Pero Naia insistió en que primero jugaran a un juego. Relajado por el calor del día y con la lengua suelta por el vino y la pasión, el joven accedió. He aquí el juego: cada uno debía revelar al otro dos secretos, empezando por el joven. ¿Cuál era el peor delito que había cometido en su vida? ¿Y cuál su trampa más inteligente?

»El joven se quedó pensativo al oír aquellas preguntas y una sombra de tristeza cruzó su rostro, seguida de una carcajada.

» Puedo contestarte fácilmente -dijo-, pero no estoy seguro de cuál es cuál. Mi mayor delito ha sido cortarle la cabeza a mi hermano. Mi principal trampa ha sido volver a juntar su cabeza y su tronco. ¡Aunque quizá sea al revés! Sonrió arrepentido y miró a Naia con ojos de deseo-. ¿Y tú? -susurró.

»Naia suspiró.

Me pasa lo que a ti -elijo-. No estoy segura de cuál sea cuál. Creo que mi mejor trampa ha sido descubrir al ladrón que ha robado en la cámara del tesoro de Rampsinito y mi delito peor llevarlo ante el rey. Aunque es posible que sea al revés...

»El joven dio un respingo y recuperó la cordura. Se levantó y corrió hacia la ventana, pero una gran jaula de hierro, como la que había atrapado a su hermano, cayó desde el techo encima de él. No podía escapar. Naia envió a su criado a buscar a los guardias del rey.

»-Y ahora -dijo-, mientras esperamos, explícame lo que todavía no sé sobre el robo de la plata real.

»Al principio, el joven estaba furioso, pero luego empezó a gemir, dándose cuenta del destino que le aguardaba. La muerte sería el castigo más dulce que podía esperar. Era más probable que le cortaran las manos y los pies, y tuviera que vivir el resto de sus días tullido y mendigando.

»-Pero si ya lo sabes todo -gimió-. ¿Cómo me has descubierto?

»Naia se encogió de hombros.

»-Durante cierto tiempo pensé que los dos guardias debían de estar compinchados y que el cuerpo sin cabeza era del tercer cómplice, al que habían matado para que no les traicionara. Pero los guardias conocían las trampas y, por lo tanto, podían haberlas evitado; y dudo que ningún hombre de Menfis se hubiera atrevido a aparecer medio afeitado ante el rey, aunque fuera para disimular su culpa. Además,

todo el mundo está de acuerdo en que las puertas de la cámara del tesoro no pueden abrirse sin romper los sellos. Así que tenía que haber otra entrada. ¿Era posible aquello sin que el arquitecto lo hubiera planeado? ¿Y quién podía conocer la existencia de una entrada secreta sino los dos hijos del arquitecto?

»-Es cierto -dijo el joven-. Mi padre nos la enseñó antes de morir, una entrada secreta que se abre presionando una piedra de la muralla de palacio, imposible de encontrar para quien no conozca las medidas exactas. Dos hombres, incluso uno, pueden abrirla de un simple empujón, llevarse todo lo que puedan de la cámara del tesoro, y luego sellar la puerta tras ellos de manera que nadie pueda encontrarla nunca. Le dije a mi hermano mayor que nos estábamos llevando mucho y que el rey se daría cuenta; pero nuestro padre nos había dicho que el rey había sido un tacaño con él y que le había pagado una miseria por todos sus años de trabajo, y que gracias a su ingenio nosotros tendríamos siempre unos ingresos fijos.

»-Pero entonces tu hermano quedó atrapado en la jaula de hierro -dijo Naia.

»-Sí. Consiguí sacar la cabeza entre los barrotes, pero nada más. Me rogó que se la cortara y me la llevara; de lo contrario, alguien de palacio podía reconocerle y toda nuestra familia iría a la ruina.

»-Y tú hiciste lo que te pedía. ¡Tuvo que ser terrible para ti! Pero fuiste un buen hermano. Recuperaste su cuerpo, lo juntaste con la cabeza y lo enviaste a la otra vida.

»-Por mí no lo habría hecho, pero mi madre insistió. Me disfracé y engañé a los guardias para que bebieran vino emponzoñado con una sustancia. En la oscuridad saqué el cuerpo de mi hermano y lo escondí en el carro, entre los odres de vino. Antes de llevármelo, afeité una mejilla a cada guardia para que el rey no creyera que habían conspirado conmigo.

»Naia miró por la ventana.

»-Esos mismos guardias vienen ya corriendo por la calle.

»-Por favor -dijo el joven, sacando la cabeza de la jaula-. ¡Córtame la cabeza! ¡Deja que comparta el destino de mi hermano! De otra forma, ¿quien sabe qué horribles castigos me infligirá el rey?

»Naia cogió una larga espada y fingió pensárselo.

»-No -dijo por fin, cuando ya los pasos de los guardias resonaban en la escalera-. Creo que es mejor dejar que la justicia siga su curso.

»Así que el joven fue llevado en presencia del rey Rampsinito, junto con Naia, que fue a reclamar la recompensa. El escondite de la plata del ladrón fue encontrado en su casa y la plata devuelta a la cámara del tesoro. La entrada secreta fue sellada y a Naia se le permitió llevarse toda la plata que una mula pudo cargar.

»En cuanto al destino del ladrón, Rampsinito anunció que permitiría a los deshonrados guardias vengarse en él primero, y que a la mañana siguiente decidiría el castigo, decapitarle o cortarle las manos y los pies.

»Iba el rey a abandonar la sala de recepción cuando lo llamó Naia.

»-¿Recuerdas el resto de nuestro trato, gran rey?

»Rampsinito la miró confuso.

»-Dijiste que me concederías un deseo -le recordó Naia.

»-¡Ah, sí! -asintió el rey-. ¿Y cuál es tu deseo?

»¡Quiero que perdones a este joven y que lo dejes en libertad!

»Rampsinito la miró horrorizado. Lo que pedía era imposible, pero no había manera de negárselo. Entonces sonrió.

-¿Por qué no? -dijo-. El misterio está resuelto, la plata ha sido devuelta y la entrada secreta está sellada. Había pensado que este ladrón era el hombre más inteligente de Egipto... ¡pero tú eres aún más inteligente, Naia!

Otra estrella fugaz cruzó el firmamentó. Los grillos cantaban. Me estiré.

-Y supongo que se casaron.

-Eso dice el cuento. Es lógico que una mujer tan inteligente como Naia acabe casada con un hombre tan inteligente como el ladrón. Con la plata que ella había obtenido y el ingenio de ambos, estoy segura de que fueron muy felices.

-¿Y el rey Rampsinito?

-Su recuerdo se celebra todavía como el último de los buenos reyes, antes de que Keops comenzara una larga dinastía de chapuceros. Dicen que después de que se resolviera el misterio de la plata desaparecida, fue al lugar que los griegos y los romanos llaman Hades y jugó a los dados con Deméter. Ganó una tirada y perdió otra. Cuando ya iba a regresar, Deméter le dio una servilleta de oro. Y ése es el motivo por el que los sacerdotes se tapan los ojos con paños amarillos cuando siguen a los chacales al templo de Deméter la noche de la fiesta de la primavera.

Debí de quedarme dormido, porque me perdí el resto de la historia, fuera cual fuese, que Bethesda había comenzado. Cuando desperté, guardaba silencio, pero por su respiración habría jurado que todavía estaba despierta.

-Bethesda -susurré-. ¿Cuál ha sido tu peor delito? ¿Y tu mejor trampa?

Al cabo de un momento dijo:

-Creo que todavía están por llegar. ¿Y los tuyos?

-Ven aquí y te lo diré al oído. La noche había refrescado. Una brisa constante llegaba dulcemente del valle del Tíber. Bethesda se levantó del triclinio y vino al mío. Acerqué los labios a su oreja, pero en vez de susurrarle secretos, hicimos otra cosa.

Y al día siguiente, en la calle de los plateros, le compré una sencilla pulsera de plata, un recuerdo de la noche que me contó el cuento del rey Rampsinito y su cámara del tesoro.

## La última voluntad no siempre es la mejor

Lucio Claudio era un noble con dedos como salchichas, mejillas de ciruela, nariz de fresa, una corona de pelusa roja en la coronilla y boca de culo de pollo.

El apellido Claudio no sólo le señalaba como noble sino también como patricio procedente de un pequeño grupo de viejas familias que fueron las primeras en engrandecer Roma (o que al menos engañaron al resto de los romanos para que lo pensaran). No todos los patricios son ricos; incluso las mejores familias pueden agostarse con el paso de los siglos. Pero por el gran sello de oro que Lucio llevaba, y por los otros anillos que le hacían juego (uno de plata con lapislázuli, otro de oro blanco con un pedrusco de cristal verde), sospechaba que era muy rico. Los anillos se complementaban con un collar de oro del que colgaban relucientes piedras de cristal en medio del ensortijado pelo rojo que brotaba de su carnoso pecho. Su toga era de la más fina lana y sus zapatos de piel estaban exquisitamente cortados.

Era la auténtica imagen del patricio rico, ni guapo ni de aspecto flamante, pero impecablemente vestido y acicalado. Sus ojos verdes centelleaban y el puchero de su boca se fruncía fácilmente en una sonrisa, traicionando su personalidad, agradable por naturaleza. Rico, bien nacido y con buena disposición, me pareció hombre que no debía de tener preocupación de ninguna clase; aunque obviamente la tenía, pues de lo contrario no habría venido a verme.

Nos sentamos en el pequeño jardín de mi casa del Esquilino. En otro tiempo, un hombre de la condición social de Lucio nunca habría sido visto entrando en la casa de Gordiano, el Sabueso, pero en los últimos años parece que he adquirido cierta respetabilidad. Creo que el cambio comenzó después del primer caso en que trabajé para el joven abogado Marco Tulio Cicerón. Parece que Cicerón, a mis espaldas, ha estado diciendo cosas simpáticas de mí a sus colegas de los tribunales, por ejemplo que me ha alojado en su casa una vez, gracias a lo cual ha averiguado que Gordiano, pese a ser un husmeador profesional que se codea con asesinos, sabe utilizar el tazón, la cuchara y el retrete de una casa particular, e incluso sabe qué diferencia hay entre estas tres cosas.

Lucio Claudio ocupó la silla que le había sacado al patio casi corriendo. Se movía con un poco de nerviosismo y jugaba con las sortijas, luego sonrió tímidamente y levantó su copa.

-¿Me sirves un poco más? -dijo poniendo una cara gradosamente imbécil.

-Desde luego -dije batiendo palmas-. -¡Bethesda! Más vino para el invitado. El mejor, el de la botella de arcilla verde.

Bethesda obedeció a regañadientes, tardó una eternidad en levantarse de donde estaba sentada con las piernas cruzadas, al lado de una columna, y desapareció dentro de la casa. Sus movimientos eran tan graciosos como los pétalos de una flor al abrirse. Lucio la irliró con un nudo en la garganta. Traga saliva con fuerza.

-Una esclava muy guapa -susurró.

-Gracias, Lucio Claudio.

-Esperaba que no quisiera comprarla, como muchos de mis clientes más ricos hacen. Mi esperanza fue en vano.

-Supongo que no se te habrá ocurrido, pero... empezó.

-No, Lucio Claudio, no hay trato.

-Iba a decir que...

-Antes vendería la costilla que me sobra.

-Ya. -asintió con un gesto de entendimiento, pero de pronto frunció el carnosó entrecejo-. ¿Qué has dicho?

-Nada, una expresión sin sentido que he aprendido de Bethesda. Según sus antepasados paternos, un dios llamado Adonái o Yavé formó a la primera mujer con una costilla del primer hombre. Por eso algunos hombres parecen tener una costilla de más.

-¿De veras? -Lucio se toqueteó la caja torácica, pero estaba demasiado lleno para notar las costillas.

Tomé un sorbo de vino y sonreí. Bethesda me había contado varias veces la historia hebrea del primer hombre y la primera mujer; cada vez que me la cuenta, me aprieto el costado y finjo gritar de dolor, hasta que ella empieza a fruncir el morro y acabamos partiéndonos de risa los dos. A mí me parece una historia extraordinaria, aunque no más rara que las historias egipcias que le contaba su madre sobre dioses con cabeza de chacal y cocodrilos que andan a dos patas. Si es cierto, este dios hebreo se merece todo el respeto. Ni siquiera Júpiter puede presumir de haber creado algo ni la mitad de exquisito que Bethesda.

Ya había perdido bastante tiempo haciendo que mi invitado se sintiera cómodo.

-Dime, Lucio Claudio, ¿qué es lo que te preocupa?

-Pensarás que soy tonto... -empezó.

-Hombre, no, ¿cómo puedes decir una cosa así? -le asegure.

-Bueno, fue anteayer... o la víspera. Fue al día siguiente a los idus de mayo, de eso estoy seguro, fuera el día que fuese...

-Entonces fue anteanteayer -dije. Bethesda apareció y se detuvo en las sombras del pórtico, esperando que yo le hiciera una seña. Negué con la cabeza, dándole a entender que esperara. Otra copa de vino aflojaría la lengua de Lucio, pero ya estaba bastante aturdido-. ¿Y qué pasó anteanteayer?

-Resulta que estaba en este mismo barrio... bueno, no en la cima del Esquilino, sino en el valle, en la Subura...

-La Subura es un barrio fascinante -dije, tratando de imaginar que atractivo podían tener sus chillonas calles para un hombre que probablemente vivía en una mansión del Palatino. Casas de juego, burdeles, tabernas y delincuentes a sueldo... era en lo primero en que se pensaba.

-Verás -suspiró-, mis días están llenos de ocio. Nunca he tenido cabeza para la política o las finanzas, como otros de mi familia; me siento inútil en el Foro. He tratado de vivir en el campo, pero tampoco tengo mucho de granjero; las vacas me aburren. Tampoco me gusta la diversión... extraños que vienen a cenar, todos el doble de inteligentes que yo, y yo, obligado a idear entretenimientos para ellos... es un fastidio. Me aburro con facilidad, como ves. Me aburro muchísimo.

-¿Sí? -dije, reprimiendo un bostezo.

-Así que me dedico a vagar por la ciudad. Voy a Tarento a ver a los ancianos que alivian el dolor de sus articulaciones en los días cálidos de primavera. Voy al Campo de Marte para ver a los corredores adiestrando a los caballos. Subo y bajo por el Tíber, voy a los mercados de pescado, de ganado y de objetos extranjeros. Me gusta ver trabajar a la gente; me gusta ver cómo los demás se enfrascan en sus asuntos, con tanta determinación. Me gusta observar a las mujeres regateando con los vendedores, escuchar a un constructor discutiendo con los albañiles, ver cómo las mujeres asomadas a las ventanas de los burdeles cierran los postigos de golpe cuando aparecen los gladiadores haciendo el gamberro por la calle. Toda esta gente parece tan viva, tan llena de ideales y objetivos, tan... tan contraria al aburrimiento. ¿Lo entiendes, Gordiano?

-Creo que sí, Lucio Claudio.

-Entonces entenderás por qué me gusta la Subura. ¡Qué barrio! ¡Casi se puede respirar la pasión, el vicio! ¡Las casas abarrotadas, los olores extraños, el espectáculo de la humanidad! Las calles estrechas y ventosas, los oscuros y húmedos callejones, los sonidos que salen por las ventanas de los pisos altos, extraños discutiendo, riendo, haciendo el amor... ¡qué lugar tan misterioso y vital es la Subura!

-No hay nada misterioso en la miseria -sugeri.

-¡Ah! Pero ahí está la cosa -insistió Lucio e imaginé que, en su caso, la cosa estaba allí, efectivamente.



-Cuéntame tu aventura de hace dos días, el día siguiente a los idus.

-Claro. ¿No podrías mandar a la chica a por más vino? Di una palmada. Bethesda salió de las sombras. La luz del sol se reflejó en sus largos cabellos negrizados. Mientras llenaba la copa de Lucio, éste parecía incapaz de mirarla. Tragó saliva, sonrió tímidamente y asintió con energía al paladear mi mejor vino, que probablemente era peor que el que él daba a sus esclavos.

Continuó.

-Aquella mañana, bastante temprano, estaba paseando por una de las travesías de la calle principal de la Subura, silbando una tonada y admirando las florecillas y brotes que la primavera había hecho crecer entre los adoquines. La belleza se reafirmaba a si misma incluso allí, entre la miseria, pensaba para mí, y consideré la posibilidad de componer un poema, aunque no soy muy bueno midiendo pies...

-Y entonces sucedió algo, ¿no? -Le interrumpí.

-¡Oh, sí! Un hombre me gritó desde una ventana de un primer piso: «¡Por favor, ciudadano, ven enseguida! ¡Un hombre se está muriendo!». Vacilé. Después de todo, podía querer engañarme para que entrara y robarme o algo peor, y ni siquiera llevaba un esclavo conmigo para protegerme... me gusta salir solo, ¿sabes? Entonces apareció otro hombre en otra ventana del mismo piso y exclamó: «¡Por favor, ciudadano, necesitamos tu ayuda! El joven se está muriendo y ha hecho testamento... necesita siete ciudadanos para testificar y ya somos seis. ¿No quieres subir?».

»Bueno, pues subí. No es muy frecuente que alguien me necesite para algo. ¿Cómo podía negarme? El piso resultó ser un conjunto de habitaciones bonitamente amuebladas, no muy desordenado y en absoluto amenazador. En una de las habitaciones yacía un hombre en un colchón, envuelto en una manta, gimiendo y tiritando. Un hombre más viejo lo atendía, secándole la frente con un paño mojado. Había otros seis apiñados en la habitación. Ninguno parecía conocer a nadie... se habría dicho que nos habían reclutado a todos en la calle, uno por uno.

-¿Para testificar en la última voluntad del moribundo?

-Sí.

Se llamaba Auvio y era de Larino. Estaba de visita en la ciudad cuando fue víctima de una terrible dolencia. Yacía en la cama, cubierto de sudor y temblando de fiebre. La enfermedad le había envejecido mucho... según su amigo, todavía no tenía ni veinte años, sin embargo su cara estaba macilenta y llena de arrugas. Habían llamado a los médicos, pero no había servido de nada. El joven Auvio temía que fuese a morir en cualquier momento. Como no había hecho testamento... claro, un hombre tan joven... había enviado a sus amigos a buscar una tablilla de cera y un estilo. No leí el documento cuando nos lo pasaron, pero vi que había sido escrito por dos manos diferentes. El enfermo debía de haber escrito las primeras líneas, con una caligrafía titubeante y temblorosa; supongo que su amigo terminó de escribir el documento por él. Se requerían siete testigos, así que, para acelerar las cosas, el hombre más viejo se había limitado a llamar a ciudadanos que pasaban por la calle. Mientras mirábamos, el pobre muchacho garabateó su nombre con el estilo y apretó contra la cera su anillo de sello.

-Después de lo cual, firmaste tú y pusiste el sello.

-En efecto, junto con los otros. Entonces el viejo nos dio las gracias y nos instó a que abandonáramos el cuarto para que el joven Auvio pudiera descansar en paz hasta que le llegara la hora. No me importa confesar que estuve llorando a moco tendido cuando salí a la calle, y no fui el único. Vagué por la Subura lleno de melancolía, pensando en el destino de aquel joven, en su pobre familia de Larino y en cómo recibirían la noticia. Recuerdo que estuve paseando cerca de un burdel situado al final de la manzana, escasamente a cien pasos del cuarto del moribundo, y me sorprendió el contraste, la ironía de que entre aquellos muros se escondiera tanta rijosidad y tanto libertinaje, mientras unas casas más abajo la boca de Plutón se estaba abriendo para tragarse a un pobre pueblerino moribundo. Recuerdo haber pensado, ay de mí, qué bonito poema podía inspirar tal ironía...

-Sin duda se lo inspirarla a un poeta realmente grande -asentí rápidamente-. Así pues, ¿llegaste a saber qué pasó con el joven?

-Unas horas después, tras haber paseado por la ciudad sin rumbo fijo, me encontré sin advertirlo en la misma calle, como si la mano invisible de un dios me hubiera guiado hasta ella. Era poco después del mediodía. El propietario del inmueble me dijo que el joven Asuvio había muerto poco después de mi partida. El hombre más viejo... se llamaba Oppiánico, también de Larino... había llamado al propietario, llorando y lamentándose, y le había enseñado el cadáver envuelto en una sábana. Más tarde, el propietario vio a Oppiánico y a otro hombre de Larino bajar el cuerpo por la escalera y subirlo a un carro para llevarlo a los embalsamadores del otro lado de la puerta Esquilina. -Lucio suspiró-. Me agité y di vueltas toda la noche, pensando en la volubilidad de los Hados y en que la diosa Fortuna puede volver la espalda incluso a un joven que empieza a vivir. Me hacía pensar en todos los días que yo mismo había malgastado, en todas las horas de aburrimiento que...

Antes de que pudiera concebir otro aborto poético hice una seña a Bethesda para que Renara su copa y la mía.

-Una historia triste, Lucio Claudio, pero no anormal. La vida urbana está llena de tragedias. Los extraños mueren a nuestro alrededor todos los días. Nosotros seguimos.

-Ahí está la cuestión... ¡que el joven Asuvio no está muerto! ¡Lo he visto esta mañana, paseando por la Vía Subura, sonriente y feliz! ¡Oh, dioses! Todavía está un tanto paliducho, pero era él, andaba por su propio pie y paseaba como quien quiere tomar el aire.

-Quizá te has equivocado.

-Imposible. Estaba con el hombre mayor, el tal Oppiánico. Los he llamado desde el otro lado de la calle. Oppiánico me ha visto, o al menos eso creo, pero ha cogido del brazo al joven y han desaparecido en una tienda de la esquina. Los seguí, pero en aquel momento pasó un carro por la calle y el cretino del conductor casi me atropella. Cuando finalmente entré en la tienda, ya se habían ido. Debieron de cruzarla para salir a la calle por la parte trasera y desaparecer.

Se echó atrás en la silla y sorbió un poco de vino. -Me senté a la sombra, al lado de la fuente pública y traté de pensar en el asunto; entonces recordé tu nombre. Creo que fue Cicerón quien te mencionó delante de mí, ese joven abogado que se ocupó de un asuntillo legal que tuve el año pasado. No se me ocurría nadie más que pudiera ayudarme. ¿Qué dices, Gordiano? ¿Estoy loco? ¿O es cierto que los espíritus de la muerte se pasean al aire libre cuando llega el mediodía?

-La respuesta a las dos preguntas pudiera ser sí, Lucio Claudio, pero eso no explica lo que ocurrió. Por lo que me has dicho, yo diría que se trata de algo retorcido y a la vez demasiado humano. Pero dime, ¿qué te preocupa? No conoces a ninguno de esos hombres. ¿Cuál es tu interés en el misterio?

-¿No lo entiendes, Gordiano, después de todo lo que te he contado? Paso los días lleno de aburrimiento, mirando por las ventanas de la vida de otras personas. Hoy ha ocurrido algo que realmente me emociona. Me gustaría investigar las circunstancias por mí mismo, pero... -la gran mole de su cuerpo se encogió un poco-, no soy precisamente valiente...

Miré la joyería reluciente de sus dedos y su cuello.

-Entonces debería decirte que no soy precisamente barato.

-Y yo no soy precisamente pobre.

Lucio insistió en acompañarme, y eso que le avisé que si temía aburrirse, mis pesquisas iniciales serían probablemente más torturantes de lo que podría soportar. Buscar por la Subura a un par de forasteros no era exactamente mi idea de lo emocionante, pero Lucio quería seguirme a todos los lugares a donde fuera. Me limité a encogerme de hombros; si quería ir detrás de mí como un perro, estaba pagándome muy bien por el privilegio.

Empecé por la casa en la que supuestamente había muerto el joven y en la que Lucio había sido testigo de la firma del testamento. El propietario del inmueble no temía que decir más de lo que ya le había dicho

a Lucio... hasta que le di un codazo a mi cliente para indicarle que agitara su bolsa de monedas. El musical tintineo indujo al propietario a cantar.

El hombre mayor, Oppiánico, había alquilado la habitación hacía más de un mes. El tal Oppiánico tenía un círculo de amigos jóvenes de Larino y todos eran muy dados a la crápula; el casero pudo deducirlo por el olor a vino agrio que salía de la habitación, por el escándalo que armaban cada vez que jugaban y por el continuo desfile de prostitutas que les visitaban.

-¿Y el más joven, Asuvio, el que murió? -pregunté.

-Sí, ¿qué pasa con él?

-¿También era dado a la crápula?

El casero se encogió de hombros.

-Ya sabes cómo son estos jóvenes de provincias, sobre todo los que tienen algo de dinero. Vienen a Roma y quieren vivir un poco.

-Lástima que se muriera.

-Eso no tiene nada que ver conmigo -protestó el casero-. Este edificio es un lugar sano y seguro. Otra cosa sería si hubieran matado al chico en una de mis habitaciones. Pero no fue así. Cogió una enfermedad y murió.

-¿Parecía muy frágil?

-No, pero la mala vida puede destrozar la salud de cualquier hombre.

-Pero no en un mes.

-Cuando la enfermedad ataca, ataca; ni los hombres ni los dioses pueden prolongar el tiempo de una persona cuando los Hados han medido el hilo de su vida.

-Sabías palabras -dije. Cogí unas monedas de la bolsa de Lucio y las puse en la mano abierta del casero.

El burdel que había en aquella calle era uno de los más respetables de la Subura, lo que equivale a decir que era de los más caros. Varios esclavos bien vestidos aguardaban en la puerta, esperando a que sus amos salieran. El suelo del pequeño vestíbulo estaba decorado con un mosaico blanco y negro donde se veía a Príapo persiguiendo a una ninfa de los bosques. Ricos tapices rojos y verdes cubrían las paredes.

La clientela no era tampoco cualquier cosa. Mientras esperábamos al dueño del establecimiento, pasó un cliente camino, de la puerta. Por lo menos era un magistrado menor, a juzgar por su sello de oro, y parecía conocer a Lucio, al que dirigió una mirada confusa.

-¿Tú... Lucio Claudio... aquí en el Palacio de Príapo?

-Sí, ¿qué pasa, Gayo Fabio?

-¡Nunca habría imaginado que tuvieras ni un solo hueso lujurioso en todo el esqueleto!

Lucio levantó la nariz con desdén.

-Da la casualidad de que me traen aquí importantes negocios.

-¡Oh! Ya veo. Por supuesto. ¡Tranquilo, no te interrumpiré! -El hombre reprimió una sonrisa hasta que cruzó la puerta. Lo oí rebuznar en la calle.

-¡Ejem, ejem! Que se ría y chismorree a mis espaldas -dijo Lucio-. Voy a componer un poema satírico para vengarme, tan ofensivo y mordaz que a ese payaso se le quitarán las ganas de volver por aquí... ¿cómo ha llamado a este lugar?

-Palacio de Príapo -canturreó una voz aduladoramente cordial. El propietario del establecimiento apareció de repente entre nosotros y nos deslizó los brazos por los hombros-. ¿Y qué placeres puedo ofrecer para divertir a tan elegantes especímenes de la población romana? -El hombre me sonrió mansamente, luego sonrió a Lucio y por último a las piedras que decoraban el cuello y los dedos de

Lucio. Se chupó los labios y avanzó hasta el centro de la habitación, se dio la vuelta y batió palmas. Una hilera de mujeres ligeras de ropa entró en la habitación.

-En realidad -dije rápidamente-, hemos venido en nombre de un amigo.

-¿Cómo?

-Un hombre que estos últimos días, según creo, ha sido cliente asíduo de tu establecimiento. Un joven llamado Asuvio, forastero en Roma.

Por el rabillo del ojo vi un súbito movimiento entre las chicas. Una de ellas, con el pelo rubio como la miel, tropezó y estiró los brazos para no perder el equilibrio. Volvió hacia mí un par de asombrados ojos azules.

-¡Ah, sí! Ese joven tan encantador de Larino -barbotó nuestro anfitrión-. No lo vemos desde hace al menos día y medio... Empezaba a preguntarme qué había sido de él.

-Estamos aquí en su nombre -dije, pensando que no sería una mentira cuando se aclarase todo-. Nos ha enviado a buscar a su chica favorita... pero me temo que no recuerdo su nombre. ¿Lo recuerdas tú, Lucio?

Lucio dio un respingo y parpadeó para salir del trance. Tenía los ojos clavados en las chicas y amenazaban con salirse de las órbitas.

-¿Yo? ¿Qué? ¡Ah! No. No recuerdo nada. Una expresión de avaricia pura y dura cruzó la cara de nuestro anfitrión.

-¿Su favorita? Dejame pensar... sí, debe de ser Merula. Seguro que es Merula! -Otra palmada hizo aparecer a un esclavo, que pegó el oído a los labios susurrantes de su amo y salió corriendo de la estancia. Al poco rato apareció Merula, una etíope que quitaba el resuello y tan alta que tenía que inclinar la cabeza para pasar por debajo del dintel. Su piel era del color de la medianoche y sus ojos brillaban como estrellas fugaces.

Lucio, visiblemente impresionado, buscó su bolsa, pero le detuve la mano. Se me ocurrió que nuestro anfitrión nos estaba ofreciendo su propiedad más cara, no la chica que necesariamente había sido la favorita del joven Asuvio.

-No, no -dije-. Estoy seguro de que habría recordado un nombre como Merula.

-¡Ah! Pero Merula canta como un jilguero -dijo nuestro anfitrión.

-Sin embargo, yo diría que hemos venido a buscar a ésa. -Señalé a la rubia, que me devolvió la mirada con inquietud.

La taberna que había al otro lado de la calle estaba agradablemente fresca y oscura, y casi vacía. Columba, envuelta en la capa que Lucio le había puesto sobre la transparente túnica, parecía pensativa-dijo frunciendo el entrecejo. el día anterior a los idus de mayo -confirmó Lucio, seguro al fin de que tenía la cronología correcta y deseoso de ser útil.

-Y dices que viste a Asuvio en su habitación, agonizando? -La chica continuaba con el entrecejo arrugado.

-Eso parecía cuando el tal Oppiánico me dijo que subiera. -Lucio se apoyó en un brazo, mirándola con devoción, sin prestar atención a la copa de vino. No sé por qué, habría jurado que no estaba acostumbrado a la compañía de mujeres hermosas.

-¿Y fue por la mañana? -preguntó Columba.

-Sí, muy temprano.

-¡Pero Asuvio, estaba entonces conmigo!

-¿Estás segura de lo que dices?

-Completamente, porque pasamos juntos toda la noche, en mi habitación del Palacio, y nos levantamos muy tarde. Ni siquiera entonces salimos de la habitación...

-¡Ah, la juventud! -suspiré. La ramera se ruborizó ligeramente.

- Estuvimos en mi habitación hasta la hora de la comida. Así que ya ves, o te has confundido de día o...
- ¿O qué? -Bueno, es muy extraño. Algunos libertos de Asuvio estuvieron en el Palacio ayer mismo, preguntando por él. Parecía que no sabían dónde estaba. Tenían cara de preocupación. -Me miró, súbitamente recelosa-. ¿Por qué estáis interesados por Asuvio?
- No estoy muy seguro -dijo, sin faltar a la verdad-. ¿Importa eso?
- Saqué una moneda de la bolsa de Lucio y la deslicé por la mesa, hacia ella. La chica la miró con ojos calculadores y puso su manita blanca encima.
- Detestaría que le hubiera pasado algo a Asuvio tranquilamente-. Es realmente un muchacho encantador. ¿Sabes lo que me dijo cuando llegó al Palacio hace un mes? Que era la primera vez que estaba con una mujer en la cama. Desde luego, acabé por creérmelo, después de su torpeza y de su... -Se detuvo con un suspiro de nostalgia, sonrió tristemente y volvió a suspirar-. No me gustaría que fuera cierto que cayó enfermo y murió de repente.
- Pero si no ha muerto -dijo Lucio-. Por eso estamos aquí; porque no entendemos nada. ¡Yo lo he visto sano y salvo esta mañana!
- Entonces, ¿cómo puedes decir que estaba agonizando hace dos días y que el propietario del inmueble vio que se llevaban el cadáver en un carro? -Columba frunció otra vez el entrecejo-. Te he dicho que pasó conmigo toda la mañana. Asuvio no estaba enfermo en absoluto; debes de estar confundido.
- Así que lo viste por última vez anteanteayer, el mismo día que llamaron a Lucio Claudio para que fuera testigo de la última voluntad del muchacho -comenté-. Dime, Columba, y esto es muy importante: ¿llevaba encima el anillo de sello?
- Llevaba encima muy poco -dijo con franqueza.
- Eso no es una respuesta.
- Bueno, el anillo lo lleva siempre. ¿No lo llevan todos los ciudadanos libres? Estoy convencida de que lo llevaba aquella mañana.
- Pareces muy segura. ¿Me juras que no estuvo firmando documentos en tu habitación?
- Me miró fríamente y luego habló muy despacio.
- A veces, cuando un hombre y una mujer están en la intimidad, hay motivos para darse cuenta de que uno de los dos lleva un anillo. Por ejemplo, que uno sienta cierta molestia... o un estorbo. Sí, estoy segura de que llevaba el anillo.
- Asentí satisfecho.
- Cuándo se fue de tu lado?
- Después de comer. Claro que después de comer echamos un... ¿debería decir que fue dos horas después del mediodía? Sus amigos de Larino fueron a buscarlo.
- ¿No sus libertos?
- No. Asuvio no suele recurrir a los criados, dice que sólo sirven para estorbar. Siempre les encarga recados absurdos para mantenerlos lejos de él. Dice que lo único que saben hacer es contar chismes a sus hermanas, allá en Larino.
- Y supongo que también a sus padres.
- Asuvio es huérfano. Su padre y su madre murieron en un incendio hace solamente un año. Ha sido una época difícil para él, ya que tuvo que hacerse cargo de las obligaciones de su padre a toda prisa y después de una tragedia tan terrible. ¡Todas las grandes granjas que posee y todos los esclavos! Todo el papeleo, y anotar cifras y más cifras para saber lo que posee. ¡Oyéndole hablar se diría que los ricos tienen más trabajo que los pobres!
- Es lo que pensaría cualquier joven que prefiriese vivir con despreocupación y en libertad -dijo.
- Esta temporada en Roma eran sus vacaciones, después de un año de luto, duelo y trabajo. Fueron sus amigos quienes le sugirieron el viaje.
- Los mismos amigos que fueron a buscarle anteanteayer.
- Sí, el joven Vulpino y el viejo cascarrabias de Oppiánico.



- ¿Vulpino? Vaya nombre. ¿Tiene hocico y rabo como los zorros?
- ¡Ah! Su nombre real es Marco Avilio, pero todas las chicas del Palacio le llaman Vulpino porque es un zorro. Siempre está metiendo la nariz en todo y nunca parece completamente sincero, ni siquiera cuando no hay ninguna razón para mentir. Sin embargo, tiene mucho encanto y no es mal parecido.
- Conozco a esa clase de sujetos -dije-. Juega a ser una especie de hermano mayor de Asuvio, ya que Asuvio no tiene hermanos varones... lo trajo a la ciudad, le buscó un sitio para quedarse y le enseñó a pasárselo bien.
- Ya veo. Y hace dos días, cuando se fueron del Palacio, ¿dieron Oppiánico y el Zorro alguna pista de hacia dónde se llevaban al joven Asuvio?
- Más que una pista. Dijeron que se iban a los jardines.
- ¿Qué jardines?
- Pues los que hay al otro lado de la puerta Esquilina. Oppiánico y Vulpino habían estado diciéndole a Asuvio lo maravillosos que eran, con fuentes que salpicaban y flores preciosas... mayo es un mes perfecto para visitarlos. Asuvio estaba deseoso de ir. Hay muchos lugares públicos que todavía no ha visto por haber pasado la mayor parte del tiempo... bueno, disfrutando de placeres privados. -Columba esbozó una sonrisa traviesa-. Apenas ha salido de la Subura. ¡Creo que ni siquiera ha estado en el foro!
- ¡Ah, sí! Y como es natural, un joven forastero de Larino no quería perderse la visita a los famosos jardines del otro lado de la puerta Esquilina.
- Supongo que no, por la forma en que Oppiánico y Vulpino se los describieron... túneles de hojas verdes, estanques maravillosos, prados alfombrados de flores, estatuas impresionantes. Ojalá pudiera verlos yo también, pero el amo casi me deja salir de casa, a no ser que sea por negocios. ¿Creerías que hace dos años que vivo en Roma y nunca había oído hablar de esos jardines?
- Te creo -dije con seriedad. -Pero Asuvio dijo que si el lugar era a la postre tan especial como aseguraban sus amigos, me llevaría él mismo dentro de unos días, y me dio su palabra. -Su cara se iluminó un poco. Suspiré.
- La acompañamos hasta el Palacio de Príapo. Su amo se sorprendió al verla regresar tan pronto, pero no se quejó del pago.
- La calle se oscureció durante un momento debido a una nube que tapaba el sol.
- Sea cual fuere la verdad, el joven Asuvio no murió en su cama anteayer -dije-. O estaba con Columba, vivito y coleando, o, si lo viste con fiebre en su piso, se recuperó y lo has visto en la calle esta mañana. Sin embargo, empiezo a temer por el muchacho. Temo por él desesperadamente.
- ¿Por qué? -preguntó Lucio.
- Sabes tan bien como yo, Lucio Claudio, que no hay jardines al otro lado de la puerta Esquilina.

Por la puerta Esquilina se pasa de la ciudad de los vivos a la ciudad de los muertos.

A la izquierda del camino está la necrópolis pública de Roma, donde se amontonan casi juntas las tumbas de los esclavos y las modestas sepulturas de los romanos pobres. Hace mucho, cuando Roma era joven, se descubrieron pozos de cal cerca de allí. Así como la ciudad de los vivos se arracimaba alrededor del río, del foro y de los mercados, la ciudad de los muertos se extendía alrededor de los pozos de cal, los crematorios y los templos en los que se purifican cadáveres.

A la derecha del camino están los pozos negros en los que los habitantes de la Subura y barrios colindantes arrojan sus basuras. Toda clase de desechos se amontona en los fosos de arena... vajilla y muebles rotos, restos podridos de comida, prendas desechadas, sucias y rasgadas que ni siquiera un mendigo querría usar. Aquí y allá, los guardianes encendían pequeñas hogueras para quemar los desechos, luego echaban arena sobre los rescoldos con un rastrillo.

Se mire en la dirección que se mire, seguro que no hay jardines al otro lado de la puerta Esquilina, a no ser que uno se fije en las flores aisladas que crecen entre el moho de la basura, o las macilentas vides que se abren paso entre las viejas y descuidadas tumbas de los muertos olvidados. Empezaba a sospechar que Oppiánico y el Zorro tenían un sentido del humor negro muy especial.

Una mirada a Lucio me informó que estaba pensándose otra vez lo de acompañarme en aquella parte de la investigación. La Subura y sus vicios podían ser llamativos y vistosos, pero ni siquiera Lucio podía encontrar aliciente en la necrópolis y en los montones de basura. Arrugó la nariz y espantó un batallón de moscas de su cara, pero no se dio la vuelta.

Pasamos varias veces de la parte izquierda a la derecha y viceversa, preguntando, a las pocas personas que encontramos, acerca de tres forasteros que podían haber estado por allí tres días antes... un viejo, un pillo con pinta de zorro y un muchacho normal y corriente. Los cuidadores de los muertos nos hacían señas de que nos fuéramos, pues no tenían paciencia para tratar con los vivos; los vigilantes de los montones de basura se encogían de hombros y sacudían la cabeza.

Nos detuvimos al borde de los pozos de arena y vimos un paisaje que podría haberse parecido al Hades si hubiera habido un sol que iluminara los calcinados desechos del Hades a través del humo. De repente oímos un sonido silbante a nuestra espalda. Lucio dio un salto. Mi mano corrió en busca de la daga.

El responsable del ruido era un desecho humano, una piltrafa encorvada, que andaba arrastrando los pies y que nos había estado observando desde detrás de un montón de humeante basura.

-¿Qué quieres? -pregunté, con la mano muy cerca de la daga.

El bulto de pelo y harapos mugrientos se ladeó un poco y dos ojos acuosos se levantaron hacia mí.

-He oído que estáis buscando a alguien -dijo finalmente.

-Quizá.

-En ese caso, quizá pueda ayudarlos.

-Habla claro.

-¡Sé dónde encontrar al joven! La figura se encorvó y me miró de soslayo.

-Os he oído preguntar a uno de los trabajadores hace un rato. Vosotros no me visteis, pero yo sí os vi, y os escuché.

Os oí preguntar por los tres hombres que estuvieron aquí hace dos días, el viejo, el joven y el que iba con ellos. ¡Sé dónde está el joven!

-Enséñanoslo.

La criatura alargó una mano tan sucia y seca que parecía una rama partida. Lucio retrocedió espantado, pero buscó su bolsa. Lo detuve.

-Cuando nos lo enseñes -dije. El ser me silbó. Dio una patada al suelo y gruñó. Finalmente dio media vuelta y nos hizo señas de que le siguiéramos.

Cogí el brazo de Lucio y le susurré al oído.

-No debes venir. Una criatura como esa es posible que nos lleve a una trampa. Mira las joyas que llevas y la bolsa. Ve al crematorio, donde estarás a salvo. Yo seguiré a este hombre solo.

Lucio me miró con los labios fruncidos y los ojos abiertos de par en par.

-Gordiano, debes de estar bromeando. ¡Ningún poder humano ni divino me impedirá ver lo que ese hombre tenga que enseñarnos!

La criatura vaciló y se tambaleó por encima de los montones de basura y arena sucia. Anduvimos a zancadas, internándonos entre los desperdicios. Los montones de ceniza y escombros eran cada vez más altos a nuestro alrededor, ocultándonos la vista del camino. La criatura nos condujo al otro lado de una loma de arena. Una niebla naranja nos envolvió. Una nube de humo acre revoloteaba a nuestro alrededor. Me atraganté. Lucio se llevó la mano a la garganta y empezó a toser. El aliento caliente de una llama me sopló en la cara.

A través del aire turbio vi al desecho humano perfilado contra el fuego. Movía la cabeza y señalaba algo entre las llamas.

-¿Qué es? -dije-. No veo nada.

Lucio dio un respingo. Me cogió el brazo y señaló. Allí, dentro del infierno, en medio de los confusos montones de basura ardiendo, vi los restos de un cuerpo humano.

El montón de basura en llamas cayó sobre éste, soltando un chorro de chispas anaranjadas. Me cubrí la cara con la manga y puse el brazo sobre el hombro de Lucio. Juntos huimos rápidamente del calor de las llamas y del humo. La piltrafa escapó detrás de nosotros con la manaza marrón estirada y la palma hacia arriba.

-No hay pruebas de que el cadáver que el mendigo nos enseñó fuera el de Asuvio, -dije-. Por lo que sabemos, podría haber sido el de cualquier otro mendigo. La verdad no se puede probar. Éste es el intríngulis de la cuestión.

Bebí un largo sorbo de vino. La noche había caído sobre Roma. Los grillos cantaban en el jardín. Bethesda estaba sentada bajo el pórtico, al lado de una lámpara que daba una suave luz. Hacía como que cosía una túnica desgarrada, pero escuchaba todas y cada una de las palabras que pronunciábamos. Lucio Claudio estaba sentado a su lado, mirando el reflejo de la luna en su copa.

-Dime, Gordiano, ¿cómo explicas las discrepancias entre lo que yo vi y la historia que Columba nos contó? ¿Qué pasó realmente la vispera de los idus de mayo?

-Creía que la serie de los acontecimientos estaba dará.

-A pesar de eso...

-Muy bien, Así es como contaría yo la historia. Érase una vez un joven huérfano y rico que vivía en un pueblo llamado Larino y que escogió a sus amigos muy mal. Dos de estos amigos, un viejo bribón y un libertino sin escrúpulos, le hablaron de ir a Roma a pasar unas largas vacaciones. Los tres alquilaron un piso en una de las partes de la ciudad más miserables, y procedieron a revolcarse en todos los vicios capaces de dejar vulnerablemente estupefacto a un muchacho de las verdes praderas. Lejos de las observadoras hermanas del chico y de los cotilleos de Larino, el libertino Zorro y el viejo Oppiánico podían llevar a cabo su plan con total libertad.

-Una mañana en que Asuvio estaba entretenido con su puta favorita, el Zorro se hizo pasar por el chico y se metió en la cama, fingiendo una enfermedad mortal. Oppiánico llamó a los extraños que pasaban por la calle para que hicieran de testigos de una última voluntad... gente que no distinguiría a Asuvio del gran Alejandro. Oppiánico cometió al menos un error, pero se salió con la suya.

-¿Qué error?

-Alguien debió de preguntar la edad del moribundo. Oppiánico, sin pensar, dijo que todavía no había cumplido los veinte años; tú lo dijiste. Era cierto si se refería a Asuvio. Pero era el Zorro el que yacía en la cama fingiendo ser Asuvio, y deduzco que el Zorro hace mucho que ha pasado de los veinte. Induso así, tú mismo atribuíste esta discrepancia a la enfermedad... dijiste que tenía la cara «macilenta y llena de arrugas», como si la enfermedad le hubiera hecho envejecer cuarenta años. Probablemente, los otros testigos pensaron lo mismo. La gente acepta lo que sea para que lo que tiene delante de los ojos se adapte a lo que otros dicen que es la verdad.

Lucio frunció el entrecejo.

-¿Por qué el testamento estaba escrito por dos manos distintas?

-Sí, recuerdo que lo mencionaste. El Zorro lo comenzó, fingiendo tener la mano tan débil que no podía terminarlo; semejante estratagema les ayudaría a explicar por qué su firma no sería reconocible como la de Asuvio... todo el mundo pensaría que era el garabato de un hombre a punto de morir.

-Pero el Zorro puso su propio sello en la cera -protestó Lucio-. Yo le vi hacerlo. No pudo haber sido el sello de Asuvio, que estaba con Columba y llevaba su anillo.

-Ya llegaré a eso. Bien, una vez que el testamento fue firmado por todos los testigos, tú y los demás fuisteis alejados de la habitación. Oppiánico envolvió al Zorro en una sábana, se meso el pelo y se esforzó por derramar algunas lágrimas; luego llamó al propietario del inmueble.

-¡Que vio el cadáver!

-Que creyó ver el cadáver. Lo único que vio fue un cuerpo envuelto en una sábana. Pensó que Asuvio había muerto de una enfermedad repentina; no se molestó en examinar el cadáver.

-Pero más tarde vio a dos hombres llevandoselo en un carro.

Vio a Oppiánico y al Zorro, que ya se había puesto sus ropas, llevándose algo envuelto en una sábana... un saco de mijo, por lo que sabemos.

-¡Ah! Y una vez que se perdieron de vista, se deshicieron del carro y del mijo, y fueron a buscar a Asuvio a la casa de putas.

-Sí, para dar el prometido paseo por los «jardines». El mendigo, vio el resto, cómo condujeron al aturdido joven hasta un lugar alejado, donde el Zorro lo estranguló y cómo lo desnudaron y lo escondieron entre la basura. Fue entonces cuando le quitaron el sello del dedo. Más tarde borraron del testamento el sello del Zorro y aplicaron el verdadero sello de Asuvio.

-Hay una ley contra eso -dijo Lucio sin mucha convicción.

-Sí, la ley Cornelia, promulgada por nuestro querido Senado hace tres años. ¿Por qué crees que aprobaron semejante ley? Porque falsificar testamentos se ha convertido en algo tan corriente como ser senador y arrugar la nariz en público.

-Así que el hombre que vi con Oppiánico en la calle era el mismo de cuya última voluntad fui testigo...

-Sí, pero fue el Zorro ambas veces, no Asuvio. Lucio Asintió. -Y Así el plan está completo; el falso testamento engaña a las hermanas de Asuvio y a otros parientes, y deja una envidiable fortuna a sus queridos amigos Oppiánico y Marco Avilio, alias el Zorro por buenas razones.

Asentí.

-¡Tenemos que hacer algo!

-Sí, pero ¿qué? Supongo que podrías denunciar a los culpables e intentar probar que el testamento es falso. Te costaría mucho tiempo y dinero; si crees que sufres de aburrimiento ahora, espera a haber pasado un par de meses yendo de funcionario en funcionario, haciendo solicitudes en el foro. Y si Oppiánico y el Zorro encuentran un abogado la mitad de astuto que ellos, no serás tú el último que ría.

-Olvida el falso atestamento. ¡Esos hombres son culpables de un asesinato a sangre fría!

-¿Pero podrás probarlo sin un cadáver y sin testigos de confianza? Aun en el caso de que pudieras encontrarlo de nuevo, nuestro mendigo no es hombre cuyo testimonio pueda impresionar a un jurado romano.

-¿Me estás diciendo que hemos llegado al final de este asunto?

-Te estoy diciendo que si quieres ir más allá, necesitas un abogado y no a Gordiano el Sabueso.

Diez días después, Lucio Claudio volvió a llamar a mi puerta.

Verle fue una sorpresa. Después de haberme puesto en la pista del joven Asuvio y de haberme seguido hasta el final, yo pensaba que no tardaría en perder el interés y que caería en su aburrimiento de costumbre. Por el contrario, me informó que había estado haciendo algunas gestiones jurídicas por su cuenta.

Me invitó a dar un paseo. Mientras andábamos no me habló de nada en particular, pero me di cuenta de que nos dirigíamos hacia la calle en la que había sucedido la historia. Lucio comentó que estaba sediento. Entramos en la taberna que hay enfrente del Palacio de Príapo.

-He estado pensando mucho en lo que dijiste, Gordiano, sobre la justicia romana. Tienes razón; ya no podemos confiar en los tribunales. Los abogados juegan con las palabras y las leyes para servir a sus

propios fines, pervierten los sentimientos de los jurados, recurren a la intimidación y al soborno abiertamente. Sin embargo, la verdadera justicia debe resplandecer. No dejo de pensar en las llamas y en el cadáver de aquel joven, arrojado a un pozo de basura y quemado hasta quedar convertido en cenizas. Por cierto, Oppiánico y el Zorro han vuelto a la ciudad.

-¿Es que se habían ido?

-Volvían a Larino cuando los vi aquel día, antes de ir a verte. Oppiánico se cuidó de enseñar el testamento de Asuvio a todo el que quiso verlo y luego se lo llevó a los funcionarios del foro de Larino para que lo legalizaran. Eso me dijeron los observadores que envié a Larino.

-¿Observadores?

-Sí, se me ocurrió ponerme en contacto con las hermanas de Asuvio. Algunos de sus libertos han llegado a Roma esta mañana.

-Entiendo. Y Oppiánico y el Zorro están aquí ya.

-Sí. Oppiánico se aloja con unos amigos en una casa del Aventino. Pero el Zorro está al otro lado de la calle, en el piso en el que representaron la pequeña farsa.

Me di la vuelta y miré por la ventana. Desde donde estábamos sentados podía ver la puerta de la planta baja del edificio y la ventana del primer piso, la misma desde la que habían llamado a Lucio para que hiciera de testigo. Los postigos estaban cerrados.

-¡Vaya barrio! -dijo Lucio-. Algunos días pienso que en la Subura puede pasar casi cualquier cosa. - Estiró el cuello y miró por encima de mi hombro. Desde la calle me llegó el ruido de una muchedumbre que se acercaba.

Habría unos veinte hombres, blandiendo cuchillos y porras. Se congregaron delante del edificio y empezaron a golpear la puerta con las porras y a exigir que les dejaran entrar. Como la puerta no se abría, la derribaron y entraron en tropel.

Los postigos se abrieron de golpe. Una cara apareció en la ventana. Si el Zorro era realmente encantador, como nos había dicho Columba, en aquel momento era imposible decirlo. Los ojos se le salían de las órbitas de puro pánico y toda la sangre había desaparecido de sus mejillas. Miró hacia la calle y tragó saliva, como si estuviera reuniendo valor para saltar. Vaciló un momento demasiado largo; unas manos lo cogieron por los hombros y lo arrastraron dentro de la habitación.

Poco después lo sacaban por la puerta. La multitud lo rodeó y lo empujó calle arriba. Los vendedores y los desocupados se dispersaron y desaparecieron tras las puertas. Las ventanas se abrieron y rostros curiosos se asomaron por ellas.

-Date prisa -dijo Lucio, bebiéndose de un trago el vino que le quedaba- o nos perderemos la diversión. El Zorro ha salido de su madriguera y los raposeros lo van a hostigar desde aquí hasta el foro.

Salimos a la calle a toda prisa. Cuando pasamos por delante del Palacio de Príapo, miré hacia arriba. Columba estaba en una ventana, mirando lo que sucedía con cara de confusión y nerviosismo. Lucio la saludó con una sonrisa. La muchacha dio un saltito y le devolvió la sonrisa.

Lucio se puso las manos abiertas alrededor de la boca y gritó: -¡Ven con nosotros! Como la chica se mordiera el labio, en señal de titubeo, Lucio la incitó moviendo las dos manos.

Columba desapareció de la ventana y al poco rato corría calle arriba para reunirse con nosotros. Su dueño apareció en la puerta, gesticulando y dando patadas al suelo. Lucio se dio media vuelta y agitó la bolsa.

Los libertos de Asuvio vociferaron durante todo el camino hasta el foro. Los que formaban el círculo exterior golpeaban con las porras en las paredes y en los carros que pasaban; los que formaban el círculo interior rodeaban al Zorro de cerca. Empezaron a canturrear:

-¡Justicia! justicia! ¡Justicia!

Cuando estábamos llegando al foro, el Zorro estaba ciertamente hecho unos zorros.

El batallón de libertos empujaba al Zorro de un lado a otro, obligándole a trazar círculos enloquecedores. Al final llegamos al tribunal de los ediles, cuya obligación más descuidada es mantener



el orden en las calles, y que también, por cierto, incoan investigaciones preliminares cuando hay acusaciones de delitos violentos. A la sombra de un pórtico, el confiado edil de la Subura, Quinto Manilio, estaba sentado mirando con los ojos entornados un montón de papiros. Levantó la vista alarmado cuando el Zorro llegó tambaleándose ante él. Los libertos, enfebrecidos por aquel simulacro de linchamiento, empezaron a hablar a la vez, organizando un alboroto indescifrable.

Manilio arrugó la frente. Golpeó la mesa con el puño y levantó la mano. Todo el mundo se calló.

Incluso entonces pensaba yo que el Zorro burlaría a sus acusadores. Sólo tenía que defender sus derechos de ciudadano y tener la boca cerrada. Pero los malos son a menudo cobardes; incluso el corazón más frío puede sentir remordimientos por un delito, y los zorros humanos caen a menudo en trampas puestas por ellos mismos.

El Zorro se arrojó llorando en el banco.

-¡Sí! ¡Sí, es cierto que lo maté! ¡Oppiánico me obligó a hacerlo! A mí nunca se me habría ocurrido semejante plan. ¡Fue idea de Oppiánico desde el principio, fue idea suya falsificar el testamento y luego matar a Asuvio! ¡Si no me crees, llama a Oppiánico ante este tribunal y oblígale a decir la verdad!

Me di la vuelta y miré a Lucio Claudio, que tenía el mismo aspecto que había tenido siempre, dedos como salchichas, mejillas de ciruela y nariz de fresa, pero que a mí nunca más me parecería ni tonto ni atontado. Sus ojos chispeaban de manera extraña. Parecía un poco asustado, eso sí, pero muy seguro de sí mismo, lo que equivale a decir que parecía lo que era, un noble romano. En su cara había una sonrisa como la que deben de tener los grandes poetas cuando han terminado una obra maestra.

El resto de la historia contiene un poco de todo.

Me gustaría poder contar que Oppiánico, y el Zorro recibieron su justo castigo, pero la justicia romana, ay, prevaleció, lo que quiere decir que el honorable edil Quinto Manilio resultó no ser tan honorable, dado que aceptó un soborno de Oppiánico; al menos eso es lo que se rumorea en el foro. Manilio anunció al principio que acusaría de asesinato al Zorro y a Oppiánico y, de repente, abandonó el caso. Lucio Claudio estaba amargamente decepcionado. Le aconsejé que hiciera de tripas corazón; según mi experiencia, los malos como Oppiánico y el Zorro suelen tener un mal final, aunque muchos otros sufren antes de que lo alcancen.

Quizá no fuera una coincidencia, pero al mismo tiempo que se desestimaban las acusaciones de asesinato, el falso testamento se perdió en Larino. En consecuencia, las propiedades del difunto Asuvio fueron divididas entre sus parientes vivos. Oppiánico y el Zorro no sacaron ningún provecho de su muerte.

El dueño del Palacio de Príapo estaba furioso con Columba por haber salido del establecimiento sin su permiso y amenazó con castigarla poniéndole carbones encendidos en los pies, a causa de lo cual Lucio Claudio se ofreció a comprarla en el acto. Estoy seguro de que la tratan bien en la nueva casa. Puede que Lucio no sea el gallardo e incansable joven que fue Asuvio, pero eso no le ha impedido comportarse como un enamorado cumplidor y humano.

Estos días he visto a Lucio Claudio a menudo en el foro, en compañía de picapleitos aceptablemente honrados como Cicerón y Hortensio. Roma siempre puede utilizar a otro hombre sincero en el foro. Lucio me ha dicho que acaba de terminar un libro de poemas de amor y está pensando en ejercer el mismo oficio. Organiza cenas de vez en cuando y pasa su tiempo de ocio en el campo, revisando sus granjas y viñedos.

Como solían decir los etruscos, la última voluntad ha de ser buena antes que última. El pobre Asuvio no dejó testamento, después de todo, pero creo que, a pesar de los pesares, Lucio Claudio fue su beneficiario.

## Los lémures

El esclavo me puso el trozo de papiro en la mano:

DE LUCIO CLAUDIO A SU AMIGO GORDIANO, SALUD. SI QUISIERAS, ACOMPAÑAR A ESTE MENSAJERO, TE LO AGRANDECERÍA. ESTOY EN CASA DE UN AMIGO QUE VIVE EN EL PALATINO; HAY UN PROBLEMA QUE SÓLO TÚ PUEDES RESOLVER. VEN SOLO. NO TRAIGAS AL CHICO. LAS CIRCUNSTANCIAS PODRÍAN ASUSTARLE.

Lucio no necesitaba advertirme que no llevase a Eco, ya que en aquel momento el joven estaba con su preceptor, en la clase diaria de latín. Maestro y discípulo habían encontrado en el jardín un rincón iluminado por el sol de la mañana, para protegerse del aire fresco, y el anciano declamaba mientras Eco escribía en la tablilla de cera. Aunque estábamos en octubre, un mes cálido por lo general, hacía una temperatura inusualmente baja.

-¡Bethesda! -exclamé. Pero la interpelada estaba ya detrás de mí, sosteniendo abierta la capa de lana. Mientras me la ponía en los hombros, echó un vistazo a la nota que tenía en la mano. Arrugó la nariz. Como no sabe leer, Bethesda recela de todo el lenguaje escrito.

Lucio Claudio? -preguntó enarcando una ceja.

-Pues sí, pero ¿cómo...?

-Entonces me di cuenta de que debía de haber reconocido al mensajero. Los esclavos se fijan en sus colegas más que los amos entre nosotros.

-Supongo que quiere que vayas a jugar con él, o a probar la última cosecha de sus viñedos. -Se apartó el cabello negro y frunció los dulces labios.

-No creo; parece más bien que quiere encargarme un trabajito.

Le bailoteo una sonrisa en la comisura de la boca.

-En cualquier caso, no es de tu incumbencia -añadí rápidamente. Desde que había recogido a Eco en la calle y lo había adoptado legalmente, Bethesda había dejado de comportarse como una concubina para adoptar una creciente actitud de esposa y madre. No estaba seguro de que me gustara el cambio; y aún estaba menos seguro de que tuviera algún control sobre el tema.

-Un trabajo feo -proseguí-. Probablemente peligroso.

-Pero la inocente mujer estaba ya calculando cuántos nuevos sestercios entraban en las arcas de la casa. Al salir la oí tararear una alegre tonada egipcia de su niñez.

El día era luminoso y fresco. Las hojas secas se amontonaban a ambos lados de la estrecha y ventosa calle que bajaba por la falda del Esquilino hasta la Subura. El olor del humo flotaba en el aire, elevándose desde las cocinas. El mensajero se envolvió en la capa verde oscuro para protegerse del frío.

-¡Vecino! ¡Ciudadano! -me susurró una voz desde la pared que había a mi derecha. Al volverme, vi por encima del muro un par de ojos coronados por una calva semiesférica y llena de bultos que parecían chichones-. ¡Vecino... sí, tú! Eres Gordiano, ¿no?

-Lo miré cautelosamente.

-Sí, Gordiano es mi nombre.

-¿El Sabueso? -Asentí-. Aclaras misterios. Resuelves enigmas.  
-A veces.  
-¡Pues tienes que ayudarme!  
-Quizá, ciudadano. Pero no ahora. Un amigo me ha llamado...  
-Será sólo un momento.  
-No sé, vecino, hoy es un día muy raro. Estamos sólo en octubre y hace un frío de enero.  
-¡Entra! Te abriré el postigo.  
-No... mañana.  
-¡Ahora! Vendrán esta noche, lo sé... incluso esta tarde, cuando aumenten las sombras. Mira, empieza a ponerse nublado. Si el sol se oculta, puede que vengan a mediodía, aprovechando el cielo oscuro y melancólico.  
-¿A quién te refieres, ciudadano? Sus ojos se agrandaron, aunque su voz se volvió aflautada, como el chillido de un ratón.  
-Los lémures... -dijo con voz aguda. El mensajero de Lucio Claudio se arrebujó en la capa. Yo también sentí un súbito escalofrío, aunque sólo fue una ráfaga de viento seco que llegó por la calle; o eso me dije.  
-Lémures -repitió el hombre-. ¡Los muertos que no descansan en paz!  
Las hojas se dispersaban y bailaban alrededor de mis pies. Un fino dedo de nube tapó el sol, tiñendo su fría luz de un gris inconsistente.  
-Vengativos -proseguía el hombre-. Desdeñosos. Libres de remordimiento. Ya no humanos, espíritus carentes de calidez y misericordia, secos, quebradizos como astillas de hueso, no les queda nada salvo la maldad. Son muertos que no se han ido de este mundo como deberían. La venganza es su único alimento. El único regalo que ofrecen es la locura.  
Miré fijamente durante un largo rato los ojos oscuros y hundidos de aquel hombre.  
-He de atender a un amigo que me ha llamado -dije, haciendo una seña al esclavo para que continuáramos.  
-Pero vecino, no puedes abandonarme. ¡He sido soldado de Sila! ¡He luchado en la guerra civil para salvar a la república! He recibido heridas... si entras podrás comprobarlo. La pierna izquierda no me sirve para nada, para andar tengo que apoyarme en un bastón. Mientras que tú eres joven, estás entero y sano. Un joven romano como tú me debe un respeto. Por favor... ¡no hay nadie más que pueda ayudarme!  
-Yo trato con los vivos, no con los muertos -dije con determinación.  
-Puedo pagarte, si es eso lo que quieres. Sila repartió tierras etruscas entre sus soldados. Yo he vendido la granja que me tocó... nunca había pensado ser granjero. Todavía tengo plata. Puedo pagarte una buena suma si me ayudas.  
-¿Y cómo puedo ayudarte? Si tienes problemas con los lémures, consulta con un sacerdote o con un augur.  
-¡Ya lo he hecho, créeme! En primavera, cuando llega mayo, tomo parte en las Lemurias, para alejar a los espíritus malignos. Murmuro los encantamientos y echo las judías negras por encima del hombro. Quizá funcione; los lémures nunca vienen en primavera y están lejos durante todo el verano. Pero tan seguro como que las hojas se secan y caen de los árboles, me buscan cuando llega el otoño. ¡Quieren enloquecerme!  
-Ciudadano, no puedo...  
-Han formulado un hechizo dentro de mi cabeza. ¡Ciudadano, por los dioses! Tengo que irme. -por favor -susurró-. Yo fui soldado antaño, era valiente y arrojado, a nadie le tenía miedo. Maté a muchos hombres, por Sila y por Roma. He chapoteado en ríos de sangre y llanuras de miembros cercenados, y por Júpiter que nunca temblé. No temía a nadie. Y ahora... -Puso tal cara de autodesprecio que me di la vuelta -Ayúdame- suplicó.  
- Quizá... cuando vuelva...  
Sonrió lastimosamente, como un hombre condenado a muerte al que hubieran indultado.

-Sí -susurró-, cuando vuelvas...  
Me alejé a toda prisa.

La casa del Palatino, como las colaterales, tenía una fachada lisa, a pesar de estar situada en el distrito más selecto de la ciudad. Exceptuando las dos cariátides que sostenían el techo, el único adorno del pórtico era una corona funeraria de ciprés y abeto que había en la puerta.

El pequeño vestíbulo, flanqueado por máscaras de cera de nobles antepasados, conducía a un atrio modesto. En un féretro de ébano había un hombre de cuerpo presente. Me acerqué y miré el cadáver. Era joven, de menos treinta años, y sin nada especial salvo una mueca que le contorsionaba las facciones. Normalmente, los embalsamadores consiguen borrar las señales de angustia y sufrimiento del rostro de los difuntos, suavizar las frentes arrugadas y relajar las quijadas tensas. Pero la cara de aquel muerto estaba demasiado tensa incluso para los embalsamadores. Su expresión no era de dolor o infelicidad, sino de miedo.

-Se desnucó -dijo una voz familiar detrás de mí. Me di la vuelta y vi a Lucio Claudio, antiguo cliente mío del que me había hecho amigo después. Estaba tan gordo como siempre y ni siquiera la suave luz del atrio podía oscurecer el rojo cereza de sus mejillas y su nariz.

Cambiamos saludos y volvimos a contemplar el cadáver.

-Es Tito -explicó Lucio-, el propietario de esta casa. Bueno, lo ha sido durante los dos últimos años.

-¿Murió de una caída?

-Sí. Hay una galería en la fachada oeste de la casa, con una gran mirador que da a la empinada ladera del monte. Tito se cayó por allí hace tres noches. Se partió el espinazo.

-¿Murió inmediatamente?

-No. Aguantó toda la noche y murió al atardecer del día siguiente. Antes de morir contó una curiosa historia. Claro que tenía fiebre y muchos dolores a pesar de las infusiones de nepente que le daban...- Lucio removió con inquietud su considerable mole debajo de la capa negra y estiró la nervuda mano para rascarse la rizada corona de pelo cobrizo-. Dime, Gordiano, ¿qué sabes de los lémures?

Una extraña expresión debió de cruzar mi cara, pues Lucio frunció el entrecejo y arrugó la frente.

-¿He dicho algo indebido, Gordiano? -añadió.

-En absoluto. Pero es la segunda vez que alguien me habla hoy de lémures. Cuando venía hacia aquí, un vecino mío... pero no quiero aburrirte con la historia. ¡Toda Roma parece hoy obsesionada por los espíritus! Debe de ser este tiempo tan raro que hace... o la indigestión, como solía decir mi padre...

-No fue una indigestión lo que mató a mi marido. Tampoco fue este frío anormal en octubre ni los extravíos de la imaginación.

Quien hablaba era una mujer alta y delgada. Una estola de lana negra la cubría desde el cuello hasta los pies; sobre los hombros llevaba un mantón azul oscuro. Llevaba el pelo negro apartado de las mejillas y recogido encima de la cabeza con horquillas de plata y peinetas. Sus ojos eran de un azul resplandeciente. Su cara era juvenil, aunque ya no era ninguna niña. Se mantenía tan rígidamente tiesa como una vestal y hablaba con el tono imperioso de una patricia.

-Cornelia -dijo Lucio-, he aquí a Gordiano, el hombre de quien te hablé. -La mujer me saludó con una ligera indinación de cabeza-. Gordiano -continuó Lucio-, he aquí a mi querida y joven amiga Cornelia. De la rama de Sila de la familia Cornelia.

Di un ligero respingo.

-Sí -dijo la mujer-, pariente consanguínea de nuestro recientemente desaparecido y profundamente añorado dictador. Lucio Cornelio Sila era mi primo. Estábamos muy unidos a pesar de la diferencia de edad. Estuve con él poco antes de que falleciera, en su villa de Neápolis. Un gran hombre. Un hombre

generoso. -Su tono imperioso se suavizó. Volvió la mirada hacia el cadáver-. Ahora Tito también está muerto. Y yo estoy sola. Desamparada...

-Quizá deberíamos ir a la biblioteca -sugirió Lucio.

-Si -dijo Cornelia-. Hace frío en el atrio.

Nos condujo por un corto pasillo hasta una pequeña habitación. Mi antiguo cliente Cicerón no habría llamado biblioteca a aquella estancia que no poseía sino un pequeño armario con papiros, aunque habría sancionado su austeridad. Las paredes estaban pintadas de un rojo sombrío y las sillas no tenían respaldo. Un esclavo encendió el brasero situado en el centro de la habitación y se fue.

-¿Cuánto sabe Gordiano? -preguntó Cornelia a Lucio.

-Muy poco. Sólo le he explicado que Tito se cayó del mirador.

Cornelia me miró con una intensidad casi escalofriante.

-Mi marido se sentía perseguido.

-¿Por quién? ¿O por qué? Lucio ha hablado de lémures.

-No en plural, sino en singular -dijo-. Le obsesionaba un solo lémur.

-¿Y conocía a ese espíritu?

-Sí. Un amigo de su juventud; juntos estudiaron leyes en el foro. Era el propietario de esta casa antes de que fuera nuestra. Se llamaba Furio.

-Este lémur ese apareció a tu marido más de una vez?

-Empezó el verano pasado. Tito veía a aquel ser sólo durante unos momentos... junto al camino al dirigirse a nuestra villa de campo, o al otro lado del foro, o entre las sombras de delante de la casa. Al principio no estaba seguro de lo que era; se daba la vuelta, lo buscaba, pero se había desvanecido. Luego empezó a verlo dentro de casa. Fue entonces cuando se dio cuenta de quién y qué era. Desde entonces no quiso acercarse; al contrario, huía de él temblando de miedo.

-¿Tú también lo viste? Cornelia se envaró.

-Al principio no...

-Tito lo vio la noche que se cayó -susurró Lucio. Se adelantó y cogió la mano de Cornelia, pero ésta la apartó.

-Aquella noche -dijo-Tito estaba cabizbajo y meditabundo. Me dejó en mi alcoba y salió a la galería a pasear y a respirar aire fresco. Entonces vio a aquel ser... o eso contó después, en su delirio. El ser se le acercó haciendo señas. Pronunció su nombre. Tito corrió hacia el final de la galería. El ser siguió avanzando. Tito se volvió loco de miedo y, sin saber cómo, se cayó.

-¿Lo empujó el ser?

Cornelia se encogió de hombros.

-Tanto si cayó como si lo empujaron, fue su miedo al ser lo que finalmente lo mató. No murió de la caída; agonizó durante la noche y el día siguiente. Llegó el anochecer. Tito empezó a sudar y a temblar. Incluso el más pequeño movimiento significaba un sufrimiento terrible para él, y aun así se revolvía en la cama, loco de pánico. Decía que no soportaría volver a ver al lémur. Al final murió. ¿Lo entiendes? Prefirió morir a afrontar otra vez al lémur. Ya has visto su cara. No fue el dolor lo que lo mató. Fue el miedo.

Me estiré la capa para cubrirme las manos y encogí los dedos de los pies. Me pareció que el brasero no acababa de ahuyentar el frío de la habitación.

-¿Cómo describía tu marido al lémur de marras? -pregunté.

-No era difícil reconocerlo. Era Furio, el anterior propietario de esta casa. Su piel estaba blanca y llena de pústulas, sus dientes rotos y amarillos. Su pelo era como paja ensangrentada, y tenía sangre alrededor del cuello. Despedía un olor nauseabundo... pero seguro que era Furio. Aunque...

-¿Sí?

-Aunque parecía más joven que Furio cuando murió. Parecía más cercano a la edad que tenía. cuando Furio y Tito se conocieron en el foro.



-¿Cuándo viste tú al lémur?

-Anoche. Estaba en la galería, pensando en Tito y en su caída. Me di la vuelta y vi al ser, pero sólo un momento. Entré en la casa corriendo... y entonces me habló.

-¿Qué dijo?

-Dos palabras: *Ahora tú*. ¡Ay! -Cornelia dio un hipido de angustia, se arrebujo en el mantón y miró el fuego.

Me acerqué al brasero, estirando los dedos para calentarme.

-¡Qué día tan extraño! -murmuré-. Cornelia, sólo puedo decirte lo que hoy mismo le he contado a otro que me ha contado una historia de lémures: ¿por qué me consultas a mí y no a un augur? Éstos son misterios de los que sé muy poco. Cuéntame el caso de una joya perdida o de un documento robado; llámame por un asunto de chantaje o enséñame a una persona asesinada por un desconocido. Ahí te podría ayudar; de tales materias conozco algo. Pero no tengo ni idea de cómo apaciguar a un lémur. Desde luego, siempre acudo cuando mi amigo Lucio Claudio me llama; pero empiezo a preguntarme por qué estoy aquí.

Cornelia contempló los chisporroteos del brasero y no respondió.

-¿No crees posible -añadí- que este lémur no sea un lémur? Si en realidad es un hombre vivo...

-No importa lo que yo crea o deje de creer -,dijo. Vi en sus ojos el mismo, aire de súplica y desesperación que había visto en los ojos de mi vecino el soldado-. Ningún sacerdote puede ayudarme; no hay protección contra un lémur vengativo. Aunque cabe la posibilidad de que se trate de un ser humano. No es imposible, ¿verdad?

-¿Imposible? No, supongo que no.

-Y tú entiendes de esas cosas, de hombres que se hacen pasar por lémures, ¿no?

-Personalmente no tengo experiencia en tales situaciones, pero...

-Por eso le pedí a Lucio que te llamara. Si esta criatura es un ser humano vivo, podrías salvarme de ella. Si por el contrario es lo que parece ser, un lémur, entonces... entonces nada puede salvarme. Estoy condenada. -Dio un suspiro jadeante y se mordió los nudillos.

-Pero era la muerte de tu esposo lo que deseaba ese ser...

-¿No me has oído? Te he contado lo que me dijo: *¡Ahora tú!* -Cornelia se estremeció violentamente. Lucio fue a su lado. La mujer se calmó poco a poco.

-Muy bien, Cornelia. Te ayudaré si puedo. Ante todo, preguntas. Las respuestas engendran respuestas. ¿Puedes hablar?

Se mordió los labios y Asintió.

-Dices -añadí- que el ser tiene la cara de Furio. ¿Tu marido era de la misma opinión?

-Mi marido lo comentaba una y otra vez. Vio al ser muy de cerca, en más de una ocasión. La noche del fatal accidente, la criatura se le acercó tanto que se percibía su fétido aliento. Lo reconoció sin ningún género de duda.

-¿Y tú? Dices que sólo lo viste un momento anoche, poco antes de echar a correr. ¿Estás segura de que era a Furio a quien viste en la galería?

-Me bastó sólo un momento. Horrible, descolorido, distorsionado, con una mueca nauseabunda, pero tenía la cara de Furio, sin duda.

-Pero más joven de lo que lo recuerdas.

-Sí. No sé bien cómo, las mejillas, la boca ¿qué envejece o rejuvenece una cara? No lo sé, sólo puedo decir que a pesar de su fealdad, el ser se parecía a Furio de joven. No al Furio que murió hace dos años, sino al Furio joven, esbelto e imberbe.

-Ya veo. En tal caso, se me ocurren tres posibilidades. Primera: que todo esto sea cosa de Furio, no de su lémur, sino del ciudadano de carne y hueso. ¿Estás segura de que murió?

-Sí.

-¿No hay ninguna duda?

-Ninguna... -Cornelia tembló y pareció callar algo. Miré a Lucio, que apartó rápidamente los ojos.  
-Entonces es posible que Furio tuviera un hermano. ¿Un gemelo, quizá?  
-Tenía un hermano, sí, pero mucho mayor. Además, murió en la guerra civil.  
-¿Sí?  
-Luchando contra Sila.  
-Entiendo. Puede que Furio tuviera un hijo que fuese el vivo retrato de su padre.  
Cornelia negó con la cabeza.  
-No tuvo más que una niña. Su mujer y su madre viven todavía, y creo que también una hermana.  
-¿Y dónde están ahora? Cornelia apartó los ojos.  
-Me dijeron que se habían mudado a la casa de su madre, en el monte Celio.  
-Así pues, Furio está muerto y enterrado, no tenía ningún hermano gemelo, ningún hermano vivo; y no dejó hijos. Y sin embargo, el ser que hechizó a tu marido, según su versión y la tuya, tenía la cara de Furio.  
Cornelia dio un suspiro de exasperación.  
-¡Esto es absurdo! Si he recurrido a ti ha sido porque estoy desesperada. -Se apretó los ojos con las manos-. La cabeza me retumba como un trueno. La noche está a punto de caer, ¿cómo voy a soportarla? Idos ya, por favor. Quiero estar sola.  
Lucio me acompañó al atrio.  
-¿Qué piensas? -dijo. -Que Cornelia está asustada y que su marido estaba asustado. ¿Por qué el marido tenía tanto miedo de este lémur en particular? Si el fantasma había sido amigo suyo...  
-Un conocido, Gordiano, no exactamente un amigo...  
-¿Hay algo más que deba saber?  
Se removió incómodo.  
-Sabes que detesto los chismorreos. Y la verdad es que Cornelia no es tan venal como algunos creen. Hay mucho en ella que pocos saben ver.  
-Será mejor que me lo cuentes todo, Lucio. Por el bien de Cornelia.  
Frunció la pequeña boca, arrugó la carnosa frente y se rascó la calva coronilla.  
-Muy bien -murmuró-. Como ya te dije, Cornelia y su marido han vivido en esta casa durante dos años. También hace dos años que murió Furio.  
¿No es una casualidad?  
-Furio fue el primer propietario de la casa. Tito y Cornelia la compraron cuando ejecutaron a Furio por sus crímenes contra Sila y el Estado.  
-Empiezo a entender...  
-Eso espero. Furio y su familia se aliaron con quienes no debían durante la guerra civil; eran enemigos políticos de Sila. Cuando Sila consiguió el poder absoluto y que el Senado lo nombrara dictador, purgó la República de enemigos. Las proscripciones...  
-Sí, recuerdo aquello demasiado bien.  
-Una vez que un hombre aparecía en las listas de proscripciones, cualquiera podía perseguirlo y llevar su cabeza a Sila para recibir su recompensa. No tengo que recordarte el baño de sangre, pues estabas aquí; viste las cabezas clavadas en lanzas delante del Senado.  
-¿Y la cabeza de Furio estaba entre ellas?  
-Sí. Fue proscrito, detenido y decapitado. Preguntaste a Cornelia si estaba segura de que Furio estaba muerto. Ella vio su cabeza en una lanza, con la sangre manándole del cuello. Mientras tanto, su propiedad fue confiscada y vendida en pública subasta.  
-Pero las subastas no siempre eran públicas -dijo-. Los amigos de Sila tenían derecho de opción sobre las mejores granjas y villas.  
-Y los parientes del dictador -añadió Lucio con una mueca-. Cuando Furio fue decapitado, Tito y Cornelia no dudaron en contactar con Sila rápidamente y poner su sello en esta casa. Cornelia siempre la

había codiciado; ¿por qué dejar pasar la oportunidad de poseerla, y por una ganga? -Bajó la voz-. Los rumores dicen que les bastó hacer una sola oferta, ¡mil sestercios!

-El precio de una mala alfombra egipcia -dije-. Qué chollo.

-Si Cornelia tiene algún defecto, es la avaricia. En realidad es el mayor vicio de nuestra época.

-Pero no el único.

-¿Qué quieres decir?

-Dime, Lucio, ¿era el tal Furio realmente un enemigo tan grande de nuestro difunto y llorado dictador? ¿Era una amenaza tan terrible para la seguridad del Estado y la seguridad personal de Sila que mereciera incluirse en las listas de proscritos?

-No entiendo.

-Hubo quienes terminaron formando parte de las listas porque eran demasiado ricos; porque poseían cosas que otros codiciaban.

Lucio arrugó el entrecejo.

-Gordiano, lo que te acabo de contar ya es bastante delicado y te pido que no lo repitas. No sé a qué conclusiones quieres llegar, ni yo quiero saberlo. Creo que deberíamos dejar el tema.

Por muy amigo que sea, Lucio no deja de tener sangre patricia; los vínculos que unen a los ricos están hechos de oro y son más fuertes que el hierro.

Volví a casa pensando en el extraño y mortal encantamiento de Tito y su mujer. Me había olvidado completamente de mi vecino el soldado hasta que, cuando llegaba a mi domicilio, le oí silbarme desde el muro de sujardín.

-¡Sabueso! Dijiste que volverías para ayudarme y por fin llegas. ¡Entra! -Desapareció y, al poco rato, se abrió un pequeño portillo. Me agaché, crucé la puerta y me encontré en un jardín descubierto, rodeado de una columnata. Cierta olor a quemado me cosquilleó la nariz; un viejo esclavo estaba recogiendo hojas con un rastrillo, y colocándolas en montones alrededor de un pequeño brasero que había en el centro del jardín.

El soldado me sonrió con la comisura de la boca. Juzgué que no era mucho más viejo que yo, a pesar de su calvicie y de las cerdas grises que le colgaban de las cejas. Los círculos oscuros que había debajo de sus ojos me indicaban que era un hombre que necesitaba dormir desesperadamente. Se adelantó y me alcanzó una silla para que me sentara.

-Dime, vecino, ¿te has criado en el campo? -Su voz estaba un poco cascada, como si hablar con amabilidad le supusiera un gran esfuerzo.

-No, nací en Roma.

-Yo me crié cerca de Arpino. Lo digo porque te he visto contemplar las hojas y el fuego. Sé que la gente de la ciudad detesta las hogueras y los evita excepto para calentar y cocinar. Quemar hojas es una costumbre del campo. Es peligroso, pero tengo cuidado.

Levanté la mirada hacia los árboles que se perfilaban como siluetas rígidas contra el cielo nublado. Entre ellos había algunos cipreses y tejos que todavía conservaban sus colgantes harapos verdigrises, pero la mayoría estaban pelados. Un arbolillo retorcido y de aspecto extraño, poco más que un arbusto, se alzaba en el rincón rodeado por una alfombra de redondas hojas amarillas. El viejo esclavo anduvo lentamente hacia el arbusto y empezó a rastrillar las hojas para juntarlas con las otras.

-¿Hace mucho que vives en esta casa? -pregunté.

-Tres años. Vendí la granja que me dio Sila y compré este lugar. Me retiré antes de que terminaran las hostilidades. Mi pierna estaba inservible. Otra herida me inutilizó el brazo de la espada. La espalda todavía me duele de vez en cuando, sobre todo en esta época del año, cuando el tiempo empieza a

refrescar. -Hizo una mueca, aunque no supe decir si a causa del dolor fantasmagórico del hombro o de los fantasmas del aire.

-¿Cuándo empezaste a ver a los lémures? -Pregunté. Ya que aquel hombre se había empeñado en robarme tiempo, no tenía sentido ser sutil.

-Poco después de mudarme a esta casa.

-Puede que los lémures estuvieran aquí antes de que llegaras.

-No -dijo con seriedad-. Creo que vinieron detrás detrás de mí.-Cojeó hasta el brasero, se agachó con rigidez, recogió un puñado de hojas y las esparció sobre el fuego-. Sólo un puñado a la vez -dijo suavemente-. No quería ser descuidado con un fuego en el jardín. Además, hace que el placer dure más. Un poco hoy, otro poco mañana. Quemar hojas me recuerda mi infancia. Este jardín también.

-Cómo sabes que te siguieron? Me refiero a los lémures.

-Porque los reconozco.

-¿Quiénes son?

-Nunca he sabido sus nombres. -Miró fijamente el fuego-. Pero recuerdo la cara del etrusco cuando mi espada le abrió las entrañas y me miró boquiabierto e incrédulo. Recuerdo los ojos inyectados en sangre de los centinelas que sorprendimos una noche, en las afueras de Capua. Habían estado bebiendo, los muy ilusos; cuando les hundimos la espada en el vientre, percibí el olor del vino en medio del hedor que les echaban las tripas. Recuerdo al joven que maté en una batalla tan joven y tierno que mi espada le rebanó limpiamente el cuello. Su cabeza salió volando; uno de mis hombres la cogió y me la devolvió riéndose, como si fuera una pelota. Aterrizó a mis pies. juro que los ojos del muchacho estaban todavía abiertos y que sabía lo que le estaba pasando...

Se agachó, gruñendo por el esfuerzo, y recogió otro puñado de hojas.

-Las llamas lo purifican todo -susurró-. El olor a hojas quemadas es el olor de la inocencia. -Observó el fuego largo rato-. Llegan en esta época del año. Los lémures. Buscando venganza. No pueden herirme en el cuerpo; tuvieron la oportunidad de hacerlo cuando estaban vivos y lo más que consiguieron fue lisiarme. Fui yo quien arrojó sus cuerpos al río de la muerte, yo quien salió triunfante. Ahora quieren volverme loco. Han arrojado un hechizo sobre mí. Me nublan el cerebro y me arrastran hacia el abismo. Chillan y bailan alrededor de mi cabeza, se rajan el vientre encima de mí y me entierran con sus vísceras, se desmembran y me ahogan en un mar de tripas y sangre. De alguna manera siempre consigo librarme, pero mi voluntad se va debilitando con el paso de los años. Un día me arrojaran al abismo y nunca más podré salir. -Se cubrió la cara-. Vete, Gordiano. Me avergüenza que tengas que verme así. Cuando volvamos a reunimos, será más terrible de lo que puedas imaginar. ¿Vendrás cuando envíe a buscarte? ¿Vendrás y los verás tú mismo? Un hombre tan inteligente como tú puede llegar a un acuerdo incluso con los difuntos.

Dejó caer las manos. Me resultó difícil reconocer su cara: sus ojos estaban rojos, sus mejillas macilentas, sus labios temblorosos.

-Júrame que vendrás, Sabueso. Aunque solo sea para que mi destrucción tenga testigos.

-No me gusta jurar.

-Sea. Deja a los dioses fuera de esto y prométemelo como hombre. Te ruego que vengas cuando te llame.

-Vendré -dije suspirando y preguntándome si una promesa hecha a un loco era realmente vinculante.

El viejo esclavo, cabeceando con preocupación, me guió hasta el postigo.

-Me temo que tu amo está loco -susurré-. Esos lémures son fruto de su imaginación.

-Oh, no -dijo el viejo esclavo-. Yo también los he visto.

-¿Tú?

-Sí, tal como él los describe.

-¿Y los otros esclavos?

-Todos hemos visto a los lémures.

Miré al esclavo a los ojos, tranquilos e inmóviles, durante un rato. Luego crucé la puerta y él la cerró tras de mí.

-¡Una epidemia de lémures! -dije mientras me reclinaba en el triclinio aquella noche, para cenar-. ¡Roma, por lo que se ve, está infestada! -Bethesda, que presentía la inquietud detrás de mis bromas, arqueó una ceja, pero no dijo nada-. ¿Y esa estúpida advertencia que Lucio Claudio escribió en su nota esta mañana? -añadí-. «No traigas al chico, las circunstancias podrían asustarle.» ¡Ua! ¿Qué podría ser más atractivo para un muchacho de doce años que la oportunidad de ver a un lémur de verdad?

Eco masticaba un trozo de pan y me observaba con los ojos como platos, no muy seguro de si bromeaba o no.

-Todo el asunto me parece absurdo -aventuró Bethesda. Se cruzó de brazos con espíritu impaciente. Como era costumbre, ya había comido en la cocina y se limitaba a observar mientras Eco y yo nos poníamos las botas-. Como sabe incluso el más necio de los egipcios, el cuerpo de un muerto se descompone si no se ha embalsamado cuidadosamente, de acuerdo con las leyes antiguas. ¿Cómo podría un muerto vagar por las calles de Roma y asustar a ese Tito para que saltara desde la galería? Y tratándose de un muerto al que le cortaron la cabeza en vida. A ese hombre lo empujaron, eso es obvio. ¡Apuesto a que fue su mujer quien lo hizo!

-Entonces, ¿qué pasa con el encantamiento del soldado? Su esclavo jura que todos los habitantes de la casa han visto a los lémures. No uno, sino todo un enjambre.

-¡Bah! El esclavo miente para disculpar la debilidad mental de su amo. Es leal, como tiene que ser un esclavo, pero no necesariamente sincero.

-Incluso así, creo que acudiré si el soldado me llama, para juzgar por mis propios ojos. Y el asunto del lémur del Palatino vale la pena investigarlo, aunque sólo sea por los honorarios que promete Cornelia.

Bethesda se encogió de hombros. Para cambiar de tema, me volví hacia Eco.

-Y hablando de honorarios fuera de lo común, ¿qué te ha enseñado hoy ese bandido de preceptor?

Eco saltó de su triclinio y corrió a buscar el estilo y la tablilla de cera.

Bethesda descruzó los brazos.

-Si continuas con estos temas -dijo con voz afectada, para disimular su propia inquietud-, creo que tu amigo Lucio Claudio te ha dado un buen consejo. No hay necesidad de que lleves a Eco. Está ocupado con sus clases y debería quedarse en casa. Aquí está a salvo, tanto de los hombres perversos como de los malos espíritus.

Asentí, pues yo había estado pensando lo mismo.

A la mañana siguiente pasé en silencio ante la casa encantada del soldado. Éste ni me oyó ni me llamó, pero supuse que estaría despierto y en el jardín olí el aroma de las hojas quemadas que flotaba en el aire.

Había prometido a Lucio y a Cornelia que volvería a la casa del Palatino, pero había otra visita que quería hacer antes.

Unas preguntas en los oídos indicados y unas monedas en las manos competentes me bastaron para encontrar en el monte Celio la casa de la madre de Furio, a la que había huido su familia después de que él fuera proscrito, decapitado y despojado. La casa era pequeña y estrecha, y estaba empotrada entre otras casas pequeñas y estrechas que debían de haberse levantado hacia un siglo. La calle había sobrevivido, sin que se supiera cómo, a los incendios y a las constantes reconstrucciones que continuamente cambiaban el aspecto de la ciudad, y parecía introducirme en una Roma más antigua y sencilla, en aquella época en que tanto los ricos como los pobres vivían en moradas modestas, antes de que los poderosos



empezaran a hacer ostentación de sus riquezas con grandes mansiones y los pobres se hacinaran en viviendas de varios pisos.

Una llamada en la puerta bastó para que me abriera un verdadero gigante, un esclavo macizo, de pecho como un tonel, ojos conspiradores y boca desdeñosa; no era el esclavo portero de una casa respetable y de confianza, sino obviamente un guardaespaldas. Retrocedí unos pasos para no tener que mirarle echando atrás la cabeza, y le dije que quería ver a su amo.

-Si vinieras por algo lícito, sabrías que en esta casa no hay amo -gruñó.

-Desde luego -dije-. Ha sido una confusión. Quería decir tu ama, la madre del difunto Furio.

Frunció el entrecejo.

-Has vuelto a confundirte, desconocido, ¿o es que no sabes que la vieja ama está en estado de postración desde la muerte de su hijo? Ella y su hija viven apartadas y no ven a nadie.

-¿En qué estaría yo pensando? Me refería, naturalmente, a la viuda de Furio...

Pero el esclavo ya había tenido suficiente y cerró la puerta en mis narices.

Oí un cacareo detrás de mí, me di la vuelta y vi a una vieja esclava sin dientes, barriendo el pórtico de la casa del otro lado de la calle.

-Te habría resultado más fácil ver al dictador Sila cuando estaba vivo -dijo riéndose.

Sonreí y me encogí de hombros.

-¿Siempre son así de cordiales?

-Con los extraños sí. No puedes culparles... una casa llena de mujeres, sin más hombre que el guardaespaldas...

-No hay hombres en la casa desde que Furio fue ejecutado.

-¿Lo conoció? -preguntó la esclava.

-No exactamente. Pero he oído hablar de él.

-Fue terrible lo que le hicieron. No era enemigo de Sila. Furio no tenía estómago para la política ni para la lucha. Era un hombre bondadoso que ni siquiera habría apartado con el pie a un perro dormido en la puerta de su casa.

-Pero su hermano empuñó las armas contra Sila y murió luchando contra él.

-Su hermano, no Furio. Los conocía a los dos, ya que cuando eran niños crecieron en esa casa con su madre. Furio fue un joven pacífico y un hombre cauteloso. Un filósofo, no un luchador. Lo que le hicieron fue una injusticia terrible... declararle enemigo del Estado, quitarle todas sus propiedades, cortarle la... -Dejó de barrer y se aclaró la garganta. Crispó los músculos de la mandíbula-. ¿Quién eres? ¿Otro intrigante que viene a atormentar a sus mujeres?

-En absoluto.

-Porque desde ya te digo que nunca conseguirás ver ni a su madre ni a su hermana. Desde su muerte y después de la postración de la anciana, ninguna de las dos se ha movido de ahí. Mucho tiempo para guardar luto, dirás, pero Furio era lo único que tenían. La viuda sale a hacer la compra con la pequeña. Las tres encajaron muy mal la muerte de Furio.

En aquel momento se abrió la puerta de la casa de enfrente. Apareció una mujer rubia vestida con una estola negra; detrás de ella, cogida de su mano, iba una niña de mirada fija y rizos negros. Detrás, cerrando la puerta, estaba el gigante, que me vio y frunció el entrecejo.

-De compras -susurró la vieja esclava-. Suele ir al mercado a esta hora de la mañana. ¡Ah! Mira a la pequeña, qué seria va y qué guapa es. La verdad es que no se parece a su madre, no es tan rubia; yo siempre he dicho que es el vivo retrato de su tía.

-¿De su tía? ¿De su padre no?

-También de él, por supuesto...

Hablé un rato con la vieja y luego me apresuré a seguir a la viuda. Esperaba una oportunidad para hablar con ella, pero el guardaespaldas me dio a entender que tenía que mantener las distancias. Los seguí en secreto, observando sus compras mientras estuvieron en el mercado de carne.

Al final desistí y me dirigí a la casa del Palatino. Lucio y Cornelia corrieron al atrio incluso antes de que el esclavo anunciara mi llegada. Estaban pálidos por la falta de sueño y la preocupación.

-El lémur volvió anoche -dijo Lucio. -El ser estaba en mi dormitorio. -La cara de Cornelia estaba pálida-. Me desperté y lo vi al lado de la puerta. Fue el olor lo que me despertó... ¡un olor nauseabundo! Quise levantarme y no pude. Quise gritar, pero mi garganta se había congelado... el ser me lanzó una maldición. Dijo otra vez: *Ahora tú*. Y desapareció por el pasillo.

-¿Lo perseguiste? Me miró como si estuviera loco. -Luego fui yo quien vio al ser -dijo Lucio-. Me encontraba en el dormitorio del final del pasillo. Oí pasos y llamé en voz alta, pensando que era Cornelia. No hubo respuesta y los pasos se aceleraron. Salté del triclinio y salí al corredor...

-¿Y lo viste?

-Sólo un momento. Grité; el ser se detuvo, y se dio la vuelta, luego desapareció entre las sombras. Lo habría seguido. De verdad, Gordiano, juro que lo habría hecho. Pero en aquel instante me llamó Cornelia. Di media vuelta y corrí a su habitación.

-Así que el ser huyó y no lo persiguió nadie. -Ahogué una maldición.

-Me temo que no -dijo Lucio, haciendo una mueca-. Pero cuando el ser me miró en el pasillo, un rayo de luz de luna le dio en la cara.

-¿Lo viste entonces?

-Sí, Gordiano. Yo no conocí bien a Furio, pero lo conocía lo bastante para reconocerlo en la calle o en el foro. Y esa criatura, a pesar de sus dientes rotos y de sus pústulas... ¡ese espíritu maligno tenía la cara de Furio!

Cornelia ahogó un grito y empezó a tambalearse. Lucio la sostuvo y pidió ayuda. Algunas mujeres de la casa la acompañaron a su alcoba.

-Tito estaba igual antes de su caída -suspiró Lucio, cabeceando con resignación-. Se desmayaba y sufría ataques, se mareaba y era incapaz de respirar. Dicen que tales males son causados frecuentemente por lémures rencorosos.

-Quizá -dije-. O por una conciencia culpable. Me pregunto si estos lémures dejarán algún rastro de su presencia. Enséñame dónde viste al ser.

Lucio me condujo por el pasillo.

-Allí -dijo, señalando un lugar situado a pocos pasos de su habitación-. Por la noche, un rayo de luz cae exactamente ahí; todo lo demás está oscuro.

Caminé hasta el lugar y miré alrededor, luego olfateé el aire. Lucio también olfateó.

-Huele a podrido -murmuró-. El lémur ha dejado un rastro inconfundible.

-Un mal olor, eso seguro -dije-, pero no el hedor de un cadáver corrompido. ¡Mira aquí! ¡Una huella de pisada!

Dos débiles manchas marrones con forma de sandalias habían quedado en las baldosas del suelo, delante de nosotros.

A la brillante luz de la mañana se podían ver otras manchas del mismo color alejándose en ambas direcciones. Las que iban hacia el dormitorio de Cornelia, y que se habían cruzado con otros regueros de huellas, pronto se volvieron confusas e inidentificables. Las que se alejaban mostraban sólo la impronta de la punta de la sandalia, sin la marca de los talones.

-El ser se detuvo aquí, tal como dijiste; luego echó a correr, dejando estas leves impresiones. ¿Por qué un lémur correría de puntillas? ¿Y qué es esta mancha?

Me arrodillé y miré de cerca. Lucio, desprendiéndose de su dignidad patricia, se puso a gatas a mi lado. Arrugó la nariz.

-¡Huele a carne corrupta! -volvió a decir.

-No es carne corrupta -repliqué-. Es mierda corriente. Ven, vamos a ver dónde conducen las huellas. Las seguimos por el pasillo y dimos la vuelta a la esquina; los pasos terminaban delante de una puerta cerrada.

¿Da al exterior? -pregunté.

-No, por Júpiter -dijo Lucio, patricio otra vez de repente y poniendo cara de turbación-. Da a la letrina interior.

-Qué curioso. -Abrí la puerta y entré. Como era de esperar en una casa dirigida por una mujer como Cornelia, los detalles eran de lujo y el lugar no tenía una sola mancha, salvo unas huellas reveladoras en el suelo de piedra caliza. Había ventanas en la parte superior de la pared, protegidas por barrotes de hierro. Encima del agujero había un asiento de mármol. Miré dentro y examine el conducto del desagüe.

-Baja en línea recta la falda del Palatino, desagua en la Cloaca Máxima y por ésta en el Tíber -comentó Lucio. Los patricios pueden ser unos puritanos en lo que toca a las funciones corporales, pero de la ingeniería romana están justamente orgullosos.

-No es lo bastante ancha para que quepa un hombre.

-¡Qué idea tan desagradable!

-Y sin embargo...

-Llamé a un esclavo, que se las arregló para encontrarme un cincel.

-¿Qué vas a hacer, Gordiano? ¡Un momento! Esas baldosas son carísimas. No les desportilles las esquinas.

-¿Ni siquiera para descubrir esto? -Metí el cincel debajo del borde de una losa y la levanté.

Lucio se echó atrás, abrió la boca, se inclinó hacia delante y miró fijamente la oscuridad.

-¡Un túnel! -susurró.

-Eso parece.

-Hay que ver adónde conduce -dijo Lucio. Me miró y enarcó una ceja.

-Yo no, por Hércules. Ni aunque Cornelia me doblara los honorarios.

-No estaba sugiriendo que fuera un valiente como tú, Gordiano.

-Levantó la vista hacia el joven esclavo que había traído el cincel. Era un joven delgado y ágil. Cuando vio lo que quería Lucio, se echó hacia atrás y me miró con expresión suplicante.

-No, Lucio Claudio -dije-, nadie necesita correr ese riesgo; todavía no. Quién sabe lo que este joven podría encontrar... lémmures, monstruos, trampas, escorpiones o una caída que le podría causar la muerte. Primero deberíamos saber adónde da el túnel. Debe de ser sencillo, si se limita a seguir el curso natural de los desagües.

Así era. Desde la galería de la parte oeste de la casa era bastante fácil juzgar por qué parte de la falda montañosa bajaban los desagües subterráneos para internarse en el valle que había entre el Palatino y el Capitolino, punto en el que desembocaban en la Cloaca Máxima. Al pie de la colina, directamente debajo de la casa, en un descampado lleno de basura, detrás de unos almacenes y graneros, divisé un matorral. Los arbustos eran tan densos incluso sin hojas que no se podía ver entre ellos.

Lucio insistió en acompañarme, aunque su volumen y su costosa túnica no eran los más indicados para bajar dando tumbos por la empinada ladera. Finalmente llegamos al pie de la colina, luego nos adentramos en el matorral, agachándonos bajo las ramas gruesas y rompiendo otras para abrirnos paso.

Al final llegamos al centro del matorral, donde nuestra perseverancia fue recompensada. Escondido tras las densas y pobladas ramas de un ciprés estaba el final del túnel. La boca estaba toscamente hecha, bordeada de pegotes de argamasa y ladrillo roto. Era lo bastante grande para que cupiera un hombre, pero la peste que salía de allí era suficiente para mantener alejados a vagabundos y niños curiosos.

Por la noche, escondido tras los almacenes y cobertizos, aquel lugar tenía que estar más aislado que un nido de leprosos. Un hombre, o para el caso un lémmur, podía ir y venir sin ser visto por nadie.

-Frío -se quejó Lucio-, frío, húmedo y oscuro. Habría tenido más sentido quedarse esta noche en casa, donde se está caliente y seco. Podríamos habernos quedado en el pasillo y atrapar a este espíritu malo cuando saliera del pasadizo secreto. ¿Por qué, en cambio, estamos encogidos aquí, en la oscuridad y el frío, aguardando vete a saber a quién, y dando un bote de miedo cada vez que sopla una ráfaga a través del matorral?

-No tenías por qué haber venido, Lucio Claudio. No te pedí que lo hicieras.

-Cornelia habría pensado que soy un cobarde si no lo hubiera hecho -dijo en son de queja.

-¿A quién le importa la opinión de Cornelia? -le solté y me mordí la lengua. El frío y la humedad nos habían puesto al límite. Caía una llovizna, oscureciendo la luna y envolviendo el matorral en tinieblas más lóbregas. Habíamos estado escondidos entre las zarzas y los cardos desde poco después de que cayera la noche. Había advertido a Lucio que la espera era probable que fuera larga e incómoda y posiblemente inútil, pero había insistido en acompañarme. Se había ofrecido a contratar algunos rufianes para que nos escoltaran, pero si mis sospechas eran fundadas, no íbamos a necesitarlos; además, no quería que hubiera más testigos de los necesarios.

Una ráfaga de viento helado se me metió bajo la capa y me produjo un escalofrío en el espinazo. Los dientes de Lucio empezaron a castañetear. Mi humor se ensombrecía por momentos. ¿Y si, después de todo, estaba equivocado? ¿Y si el ser que veíamos no era humano, sino otra cosa?

Crujió una ramita, luego muchas más. Algo avanzaba por el matorral. Hacia nosotros.

-¡Es un ejército entero! -susurró Lucio, agarrándose a mi brazo.

-No -le respondí también entre susurros-. Sólo dos personas, si lo que supongo es cierto.

Dos formas en movimiento, oscurecidas por la maraña de arbustos y la profunda oscuridad, llegaron muy cerca de nosotros y doblaron hacia el ciprés que ocultaba la boca del túnel.

Poco después oí la voz de un hombre, maldiciendo.

-¡Alguien ha tapado el agujero! -Reconocí la voz del gigante gruñón que guardaba la casa del monte Celio.

-Quizá el túnel se haya hundido. -Cuando Lucio oyó la segunda voz, volvió a cogerme el brazo, no de miedo, sino de sorpresa.

-No -dije en voz alta-. El túnel se ha tapado a propósito para que no podáis volver a usarlo.

Hubo un momento de silencio, seguido por el rumor de dos cuerpos que se alejaban arrastrándose.

-¡Quedaos donde estáis! -dije-. ¡Por vuestro propio bien, quedaos donde estáis y escuchadme!

Los rumores cesaron y se hizo de nuevo el silencio, rasgado únicamente por una respiración jadeante y unos susurros confusos.

-Sé quiénes sois -dije-. Sé por qué habéis venido aquí. No tengo intención de haceros daño, pero tengo que hablar con vosotros. ¿Quieres hablar conmigo, Furia?

-¿Furia? -susurró Lucio. Había dejado de llover y la luz de la luna iluminaba la confusión de su cara.

Hubo un largo silencio, luego más susurros... el gigante estaba tratando de disuadir a su ama. Finalmente ésta gritó:

-¿Quién eres?

-Me llamo Gordiano. No me conoces. Pero sé que tú y tu familia habéis sufrido mucho. Se os ha maltratado injustamente. Que os vengáis de Tito y Cornelia puede que sea lícito a los ojos de los dioses; no puedo juzgarlo. Pero se os ha descubierto y ha llegado el momento de que os detengáis. Voy a ir hacia vosotros. Somos dos. No llevamos armas. Dile a tu esclavo que no os queremos perjudicar y que hacernos daño a nosotros no os servirá de nada.

Caminé despacio hacia el ciprés, una mancha negra, grande y peluda en medio de la oscuridad general. Al lado había dos figuras, una alta y otra baja.

Furia ordenó a su esclavo por señas que permaneciera donde estaba, luego anduvo hacia nosotros. Un rayo de luna cayó sobre su cara. Lucio abrió la boca y se echó hacia atrás. Aunque me lo esperaba, la visión me produjo un escalofrío que me recorrió las venas.

Estaba ante lo que parecía ser un joven con una capa andrajosa. Su cabello corto estaba acartonado por la sangre y tenía manchas de sangre alrededor de todo el cuello, como si le hubieran rebanado éste, pero sin que la cabeza se le hubiera despegado de los hombros. Sus ojos eran oscuros y parecían vacíos. Su piel era tan pálida como la muerte y estaba moteada de pústulas horribles, y sus labios estaban resacos y agrietados. Cuando Furia tomó la palabra, su voz dulce y amable contrastó extrañamente con su horrible aspecto.

-Me habéis descubierto -,dijo.

-Sí.

-¿Eres el hombre que estuvo en casa de mi madre esta mañana?

-Sí.

-¿Quién me ha traicionado? No puede haber sido Cleto -susurró, mirando al guardaespaldas.

-Nadie te ha traicionado. Hemos descubierto el túnel esta mañana.

-Mi hermano lo hizo construir durante los peores años de la guerra civil para que tuviéramos un camino de escape si llegaba una crisis repentina. Por supuesto, cuando el monstruo llegó a ser dictador, no hubo camino de escape para nadie.

-¿Era tu hermano realmente enemigo de Sila?

-No de una manera activa; pero hubo quienes deseaban pintarle como a tal, quienes codiciaban todo lo que tenía.

-¿Furio fue proscrito sin razón?

-¡La única razón que había era la codicia de esa puta! -Su voz era dura y amarga. Miré a Lucio, que estaba curiosamente silencioso ante aquella agresión contra Cornelia.

-Pero acosaste a Tito primero...

-Sólo para que Cornelia supiera lo que le esperaba. Tito, era un pusilánime, un don nadie fácil de asustar. Pregunta a Cornelia; ella siempre podía intimidarle para que hiciera cualquier cosa que ella quisiera, incluso si eso significaba destruir a un inocente. Fue Cornelia quien convenció a su querido primo Sila de que incluyera el nombre de mi hermano en las listas de proscritos, sólo para quedarse con nuestra casa. Como los hombres de nuestra línea han perecido y Furio era el último, Cornelia pensó que su calumnia quedaría siempre impune.

-Pero ahora hay que detener todo esto, Furia. Debes contentarte con lo que has hecho hasta ahora.

-¡No! -Una vida por otra -dije-. Tito por Furio.

-¡No, ruina por ruina! La muerte de Tito no nos devolverá nuestra casa, ni nuestra fortuna, ni nuestro buen nombre.

-Ni la muerte de Cornelia tampoco. Si sigues, seguro que te cogerán. Tienes que contentarte con la mitad de la venganza y olvidar el resto.

-¿Piensas decírselo, entonces? ¿Ahora que me has descubierto?

Vacilé.

-Primero, dime la verdad, Furia: ¿empujaste a Tito de la galería?

Me miró sin expresión; la luz de la luna hacía que sus ojos relucieran corrió pedazos de ónice.

-Tito saltó de la galería. Saltó porque pensó que veía el lemur de mi hermano y no pudo soportar su propia maldad ni su culpa.

Incliné la cabeza.

-Vete -susurró-. Coge a tu esclavo y vete; vuelve con tu madre, tu sobrina y la viuda de tu hermano. No vuelvas nunca.

Levanté la cabeza y vi lágrimas corriendo por sus mejillas. Era una extraña visión, ver llorar a un lemur. Llamó al esclavo y salieron del matorral.



\* \* \*

Subimos la colina en silencio. Los dientes de Lucio dejaron de castañetear, y empezó a soplar y resoplar. Al llegar junto a la casa de Cornelia, me lo llevé aparte.

-Lucio, no debes contárselo a Cornelia.

Pero ¿cómo entonces...?

-Le diremos que encontramos el túnel, pero que no apareció nadie; que su acosador está asustado de momento, pero puede volver, en cuyo caso ella puede organizar sus propias defensas. Sí, déjale pensar que la misteriosa amenaza todavía está en el aire, planeando su destrucción.

-Pero Cornelia merece...

-Merece lo que Furia le reservaba. ¿No sabías que Cornelia había puesto el nombre de Fimo en las listas sólo para quedarse con esta casa?

-Yo... sucio se mordió el labio-. Yo ya sospechaba la posibilidad. Pero no fue tan excepcional, Gordiano. Todo el mundo hacía lo mismo.

-Todo el mundo no. Tú no, Lucio.

Cierto -dijo, asintiendo tímidamente-. Pero Cornelia te acusará de no haber capturado al impostor. Se negará a pagarte los honorarios completos.

No me importan los honorarios.

-Yo abonaré la diferencia -dijo Lucio.

Apoyé la mano en su hombro.

-¿Qué es más raro que un camello en las Galias? -dije. Lucio arrugó la frente-. ¡Un hombre honrado en Roma!

-Me eché a reír y le oprimí el hombro.

Lucio me apartó la mano con un típico gesto de malestar.

-Aún no entiendo cómo supiste la identidad del impostor.

-Te dije que había visitado la casa del monte Celio por la mañana. Lo que no te dije es lo que me contó la vieja esclava de la casa de enfrente: que Furio sólo tenía una hermana y que se parecía muchísimo a él... tanto que con sus rasgos más suaves y femeninos podría haber pasado por una versión más joven de Furio.

-Pero su horrible apariencia...

Una ilusión. Cuando seguí a la viuda de Furio hasta el mercado, la vi comprar una considerable cantidad de sangre de vaca. También juntó un puñado de bayas de enebro, que llevaba su pequeña hija.

-¿Bayas?

-Las pústulas de la cara de Furia... eran bayas de enebro cortadas por la mitad. La sangre era para apelmazar el cabello y mancharle el cuello. Y en cuanto al resto de su apariencia, el maquillaje y la ropa cadavéricos... nosotros, Lucio, sólo podemos imaginar el ingenio de unas mujeres unidas por un objetivo común. Furia ha estado reclusa durante meses, lo que explica la extraña palidez de su piel, que pudiera cortarse el pelo y que nadie se diera cuenta. -Cabeceé-. Una mujer notable. Me pregunto por qué no se habrá casado. Supongo que la confusión de la guerra civil destruyó cualquier plan que tuviera, y la muerte de sus hermanos destruyó sus proyectos para siempre. La desdicha es como un guijarro arrojado a una charca, que origina una onda que no hacen más que crecer.

Aquella noche me dirigí a casa cansado y triste. Hay días en los que uno ve demasiado la perversidad del mundo y sólo un largo sueño en la segura reclusión del hogar restaura las ganas de vivir. Pensé en Bethesda y en Eco, y traté de apartar la cara de Furia de mi cabeza. Ya ni me acordaba del soldado maldito y su legión de lémures.

Pasé ante el muro de su jardín, percibiendo el olor familiar de las hojas quemadas, pero no pensé nada especial hasta que oí abrirse el postigo de madera y la voz de su viejo criado.

-¡Sabueso! ¡Gracias a los dioses que por fin has vuelto! -susurró con voz ronca. Parecía sufrir una extraña dolencia, porque el hueco del postigo tenía altura suficiente para permitirle estar totalmente derecho, y sin embargo permanecía extrañamente inclinado. Sus ojos habían perdido brillo y le temblaba la mandíbula-. El amo envió recaderos a tu casa. Volvieron con la noticia de que estabas fuera, pero cada rato vuelven para informarse. Cuando los lémures llegan, el tiempo se detiene. ¡Por favor, entra! ¡Salva al amo... sálvanos a todos!

Del otro lado del muro brotaron lamentos, no de un hombre solo, sino de varios. Oí los gritos de una mujer y el ruido de objetos pesados que se volcaban. ¿Qué locura se había adueñado de la casa del soldado?

-¡Por favor, ayúdanos! ¡Los lémures, los lémures! viejo esclavo puso tal cara de horror que empecé a retroceder. Metí la mano bajo la túnica y acaricié el puño de la daga. Pero ¿de qué iba a servir una daga contra los que ya estaban muertos?

Crucé el postigo. Mi corazón latía como un martillo que golpease un yunque.

El aire del jardín estaba lleno de humo; después de la llovizna, un frío húmedo había descendido como una manta sobre las colinas de Roma, impidiendo que ascendiera el humo de las chimeneas y haciendo el aire espeso e inmóvil. Tragué una irritante bocanada de aire y tosi.

El soldado salió corriendo de la casa. Tropezó, cayó, avanzó de rodillas, me rodeó la cintura con los brazos y me miró con los ojos llenos de terror pánico.

-¡Ahí! -Señalaba hacia la casa-. ¡Me persiguen! Dioses, tened piedad...¡el muchacho sin cabeza, el soldado con las tripas fuera, todos, todos!

Miré la oscuridad nebulosa, pero no vi nada excepto una ligera espiral de humo. De repente me sentí mareado y aturdido. Seguramente, me dije, porque no había comido en todo el día; habría tenido que ser menos orgulloso con la hospitalidad de Cornelia y haber aceptado por lo menos un plato de comida. De pronto, mientras miraba, el la espiral de humo empezó a expandirse y a cambiar de forma. Una cara salió de la sombría oscuridad: la cara de un joven, retorcida por el sufrimiento.

-¡Mira! -gritó el soldado-. ¡Mira al pobre muchacho con su propia cabeza en la mano, igual que Perseo cuando sostenía la cabeza de la Gorgona! ¡Fíjate en cómo me mira, cómo me acusa!

La verdad es que entre el humo y la oscuridad empecé a ver exactamente lo que el desgraciado describía, un joven decapitado, vestido para la batalla, que sujetaba en alto y por los pelos su propia cabeza. Abrí la boca lleno de terror. Detrás del muchacho empezaron a aparecer otras formas... primero unas pocas, luego muchas, después una legión de fantasmas cubiertos de sangre y retorciéndose en el aire como quimeras.

Era un espectáculo terrorífico. Habría huido, pero tenía los pies clavados al suelo. El soldado se cogió a mis rodillas. El viejo esclavo empezó a llorar y a balbucir. Dentro de la casa se oían gemidos y gritos de consternación.

-¿No los oyes? -exclamó el soldado-. ¡Los lémures, chillando como arpías! -El ejército de cadáveres empezó a lloriquear y a lamentarse... ¡era imposible que no lo oyese toda Roma!

Al igual que el hombre que se ahoga, una mente sometida a mil tensiones se aferra a cualquier cosa para salvarse. Un poco de paja puede flotar, pero no sostendrá a un hombre exhausto; un madero puede darle un respiro, pero lo mejor es una roca firme en medio de la corriente furiosa. Así manoteaba mi mente, tratando de aferrar cualquier cosa que pudiera salvarla de aquel horror inexplicable. Había llegado el momento de decir basta y en aquel momento infinitamente: frágil cruzó mi alma un chorro de imágenes, de recuerdos, de escenas y de ideas. Me así a las pajas. La locura me arrastraba hacia abajo, como una corriente invisible en un océano de aguas negras. Me hundía... hasta que de repente encontré la sólida verdad a la que aferrarme.

-¡La zarzal -susurré-. ¡La zarza ardiente que habla! El soldado, pensando que había conseguido ver algo en medio de la masa de lémures, se sujetó a mí entre temblores.

-¿Qué zarza? ¡Ah, sí! ¡Es increíble! Yo también la veo...

-No, el arbusto que hay aquí, en tu jardín! Ese arbolillo retorcido que hay entre los tejos, con hojas amarillas a su alrededor. Pero sus hojas han sido arrastradas entre las otras, quemadas con las otras en el brasero, y el humo sigue en el aire...

Saqué al soldado del jardín a empujones, por el postigo. Volví a buscar al viejo esclavo y luego, uno por uno, a todos los demás. Se apiñaron todos sobre los adoquines de la calle, temblando y confundidos, con los ojos dilatados por el terror e inyectados en sangre.

-¡No hay lémures! -susurré con la garganta irritada por el humo, aunque continuaba viendo a los lémures por encima del muro, contoneándose y agitando sus intestinos en el aire vacío.

Los esclavos chillaban y se abrazaban entre sí. El soldado se cubrió con las manos.

\* \* \*

Cuando los esclavos se fueron calmando, los guíé por grupos a mi casa, donde se quedaron apelotonados, asustados pero a salvo. Bethesda estaba perpleja y disgustada por la repentina invasión de extraños medio locos, pero Eco estaba encantado por la oportunidad de quedarse levantado hasta el amanecer en circunstancias tan insólitas. Fue una noche larga y fría, caracterizada por accesos de pánico y brotes de mutuo apaciguamiento, mientras esperábamos que volviera la cordura.

La primera luz de la mañana apareció, trayendo un fresco rocío que fue un tónico para los sentidos todavía confusos por la falta de sueño e intoxicados por el humo. Mi cabeza retumbaba como un trueno, con una resaca mucho peor que cualquiera que hubiera podido causarme el vino. Un rayo de sol pálido era como un cuchillo para mis ojos, pero dejé de ver visiones de lémures y de oír sus lamentos desenfrenados.

El soldado, ojeroso y aturdido, me rogó que le diera una explicación.

-La verdad llegó a mí de repente -dije-. Tu rito anual de quemar hojas, y la visita anual de los lémures... el humo que llenaba tu jardín y la epidemia de espíritus malignos... todo esto estaba conectado de alguna manera. Ese arbolillo extraño y retorcido que tienes en el jardín no es originario de Roma, ni de Italia. No tengo ni idea de cómo llegó allí, pero sospecho que sus semillas vinieron de Oriente, donde no son raras las plantas que causan alucinaciones. Existe una planta etíope que llaman de la culebra, cuyo jugo causa unas alucinaciones tan terribles que llevan a los hombres al suicidio; los condenados por sacrilegio son obligados a beberlo como castigo. También conozco la planta fluvial que crece en las orillas del Indo y que es famosa porque hace desvariar a los hombres y les produce extrañas visiones. Pero sospecho que el arbolillo de tu jardín es un espécimen de arbusto raro descubierto en las montañas rocosas del Egipto oriental; Bethesda sabe una historia sobre él.

-¿Qué historia? -dijo Bethesda.

-¿Ya no te acuerdas? La historia que tu padre el hebreo te contó sobre un antepasado suyo, un tal Moisés, un pastor que encontró una zarza que ardía y al mismo tiempo le hablaba. Las hojas de tu arbusto, vecino, no sólo hablan, sino que producen visiones poderosas.

-Aun así, ¿por qué vi lo que vi?

-Viste lo que más temías... los espíritus vengativos de los hombres que mataste luchando por Sila.

-¡Pero los esclavos veían lo mismo que yo! ¡Y tú también!

-Vimos lo que tú sugerías. ¿No te diste cuenta de que empezaste a ver una zarza ardiendo cuando yo dije «zarza ardiente»? Cabeceó.

-Nunca había sido tan poderoso como anoche. ¡Fue peor que nunca!

-Probablemente porque, en el pasado, sólo quemabas un puñado de hojas amarillas a la vez, y el viento frío se llevaba gran parte del humo; las alucinaciones afectaban a algunos, pero no a todos los habitantes de la casa. Pero anoche quemaste un buen montón de hojas amarillas al mismo tiempo. El humo llenaba el jardín y se metió en tu casa. Todo el que lo respiró quedó intoxicado y afectado de locura temporal. Una vez escapamos del humo, la locura pasó, como una fiebre que se consume sola.

-Entonces, ¿los lémures no han existido nunca?

-Creo que no. -Y si arranco ese arbusto maldito y lo tiro al Tíber, ¿volveré a ver a los lémures?

-Quizá no. -Aunque podrías verlos siempre en tus pesadillas, pensé.

-Entonces fue como yo supuse -dijo Bethesda aquella tarde, con un paño húmedo en la mano, para refrescarme la frente. Todavía cruzaban mis sienes algunas punzadas de dolor, y cada vez que cerraba los ojos, se perfilaban en la oscuridad alarmantes visiones.

-¿Tal como supusiste? ¡Qué tontería! -dije-. ¡Pensaste que Tito había sido empujado desde la galería y que lo había hecho su mujer, Cornelia!

-Una mujer que fingía ser un lémur le obligó a saltar. Es casi lo mismo -insistió.

-Y dijiste que el viejo esclavo del soldado mentía al decir que había visto a los lémures, cuando de hecho estaba diciendo la verdad.

-Lo que dije es que los muertos no pueden pasearse por ahí a menos que hayan sido cuidadosamente embalsamados; y en esto, estaba totalmente en lo cierto. Y fui yo quien te habló una vez de la zarza ardiente que hablaba, ¿recuerdas? Sin eso, nunca habrías deducido la causa.

-Es verdad -admití, decidiendo que era imposible ganar la discusión.

-Esa curiosa idea romana sobre los lémures que persiguen a los vivos es completamente absurda -continuó.

-De eso no estoy seguro. ¡Pero has visto la verdad por tus propios ojos! Con tu propio ingenio has probado, no una sino dos veces, que lo que todo el mundo pensaba que eran lémures no lo eran en absoluto, sólo un plan de venganza en un caso y humo embriagador en el otro... ¡y en el fondo de los dos casos, una conciencia culpable!

-Confundes el punto de vista, Bethesda.

-¿Qué quieres decir?

-Que los lémures sí existen... quizá no como visitantes perceptibles por los sentidos, sino de otra manera. Los muertos tienen poder para sembrar la desgracia entre los vivos. El espíritu de un hombre puede acarrear estragos incalculables desde la tumba. Cuanto más poderoso es el hombre, más terrible es su capacidad de hacer el mal. -Tirité, no por las llamativas alucinaciones del jardín del soldado, sino por la verdad desnuda, que era infinitamente más horrorosa-. Roma es una ciudad encantada. El lémur de Sila nos persigue a todos. Es posible que esté muerto, pero no en paradero desconocido. Su maldad permanece, llevando la desesperación y el sufrimiento tanto a sus amigos como a sus enemigos.

Bethesda no tuvo respuesta para esto. Cerré los ojos y ya no vi más monstruos, pero dormí. con un sueño inquieto hasta el amanecer del día siguiente.

## El pequeño César y los piratas

-¡Salve, Gordiano! Dime, ¿has oído lo que dicen en el Foro sobre el joven sobrino de Mario, Julio César?

Era mi buen amigo, Lucio Claudio el que se dirigía a mí en tales términos en las escaleras de las termas Senias. Yo entraba, pero él debía de estar saliendo.

-Si te refieres a esa vieja anécdota sobre el guapo César jugando a ser la reina del rey Nicomedes de Bitinia, sí, la he oído antes... a ti mismo, según creo, y más de una vez, y en cada ocasión con más detalles gráficos.

-No, no, esos pequeños cotilleos son ya historia antigua. Estoy hablando de lo que le ha sucedido con los piratas... pago de rescates, venganzas, ¡incluso crucifixiones!

Lo miré fingiendo curiosidad. Lucio sonrió y sus dos papadas se convirtieron en una única barbilla. Tenía los mofletes del color del azafrán a causa del calor de los baños, y sus rizos naranja todavía estaban húmedos. El brillo de sus ojos tenía esa especial alegría de ser el primero en contar un chisme especialmente jugoso.

Le confesé que me había picado la curiosidad. Sin embargo, como Lucio salía de los baños mientras que yo acababa de llegar, y como estaba deseando sumergirme en el agua caliente para contrarrestar el fresquito que flotaba aún en el aire de la primavera.... la anécdota, por Hércules, tendría que esperar.

-¿Qué? ¿Y dejar que te la cuente otro y te explique todos los detalles al revés? ¡No, Gordiano, no, por los dioses! Te acompañaré. -Indicó por señas a sus sirvientes que dieran media vuelta. El ropero, el barbero, el manicuro, el masajista y los guardaespaldas parecieron algo confusos, pero nos siguieron sumisamente al interior de los baños.

Fue un golpe de suerte para mí, ya que necesitaba un poco de aseo y de atención personal. Bethesda se apanaba como mejor podía para no cortarme el pelo a trasquilones, y como masajista no tenía rival, pero Lucio Claudio era lo bastante rico para permitirse lo mejor en servicios corporales. Hay algo que debe decirse sobre el acceso ocasional a los servicios de los esclavos de un rico. Mientras me recortaban, limaban y pulían cuidadosamente las uñas de las manos y de los pies, me esculpían magistralmente el pelo y me rapaban sin dolor la barba, Lucio trataba de empezar la anécdota y yo no hacía más que impedirlo, para asegurarme de que recibía el tratamiento completo.

Hasta nuestra segunda visita a la piscina caliente no le permití empezar formalmente. Entre las nubes de vapor, con nuestra cabeza asomando del agua como islotes en la niebla, me contó su anécdota de marineros.

-Como sabes, Gordiano, en los últimos años el problema de la piratería ha aumentado de un modo muy serio.

-Culpa a Sila, a Mario y a la guerra civil -dije-. Las guerras significan refugiados, y los refugiados significan más bandidos en los caminos y más piratas en el mar.

-Sí, bien, sea cual fuere la causa, todos vemos las consecuencias. Barcos asaltados y capturados, ciudades saqueadas, ciudadanos romanos tomados como rehenes.

-Mientras tanto, el Senado vacila, como de costumbre.

-¿Qué puede hacer el Senado? ¿Encomendar una misión naval extraordinaria a algún general deseoso de poder, que luego pudiera utilizar las fuerzas que le damos para atacar a sus rivales políticos y declarar otra guerra civil?

Cabeceé. -Atrapados entre señores de la guerra y bandoleros, con el Senado romano guiándonos a veces no sé qué va a ser de nuestra república.



-Es lo que dicen todos los hombres que tienen dos dedos de frente -dijo Lucio. Compartimos un momento de silenciosa reflexión sobre la crisis del Estado romano. Lucio reanudó inmediatamente la anécdota.

-Bueno, cuando digo que los piratas se han vuelto tan atrevidos como para secuestrar a ciudadanos de Roma, no me refiero simplemente a comerciantes a quienes raptan de un barco mercante por pura casualidad. Me refiero a ciudadanos distinguidos, nobles romanos a quienes incluso los piratas ignorantes deberían conocer antes de molestar. Me refiero al joven Julio César, sin ir más lejos.

-¿Cuándo ocurrió?

-Al comienzo del invierno. César había pasado el verano en la isla de Rodas, estudiando retórica con Apolonio Molón. Se le había encomendado el cargo de agregado del gobernador de Cilicia, pero se entretuvo en Rodas todo el tiempo que pudo y partió al final de la temporada marítima. Ante las costas de la isla de Farmacusa su barco fue perseguido y capturado por los piratas. ¡César y todos los suyos cayeron prisioneros!

Lucio arqueó una ceja, lo que produjo un curioso dibujo de arrugas en su frente carnosa.

-Recuerda -añadió- que César sólo tiene veintidós años, lo que podría explicar que fuera tan imprudente. Recuerda también que su buena presencia, su riqueza y sus relaciones siempre le han permitido conseguir lo que quiere. Figúrate: se encuentra de pronto entre las garras de los piratas cilicios, la gente más sanguinaria de la tierra. ¿Se acoquinó ante sus amenazas? ¿Agachó la testuz? ¿Baló como un cordero? De ningún modo. ¡Todo lo contrario! Se burló de sus captores desde el principio. Le dijeron que planeaban pedir un rescate de medio millón de sestercios. ¡César se rió en su cara! Por un cautivo como él, les dijo, si no pedían al menos un millón, es que eran como imbéciles de nacimiento. Y como los piratas eran cualquier cosa menos imbéciles, pidieron un millón.

-Interesante -dije-. Al dar mayor valor a su vida, obligó a los piratas a hacer lo mismo. Supongo que incluso los asesinos sedientos de sangre tienden a cuidar mejor a un rehén de un millón de sestercios que a otro que a lo sumo sólo valga la mitad.

-¿Así que crees que la jugada demuestra la inteligencia de César? Sus enemigos lo atribuyen a simple vanidad. Pero me quitó la corona de laurel por lo que hizo a continuación, que fue negociar la liberación de casi todo su séquito. Sus numerosos secretarios y ayudantes quedaron en libertad porque César insistió en que el millón del rescate debía recogerse en varios lugares y para estas gestiones necesitaba movilizar a todo su séquito. A los únicos que retuvo junto a sí fue a dos esclavos, imprescindibles para cuidar de la comodidad de un noble, y a su médico personal, de quien César no puede prescindir debido a los ataques que le produce su enfermedad convulsiva.

»Bien, dicen que César pasó casi cuarenta días en las garras de los piratas y enfocó este cautiverio como si fueran unas vacaciones. Si se ponía a dormir la siesta y los piratas hacían demasiado ruido, enviaba a un esclavo a decirles que no alborotaran tanto. Cuando los piratas se enfrascaban en ejercicios y juegos, César se unía a ellos, los derrotaba de vez en cuando y los trataba, no como si fueran sus captores, sino sus guardias. Para ocupar el tiempo libre, escribía discursos y componía versos, tal como le había enseñado Apolonio Molón, y cuando terminaba una obrita conminaba a los piratas a que se sentaran en silencio y le escucharan. Si le interrumpían o hacían algún comentario crítico, les llamaba bárbaros y analfabetos. Les decía en broma que les iba a dar jarabe de látigo, como si fueran niños díscolos, y bromeaba incluso sobre hacerles morir en la cruz por ofender la dignidad de un patricio romano.

-¿Y los piratas soportaban semejante insolencia?

-¡Parecía encantarles! César ejercía una especie de fascinación sobre ellos, por el poder puro y desnudo de su voluntad. Cuanto más los maltrataba y ofendía, más encantados estaban.

»Por fin llegó el rescate y César fue liberado. Rápidamente se dirigió a Mileto, se puso al frente de unos cuantos barcos, y volvió directamente a la isla de los piratas. Los cogió por sorpresa, capturó a casi todos y no sólo reclamó el dinero del rescate sino que además se apoderó de sus tesoros, que se incautó como botín de guerra. Como el gobernador local, que buscaba una trampa legal que le permitiera

reclamar el botín para sus propias arcas, dudara sobre lo que hacer con los piratas, César se ofreció para encargarse del castigo. Muchas veces, mientras había estado prisionero, había alardeado de que los iba a crucificar, y ellos se habían reído, pensando que eran simples bravatas de niño mimado... pero fue César quien rió el último, porque al final los crucificó. «Que los hombres aprendan a tomarme al pie de la letra», dijo.

A pesar del calor del baño sentí un escalofrío. -¿Todo eso te lo han contado en el foro, Lucio? -Sí, está en boca de todos. César viene ya hacia Roma y la historia de sus hazañas le precede.

-¡La típica fábula moral que gusta a los romanos! -gruñó-. No hay duda de que ese ambicioso y joven patricio piensa hacer carrera política. Los chascarrillos como el que me has contado es la mejor manera de labrarse una reputación entre los votantes.

-Bueno, César necesita algo para recuperar la dignidad después de haberla perdido en la corte del rey Nicomedes -dijo Lucio con una sonrisa sarcástica.

-Sí, a los ojos de la multitud, nada refuerza tanto la dignidad romana como clavar a un puñado de hombres en la cruz -dije con talante sombrío.

-Y nada la mengua tanto como que le claven a uno, aunque sea en el lecho de un rey -observó Lucio.

-Esta agua se está calentando demasiado; me está poniendo irritable. Creo que voy a aprovechar los servidos de tu masajista, Lucio Claudio.

La historia de César y los piratas fue la comidilla de la república durante una larga temporada. Durante los meses siguientes, mientras la primavera se convertía en verano, la oí en varios idiomas y con multitud de variantes, en las tabernas y en las esquinas, en boca de filósofos en el foro y en boca de acróbatas delante del Circo Máximo. Era un claro ejemplo de hasta qué punto el problema de la piratería desbordaba a las autoridades, decían todos, asintiendo gravemente, pero lo que realmente les impresionaba era que aquel joven y bragado patricio hubiera cautivado con su arrogancia a unos piratas sedientos de sangre y, finalmente, hubiera descargado sobre ellos todo el peso de la justicia romana.

\* \* \*

Fue un tórrido día estival del mes sextil cuando me llamaron de la casa de un patricio llamado Quinto Fabio.

La mansión estaba en el Aventino. Parecía antigua y al mismo tiempo inmaculadamente conservada, indicio de que los propietarios habían prosperado allí durante varias generaciones. El vestíbulo estaba flanqueado de docenas de efigies de antepasados de la familia; los Fabios se remontaban a la fundación de la república.

Fui conducido a una habitación que daba al patio interior y en la que me esperaban mis anfitriones. Quinto Fabio era un cuarentón de mandíbula saliente y sienes plateadas. Su mujer, Valeria, tenía el pelo castaño y los ojos azules, y era sorprendentemente hermosa. Trajeron una silla para mí, y un esclavo para que me abanicara.

Normalmente, cuanto más arriba está un cliente en la escala social, más tarda en explicarme sus asuntos. Sin embargo, Quinto Fabio no se anduvo por las ramas y sacó un documento.

-¿Qué te parece? -dijo, mientras otro esclavo ponía el papiro en mis manos.

-Sabes leer, ¿verdad? -preguntó Valeria con nerviosismo, sin ánimo de ofender.

-Oh, sí, cuando voy despacio -dije, pensando en ganar tiempo para estudiar la carta (pues era una carta) y descubrir lo que la pareja deseaba de mis humildes cualidades. El papiro estaba manchado de agua y

rasgado por los bordes, y en vez de enrollarlo, lo habían doblado varias veces. La caligrafía era infantil pero enérgica, con ringorrangos en algunas letras.

AMADÍSIMOS PATER ET MATER:

A ESTAS ALTURAS, MIS AMIGOS YA OS HABRÁN HABLADO DE MI SECUESTRO. FUE UNA TONTERIA IRME A NADAR YO SOLO... ¡PERDONADME! SÉ QUE DEBÉIS ESTAR AFLIGIDOS POR EL MIEDO Y LA PENA, PERO NO OS ASUSTÉIS DEMASIADO; SÓLO HE PERDIDO UN POCO DE PESO Y MIS CAPTORES NO SON MUY CRUELES.

ESCRIBO PARA COMUNICAROS SUS DEMANDAS. DICEN QUE DEBÉIS DARLES 100.000 SESTERCIOS. HAY QUE ENTREGARLOS EN OSTIA DURANTE LA MAÑANA DE LOS IDUS DEL MES SEXTIL, A UN HOMBRE QUE ESTARÁ EN LA TABERNA LLAMADA DEL PEZ VOLADOR. VUESTRO AGENTE DEBERÁ LLEVAR UNA TUNICA ROJA.

POR SU ACENTO Y SUS MODALES RUDOS, SOSPECHO QUE ESTOS PIRATAS SON CILICIOS. PUEDE QUE ALGUNO SEPA LEER (AUNQUE LO DUDO), ASÍ QUE NO PUEDO HABLAR LIBREMENTE, PERO SABED QUE NO ESTOY TAN MAL COMO PODRIA ESPERARSE.

¡PRONTO VOLVEREMOS A ESTAR JUNTOS! ES LO QUE FERVIENTEMENTE IMPLORA VUESTRO DEVOTO HIJO,

ESPURIO

Mientras meditaba la nota, por el rabillo del ojo vi que Quinto Fabio tamborileaba con los dedos en el brazo de su silla. Su mujer se pasaba las largas uñas por los labios.

-Supongo -dije fríamente- que querréis que vaya a pagar el rescate del pobre muchacho.

-¡Sí, por favor! -dijo Valeria, inclinándose y observándome con expresión asustada.

-No es un pobre muchacho -dijo Quinto Fabio con una voz sorprendentemente dureza. Tiene diecisiete años. Se puso la toga viril hace cerca de un año.

-¿Aceptas el trabajo? -dijo Valeria. Fingí analizar la carta.

-¿Por qué no enviáis a alguien de vuestra propia casa? ¿Un secretario de confianza, por ejemplo?

Quinto Fabio me observó fijamente.

-Me han dicho que eres listo. Que descubres cosas.

-No se necesita a nadie listo para entregar el dinero de un rescate.

-¿Quién sabe qué inesperadas contingencias pueden presentarse? Me han dicho que puedo confiar en tu juicio... y en tu discreción.

-¡Pobre Espurio! -dijo Valeria con voz compungida-. Has leído su carta. Sin duda comprendes lo mal que lo están tratando.

-He visto que habla de sus tribulaciones, en efecto -dije.

-Si conocieras a mi hijo, si supieras lo cariñoso que es por naturaleza, te darías cuenta de lo desesperada que tiene que ser su situación para que mencione su sufrimiento. Si dice que ha perdido algo de peso, es que debe estar medio muerto de hambre. ¿Con qué lo alimentarán esos bárbaros? ¿Con cabezas de pescado y pan duro? Si dice que esos monstruos «no son muy crueles» ¡imagina lo crueles que deben de ser! Cuando pienso en la cruz que está pasando... ¡Oh! ¡Esto es superior a mis fuerzas! -dijo ahogando un sollozo.

-¿Dónde lo secuestraron? ¿Y cuándo?

-El mes pasado -dijo Quinto Fabio.

-Hace veintidós días -dijo Valeria con un sollozo-. ¡Veintidós interminables días con sus noches! -Estaba en Bayas con unos amigos -explicó Quinto Fabio-. Tenemos una villa cerca de la playa y otra en Neápolis, al otro lado del golfo. Espurio y sus amigos cogieron un pequeño esquife y fueron a navegar

entre los botes de pesca. El día era caluroso. Espurio decidió darse un baño. Sus amigos se quedaron en el bote.

-Espurio es un nadador fuerte -dijo Valeria, con un orgullo que neutralizaba el temblor de su voz.

Quinto Fabio se encogió de hombros.

-Mi hijo es mejor nadando que haciendo otras cosas. Mientras sus amigos miraban, dio una vuelta completa, nadando de un bote de pesca a otro. Sus amigos lo vieron hablar y reír con los pescadores.

-Espurio es muy extrovertido -explicó la madre. -Fue nadando y alejándose cada vez más -continuó Quinto Fabio-, hasta que sus amigos lo perdieron de vista durante un rato y empezaron a preocuparse. Entonces uno de ellos vio a Espurio a bordo de lo que todos pensaron que era un barco de pesca, aunque era más grande que los demás. Tardaron un rato en darse cuenta de que el barco había desplegado la vela y se estaba alejando. Sus amigos trataron de seguirlo con el esquife, pero ninguno de ellos tenía verdadera habilidad navegando. Antes de que se dieran cuenta, la embarcación había desaparecido, y Espurio con ella. Finalmente, los jóvenes volvieron a la villa de Bayas. Todos pensaban que Espurio volvería tarde o temprano, pero no fue así. Los días pasaron sin una sola noticia.

-¡Imagina nuestra preocupación! -dijo Valeria-. Enviamos avisos de desesperación al encargado de la villa. El encargado hizo averiguaciones entre los pescadores de todo el golfo, tratando de encontrar alguno que pudiera explicar lo que había pasado e identificar a los hombres que se habían ido con Espurio, pero sus pesquisas no condujeron a ninguna parte.

Quinto Fabio esbozó una sonrisa de desprecio.

-Los pescadores de Neápolis... si alguna vez has estado allí, conocerás a esa gente. Descendientes de viejos colonos griegos que nunca han abandonado las costumbres griegas. ¡Algunos ni hablan latín! En cuanto a sus gustos e inclinaciones personales, cuanto menos se hable mejor. No puede esperarse que semejantes personas cooperen en la búsqueda de un patricio romano secuestrado por piratas.

-Sin embargo -dijo-, yo habría jurado que los pescadores, al margen de sus prejuicios personales contra la clase patricia, son los enemigos naturales de los piratas.

-Aunque fuera así, mi hombre de Bayas fue incapaz de descubrir nada -dijo Quinto Fabio-. No supimos lo que le pasó exactamente a Espurio hasta que recibimos su carta hace unos días.

Miré la carta de nuevo.

-Tu hijo llama cilicios a los piratas. Me parece un poco traído por los pelos.

-¿Por qué? -dijo Valeria-. Todo el mundo dice que son los más sanguinarios del mundo. Se comenta que hacen incursiones en todas las costas, desde Asia hasta Hispania, pasando por África.

-Sí, sí, pero ¿en esta parte de la costa de Italia? ¿Precisamente en los alrededores de Bayas?

-Estoy de acuerdo en que es una noticia sorprendente -dijo Quinto Fabio-. Pero ¿qué puede esperarse cuando el problema de la piratería empeora mientras el Senado no hace nada?

Fruncí los labios.

-¿Y no te parece raro que esos piratas quieran que el rescate se lleve a Ostia, que está a cuatro pasos de Roma? Es demasiado cerca.

-¿A quién le importan esos detalles? -dijo Valeria con voz quebrada-. ¿Qué importa si tenemos que ir hasta las columnas de Hércules o sólo a unos cuantos pasos del Foro? Tenemos que ir donde ellos digan para que Espurio vuelva a casa sano y salvo.

Asentí.

-¿Y la cantidad? Faltan dos días para los idus. Cien mil sestercios son diez mil piezas de oro. ¿Podéis reunir esa cantidad?

Quinto Fabio lanzó un bufido.

-El dinero no es problema. La cantidad es casi un insulto. Aunque tengo que preguntarme si el chico vale siquiera ese precio -añadió entre dientes.

Valeria lo miró con fiera.

-Fingiré que no te he oído decir eso, Quinto. ¡Y delante de un extraño! -Me miró y rápidamente bajó los ojos.

Quinto Fabio no le hizo caso.

-Bien, Gordiano, ¿aceptas el trabajo? Miré la carta con inquietud. Quinto Fabio se irguió ante mi vacilación.

-Si es cuestión de honorarios, te aseguro que puedo ser generoso.

-Los honorarios siempre son tema de discusión -admití, aunque teniendo cuenta el vacío de mis arcas particulares y el humor de mis acreedores, no estaba en condiciones de negarme-. ¿Iré solo?

-Desde luego. Naturalmente, tengo intención de enviar, una compañía de hombres armados...

Levanté la mano.

-Me lo temía. No, Quinto Fabio, me niego en redondo. Si alimentas la fantasía de rescatar vivo a tu hijo utilizando la fuerza, te propongo que lo olvides. Por el bien del muchacho tanto como por el mío propio, no puedo permitirlo.

-Gordiano, voy a enviar hombres armados a Ostia.

-Bien, pero irán sin mí.

Respiró hondo y me observó con fijeza.

-¿Qué quieres que haga entonces? Después de pagar el rescate y de que liberen a mi hijo, ¿no quieres que haya por allí ningún pelotón armado para capturar a esos piratas?

-¿Es capturarlos lo que pretendes?

-Es para lo que sirven los hombres armados. -Me mordí el labio y negué lentamente con la cabeza-. Me advirtieron que eras un regateador -añadió gruñendo-. Muy bien, piensa lo que te digo: si resuelves con éxito la liberación de mi hijo y después mis hombres son capaces de recuperar el rescate, te recompensaré con la veinteava parte de lo que recuperen, además de tus honorarios.

El tintineo de aquellas monedas sonó como dulce música en mi imaginación. Me aclaré la garganta y calculé mentalmente. La veinteava parte de den mil sestercios eran cinco mil sestercios, quinientas piezas de oro. Dije la cantidad en voz alta para asegurarme de que no había malentendidos. Quinto Fabio Asintió lentamente.

Con quinientas piezas de oro pagaría las deudas, repararía el tejado de mi casa, compraría otro esclavo para que fuera mi guardaespaldas (una necesidad de la que venía prescindiendo demasiado), y aún me quedaría un pico.

Por otra parte, el asunto no me olía bien. Al final, por unos generosos honorarios y la perspectiva de quinientas piezas de oro, decidí que podía taparme las narices.

Antes de abandonar la casa, pregunté si había algún retrato del joven secuestrado que pudiera ver. Quinto Fabio se retiró, dejándome en manos de su mujer. Valeria se secó los ojos y esbozó una débil sonrisa mientras me conducía a otra habitación.

-Una pintora llamada Iaia. pintó a la familia el año pasado, cuando estábamos de vacaciones en Bayas.

-Sonrió, evidentemente orgullosa del parecido. El retrato de grupo se había hecho al encausto, sobre tabla. Quinto Fabio estaba a la izquierda, con la cara muy seria. Valeria sonreía dulcemente a la derecha. Entre ellos había un joven moreno, muy atractivo, con vivaces ojos azules, que era, inequívocamente, su hijo.

El retrato sólo llegaba hasta los hombros pero se veía que llevaba ya la toga viril.

-El retrato se hizo para celebrar la mayoría de edad de vuestro hijo.

-Sí.

-Es casi tan guapo su madre -dije, haciéndolo como constar como un hecho comprobado, no como un cumplido.

-La gente dice que nos parecemos mucho.



-Parece que tiene algún rasgo de su padre en la boca.  
Valeria negó con la cabeza.  
-Espurio y mi marido no son de la misma sangre.  
-Mi primer marido murió en la guerra civil. Cuando Quinto se casó conmigo, adoptó a Espurio y lo nombró su heredero.  
-Espurio es su hijastro, entonces. ¿Hay otros varones en la familia?  
-Sólo Espurio. Quinto quería más hijos, pero no pudo ser. -Se encogió de hombros con malestar-. Pero ama a Espurio como si fuera de su propia carne, estoy segura, aunque no siempre lo demuestra. Es cierto que tienen sus diferencias siempre están peleandose por el dinero, pero ¿qué padre e hijo no las tienen? Espurio puede ser extravagante, lo admito, y los Fabios son famosos por su tacañería. Pero las agrias palabras que oíste pronunciar antes a mí marido... no las tengas en cuenta. Esta terrible prueba nos ha puesto a todos los nervios de punta.  
Valeria se volvió hacia el retrato de su lujo Y sonrió tristemente, con labios trémulos.  
-¡Mi pequeño César! –susurró.  
-¿César?  
-Ya sabe a quién me refiero... l sobrino de Mario, el que fue capturado el invierno pasado y consiguió escapar. ¡Oh! ¡A Espurio le encantaba escuchar esas historias! El joven César fue su idolo. Siempre que lo veía en el foro, volvía a casa sin respiración y decía: «Mater, ¿sabes a quién he visto hoy?» Yo sonreía, sabiendo que sólo César podía ponerlo tan nervioso. -Sus labios temblaron-. Y ahora, por una broma de los dioses, el mismo Espurio ha sido capturado por los piratas. Por eso es mi pequeño César, porque debe de estar haciendo de tripas corazón, y ruego a los dioses que no le ocurra nada.

El día siguiente partí para el puerto de Ostia, acompañado por los hombres que Quinto Fabio había contratado y equipado para la ocasión. El grupo estaba compuesto por veteranos del ejército y gladiadores libertos, hombres sin porvenir que no tenían empacho en coquetear con la muerte a cambio de una modesta paga. Éramos cincuenta en total, amontonados en una estrecha barca que bajaba por el Tíber. Los hombres se turnaban para remar, cantaban antiguas canciones del ejército y fanfarroneaban sobre sus hazañas en el campo de batalla o en el circo. Si hubiera creído todo lo que contaban, entre todos debían de haber matado ya a todos los habitantes de Roma y a los de cinco ciudades como ella.

Su jefe era un viejo centurión de Sila llamado Marco, que tenía una fea cicatriz que le recorría la mejilla derecha, le cruzaba los labios y le bajaba hasta la barbilla. Puede que a causa de la vieja herida le hiciera daño hablar, pues no recuerdo haber conocido un hombre más parco en palabras. Cuando intenté descubrir qué órdenes le había dado Quinto Fabio, Marco me dio a entender enseguida que yo sabría únicamente lo que él quisiera contarme, que por el momento era nada.

Era un extraño entre aquellos hombres. Apartaban los ojos cuando yo pasaba. Cada vez que conseguía trabar un asomo de conversación con alguno, el elegido encontraba inmediatamente algo más importante que hacer y antes de que me diera cuenta, estaba hablando solo.

Pero hubo uno al que caí simpático. Se llamaba Belbo. Hasta cierto punto, estaba igualmente marginado por los otros, ya que no era libre, sino un esclavo de Quinto Fabio que estaba allí para completar el pelotón debido a su gran tamaño y a su fuerza. Uno de sus propietarios anteriores lo había entrenado como gladiador, pero Quinto Fabio lo tenía en las cuadras. El pelo de la cabeza de Belbo era del color de la paja, mientras que el de su barbilla y su pecho era una mezcla de rojo y amarillo. Era con diferencia el más alto del grupo. Los otros le gastaban bromas diciendo que si se movía demasiado rápido por la barca, nos haría zozobrar a todos.

Yo no esperaba sacar nada interrogándole, pero pronto descubrí que Belbo sabía más de lo que yo pensaba. Confirmó que el joven Espurio no estaba en buenas relaciones con el padrastro.

-Siempre ha habido rencillas entre ellos. El ama quiere al chico y el chico quiere a su madre, pero el amo parece que le tiene cierta manía a Espurio. Y es extraño, porque el chico se parece mucho al padraastro en muchas cosas.

-¿De verdad? Pero si es igual que su madre.

-Sí, y habla y se mueve como ella, pero es como una especie de máscara, como la cálida luz del sol cuando brilla en el agua fría. En el fondo, es tan inflexible como el amo e igual de obstinado. Pregunta a cualquiera de los esclavos que haya cometido el error de disgustarle.

-Quizá sea ése el problema que tienen -sugerí-. Que sean demasiado parecidos y compitan por las atenciones de la misma mujer.

Llegamos a Ostia, donde amarramos la embarcación a un pequeño embarcadero que se adentraba en las aguas del río.

Más abajo, al final de los muelles fluviales, se divisaba el mar abierto. Las gaviotas nos sobrevolaban en círculos. El olor del agua salada perfumaba la brisa. El más fuerte de los hombres descargó los cofres que contenían las diez mil piezas de oro y los cargó en un carro, que se introdujo en un almacén de los muelles. Cerca de la mitad de los hombres se quedaron custodiándolos.

Temía que el resto se dirigiera a la taberna más cercana, pero Marco mantuvo el orden e hizo quedarse a los hombres en la barca. Ya lo celebrarían al día siguiente, cuando se solucionara lo del rescate y lo demás.

En cuanto a mí, tenía intención de procurarme alojamiento en El Pez Volador, la taberna mencionada en la carta de Espurio. Le dije a Marco que quería llevar a Belbo conmigo.

-No. El esclavo se queda aquí -dijo-.

-Lo necesito como guardaespaldas.

-Quinto Fabio no dijo nada sobre eso. No debes llamar la atención.

-La llamaré más si aparezco sin guardaespaldas. Marco lo pensó durante un momento y estuvo de acuerdo.

-Qué alivio -exclamó uno cuando Belbo salió de la barca y subió al embarcadero-, ¡este gigante ocupaba el espacio de tres hombres!

Belbo sonrió amablemente sin darse por ofendido. Encontré El Pez Volador en el sector marítimo de los muelles, donde estaban anclados los barcos más grandes y que faenaban en el mar. El edificio tenía una taberna y una cuadra en la planta baja, y pequeñas habitaciones en alquiler en el primer piso. Cogí una habitación, pedí para mí y para Belbo un fabuloso plato de atún cocinado con mejillones, y a continuación di un largo paseo para volver a familiarizarme con las calles. Hacía mucho tiempo que había pasado una temporada en Ostia.

Mientras el sol se hundía entre las olas, inflamando el horizonte, me senté en el puerto y me puse a hablar con Belbo de cosas sin importancia y a mirar la variada gama de pequeños barcos que se alineaban en los muelles y los más grandes que estaban anclados a lo lejos, en aguas más profundas. La mayoría eran barcos mercantes y barcos de pesca, pero entre ellos había un buque de guerra pintado de rojo y rodeado de remos. El gran espolón bronceo de la proa despedía brillos de un rojo sangre bajo la luz oblicua del sol.

Belbo y yo no dejábamos de pasarnos la bota y el vino aguado no tardó en soltarle la lengua. Al final le pregunté qué órdenes había dado su amo al centurión Marco en relación con el grupo de hombres armados.

Su respuesta fue brusca.

-Tenemos que matar a los piratas.

-¿Así de simple?

-Bueno, no tenemos que matar al chico, evidentemente. Pero los piratas no tienen que escapar con vida si podemos evitarlo.

-¿No tenéis que capturarlos para que dicte sentencia un magistrado romano?

-No. Tenemos que matarlos en el acto, a todos.

Asentí con la cabeza.

-¿Podrías hacerlo? Es tu deber, pero ¿podrías?

-¿Matar a un hombre? -Se encogió de hombros-. No soy como los otros de la barca. No he matado a tantos centenares de enemigos.

-Sospecho que muchos exageraban.

-¿Tú crees? De todas formas, fui gladiador durante poco tiempo. No he matado a muchos hombres.

-¿No?

-No. Sólo... -Arrugó la frente, calculando-. Sólo a veinte o treinta.

A la mañana siguiente me levanté temprano y me puse una túnica roja, como especificaba la carta del rescate. Antes de bajar las escaleras para ir a la taberna, le dije a Belbo que buscara un lugar frente al edificio desde donde vigilar la entrada.

-Si me voy, sígueme, pero manten la distancia. ¿Crees que podrás hacerlo sin llamar la atención?

Asintió con la cabeza. Miré su pelo color paja y su voluminoso físico, y me entraron algunas dudas.

Cuando comenzó a apretar el calor, el encargado de la taberna descorrió las cortinas para que entrara el aire fresco. El puerto estaba cada vez más animado. Me senté pacientemente y observé a los marineros y mercaderes que pasaban. Belbo había encontrado cerca de la taberna un pequeño cobertizo, discreto y en sombras, desde el que vigilar. Su cara bovina y su expresión amodorrada le hacían parecer un vago que eludía a su amo y trataba de robar unos momentos para echar un sueñecito. O Belbo fingía muy bien o era realmente tan lerdo como parecía.

No tuve que esperar mucho tiempo. Un joven que ni siquiera era lo bastante mayor para tener barba entró en la taberna, parpadeó ante la súbita oscuridad, vio mi túnica y se aproximó.

-¿Quién te envía? -preguntó. Su acento me pareció griego, no cilicio.

-Quinto Fabio.

Asintió con la cabeza y me observó un momento mientras yo le observaba a él. Su largo cabello negro y su barba emmarañada enmarcaban un rostro enjuto acostumbrado al sol y al viento. Había un asomo de salvajismo en sus grandes ojos verdes. No había cicatrices visibles en su cara ni en sus bronceadas extremidades, como podría haberse esperado en un pirata curtido por las batallas. Tampoco tenía la expresión de desesperada crueldad común en semejantes hombres.

-Me llamo Gordiano -dije-. ¿Cómo tengo que llamarte a ti?

Pareció sorprendido de que le preguntara el nombre y finalmente dijo «Cleón» con un tono que sugería que habría preferido dar un nombre falso pero no se le había ocurrido ninguno. El nombre era griego, como sus rasgos.

Lo miré con recelo.

-Estamos aquí por lo mismo, ¿no?

-Por el rescate -, dijo, bajando la voz-. ¿Dónde está?

-¿Dónde está el muchacho?

-Sano, y salvo.

-Tengo que asegurarme. Asintió con la cabeza.

Llévate junto a él ahora, si quieres.

-Sígueme. Dejamos la taberna y fuimos a lo largo del puerto durante un rato, luego doblamos por una calle estrecha y bordeada de almacenes. Cleón andaba rápido y empezó a girar bruscamente en cada cruce, cambiando la ruta y a veces rehaciendo el camino, que habíamos recorrido ya. Esperaba tropezar con Belbo en el instante menos pensado, pero no se le veía por ningún sitio. O era inesperadamente habilidoso en seguimientos secretos o lo habíamos despistado.

Nos acercamos a un carro, cuyo fondo estaba cubierto por una pesada lona de hacer velas. Tras mirar nerviosamente a su alrededor, Cleón me empujó hacia el carro y me dijo que me metiera bajo la lona. El conductor del carro puso los caballos en movimiento. Desde donde estaba tendido no podía ver nada. El carro dio tantas vueltas que perdí la cuenta y finalmente desistí de trazar un mapa con nuestro itinerario.

El carro se detuvo por fin. Los goznes chirriaron. El carro dio una sacudida hacia delante. Unas puertas se cerraron de golpe. Incluso antes de que apartaran la tela, supe, por el olor a paja y a boñigas, que estábamos en una cuadra. También alcanzaba a oler el mar; no habíamos avanzado mucho tierra adentro. Me senté y miré alrededor. El alto recinto estaba iluminado sólo por unos pocos rayos de luz del sol que entraban por los agujeros de las paredes. Miré hacia el conductor, que volvió la cara hacia otra parte.

Cleón me cogió del brazo.

-Querías ver al chico.

Bajé del carro y lo seguí. Nos detuvimos ante uno de los pesebres. Al ver que nos acercábamos, una figura con túnica oscura se levantó de la paja. Incluso a la escasa luz reinante lo reconocí por el retrato. Visto así, en carne y hueso, el joven Espurio se parecía aún más a Valeria, pero mientras que la piel de su madre era de un blanco lechoso, la suya estaba profundamente bronceada por el sol, lo que hacía que sus ojos y dientes relumbraran como el alabastro y, así como su madre solía tener una expresión de angustia, la de Espurio parecía sarcástica y divertida. En el retrato tenía cara de niño mofletudo y su actual delgadez le sentaba mejor. En cuanto a sufrimiento, no tenía la expresión acobardada del hombre que ha padecido, sino más bien la de un joven que hubiera pasado unas largas vacaciones. Sus modales, sin embargo, eran prácticos.

-¿Por qué has tardado tanto? -me soltó.

Cleón lo miró timidamente y se encogió de hombros. Si el muchacho quería irritar la bravuconería de César, al parecer lo había conseguido.

Espurio me miró con escepticismo.

-¿Quién eres?

-Me llamo Gordiano. Tu padre me ha enviado a rescatarte.

-¿Ha venido él en persona?

Vacilé.

-No -dije finalmente, señalando con la cabeza al pirata, para darle a entender a Espurio que en presencia de sus captores no deberíamos discutir más que los detalles imprescindibles.

-¿Has traído el rescate?

-Está esperando en alguna parte. Antes quería cerciorarme de que estabas sano y salvo.

-Bueno, ya me has visto. Dales el dinero a estos bárbaros y sácame de aquí. Me aburro de tanto tratar con esta gentuza. Ya tengo ganas de volver a Roma y entablar una buena conversación, ¡y no digamos probar una comida decente! -Cruzó los brazos-. ¡Bueno, vete de una vez! Los piratas están por todas partes, aunque no los veas. No te quepa duda de que nos matarían alegremente si les dieras una excusa. ¡Bestias sedientas de sangre! Has visto que estoy vivo y bien. En cuanto tengan el rescate, me dejarán ir. ¡Date prisa!

Volví al carro. Cleón me tapó con la lona. Oí abrirse la puerta de la cuadra. El carro se puso en marcha. Otra vez estuvimos dando vuelta hasta que finalmente se paró el vehículo. Cleón apartó la lona. Me froté los ojos ante la súbita claridad y bajé de un salto. Habíamos vuelto al punto de partida, al puerto, a poca distancia de El Pez Volador.

Mientras caminábamos hacia la taberna, el corazón me dio un vuelco al ver a Belbo en el mismo lugar en que lo había visto por última vez, apoyado en la puerta del cobertizo que había delante de la taberna... con la boca entreabierta, en actitud de contar moscas, y con los ojos cerrados, como si ya las hubiera contado todas. ¿Se había dormido de pie el muy gandul y no se había enterado siquiera de que me había ido y había vuelto?

-He de irme -dijo Cleón-. ¿Dónde tengo que recoger el rescate?

Le expliqué dónde estaba el almacén de orillas del Tíber. Cleón llevaría el carro y algunos hombres. Una vez que el oro estuviera cargado, yo iría con ellos, solo, y cuando estuvieran a segura distancia, dejarían a Espurio bajo mi custodia.

-¿Qué garantía tengo de que vayáis a liberar al muchacho? O de que me dejéis libre a mí, que viene a ser lo mismo.

-Lo que queremos es el rescate, tú no nos interesas, ni tampoco el... el muchacho. -Hubo un extraño quiebro en su voz-. ¡Dentro de una hora entonces! -Se dio la vuelta y se perdió entre la multitud.

Esperé un momento y giré sobre mis talones con la intención de lanzarme sobre Belbo y darle de puntapiés en las espinillas. Pero nada más volverme me di de manos a boca con una roca inamovible, con una pared de granito, con el propio Belbo. Mientras reculaba, me cogió de la pechera para sujetarme como si fuera un niño.

-¡Pensé que estabas dormido! -exclamé. Se rió.

-Soy bueno haciéndome el muerto, ¿eh? Este truco me salvó una vez la vida en el circo. El otro gladiador pensó que me había desmayado de miedo, me puso el pie en el pecho y sonrió a su patrón... y antes de que se diera cuenta, estaba mordiendo el polvo y con mi espada en la garganta.

Bien, ¿nos has seguido o no? Belbo bajó la cabeza.

-Os he seguido, sí. Pero os perdí enseguida.

-¿Me viste al menos cuando subí al carro?

-No.

-¡Por los cojones de Numa! Así que no tenemos ni idea de dónde está el muchacho. No podemos hacer nada salvo esperar a que Cleón venga en busca del rescate. -Observé con desinterés el mar y las gaviotas que nos sobrevolaban-. Dime, Belbo, ¿por qué las circunstancias de este secuestro tienen un olor tan extraño?

-¿Lo tienen? -Algo huele a podrido en Ostia.

-Con el pescado que hay aquí, no me extraña -dijo Belbo.

Di una palmada.

-¡Un rayo de luz descende de los cielos y atraviesa la niebla! -Belbo miró el cielo despejado y arrugó la frente-. Quiero decir, estimado Belbo, que de repente he comprendido la verdad... bueno, eso creo.

\* \* \*

-¿Lo entiendes? Es absolutamente esencial que tú y tus hombres no hagáis ningún intento de seguirles cuando Cleón se lleve el oro.

El centurión Marco me miró con escepticismo.

-¡Y tú con él! ¿Qué te impide escapar con los piratas... y con el oro?

-Quinto Fabio me confió la gestión de este rescate. Eso debería bastarte.

-También a mi me dio ciertas instrucciones. -Marco cruzó sus bronceados brazos, cubiertos de pelos negros y plateados.-

-Escucha, Marco. Conozco las intenciones de esos hombres. Si tengo razón, el muchacho está totalmente a salvo...

Marco dio un bufido.

-¡Ja! ¡El honor de los piratas!

-Totalmente a salvo -continué-, mientras el rescate se lleve a cabo exactamente como ellos desean. Además, si tengo razón, podrás recuperar el rescate después con bastante facilidad. Si intentas seguirles, o frustrar la transacción mientras se realiza, entonces serás tú quien ponga en peligro la vida del chico, además de la mía.

Marco se mordió las mejillas por dentro y arrugó la nariz.



-Si no haces lo que te digo -añadí-, y algo le ocurre al chico, piensa en la reacción de Quinto Fabio. ¿Qué dices? Cleón y sus hombres vendrán en cualquier momento.

Marco murmuró algo que tomé por un asentimiento y se dio la vuelta cuando uno de sus gladiadores llegó trotando junto a nosotros.

-¡Cuatro hombres y un carro, señor, vienen hacia aquí! Marco levantó un brazo. Sus hombres desaparecieron en las sombras del almacén. Alguien me golpeó la espalda.

-¿Y yo? -preguntó Belbo-. ¿Debo seguirles de nuevo, como esta mañana?

Negué con la cabeza y miré con nerviosismo la puerta abierta del almacén.

-Pero estarás en peligro -añadió Belbo-. Un hombre necesita un guardaespaldas. Haz que los piratas nos lleven a los dos.

-¡Cállate, Belbo! Ve a esconderte con los otros. ¡Ya! -Lo empujé con las dos manos y me di cuenta de que habría tenido más suerte empujando un tejo. Finalmente se alejó con cara de infelicidad.

Poco después apareció Cleón en la puerta, seguido por el carro con su conductor y dos jóvenes más. Al igual que Cleón, me parecieron griegos.

Les enseñé los cofres del oro y los fui abriendo uno por uno. Incluso en la semioscuridad reinante el brillo pareció deslumbrarle. Sonrió de oreja a oreja y se mostró un poco confundido.

-¡Cuánto! Me preguntaba qué aspecto tendría, pero no podía imaginar el aspecto que podían tener diez mil almendruco de oro.

Sacudió la cabeza como para despejársela y se puso a trabajar con sus compañeros y a cargar los pesados cofres en el carro. Lo lógico era que unos piratas sedientos de sangre se pusieran a ejecutar un alegre zapateado en presencia de semejante botín, pero realizaban su trabajo con un humor sombrío, casi con fastidio.

Una vez terminado el trabajo, Cleón se enjugó el sudor de la frente y señaló un largo y estrecho espacio que había en el fondo del carro, entre los cofres.

-Hay sitio suficiente para que te tumbes, creo. -Miró inquieto hacia las sombras del almacén y elevó la voz-. Y te lo repito: Mejor que no nos siga nadie. Tenemos vigilantes apostados por todo el camino. Sabrán si viene alguien detrás de nosotros. Si pasa algo que levanta nuestras sospechas, cualquier cosa, no me hago responsable de lo que suceda. ¿Entendido? -Envío la pregunta tanto al aire vacío como a mí.

- Entendido -dije. Mientras subía al carro, le cogí el brazo para apoyarme y le dije al oído para que los demás no pudieran oírme-: Cleón, realmente no quieres hacer daño al muchacho ¿verdad?

Me dirigió una extraña mirada, casi de pena, como si fuera un hombre largo tiempo incomprendido que de repente encuentra un espíritu que se hace cargo de sus infortunios. Luego endureció los rasgos y tragó saliva.

-No se le hará daño si nada va mal -dijo con voz ronca. Me instalé entre los cofres. Echaron la lona sobre el fondo del carro. El carro se puso en movimiento, arrastrándose con lentitud bajo su pesada carga.

Desde aquel momento, pensé, ya no había razón para que algo fuera mal con el rescate. Marco había consentido en no seguirnos. Cleón tenía el oro. Pronto tendría yo a Espurio. Incluso si mis suposiciones sobre el secuestro eran erróneas, no había razón para que los captores hicieran daño al muchacho o a mí; nuestras muertes no les acarrearían ningún provecho. Mientras nada fuera mal...

Quizá fue lo reducido del lugar y la sofocante oscuridad lo que puso mis pensamientos a dar vueltas en el vacío. Había tomado el murmullo de Marco por un asentimiento a posponer la persecución, pero ¿le había interpretado bien? Sus hombres podían ir detrás de nosotros en aquellos instantes, incluso podía darse el caso de que se dejaran ver, de que pusieran sobre aviso a los vigilantes y de que éstos se asustaran en serio. ¡Alguien podría gritar, atacarían el carro, las espadas se cruzaban y zas! Una hoja rasgaría la lona, dirigiéndose directamente a mi corazón...

La fantasía parecía tan real que di un bote como si despertara de una pesadilla. Pero mis ojos estaban abiertos de par en par.

Respiré hondo para tranquilizarme, pero mis pensamientos seguían girando incansables y sin control. ¿Y si había juzgado mal a Cleón? ¿Y si sus expresivos ojos verdes y su conducta vacilante fueran un ardid, el deliberado disfraz de un asesino experimentado? El displicente y guapo joven que había visto por la mañana podría estar muerto ya y su arrogancia cortada tan en seco como su cabeza. El carro volvería a la cuadra en la que lo habían asesinado, me sacarían del carro, me amordazarían, me atarían y me arrastrarían hasta el barco, riendo estentóreamente y bailando el zapateado que habían omitido mientras cargaban el botín. ¡Eran piratas cilicios, los hombres más crueles que habían nacido de madre humana! Me llevarían a alta mar, pataleando y gritando tras la mordaza. A la luz de la luna, prenderían fuego a mis ropas y me convertirían en antorcha y, cuando estuvieran cansados de oírme gritar, me tirarían por la borda. Casi olía ya el hedor de mi propia carne chamuscada, casi oía el suspiro de las llamas al apagarse cuando el agua del mar se abriese bajo mis pies y a continuación se cerrase sobre mi cabeza. ¿Qué quedaría de Gordiano después de que los peces se dieran un festín con él?

En el reducido espacio, me las arreglé para enjugarme la sudorosa frente con una punta de túnica roja. Aquellas fantasías morbosas no tenían sentido, me dije. Tenía que confiar en mí propio juicio, y mi juicio había decretado que Cleón no era de los que matan a nadie, al menos a sangre fría. Ni siquiera Roscio el actor podía fingir tal inocencia. ¡Un pirata raro, a fe mía!

Entonces me sobrecogió un nuevo temor, más escalofriante que el resto. Belbo había dicho que Quinto Fabio quería que los piratas fueran pasados por las armas. «No tenemos que matar al chico, evidentemente...» Ahora bien, ¿lo sabía o lo suponía? Difícilmente podía estar al tanto de todas las órdenes secretas que el amo había dado a Marco. Espurio no era de su propia sangre; Quinto Fabio hablaba de él con desprecio. ¿Y si realmente quería que su hijastro muriera? Había enviado el rescate, si, pero le habría resultado difícil negarse a hacerlo, aunque solo fuera para aplacar a Valeria y salvar la cara en publico. Pero si al final resultaba que el joven moría, a manos de los piratas, o se hacía parecer como que había ocurrido así...

Incluso era posible que el mismo Quinto Fabio hubiera organizado el secuestro; una «inteligente manera de librarse de Espurio sin levantar sospechas. La idea era monstruosa, pero había conocido suficientes hombres retorcidos para urdir semejante trama. Pero si tal era el caso, ¿por qué había contratado mis servicios? Para que no quedaran dudas públicas sobre su preocupación, llamando a un extraño. Para demostrar a Valeria y al resto del mundo que se tomaba en serio la liberación de su hijo secuestrado. En cuyo caso, parte de su plan por librarse de Espurio incluiría la desgraciada muerte del Sabueso enviado a gestionar el trágicamente frustrado rescate...

El viaje parecía interminable. El camino se volvió más pedregoso y desigual. El carro traqueteaba y daba bandazos. Mis extravagantes fantasías de traición y muerte palidecieron de súbito ante el inminente peligro de morir aplastado si uno de los pesados cofres cala encima de mí. ¡Por Hércules! ¡El fondo del carro estaba caliente como una tahona! Cuando las ruedas se detuvieron, mi túnica estaba tan empapada como si me hubiera paseado vestido por unas termas.

Apartaron la lona y me azotó una brisa salada y fresca. Había creído que volveríamos a la cuadra en la que había visto a Espurio. Por el contrario, estábamos en una pequeña cala, rodeada de lomas, en alguna parte de las afueras de Ostia. Cerca de la playa había un bote varado, y a lo lejos, en aguas profundas, se veía un barco con al anda echada. Salté del carro, contento de respirar otra vez aire fresco.

Cleón y sus tres compañeros comenzaron a bajar los cofres del carro y a meterlos en el bote.

-¡Cómo pesan los malditos! -gruñó uno-. No vamos a poder llevamos todos en un viaje. Tendremos que hacer al menos dos...

-¿Dónde está el chico? -pregunté, cogiendo a Cleón por el brazo.

-Estoy aquí.

Me di la vuelta y vi a Espurio aproximándose desde unas rocas que había al final de la playa. A causa del calor se había quitado la túnica y vestía solamente un taparrabos. Por lo visto no se había puesto otra ropa últimamente, ya que su esbelto y cincelado tórax y sus largos miembros estaban bronceados por el sol de un modo uniforme.

Miré a Cleón. Sus cejas se habían juntado como si se hubiera pinchado un dedo. Miró al joven y tragó saliva con fuerza.

-¡Ya era hora! -Espurio cruzó los brazos y me miró. La displicencia realzaba aún más su belleza.

-¿No te gustaría ponerte la túnica -sugeri- y salir de aquí cuanto antes? Si nos indicas por dónde se va a Ostia, Cleón, nos pondremos en camino. A menos que tengas intención de dejarnos el carro.

Cleón se había quedado mudo. Espurio se puso entre nosotros y me llevó aparte.

-¿Ha seguido alguien el carro? -susurró.

-Creo que no.

-¿Estás seguro?

-No puedo estar totalmente seguro.

-Miré a Cleón, que no parecía escucharnos. El bote se dirigía hacia el barco con los primeros cofres y con el agua casi hasta la borda a causa del peso del oro.

-Pero ¿ha enviado Quinto Fabio guardias armados o no? ¡Contéstame! -Espurio me hablaba como si yo fuera un esclavo.

-Joven -dije con firmeza-, yo sólo tengo que dar cuenta de mis actos a tu padre y a tu madre, no a ti...

-¿Mi padre? ¡Es mi padrastro! -Espurio arrugó la nariz y escupió la palabra como si fuera un insulto.

-Mi trabajo consiste en devolverte a tu casa vivo. De modo que ten la boca cerrada hasta que lleguemos a Ostia.

La sorpresa le hizo callar durante un momento, luego me dirigió una mirada llena de desprecio.

-Bueno -dijo, elevando la voz-, creo que estos sujetos no tienen intención de soltarme hasta que todo el oro esté cargado en el barco. ¿Verdad, Cleón?

-¿Qué? ¡Ah, sí! -dijo Cleón. La brisa marina le revolvía el largo cabello negro y se lo echaba sobre el rostro. Parpadeó para contener las lágrimas, como si la sal le escociera los ojos.

Espurio me cogió del brazo y me llevó un poco más lejos. -Ahora escucha -gruñó-. ¿Ha enviado o no hombres armados el roñica de Quinto Fabio? ¿O te ha enviado solo?

-Te he dicho que cierras el pico, hombre...

-Y yo te ordeno que me respondas. A menos que quieras que informe insatisfactoriamente de ti a mis padres.

¿Por qué Espurio insistía en saber aquel detallito? ¿Y por qué en aquel preciso momento? Mis sospechas sobre el secuestro parecían confirmarse.

Si no había hombres armados, Espurio podía quedarse tan ricamente con sus presuntos secuestradores, aunque sólo fuera para estar cerca del oro o de la parte que le correspondiera en el reparto. Siempre se podría obligar al padrastro a pagar otro rescate. Pero si había hombres armados esperando para intervenir, lo mejor que podía sucederle al «secuestrado» era que Gordiano el Sabueso lo «rescatara» inmediatamente, para que los pescadores (porque estaba claro que aquellos griegos del sur de Italia eran cualquier cosa menos piratas) tuvieran tiempo de huir con el oro.

-Supongamos que hay hombres armados -dije-. Si es así, a tus amigos les convendría irse de aquí enseguida. Pero imaginemos que consiguen huir sin que les ocurra nada. ¿Cómo recuperarás tu parte del oro entonces?

Espurio me miró atónito, luego esbozó una sonrisa tan encantadora que casi entendí por qué Cleón estaba irremediablemente prendado del muchacho.

-Sé que se esconden al otro lado del golfo. No se atreverán a engañarme. Podría delatarlos y hacer que los crucificaran a todos. Guardarán mi parte hasta que esté listo para reclamarla.

-¿Qué trato has hecho con ellos? ¿Cómo repartiréis el botín? ¿Nueve décimas partes para ti y una décima para ellos?

Sonrió como si le hubiera pillado haciendo algo malo, pero inteligente.

-Creo que no he sido tan generoso.

-¿Cómo encontraste a estos «piratas»?

-Me eché a las aguas del golfo de Neápolis y fui de embarcación en embarcación hasta que encontré a la tripulación indicada. No tardé en darme cuenta de que Cleón haría cualquier cosa por mí.

-Entonces, ¿la idea de esta huída final es totalmente tuya?

-¡Por supuesto! ¿Crees que un pescador retrasado mental podría idear un plan semejante? Estos pobres diablos nacieron para obedecer órdenes. Son como peces en mi red. Me adoran como a un dios; Cleón por lo menos me adora; bueno, ¿y por qué no?

Arrugué el entrecejo.

-Mientras tú estabas aquí de vacaciones con tus admiradores, retozando al sol en pelota, tu madre estaba medio loca de desesperación. ¿No significa eso nada para ti?

Espurio se cruzó de brazos y sonrió como un bendito.

-Un poco de preocupación no la matará. En todo caso, es culpa suya. Podría haber obligado al viejo avaro a que me diera más dinero si hubiera tenido valor para hacerle frente. Pero no quiso, así que tuve que urdir mi propio plan para que Quinto Fabio aflojara un poco de lo que, por derecho, me pertenece de todas formas.

-¿Y qué pasa con estos pescadores? Los has puesto en un peligro terrible.

-Conocen el riesgo. También saben lo que pueden ganar.

-¿Y Cleón? -Miré por encima del hombro y pillé al susodicho mirando a Espurio con expresión de carnero degollado-. Ese infeliz sufre mal de amores. ¿Qué has hecho para ponerlo en tal estado?

-Nada que enturbie la reputación de Quinto Fabio, si es eso lo que insinúas. Nada que Quinto Fabio no haya hecho también de tarde en tarde con sus esclavos más guapos. Sé cuál es mi sitio y lo que es indicado para un hombre de mi posición social; tomamos el placer, no lo damos. No como César, que jugó a ser la mujer de Nicomedes. Venus gastó una broma pesada al pobre Cleón, enamorándolo de mí. Se adecuaba muy bien a mis propósitos, pero me alegraré de librarme de él. Sus atenciones me resultan ya empalagosas. Prefiero que me espere un esclavo en el triclinio, a que me acose un pretendiente por las calles; de un esclavo te puedes librar dando una sencilla palmada.

-Cleón podría resultar herido antes de que esto termine. Incluso podría morir si algo saliera mal.

Espurio arqueó las cejas y iniró a mis espaldas, hacia las lomas que rodeaban la caleta.

-Entonces, hay hombres armados...

-Ha sido un plan ridículo, Espurio. ¿De verdad pensabas que saldría bien?

-¡Saldrá bien!

-No, pollo; por desgracia para ti, tengo intención de rescatarte y de recuperar el dinero del rescate. Una parte de ese oro es mía.

Lanzarle el desafío a la cara fue un error. Podría haberse ofrecido a comprar mi silencio, pero Espurio era aún más tacaño que su padrastro. Hizo una seña a Cleón, que vino corriendo.

-¿Está todo el oro cargado?

-Este es ya el último viaje -dijo Cleón. Las palabras parecían atragantársele-. El bote está cargado y listo. Me voy con ellos. ¿Y tú? ¿Vienes con nosotros, Espurio?

Espurio volvió a mirar hacia las lomas que limitaban la playa.

-Todavía no estoy seguro. Pero hay una cosa que sé... que a este hombre hay que hacerle callar para siempre.

Cleón miró lastimosamente a Espurio, luego me miró a mí con inquietud.

-Bien, Cleón -añadió Espurio-, tienes un cuchillo y él no. Debería ser muy fácil. Adelante, hazlo. ¿O voy a tener que decírselo a un hombre de verdad?

Cleón parecía muy desgraciado.

-¡Cleón, por los dioses! -prosiguió el otro-. Me contaste que una vez mataste a un hombre en una pelea, en un asqueroso tugurio de Pompeya. Es una de las razones por las que te elegí para que me ayudaras. Siempre supiste que podría llegar un momento así.

Cleón tragó saliva y buscó la funda que colgaba de su cinturón. Sacó un cuchillo de filo dentado, de los que los pescadores utilizan para destripar y limpiar los peces.

-¡Cleón, aguarda! -dije-. Lo sé todo. El mancebo te está utilizando. Tienes que saberlo. Malgastas tu afecto con él. Envaina el cuchillo. Pensaremos en alguna manera de rectificar lo que has hecho.

Espurio rió y negó con la cabeza.

-Cleón será un papanatas, pero no es corto de entendimiento. La suerte está echada. No tiene más remedio que seguir adelante. Y eso significa librarse de ti, Gordiano.

Cleón gruñó. Me miraba a mí, pero habló a Espurio. -Aquel día, en el golfo, cuando llegaste nadando a nuestro bote y subiste a bordo, en el momento en que puse los ojos en ti, supe que sólo me traerías problemas. Tus ideas disparatadas...

-Pues yo creía que mis ideas te gustaban, sobre todo cuando mencione lo del oro.

-¡Olvida el oro! El oro preocupa a los demás. Yo sólo quería...

-Sí, Cleón, sé lo que realmente querías. -Espurio Puso los ojos en blanco- Y prometo que uno de estos días te lo daré. Pero ahora... -agitó las manos con impaciencia-. Imagina que es un pez ¡Sácale las tripas! Una vez solucionado este punto, subiremos al bote y volveremos a Neápolis con el oro.

-¿Vendrás con nosotros?

-Claro. Pero no hasta que le hayas cerrado la boca para siempre. Sabe demasiado. Nos denunciará a todos.

Cleón se acercó. Consideré la posibilidad de huir... pero lo pensé mejor. Cleón tenía que estar más acostumbrado a correr por la arena que yo, y no podía soportar la idea de que me clavarán aquel cuchillo en la espalda. También sopesé la posibilidad de enfrentarme a él; éramos de la misma estatura y probablemente yo tenía más experiencia que él en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero la experiencia me servía de poco mientras él tuviera un cuchillo y yo no.

Mi única ventaja era que Cleón no estaba convencido de lo que hacía. Había una ternura desgarradora en su voz cada vez que hablaba con Espurio, aunque también una nota de resentimiento. Si aprovechaba en mi favor esta circunstancia, tal vez consiguiera escurrir el bulto. Traté de idear alguna manera de explotar su frustración, de volverlo contra el mancebo o, al menos, de tenerlo confundido.

Pero antes de que pudiera hablar vi un cambio en la cara de Cleón. Tomó una decisión en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice. Durante un breve instante Pensé que se lanzaría contra Espurio, como un chucho que se lanzara contra su amo. ¿Cómo le explicaría yo a Valeria que estaba allí impotente mientras su querido hijo era apuñalado ante mis ojos?

Pero era una fantasía que se ceñía demasiado a mis deseos. Cleón no se lanzó contra Espurio. Se lanzó contra mí.

Luchamos. Sentí un calor repentino en el brazo derecho, más parecido a un latigazo que a un corte. Pero debió de ser un corte, ya que mientras el mundo giraba vertiginosamente a nuestro alrededor, vi salpicaduras de sangre en la arena.

Caímos a tierra. La arena se me metió entre los dientes. Percibí el calor y el sudor del cuerpo de Cleón. Había trabajado duramente, cargando el oro en el bote, y estaba cansado, lo cual me convenía; hasta el momento había tenido fuerza suficiente para mantenerlo alejado, pero entonces una figura llegó corriendo de las lomas que había al final de la playa.

Antes de darme cuenta, Cleón estaba encima de mí, aplastándome los brazos y acercándose el cuchillo a la garganta; pero un instante después, un dios lo había cogido por la túnica y lo había enviado volando hacia el cielo. En realidad fue Belbo quien lo había arrancado de mí, levantándolo en el aire y tirándolo después al suelo. Sólo la blanda arena impidió que Cleón se rompiera en dos. No obstante, éste



siguió empuñando el cuchillo, pero un puntapié de Belbo lo mandó volando por los aires. Belbo le puso las rodillas en el pecho, impidiéndole respirar, y levantó el puño como si fuera un martillo.

-¡No, Belbo, no lo hagas! ¡Lo matarás! -grité.

Belbo volvió la cabeza y me lanzó una mirada de confusión. Cleón se agitó como un pez con aquel peso sobre su pecho.

Entretanto, los tres amigos de Cleón habían saltado del bote. Mientras la pelea había sido sólo entre Cleón y yo, se habían mantenido al margen, pero ahora que Cleón estaba reducido y en inferioridad numérica, acudieron en su defensa, sacando los cuchillos mientras corrían.

Me puse en pie y corrí a buscar el cuchillo de Cleón. Lo cogí y sentí náuseas al ver mi propia sangre en la hoja de sierra. Belbo ya estaba en pie y con la daga en la mano. Cleón seguía tirado de espaldas y jadeando. Así pues, pensé, tres contra dos y ambas partes armadas. Yo tenía un gigante de mi parte, pero el brazo derecho herido. ¿Equilibraba esto la situación?

Al parecer no, pues los pescadores se detuvieron en seco, tropezaron entre sí en la confusión y volvieron corriendo al bote, dando gritos a Cleón de que los siguiera. Acaricié durante un momento la ilusión de que les había asustado (con un poco de ayuda de Belbo, claro), hasta que me percaté de que antes de dar media vuelta y echar a correr habían visto algo detrás de mí. Me volví. Marco y sus hombres habían aparecido en las lomas y corrían hacia la playa con la espada desenvainada.

Cuando los pescadores llegaron al bote, dos empuñaron los remos mientras el otro se volvía hacia la playa y gritaba a Cleón que se reuniera con ellos. Cleón estaba ya a cuatro patas, pero no parecía capaz de ponerse en pie. Miré a Marco y a sus hombres, luego a los pescadores del bote y finalmente a Espurio, que estaba no muy lejos de Cleón con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido, como si asistiese a una comedia irremediablemente sosa.

-Por Hércules, Espurio, ¿por qué no le ayudas al menos a ponerse en pie? -grité y corrí para hacerlo yo mismo. Cleón se incorporó con paso vacilante y lo empujé en dirección al bote-. ¡Corre! -exclamé-. ¡Corre si no quieres morir!

Hizo lo que le decía y corrió entre las olas. De repente se detuvo. El bote se alejaba ya, pero Cleón se dio la vuelta y miró a Espurio, que le devolvió una mirada burlona.

-¡Corre! -grité-. ¡Corre, imbécil! -Los hombres del bote también lo llamaban, induso mientras remaban rápidamente para alejarse. Pero Espurio le miraba fijamente a los ojos y Cleón estaba como paralizado, esforzándose por mantenerse en pie entre las olas, con la cara convertida en una máscara de infelicidad.

Corrí hacia Espurio, le puse las manos en los hombros y le hice dar media vuelta.

-¡Quítame las manos de encima! -barbotó. Pero el hechizo se había roto. Cleón pareció despertar. Su rostro se endureció. Se dio la vuelta, se arrojó entre las olas y nadó en pos del bote.

Me dejé caer en la arena, apretándome el brazo herido. Poco después, Marco y sus hombres llegaban a la playa blandiendo las armas.

Marco comprobó que Espurio no estaba herido y a continuación descargó su ira sobre mí.

-¡Has dejado escapar a uno! ¡He visto cómo le ayudabas a levantarse! ¡Te he oído decirle que corriera!

Marco. No lo entiendes.

-Entiendo que han escapado. Ahora están demasiado lejos para ir tras ellos. ¡Maldita sea! Pero no importa. Les dejaremos llegar al barco. El Espolón Rojo se encargará de ellos.

Antes de que pudiera adivinar lo que quería decir, Belbo soltó un grito y señaló el agua. Cleón finalmente había alcanzado el bote. Sus amigos le estaban ayudando a subir a bordo. Pero algo iba mal; el bote estaba sobrecargado y empezó a inclinarse. Los experimentados pescadores deberían haber sabido enderezarlo, pero sin duda les había entrado el pánico. El bote no tardó en volcar.

Marco sonrió. Espurio tragó saliva. Todos gritaron al unísono: «¡El oro!»

A lo lejos, los pescadores del barco se apresuraban a hacerse a la vela. Parecían tener muchísima prisa por abandonar a sus amigos; luego vi la razón de su premura. Habían visto aproximarse el barco de guerra antes de que lo hubiéramos divisado cuantos estábamos en la playa. Era el barco de guerra rojo que había

visto andado en el puerto de Ostia. Los remos peinaban el agua al unísono. La bronceína cabeza del espolón perforaba las espumeantes olas. El Espolón Rojo, le había llamado Marco. Tan pronto como apareció por un extremo de la cala, Marco hizo una señal a uno de los hombres que se había quedado en la loma y éste empezó a agitar en el aire una capa roja: era la señal de que Espurio había sido rescatado y de que podía comenzar la acción contra los piratas.

No creo que nadie hubiera querido que ocurriera lo que por desgracia ocurrió. Sin duda, el Espolón Rojo quiso acostarse al barco pesquero y abordarlo para recuperar el oro. Un barco de guerra debería haber sido capaz de conseguir semejante captura con facilidad. Pero no habían contado con la actitud de los infortunados pescadores. Así como sus colegas del bote se habían dejado llevar por el pánico, ellos también. Cuando el Espolón Rojo viró para acercarse de costado, el pesquero, pareció dar la vuelta como si buscara deliberadamente la destrucción, como un gladiador que corriera al encuentro de la espada del enemigo, y ofreció el flanco de estribor a la bronceína y maciza cabeza del espolón.

Oímos el impacto, el chasquido de la madera, los gritos de los pescadores. La vela cayó. El barco pesquero se convulsionó y se dobló por el centro. Y desapareció en el mar ondulante incluso antes de que pudiéramos entender el horror de lo que pasaba.

-¡Por los dioses! -murmuró Belbo.

-¡El oro! -barbotó Marco.

-Tanto oro... -suspiró Espurio. Los hombres del bote zozobrado que se habían dirigido a nado hacia el barco pesquero, flotaban ahora en el agua, atrapados entre el Espolón Rojo y los hombres de la costa.

-Tendrán que salir del agua alguna vez -murmuró Marco-, los del bote y los supervivientes del barco. Rodearemos la cala y los cogeremos según vayan saliendo del agua. ¡Hombres! ¡Oídme!

-¡No, Marco! -Me apreté el brazo y me puse en pie tambaleándome-. No puedes matarles. ¡El secuestro ha sido una farsa!

-¿Una farsa? Y el oro perdido, ¿ha sido sólo una ilusión?

-Pero esos hombres no son piratas. Son simples pescadores. Espurio les propuso todo el asunto. Actuaron bajo sus órdenes.

-Han extorsionado a Quinto Fabio.

-¡No merecen morir! -

No eres tú quien debe decidirlo. Mantente al margen de este asunto, Sabueso.

-¡No! -Corrí hacia las olas. Los pescadores se agitaban en las olas con desesperación. Estaban demasiado lejos para que identificara a Cleón-. ¡No os acerquéis! -grité-. ¡Os matarán en cuanto alcancéis la costa!

Algo golpeó mi cabeza por detrás. El mar y el cielo se fundieron en una sólida luz blanca que inmediatamente se convirtió en oscuridad.

Me desperté con punzadas en la cabeza y un dolor sordo en el brazo derecho. Al tocármela, comprobé que tenía la cabeza vendada. También el brazo.

-¡Por fin despiertas! -Belbo estaba inclinado sobre mi con cara de alivio-. Empezaba a pensar...

-Cleón... y los otros...

Acuéstate o volverá a sangrarte el brazo. Sé lo que digo; aprendí algunas cosas sobre heridas cuando era gladiador. ¿Tienes hambre? Eso es lo mejor, comer. Devuelve el fuego a la sangre.

-¿Hambre? Sí. Y sed.

-Bien, estás en el mejor lugar para satisfacer ambas cosas. En El Pez Volador tienen todo lo que un estómago necesita.

Miré la pequeña habitación. Mi cabeza empezaba a despejarse.

-¿Dónde está Espurio? ¿Y Marco?

-Volvieron a Roma con el resto, ayer. Marco quería que yo también fuera, pero no quise. Alguien tenía que quedarse contigo. El amo lo entenderá.

Me toqué el colodrillo con cuidado, por encima de las vendas.

-Me golpearon. -Belbo Asintió-. ¿Marco?

Belbo negó con la cabeza.

-Espurio. Con una piedra. Iba a golpearte otra vez cuando le detuve. Luego me quedé a tu lado para asegurarme de que no volvería a hacerlo.

-El muy canalla...

-Tenía sentido, desde luego. Su plan había fallado y lo mejor que Espurio podía esperar era el silencio de todos los que estaban al tanto de su complot, incluido yo.

-Cleón y los demás... Belbo bajó los ojos.

-Los soldados hicieron lo que Marco ordenó.

-Pero no puede haberlos matado a todos...

-Fue horrible. Ver a los hombres morir en el circo ya es desagradable, pero al menos hay deportividad cuando se trata de dos hombres armados, ambos entrenados para luchar. Pero ver a aquellos pobres diablos saliendo del agua agotados, jadeando, suplicando clemencia, y a los hombres de Marco matándolos de uno en uno...

-¿Y Cleón?

-Él también, por lo que sé. «¡Matadlos a todos!», dijo Marco, y sus hombres obedecieron. Espurio les ayudó, gritando cada vez que veía a alguno a punto de llegar a la costa. Mataron a los piratas uno por uno y devolvieron los cadáveres al mar.

Me imaginé el espectáculo y la cabeza empezó a latirme.

-No eran piratas, Belbo. Nunca hubo ningún pirata. -De repente la habitación se volvió borrosa. No era por el golpe en la cabeza; eran las lágrimas que fluían de irás ojos.

\* \* \*

Pocos días después estaba otra vez en las termas Senias, tendido desnudo en un banco, mientras un esclavo de Lucio Claudio me daba masajes. Mi cuerpo apaleado necesitaba mimos. Mi conciencia magullada necesitaba soltar toda la sórdida historia en la absorbente oreja de Lucio.

-¡Sorprendente! -murmuró al final-. Tienes mucha suerte de estar vivo, me parece a mí. Y cuando regresaste a Roma, ¿fuiste a ver a Quinto Fabio?

-Desde luego, para recoger mis honorarios.

-¡Por no hablar de tu parte del oro, supongo! Hice una mueca, y no por el masaje.

-Ése es un punto doloroso. Como Quinto Fabio indicó, tenía que pagarme la veinteava parte del oro que se recuperase. Como el oro se perdió...

-¿Te engañó con un tecnicismo? ¡Típico de los Fabios! Pero seguro que parte del oro fue arrastrada a la playa. ¿No se tiraron al agua a buscarlo?

-Lo hicieron, y los hombres de Marco recuperaron algo, pero sólo una pequeña porción. Mi parte apenas consiste en un puñado de monedas.

-¿Sólo eso, después de todo tu trabajo y después de haberte puesto en semejante peligro? Quinto Fabio debe de ser tan tacaño como asegura su hijastro! Supongo que le contarías la verdad sobre el secuestro.

-Sí. Por desgracia los únicos hombres que podían apoyarme, los pescadores, están muertos, y Espurio insiste alegremente en que fue secuestrado por piratas.

-¡Maldito mentiroso! Seguro que Quinto Fabio es lo bastante listo para no creerle, al menos, acepta la versión de su hijastro. Pero sólo para evitarse la vergüenza de un escándalo, creo. Probablemente ha sospechado la verdad desde el principio. Creo que es la verdadera razón por la que me contrató, para

descubrir que era cierto. Y por eso ordenó a Marco que matara inmediatamente a los cómplices de su hijastro, para impedir que se supiera la verdad. ¡Desde luego! Sabe lo que pasó realmente. Debe de odiar a Espurio más que nunca y la hostilidad es mutua.

-¡Ah! El clásico resentimiento familiar que acaba en...

-Asesinato -dije, atreviéndome a pronunciar en voz alta la desgraciada palabra-. No me importaría apostar a ver cuál de los dos entierra al otro.

-¿Y Valeria, la madre del pérfido muchacho?

-El pérfido muchacho la hizo sufrir sólo para satisfacer su avaricia. Pensé que tenía derecho a saberlo. Pero cuando intenté decírselo, pareció volverse sorda de repente. Si oyó alguna palabra de cuanto le dije, no lo manifestó. Cuando hube terminado, me dio las gradas formalmente por haber liberado a su hijo de los horribles piratas y me despidió. -Lucio movió la cabeza-. Pero conseguí de Quinto Fabio algo que quería -añadí.

-Ya que se negó a darme mi parte completa del rescate, quise que me diera otra cosa que le pertenecía y que claramente subvaloraba.

-Ah, sí, tu nuevo guardaespaldas.

-Lucio miró a Belbo, que estaba al otro lado de la habitación con los brazos cruzados, vigilando el entrante donde estaba mi ropa como si contuviera el rescate de un senador-. Ese hombre es un tesoro.

-Ese hombre me salvó la vida en la playa de las afueras de Ostia. Puede que no sea la última vez.

De vez en cuando, el trabajo me lleva al sur, a las cercanías de Neápolis y el golfo, y siempre visito la costa donde se reúnen los pescadores. Pregunto en griego si alguno de ellos conoce a un joven llamado Cleón. Pero nunca se dirá, ay, que en la boca de un napolitano hayan entrado las moscas. Ninguno ha admitido nunca que conozca a ningún pescador con ese nombre, aunque en Neápolis sin duda tuvieron que conocerlo.

Examino las caras que veo en los botes de pesca, por si alguna vez lo identifico. Por ninguna razón especial, me he convencido de que, de alguna manera, esquivó a los hombres de Marco aquel desgraciado día y encontró la forma de escapar.

Una vez casi estuve seguro de haberlo visto. Iba sin barba, pero sus ojos eran los ojos de Cleón. Lo llamé desde el muelle, pero el bote se alejó antes de que pudiera mirarlo bien. Nunca pude confirmar si era Cleón o no. Quizá fuera un pariente o simplemente un hombre que se le parecía. No investigué el asunto como debiera, quizá temeroso de que la verdad no me gustara. Prefiero creer que era Cleón después de todo, con pruebas o sin ellas. ¿Podía haber dos hombres en el mundo con idénticos ojos verdes e igual de expresivos?

## La desaparición de la plata de las Saturnales

-¡Jugando en el foro! Realmente, Gordiano, ¿quién puede tolerar semejante conducta? -Cicerón dio un bufido altanero y volvió la nariz hacia un círculo de hombres ocupados en tirar los dados sobre los adoquines.

-Pero, Cicerón, son las Saturnales -dije con cansando. Eco y yo nos habíamos tropezado con él mientras nos dirigíamos a la casa de Lucio Claudio, y Cicerón había querido que lo acompañáramos un rato. Estaba irritable y no podía imaginar para qué quería nuestra compañía, a menos que fuera para engrosar las filas de su pequeño séquito de secretarios y paniaguados con quienes se paseaba por el foro. Para un político romano nunca es demasiado grande el séquito con que lo ven sus compatriotas, aunque en dicho séquito haya ciudadanos de dudosa respetabilidad como yo y un mudo de trece años.

Tras el cascabeleo de los dados estallaban los gritos de alborozo y lamentos de desengaño y, a continuación, el tintineo de las monedas que cambiaban de manos.

-Sí, las Saturnales -suspiró Cicerón-. Por tradición, los ediles de la ciudad deben permitir esta conducta en público durante la celebración del invierno, y las tradiciones romanas tienen que respetarse siempre. Sin embargo, me duele ver una conducta tan degradante en pleno corazón de la ciudad.

Me encogí de hombros.

-Los hombres juegan constantemente en la Subura.

-En la Subura -dijo; su pulida voz de orador exudaba desdén por mi barrio-, pero no aquí, en el foro, ¡en el sagrado foro romano!

Un grupo de borrachos apareció de ninguna parte y se metió trazando eses en medio del séquito de Cicerón. Giraban como trompos y con el borde de la túnica trazaban círculos alrededor de las rodillas. Se levantaban el bonete con el dedo índice y lo hacían girar en el aire, formando manchas rojas, azules y verdes. En medio de los celebrantes, transportado en una litera, había un jorobado vestido como el viejo rey Numa, con una túnica amarilla y una corona de hojas de papiro sobre el mugriento pelo. Asentía dando cabezadas de borracho y bebía a chorro de la bota de vino que llevaba en una mano mientras con la otra empuñaba un garrote retorcido como si fuera un cetro. Eco, fascinado por el espectáculo, abrió la boca en una silenciosa carcajada y aplaudió. A Cicerón no le hacía gracia.

-Las Saturnales son la festividad que menos me entusiasma, no importa lo sabios que fueran nuestros antepasados al fundarlas -gruñó-. Toda esta algarabía propia de borrachos y todo este desenfreno no tienen cabida en una sociedad sensata. Como puedes ver, hoy llevo toga, como de costumbre, sin importarme lo que decreten las tradiciones de la fiesta. No quiero disfrazarme con una sábana sucia, gracias. ¡Y los hombres dando saltitos para lucir el vello de las piernas! ¡Es el colno! La ropa floja, la virtud afloja. La toga hace que el hombre se mantenga de una pieza, y ya sabes lo que quiero decir. - Cuadró los hombros, movió ligeramente los codos para que los pliegues de su toga cayeran de forma ordenada, y dobló el brazo sobre el pecho para mantener los pliegues en su lugar. Para parecer respetable con una toga, solía decir mi padre, un hombre debe tener un espinazo de hierro. La toga le iba a Cicerón que ni pintada.

Bajó la voz.

-Lo peor de todo -añadió- son las libertades que se concede a los esclavos durante la fiesta. Sí, les he dado a los míos un día de asueto y les permito que digan libremente lo que piensan, sin pasarse de la raya, claro, pero les he puesto límites en lo de ir de parranda por las calles con gorrito de colores, como los hombres libres. ¡Imagina que llegara el día que no pudieras saber si un extraño al que ves en el foro es un ciudadano o una propiedad semoviente! ¡La festividad está dedicada a Saturno, pero lo mismo podría



estar dedicada a Caos! ¡Y me niego en redondo a seguir la absurda costumbre de permitir a mis esclavos ponerse mis ropas y tirarse en mi triclinio mientras les sirvo la cena!

-Pero, Cicerón, es sólo una vez al año.

-Una vez es demasiado, quienes dicen que es bueno subvertir de vez en cuando el orden establecido... dejar a un jorobado ser rey y hacer que los amos sirvan a los esclavos. ¿Qué mejor ocasión para dejar volar la fantasía que el comienzo del invierno, cuando la cosecha está terminada, los barcos en las dársenas, los magistrados antiguos a punto de salir volando de sus cargos para que los nuevos puedan sustituirlos, y cuando toda la república deja escapar un suspiro de alivio por haber sobrevivido a otro año de corrupción, avaricia, traiciones y puñaladas traperas? ¿Por qué no puede Roma permitirse la licencia de vestir ropa ligerita y de abrir todos los odres de vino que hagan falta?

-Porque entonces Roma sería una mujerzuela -dijo Cicerón con actitud de censura.

-¿Es preferible un político ceñudo y de cuello tieso? Creo que Roma es las dos cosas y que todo depende del lugar desde donde la mires. No olvides que dicen que las Saturnales las fundó el dios Jano, y Jano tiene dos caras.

Cicerón lanzó un gruñido.

-Pero seguro que cumples al menos una de las tradiciones de las Saturnales -añadí-. El intercambio de regalos con los amigos y la familia. -Hice este comentario sin segunda intención, sólo para recordarle los aspectos más agradables de la fiesta.

Me miró sombrío y en su cara se dibujó una sonrisa como si de repente le hubiera caído una máscara.

-Eso si lo hago -dijo, dando una palmada para llamar a uno de sus esclavos, que le llevó una pequeña bolsa de la que sacó un objeto que me puso en la palma-. ¡Para ti, Gordiano! -Se rió a carcajadas al ver mi expresión de sorpresa-. ¡Qué! ¿Pensabas que te hacía pasear por el foro sólo para darte mi mala opinión de este libertinaje?

Eco se acercó a mí y juntos miramos el pequeño objeto redondo que brillaba al sol pálido del invierno. Parecía un simple abalorio de plata, pero cuando me lo acerqué a los ojos vi que tenía forma de cícer, mejor dicho, de garbanzo, la legumbre llamada *cícer* de la que la familia Cicerón recibía su glorioso nombre. Eco dejó escapar una exclamación inaudible.

-¡Cicerón, me siento muy honrado! -dijo. Por el peso del pequeño objeto, tenía que ser de plata maciza. La plata es el material típico de los regalos de las Saturnales entre las personas que pueden permitirse semejante extravagancia.

-Le he regalado a mi madre un collar entero de garbanzos -dijo orgullosamente Cicerón-. Mandé que me lo hicieran el año pasado en Atenas, mientras estudiaba allí.

-Me temo -dijo, haciendo una seña a Eco para que buscara en la bolsa- que no tengo nada que se le compare, sólo esto.-Ningún hombre sale durante las Saturnales sin regalos que dar cuando la ocasión lo requiera, y le había dado a Eco una bolsa antes de salir, con un puñado de velas de cera. Eco me dio una y se la pasé a Cicerón- Era el regalo tradicional de un hombre modesto a otro mejor situado, y Cicerón lo aceptó graciosamente.

-La he comprado en una pequeña tienda que hay en la calle de los Candeleros -dijo-. Es de la mejor calidad, teñida de azul oscuro y perfumada con jacinto. Aunque, dado lo que sientes por la fiesta, quizá no salgas esta noche para iluminar el foro con velas.

-He quedado con mi hermano Quinto para celebrar una pequeña reunión familiar esta noche; estoy seguro de que nos quedaremos en casa. Pero suelo quedarme a menudo despierto hasta tarde, leyendo. Utilizaré tu regalo para alumbrarme la próxima vez que tenga que estudiar un papiro sobre leyes. El aroma me recordará lo hermosa que es nuestra amistad. -Con tanta miel en los labios, ¿quién podía dudar que el joven Cicerón llevaba camino de convertirse en el orador más famoso de la historia de Roma?

Nos separamos de Cicerón y nos dirigimos al Palatino. Induso allí, en el barrio más elegante de Roma, se jugaba abiertamente y había borrachos alborotadores en las calles; la única diferencia era que en el juego se apostaba más alto y los juerguistas llevaban túnicas más caras y de mejor tela. Llegamos a casa de mi amigo Lucio Claudio, que abrió la puerta en persona.

-¡Soy el portero! -dijo riendo a carcajadas-. No te lo creerás, pero les dije a los esclavos que se tomarán todo el día libre ¡y se lo han tomado en serio! ¡Sólo Saturno sabe dónde estarán o qué estarán haciendo! - Con su nariz de fresa y sus mejillas de ciruela, Lucio Claudio era el vivo retrato de la bondad, y más en aquellos momentos en que la radiante y achispada sonrisa le dulcificaba los rasgos.

-No creo que hayan ido muy lejos sin dinero -dije.

-¡Tienen dinero! Le di a cada uno una bolsa con unas monedas y un gorrito de fieltro. ¿Cómo iban a pasárselo bien sin apostar?

Moví la cabeza con desprecio fingido.

-Me pregunto, amigo Eco, qué pensaría Cicerón de la liberalidad de nuestro amigo Lucio.

Eco lo cogió al momento y se puso a hacer una siniestra imitación de Cicerón, envolviéndose en su túnica festiva como si fuera una toga, echando atrás la cabeza y arrugando la nariz. Lucio se rió con tanta fuerza que empezó a toser, y su cara se volvió más roja que nunca. Al final recuperó el aliento y se enjugó las lágrimas.

-Cicerón diría que un amo tan tolerante con sus esclavos está eludiendo su responsabilidad de mantener la paz y el orden en la sociedad... ¡pero que me aspen si me importa! Pasa y te enseñaré por qué estoy de tan buen humor. ¡Los regalos acaban de llegar esta mañana!

Lo seguimos a través del vestíbulo, por un immaculado jardín decorado con una maravillosa estatua de Minerva y por un largo pasillo, hasta que llegamos a una habitación pequeña y oscura que había al fondo de la casa. Se oyó un ruido sordo y una maldición ahogada cuando Lucio se golpeó la rodilla contra una especie de cofre que había pegado a la pared.

-Luz, más luz -murmuró, inclinándose sobre el cofre y trasteando con los postigos cerrados de una ventana alta y estrecha.

-Déjame a mí, amo -dijo una voz ronca en la oscuridad. Eco dio un respingo. Sus ojos son muy agudos, pero ni siquiera él había visto al propietario de la voz cuando entramos en la habitación.

La invisibilidad es una característica muy buscada entre los esclavos domésticos, y sin duda era una de las espeluznantes de aquel hombre que gozaba de la confianza de Lucio, un griego canoso que se llamaba Stéfanos y que había estado al frente de la casa del Palatino durante varios años. Fue de ventana en ventana, andando con los miembros extrañamente rígidos, descorriendo el pestillo de las estrechas contraventanas y abriéndolas para dejar entrar el aire y el sol.

Lucio dio las gracias al esclavo, que le respondió con una típica expresión de obediencia que apenas oí. Al igual que Eco, estaba paralizado por el resplandor cegador de la plata. Ante nuestros deslumbrados ojos, el sol que entraba a raudales por las ventanas se había transformado en un fuego blanco y líquido que resplandecía y bailaba. Miré a Eco y vi sus facciones coloreadas por rombos de luz refleja, luego volví la mirada hacia el esplendor que había ante nosotros.

El cofre con el que había tropezado la rodilla de Lucio era de madera bellamente tallada y con incrustaciones de obsidiana y conchas marinas. Un paño color rojo sangre cubría la tapa de bisagras. Encima del paño estaba la más sorprendente colección de objetos de plata que había visto en mi vida.

-Magnífico, ¿verdad? -dijo Lucio.

Me limité a asentir, pues ante aquel despliegue de cosas bellas me había quedado tan mudo como Eco.

-Fíjate en el jarro -dijo Lucio con entusiasmo-. La forma... la elegancia. ¿Ves el asa, esa forma de cariátide con la cara escondida?

El jarro era ciertamente exquisito, como el peine de plata con incrustaciones de cornalina que hacía juego con un cepillo, también de plata, en cuyo reverso había un sátiro en relieve espiando a unas ninfas que se bañaban. Había un collar de plata y ámbar al lado de otro de plata y lapislázuli, y vi otro de plata y

ébano; cada uno hacía juego con series de pendientes y pulseras. Había dos copas de plata con escenas de caza en relieve alrededor de la base, y otras dos copas decoradas con un dibujo geométrico griego.

Lo más impresionante de todo, aunque sólo fuera por su tamaño, era un plato de plata de un codo de diámetro. Su borde era un círculo de hojas de acanto en relieve, mientras que en el centro podía verse a Sileno, el demonio de la alegría, alborotando en medio de un despliegue de sátiros, faunos y ninfas. En un momento en que Lucio no nos miraba, Eco señaló la cara de Sileno e hizo un gesto con la cabeza hacia nuestro anfitrión. Vi lo que quería decir; aunque se podía decir que todas las imágenes de Sileno tenían un parecido de familia con Lucio Claudio, pues tenían una cara redonda y gorda encima de un cuerpo gordo y redondo, aquella se le parecía tanto que no podía ser otra cosa que un retrato.

-Debes de haber encargado estas piezas especialmente para ti -dije.

-Sí, las encargué a unos artesanos que tienen una tienda en la calle de los Plateros. Creo que son una prueba de que en Roma se puede encontrar una calidad artesanal tan elevada como en Alejandría o en cualquier otra parte.

-Si -dije-, siempre que se tenga dinero para pagar.

-Bueno, fue un poco extravagante -admitió Lucio-, pero la plata sin refinar viene de España, no de oriente, lo que reduce el precio. De todas formas, merece la pena el gasto para ver la cara que pondrán mis primos cuando vean lo que les regalo por las Saturnales. La plata es lo que se da tradicionalmente, claro...

-Quien se lo pueda permitir -murmuré.

-... aunque me temo que algunos de mis parientes han venido diciendo que soy un poco tacaño. Bien, no tengo mujer ni hijos, así que es natural que no prodigue mi riqueza entre quienes me rodean, y a veces cuesta empaparse en el espíritu de la fiesta cuando uno está soltero. Pero este año no... este año he tirado la casa por la ventana, como puedes ver.

-Ya lo veo -dije, pensando que incluso los patricios ricos y corridos como los Claudios estarían impresionados por la generosidad de Lucio.

Lucio se quedó un momento mirando el vistoso surtido de vasos y joyas, y se volvió al esclavo, que seguía allí.

-Pero Stéfanos, ¿qué es esto? ¿Qué haces remoloneando en la oscuridad, con el día tan espléndido que hace? Deberías estar fuera, correteando con los otros.

-¿Correteando, amo? -dijo el arrugado esclavo secamente, como para indicar que la posibilidad de que él hiciera una cosa así era bastante remota.

-Bueno, ya sabes lo que quiero decir... deberías estar fuera entreteniéndote.

-Ya me entretengo aquí dentro, amo.

-Para pasártelo bien entonces.

-Te aseguro que soy tan capaz de pasármelo bien aquí como en cualquier otra parte -dijo Stéfanos. Parecía improbable que pudiera pasárselo bien en ninguna circunstancia.

-Muy bien dijo Lucio riendo-, haz lo que quieras, Stéfanos. Esa es, después de todo, la finalidad de la fiesta.

Lucio se detuvo de nuevo ante el cofre y acarició amorosamente el jarro que había señalado al principio y al que parecía especialmente ligado. Luego nos condujo al atrio y nos ofreció una copa de vino.

-Para Eco con mucha agua -dije mientras Lucio nos servía de una sencilla jarra de plata, llena de espumeante vino granate. Eco frunció el entrecejo pero extendió la copa, deseoso de coger lo que pudiera. Por pasadas experiencias, sabía que Lucio tenía un almacén de las mejores cosechas y no quise aguar mucho mi vino para apreciar su delicado aroma con toda su fuerza. Para ser un hombre acostumbrado a que le sirvieran, Lucio nos sirvió de un modo irreprochable, luego sirvió él y se sentó junto a nosotros.

-Considerando lo mucho que trabajas, Gordiano, supongo que disfrutarás inmensamente de la fiesta.

-En realidad suelo estar más ocupado en días de fiesta que en otros.

-¿De verdad?

-El delito no se va de vacaciones -dije-. O más exactamente: al delito le gustan los días de fiesta. No tienes ni idea de la cantidad de robos y asesinatos que se cometen los días festivos... por no hablar de indiscreciones e infidelidades.

-Me pregunto por qué.

Me encogí de hombros.

-Las obligaciones normales de la sociedad se relajan; la gente es más sensible a la tentación y está más inclinada a hacer cosas que de ordinario no haría, por todo tipo de razones... avaricia, despecho o simplemente diversión. Las familias se reúnen, tanto si simpatizan entre sí como si no, lo que puede terminar con algún cráneo aplastado. Y el gasto del entretenimiento puede obligar incluso a un hombre rico a cometer actos realmente desesperados. Y para los que ya tienen una predisposición al delito, considera las ventajas de las fiestas para su vicio secreto, cuando la gente baja la guardia y se aturde atracándose de comida y bebida. ¡Desde luego que sí! Una festividad romana es una invitación al delito y los días que más ocupado estoy suelen ser los días de fiesta.

-¡Entonces me considero afortunado por estar hoy en tu compañía hoy\*, Gordiano! -dijo Lucio, levantando la copa.

En aquel momento oímos que se abría la puerta principal, luego voces elevadas en el vestíbulo. Dos esclavos jóvenes entraron en el atrio dando traspiés. El frío les había coloreado las mejillas, que estaban casi tan rojas como los gorritos que llevaban en la cabeza. Tenían los ojos hinchados por la bebida, pero se enderezaron al ver a su amo.

-Zropso, Zótico, espero que os estéis divirtiendo -dijo Lucio con sinceridad.

Zropso, que era más delgado y rubio, se enderezó de golpe, sin saber de qué modo reaccionar, mientras su compañero, que era gordo y moreno, rompió bruscamente en una carcajada y echó a correr dando saltitos por el atrio, hacia la parte trasera de la casa.

-Sí, amo, muchísimo, amo -dijo Zropso finalmente. Se apoyó en un pie y luego en el otro, como esperando ser despedido.

Lucio cogió una corteza de pan y se la tiró al esclavo.

-¡Largo! -dijo riéndose. Zropso echó a correr detrás de Zótico, con cara de estar muy confundido.

Bebimos en silencio un rato, saboreando el vino.

-Se nota que te gusta la informalidad, Lucio -dije con sorna-, aun a costa de escandalizar a un pobre esclavo.

-Zropso es nuevo en la casa. No entiende qué son las Saturnales -dijo Lucio. Acababa de terminar la segunda copa de vino y se estaba sirviendo otra. Me volví hacia Eco, esperando que me guiñara un ojo de complicidad, pero parecía distraído y miraba hacia el interior de la casa.

-¿Y serías capaz de servir la cena a tus esclavos? -pregunté, recordando que Cicerón había palidecido ante la idea de condescender hasta aquel punto.

-Yo creo que por ahí no pasaría, Gordiano. Tengo la casa llena, pero sólo un esclavo es mío. Voy a pasarme la tarde visitando primos y entregando regalos, y supongo que acabaré molido. Pero dejaré que los esclavos se tiren en los triclinios como si fueran mis invitados y se turnen para servirse unos a otros mientras yo ceno en mi alcoba. Parece que les gusta esta pequeña farsa, a juzgar por el ruido que hacen. ¿Y tú? ¿Harás de criado de tus esclavos domésticos durante la cena?

-Sólo tengo dos.

-¡Ah, sí! El guardaespaldas, ese gigantesco Belbo, y la concubina egipcia, la hermosa Bethesda. ¿Qué hombre se negaría a servirla? -Lucio suspiró y se estremeció. Siempre había estado enamorado de Bethesda y más que un poco intimidado por ella.

---

\* así repetido en el texto de la traducción.

-Iremos a casa a preparar la cena en cuanto salgamos de aquí -dije-, y esta noche, antes de que la gente se aglomere en las calles con velas encendidas, Eco y yo les serviremos la cena a los dos mientras ellos están tan ricamente recostados en los triclinios.

-¡Delicioso! ¡Me gustaría verlo!

-A condición de que estés dispuesto a servir a los esclavos, como todos los hombres libres de la casa.

En aquel momento vi por el rabillo del ojo que Eco volvía la cabeza con brusquedad hacia la parte trasera de la casa. Tenía un oído muy agudo, por eso oyó que el esclavo se aproximaba antes de que Lucio o yo nos diéramos cuenta. Al poco rato, Zropso llegó corriendo al atrio con cara de consternación. Abrió la boca, pero se atragantó con las palabras.

-Bien, Zropso, ¿qué ocurre? -dijo Lucio, arrugando la carnosa frente.

-¡Algo terrible, amo!

-¿Sí?

-Es el viejo Stéfanos, amo...

-Sí, sí, vamos, escúpelo. Zropso se retorció las manos e hizo una mueca.

-Por favor, amo, ven a verlo tú mismo!

-Bueno, ¿qué puede ser tan terrible para que un esclavo ni siquiera pueda decirlo? -dijo Lucio, aligerando la cuestión mientras se levantaba del asiento con mucho aparato-. ¡Vamos, Gordiano, probablemente sea asunto de tu interés! -dijo riéndose.

Pero las risas cesaron cuando seguimos al joven Zropso hasta la habitación en la que Lucio nos había enseñado la plata. Todas las ventanas estaban cerradas menos la más cercana al cofre. A la fría luz que entraba vimos el desastre que había entorpecido la lengua de Zropso. El paño rojo estaba todavía sobre el cofre, pero a un lado, y todas las piezas de plata habían volado. Delante del cofre, en el suelo, el viejo esclavo Stéfanos yacía de costado, con los brazos sobre el pecho. Tenía en la frente un agujero del que salía sangre y, aunque sus ojos estaban abiertos de par en par, había visto yo demasiados cadáveres para saber que Stéfanos había dejado el servicio de Lucio Claudio para siempre.

-¡Por Hércules! ¿Qué ha pasado? -exclamó Lucio-. ¡La plata! ¡Y Stéfanos! ¿Está...? Eco se arrodilló para buscarle el pulso al caído y puso el oído sobre los labios separados del esclavo muerto. Levantó la vista hacia nosotros y negó con la cabeza seriamente.

-Pero ¿qué ha pasado? -gritó Lucio-. Zropso, ¿qué sabes de esto?

-¡Nada, amo! Entré en la habitación y la encontré exactamente como está ahora, y fui a decírtelo inmediatamente.

-¿Y Zótico? -preguntó Lucio en tono sombrío-. ¿Dónde está?

-No lo sé, amo.

-¿Qué quieres decir? Vinisteis juntos.

-Sí, pero tuve que ir a hacer mis necesidades y fui a la letrina del otro lado de la casa. Después vine a buscar a Zótico, pero no lo encontré.

-¡Bueno, pues encuéntralo! -barbotó Lucio. Zropso se volvió dócilmente para irse.

-No, espera -dije-. A mí me parece que no hay prisa por buscar a Zótico, si es que todavía está en la casa. Creo que sería más interesante averiguar por que se te ocurrió venir precisamente a esta habitación, Zropso.

-Estaba buscando a Zótico, ya lo he dicho. -El esclavo bajó los ojos.

-Pero, ¿por qué aquí? Es una de las habitaciones privadas de tu amo. Yo diría que sólo están autorizados a entrar los esclavos del rango de Stéfanos y las muchachas de la limpieza. ¿Por qué estabas buscando a Zótico aquí, Zropso?

-Yo... me pareció oír un ruido.

-¿Qué ruido? Zropso puso cara de pena.

-Me pareció que alguien... reía.

Eco dio una palmada de repente para llamar nuestra atención y asintió con energía.



-¿Qué dices, Eco? ¿Tú también oíste esa risa? Asintió e hizo un ademán con las manos para indicar que desde el atrio había sonado débil y muy lejana. Miré a Zropso.

-¿La risa salía de esta habitación?

-Eso pensé. Primero la risa y después... después una especie de matraca y un golpe, o un ruido sordo, no muy alto.

Miré a Eco, que frunció los labios con ambivalencia y se encogió de hombros. También él, sentado en el atrio, había oído algo en la parte de atrás de la casa, pero el sonido había sido confuso.

-¿Era Zótico riéndose? -pregunté.

-Eso creí -dijo Zropso sin convicción.

-Vamos, ¿era Zótico o no? Seguro que su risa te resulta familiar... los dos veníais riendo cuando llegasteis de la calle.

-No sonaba como la risa de Zótico, pero supuse que era él, a no ser que hubiera alguien más en la casa.

-Nadie -dijo Lucio-. Estoy seguro.

-Alguien podría haber entrado -dije, acercándome a las abiertas contraventanas-. Es curioso... este pestillo parece partido. ¿Se había roto antes?

-Creo que no -dijo Lucio.

-¿Qué hay al otro lado de la ventana?

-Un pequeño jardín.

-¿Y qué rodea el jardín?

-La casa por tres lados y una tapia por el otro.

-¿Y qué hay al otro lado de la tapia?

-La calle. ¡Oh, amigo mío! Ya entiendo lo que quieres decir. Sí, supongo que alguien joven y con agilidad podría haber escalado la pared y entrado en la casa.

-¿Esa tapia también puede escalarse desde dentro?

-Supongo que sí.

-¿Podría hacerlo un hombre con una bolsa llena de plata a la espalda?

-Gordiano, no pensarás que Zótico...

-Espero que no, por su bien, pero cosas más extrañas han ocurrido cuando a un esclavo se le da un poco de libertad, un poco de dinero y mucho vino.

-¡Misericordiosa Fortuna! -exclamó Lucio-. ¡La plata! -Fue hacia el cofre y alargó la mano como para tocar fantasmagorías donde ya no había plata-. La jarra, las joyas, las copas... ¡todo ha desaparecido!

-No hay señales de armas -dije, mirando por la habitación-. Quizá una de las piezas perdidas fue usada para dar ese golpe en la cabeza de Stéfanos. Algo con un borde más bien recto y duro, a juzgar por el aspecto de la herida. Quizá el plato...

-Que idea tan horrible! Pobre Stéfanos. -Lucio apoyó las manos en la tapa del cofre y las apartó de repente con un gemido de horror. Levantó la mano y vi que tenía la palma manchada de sangre.

-¿De dónde ha salido eso? -dije.

-Del paño que tapa el cofre. Es difícil de ver con esta luz y por ser rojo el paño, pero hay una mancha húmeda de sangre.

-Fijaos, lo han movido hacia un lado. Pongámoslo como estaba antes.

-Movimos el paño y vimos que la mancha de sangre coincidía con el borde de la tapa del cofre.

-Como si se hubiera dado el golpe ahí -dijo Lucio.

-Sí, como si se hubiera caído... o lo hubieran empujado -dije.

Zropso se aclaró la garganta.

-Amo, ¿busco a Zótico ya? Lucio enarcó una ceja.

-Iremos a buscarlo todos juntos.

Una rápida inspección por los cuartos de los esclavos nos reveló que Zótico no estaba en la casa. Volvimos a la malhadada habitación del tesoro.

-¿Busco a Zótico a la calle, amo?

-El temblor de la voz de Zropso indicaba que se daba perfecta cuenta de lo delicado de su posición. Si Zótico, había cometido homicidio, y robo, ¿no era probable que su amigo Zropso hubiera sido cómplice en el plan? Aunque Zropso fuera totalmente inocente, según la ley el testimonio de los esclavos debía obtenerse mediante tortura; si la plata no se recuperaba y el asunto no se resolvía rápidamente, era probable que Zropso se enfrentara a un feo porvenir. Mi amigo Lucio tiene buen corazón, pero a fin de cuentas procede de una vieja familia patricia, y los patricios de Roma no estarían donde están hoy si hubieran sido altruistas o escrupulosos, especialmente en la administración de sus propiedades, humanas o no.

Lucio envió a Zropso a sus dependencias y luego se volvió hacia mí.

-Gordiano, ¿qué debo hacer? -gimió; en aquel momento no parecía un patricio.

-Retener a Zropso aquí, desde luego. Fuera y sólo podría entrarle el pánico y tener la loca idea de escapar, y eso siempre termina mal para un esclavo. Además -añadí en voz baja-, puede que sea culpable de conspirar para robarte la plata. También te sugiero que contrates algunos gladiadores, si puedes encontrar alguno sobrio, para reducir a Zótico, si lo encuentran.

-¿Y si no tiene la plata encima?

-Entonces dependerá de ti decidir el procedimiento para sacarle la verdad.

-¿Y si dice que es inocente?

-Supongo que es posible que un extraño pueda haber saltado la tapia y robado la plata. Quizá otro de tus esclavos, o alguien de la calle de los Plateros que se hubiera enterado de tus recientes adquisiciones. Pero primero busca a Zótico y descubre qué es lo que sabe.

Eco, que había estado pensativo durante un rato, llamó mi atención de repente. Señaló el cadáver de Stéfanos y luego representó una pantomima, sonriendo estúpidamente y fingiendo reír.

Lucio se quedó desconcertado.

-¡La verdad es que no veo nada divertido en el asunto!

-No, Lucio, lo has malinterpretado. ¿Estás diciendo, Eco, que fue a Stéfanos a quien oíste reír?

Eco movió la cabeza para indicar que había estado dando vueltas al asunto y que finalmente había tomado una decisión al respecto.

-¿Stéfanos riéndose? -dijo Lucio en el mismo tono que podría haberle salido si Eco hubiera visto a Stéfanos escupiendo fuego o trazando círculos con las pupilas.

-Es verdad, parecía hombre serio -dije, echando una mirada escéptica a Eco-. Y si era Stéfanos el que se reía, ¿por que no lo dijo Zropso?

-Probablemente porque nunca había oído reír a Stéfanos -dijo Lucio-. Y creo que yo tampoco. -Miró el cadáver con cara de confusión-. ¿Estás seguro de que la risa que oíste era de Stéfanos, Eco?

Eco se cruzó de brazos y asintió muy serio. Había tomado una decisión.

-¡Está bien! Quizá nunca lo sepamos con seguridad -dije, dirigiéndome hacia la puerta.

-¿No te quedas para ayudarme, Gordiano?

-Lo siento, Lucio Claudio, debo irme. Hay una cena que preparar y una concubina a la que servir.

Llegamos a casa relativamente indemnes. Un grupo de putas risueñas nos retuvo durante un rato bailando a nuestro alrededor, otro rey Numa llevado en litera me volcó una copa de vino en la cabeza y un gladiador borracho vomitó en una sandalia de Eco, pero por lo demás el trayecto desde el Palatino a la Subura fue un camino de rosas.

El menú que preparamos para cenar fue muy sencillo, como correspondía a mis dotes. Incluso así, Bethesda no parecía capaz de quedarse fuera de la cocina. Cada dos por tres miraba desde de la puerta,

arrugando el sintomático entrecejo y moviendo la cabeza como si incluso mi forma de coger el cuchillo traicionara mi total incompetencia en asuntos culinarios.

Por fin, cuando el sol invernal empezaba a hundirse en el horizonte, Eco y yo salimos de la cocina y encontramos a Bethesda y a Belbo cómodamente echados en los triclinios normalmente reservados a nosotros. Eco puso las mesitas mientras yo sacaba los diversos platos: lentejas, pastel de mijo con carne picada y flan de huevo con miel y piñones.

Belbo pareció contento con lo que le servimos, pero es que a Belbo le gusta todo mientras le pongan suficiente; se relamió, comió con los dedos y no pudo contener las carcajadas cuando envió a su amo Eco a buscar más vino, tomando como una broma la tradición de invertir los papeles. Bethesda, por su parte, recibió los platos con aire de fría objetividad. Como siempre, su actitud típicamente distante ocultaba la verdad profunda de lo que sucedía en su interior, que sospechaba que era tan complejo y sutil como el plato más exquisito. Por un lado era escéptica respecto de mis dotes culinarias, por otro disfrutaba de la novedad de ser servida y de fingir que era una matrona romana, y por otro deseaba que no se le notase ningún signo exterior de deleite, porque... bueno, porque Bethesda es Bethesda.

Se dignó felicitar me sin embargo por el flan de huevo, detalle que acogí con una reverencia.

-¿Y qué tal ha ido el día, amo? -preguntó con despreocupación, recostándose en el triclinio. Me quedé al lado, con las manos cogidas en la espalda, en señal de respeto. En su imaginación, ¿me había convertido en esclavo... o, peor aún, en marido?

Le conté los acontecimientos de la jornada, como a menudo hacen los esclavos al final del día cuando los amos se lo indican. Bethesda escuchaba distraídamente, acariciándose con las manos el lujurioso pelo negro y toqueteándose los carnosos labios. Cuando le describí mi encuentro con Cicerón, sus ojos oscuros relampaguearon, pues siempre recelaba de cualquier hombre que tuviera más ganas de libros que de mujeres o de comida; cuando le conté que había estado en casa de Lucio Claudio, sonrió, pues sabe lo sensible que es este hombre a su belleza; cuando le conté la muerte de Stéfano y la desaparición de la plata, se puso muy pensativa. Se inclinó para apoyar la barbilla en una mano y de repente se me ocurrió que estaba peligrosamente cerca de parodiarme.

Después de haberle contado los desagradables sucesos, me pidió que se los explicara otra vez más detenidamente, luego llamó a Eco, que había estado practicando una especie de juego infantil chocando las manos con Belbo, para que le clarificara algunos aspectos de la historia. De nuevo, como había hecho en casa de Lucio, insistió en que había sido a Stéfano a quien había oído reír.

-Amo -dijo Bethesda pensativamente-, ¿torturarán al esclavo Zropso?

-Posiblemente -suspire-. Si Lucio no consigue recuperar la plata, puede que pierda la cabeza... Lucio, quiero decir, aunque Zropso podría perder la suya al final, y esta vez sin metáforas.

-¿Y si encuentran a Zótico, sin la plata y afirmando que es inocente?

-Lo más seguro es que lo torturen -dije-. Lucio no se atrevería a presentarse ante su familia ni ante sus colegas si permitiera que lo engañara un esclavo.

-Engañado por un esclavo -murmuró Bethesda con actitud reflexiva, asintiendo. Luego movió la cabeza y puso la cara más imperiosa que tenía-. ¡Amo, tú estabas allí! ¿Cómo es que no viste la verdad?

-¿Qué quieres decir?

-Bebiste el vino de Lucio Claudio a palo seco, ¿verdad? Sin duda te obnubiló el cerebro.

A los esclavos se les pernuiten muchas libertades en las Saturnales, pero aquello pasaba ya de castaño oscuro.

- ¡Bethesda! Exijo...

- ¡Tenemos que ir a casa de Lucio Claudio enseguida! se levantó de un salto y corrió a buscar la capa. Eco me preguntó con la mirada. Me encogí de hombros.

-Coge tu capa, Eco, y también la mía; la noche es fresca. También deberías venir tú, Belbo, si consigues levantarte del triclinio. Las calles estarán imposibles esta noche.

No contaré la locura que supone cruzar Roma en la noche de las Saturnales. Baste decir que en ciertos tramos del trayecto me alegré mucho de tener a Belbo con nosotros; normalmente sólo su voluminosa presencia era suficiente para abrirse paso entre el gentío alborotado. Cuando finalmente llamamos a la puerta de Lucio, nos abrió otra vez el amo de la casa.

-¡Gordiano! Me alegro de verte. El día va de mal en peor. ¡Ah! Eco... Belbo... ¡y Bethesda! -La voz se le quebró cuando pronunció el nombre y los ojos se le pusieron como platos. Se ruborizó, si es que era posible que su rubicunda cara adquiriera un rojo más brillante.

Nos condujo a través del jardín. La estatua de Minerva nos miraba desde lo alto; su actitud sabia era un estudio en claro de luna y sombras. Lucio nos introdujo en una habitación suntuosamente amueblada que estaba al lado mismo del jardín; un llameante brasero la caldeaba.

-Seguí tu consejo -dijo-. He contratado hombres para buscar a Zótico. Le encontraron muy pronto, tan borracho como un sátiro y apostando en la calle, al lado de un burdel de la Subura... tratando de ganar lo que necesitaba para entrar, dijo.

-¿Y la plata?

-Ni rastro. Zótico jura que nunca ha visto la plata y que ni siquiera sabía que existía. Dice que salió por la parte trasera de la casa, por una ventana que hay en las dependencias de los esclavos. Dice que Zropso le aburría y que quería salir solo.

-¿Le crees? Lucio agachó la cabeza.

-¡Ay de mí! No sé qué creer. Lo único que sé es que Zótico y Zropso entraron, Zótico se fue, y que en algún momento Stéfanos fue muerto y la plata robada. ¡Sólo quiero que la plata vuelva! Mis primos han venido hoy y no tenía nada para darles. Por supuesto, no he querido explicarles la situación; les he dicho que mis regalos se retrasaban y que iría a verles mañana. Gordiano, no quiero torturar a estos muchachos, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

-Llévame a la habitación en la que guardabas la plata -dijo Bethesda, dando un paso adelante y quitándose la capa, que dejó en una silla cercana. Su cascada de pelo negro emitió destellos azul oscuro y morados a la luz del brasero. Su expresión era impasible y sus ojos estaban fijos en Lucio Claudio, que parpadeó ante su mirada. Hasta yo me acobardé un poco al verla iluminada por el fuego, pues aunque llevaba el cabello suelto como una esclava y vestía con una sencilla túnica de esclava, su cara tenía la misma seducción majestuosa que la bronceínea cara de la diosa del jardín.

Bethesda siguió mirando fijamente a Lucio, que se limpió una gota de sudor de la frente. El brasero calentaba, pero no tanto.

-Desde luego -dijo-. Aunque ya no hay nada que ver. Mandé que trasladaran el cadáver de Stéfanos a otra habitación... Su voz fue apagándose mientras se daba la vuelta y nos conducía a la parte trasera de la casa, cogiendo un candil que colgaba de la pared para alumbrar el camino.

A la luz parpadeante del candil, la habitación parecía muy vacía y ligeramente misteriosa. Los postigos estaban cerrados y habían quitado de encima del cofre el paño manchado de sangre.

-¿Qué postigos estaban abiertos cuando encontrasteis muerto a Stéfanos? -dijo Bethesda.

-Es -estos -dijo Lucio con un ligero balbuceo. Se abrieron nada más tocarlos-. El pestillo está roto -explicó, tratando de cerrarlos de nuevo.

-Claro que está roto; los postigos no se abrieron utilizando el pestillo, sino que se forzaron -dijo Bethesda.

-Sí, imaginamos eso esta mañana -dijo-. Debieron de empujar desde fuera. Algún extraño que forzó la entrada...

-No creo -dijo Bethesda-. ¿Y si los cogieron por la parte superior y tiraron de ellos para abrirlos... así? -Bethesda fue a otra ventana, tiró de los postigos para abrirlos y el pequeño pestillo se rompió por la mitad.

-Pero ¿por qué iban a hacer eso? -preguntó Lucio. Abrí la boca y tragué una bocanada de aire, empezando a comprender lo que Bethesda tenía en la cabeza. Fui a decir algo, pero me mordí la lengua. La idea era suya, después de todo. Dejaría que fuera ella quien la expusiera.

-El esclavo Zropso dijo que primero había oído una risa, luego un ruido de matraca y luego un golpe. La risa, según Eco, era de Stéfanos.

Lucio negó con la cabeza.

-Cuesta imaginarlo.

-¿Porque nunca habías oído la risa de Stéfanos? Puedo decirte por qué: porque sólo se reía a tus espaldas. Pregunta a cualquiera de los esclavos que lleven aquí más tiempo que Zropso y a ver qué te dicen.

-¿Cómo lo sabes? -protestó Lucio.

-Ese hombre dirigía tu casa, ¿no? Era tu principal esclavo de Roma. Créeme, de vez en cuando se reía de ti a tus espaldas. -Lucio pareció sorprendido ante semejante idea, pero Bethesda no pensaba discutirla-. En cuanto a la matraca que oyó Zropso, acabas de oír el mismo ruido, cuando abrí los postigos tirando de ellos. Luego Zropso oyó un golpe sordo... que era el ruido que hizo la cabeza de Stéfanos al chocar con el borde duro del cofre. -Bethesda hizo una mueca-. Luego cayó al suelo, yo diría que aquí, asiéndose al cofre y con la cabeza sangrando. -Señaló el lugar exacto en que habíamos encontrado a Stéfanos-. Pero el ruido más significativo fue el que nadie oyó... el tintineo de la plata, que probablemente habría hecho un ruido considerable si alguien la hubiera metido a toda prisa en una bolsa y luego hubiera salido corriendo con ella.

-Pero ¿qué quiere decir todo eso? -dijo Lucio.

-Quiere decir que tu esclavo de cara impávida, que según tú no tenías sentido del humor, ha tenido su propia forma de celebrar las Saturnales este año. Stéfanos te gastó una broma inocente en secreto... luego se rió a carcajadas de su propia impertinencia. Pero se rió demasiado fuerte. Stéfanos era muy viejo, ¿verdad? Los esclavos viejos tienen el corazón débil. Cuando el corazón les falla, es probable que se caigan y busquen algo a lo que asirse. -Bethesda asió la parte superior de las contraventanas y las sacudió hasta que se abrieron-. Fueron un débil asidero. Cayó y se golpeó en la cabeza, luego quedó yerto en el suelo. ¿Fue el golpe en la cabeza lo que le mató o fue el corazón? ¿Quien lo sabe?

-¡Pero la plata! -preguntó Lucio-. ¿Dónde está?

-Donde Stéfanos cuidadosa y silenciosamente la escondió, pensando en darle un susto a su amo.

Contuve la respiración mientras Bethesda abría la tapa del cofre; ¿y si se había equivocado? Pero allí, semienvueltos en paños bordados, reluciendo a la luz del candil, estaban los vasos, los collares y las pulseras que Lucio nos había enseñado por la mañana.

Lucio dio un respingo y pareció que se iba a desmayar de alivio.

-No puedo creerlo -dijo finalmente-. ¡Stéfanos nunca había gastado semejante broma!

-¡Oh! ¿Seguro que no? -dijo Bethesda-. Los esclavos gastan ese tipo de bromas continuamente, Lucio Claudio. El motivo de tales bromas no es que los amos los descubran y se sientan ridículos, porque entonces el esclavo impertinente sería castigado. No, el motivo es que el amo nunca se dé cuenta de que lo han convertido en blanco de una broma. Stéfanos probablemente había planeado que estaría en la calle divirtiéndose cuando tú descubrieras que la plata había desaparecido. Habría dejado que el panico, te dominara un rato, luego habría vuelto a casa y cuando le dijese, fuera de ti, que la plata había desaparecido, te la habría enseñado en el cofre.

-Pero me habría puesto furioso.

-Más diversión para Stéfanos. Porque cuando le preguntaras por qué había puesto la plata allí, habría dicho que se lo habías dicho tú y que él se había limitado a seguir tus órdenes.

-¡Pero nunca le di tales instrucciones!



-«Sí que lo hiciste, amo», habría dicho, cabeceando ante tu distracción, y con su cara de juez, no te habría quedado más remedio que creerle. Piensa, Lucio Claudio, y seguro que recordarás otras ocasiones en que te encontraste en un aprieto y Stéfanos se vio obligado a señalar que se debía a tu mala memoria.

-Bueno, ahora que lo mencionas... -dijo Lucio, con aspecto claramente incómodo.

-Y todo el tiempo, Stéfanos se reía de ti a tus espaldas -dijo Bethesda.

Moví la cabeza.

-Debería haber comprendido la verdad antes, cuando estuve aquí -dije a mi pesar.

-Tontenías -dijo Bethesda-. Tú eres sabio en los caminos del mundo, amo, pero no sabes cómo trabaja la mente de un esclavo, ya que nunca lo has sido. -Se encogió de hombros-. Cuando me contaste la historia, comprendí la verdad al momento. No tenía que conocer a Stéfanos para saber cómo trabajaba su mente. Hay una manera de ver el mundo que es común a todos los esclavos; vamos, me parece a mi.

Asentí y me puse un poco rígido.

-¿Quiere esto decir que, a veces, cuando no encuentro algo, o cuando recuerdo claramente haberte dado una orden y tú me convences de que no es así...?

Bethesda sonrió ligeramente, como las diosas de la sabiduría deben de sonreír cuando meditan una broma para entendidos, demasiado llena de matices para los simples mortales.

Aquella misma noche nos unimos a la multitud del foro con nuestras velas de cera. Las grandes plazas públicas y las imponentes fachadas de los templos quedaron iluminadas por miles de luces parpadeantes. Lucio estuvo con nosotros y todos coreamos el alegre cántico de «¡Io, Io, Saturnalia!» que resonaba por todo el foro. Por la sonrisa de bendito que esbozaba comprendí que había recuperado el buen humor. Bethesda también sonreía, ¿por qué no? En su muñeca, reluciendo como un círculo de fuego líquido a la luz parpadeante de su vela, había una pulsera de plata y ébano, regalo saturnal de un admirador agradecido.

## El zángano y la miel

-¡Gordiano! ¡Eco! ¿Cómo ha ido vuestro viaje?

-Te lo contaré en cuanto me haya bajado del caballo y descubra si todavía tengo dos piernas.

Lucio Claudio soltó una carcajada que le salió del corazón.

-¡Vamos, hombre! ¡De Roma aquí sólo hay unas horas! Y una buena carretera de adoquines. ¡Y el tiempo es excelente!

Eso era cierto. Era un día de finales de abril, uno de esos días dorados de primavera que uno desearía que duraran eternamente. El propio Febo parecía convencido; el sol estaba detenido en el cielo como embelesado ante la belleza de la tierra y sin ganas de moverse.

Y la tierra estaba preciosa, sobre todo aquel pequeño rincón metido en medio de los ondulados campos etruscos, al norte de Roma. Las colinas estaban cubiertas de encinas y salpicadas de flores amarillas y moradas. Los olivos del valle reflejaban destellos de playa y verde bajo la suave brisa. Las higueras y los limoneros estaban en plena madurez. Las abejas zumbaban y revoloteaban entre las largas filas de cepas. Se oía el piar de los pájaros y sus trinos se mezclaban con la melodía que cantaban los esclavos de un campo próximo que abatían la hoz al unísono. Respiré hondo el dulce olor de la hierba secándose al sol. Incluso mi buen amigo Lucio parecía inusualmente sano, un Sileno, de mejillas de ciruela y pelo rojo rizado; lo único que le faltaba para completar la imagen era una jarra de vino y unas cuantas ninfas del bosque deseosas de servirle.

Bajé del caballo y descubrí que todavía tenía piernas después de todo. Eco bajó de su montura y dio un brinco de entusiasmo. ¡Ah! ¡Tener catorce años y no saber lo que son las agujetas! Un esclavo llevó nuestros caballos a la cuadra.

Lucio me dio una fuerte palmada en el hombro y me condujo a la villa. Eco corría dando vueltas a nuestro alrededor, como un perrito nervioso. Era una casa encantadora, baja y con varias ventanas, todas abiertas para dejar entrar la luz del sol y el aire fresco. Pensé en las casas de la ciudad, todas estrechas y apiñadas y sin ventanas, por miedo a que los ladrones subieran desde la calle. Allí, incluso la casa parecía haber suspirado de alivio y se permitía a sí misma relajarse.

-Ya ves, te lo dije -dijo Lucio-. ¡Mira tu sonrisa! La última vez que te vi en la ciudad, parecías un hombre que llevara unos zapatos demasiado estrechos. Sabía que esto era lo que necesitabas... una escapada al campo durante unos días. A mí siempre me funciona. Cuando el politiqueo del foro me desborda, huyo a mi granja. Ya verás. Unos pocos días y serás un hombre nuevo. Y Eco pasará unos días estupendos, subiendo a las colinas y bañándose en el arroyo. Pero ¿no has traído a Bethesda?

-No. Ella...

-Iba a decir «se negó a venir», que era la pura verdad, pero temí que mi aristocrático amigo sonriera con desprecio ante la idea de que una esclava se negara a acompañar a su amo en un viaje-. Bethesda es una criatura de ciudad, ya sabes. No está acostumbrada al campo. Así que la dejé en casa, con Belbo, para que la cuidara. No me habría servido de nada aquí.

-Ya veo -dijo Lucio, asintiendo con la cabeza-. ¿Se negó a venir?

-Bueno...

-Empecé a mover la cabeza, pero lo dejé y me eché a reír. ¿De qué servían las vanidades urbanas en aquel lugar, donde Febo bañaba con su dorada luz un mundo perfecto? Lucio tenía razón. Mejor dejar las tonterías para Roma. En un impulso, cogí a Eco y, cuando jugó a deshacerse de mi abrazo, salí en su persecución. Los dos corrimos en círculos alrededor de Lucio Claudio, que echó la cabeza atrás y se rió.

Aquella noche cenamos hígado de ganso con espárragos, setas revueltas en grasa de oca y gallina en salsa de vinagre y miel con piñones. La comida fue sencilla, pero se preparó soberbiamente. Elogié tanto la comida que Lucio llamó al cocinero para felicitarle.

Me sorprendió ver que el cocinero era una mujer, todavía veinteañera. Su pelo oscuro estaba recogido en un apretado moño, sin duda para que no le estorbara en la cocina. Sus gordezuelas mejillas parecían más gordezuelas aún a causa de la radiante sonrisa que le iluminaba la cara; apreciaba los elogios. Su cara era agradable, ya que no hermosa, y su figura, incluso con la ropa suelta, se notaba voluptuosa.

-Davía empezó como ayudante del cocinero principal de mi casa de Roma -explicó Lucio-. Le ayudaba a comprar, medía los ingredientes, todo eso. Pero cuando cayó enfermo el invierno pasado y tuvo que ocupar ella su lugar, demostró tal habilidad que decidí confiarle la cocina de la granja. Así pues, ¿te ha parecido bien, Gordiano?

-Por supuesto. Todo estaba buenísimo, Davía. Eco la elogio. Asímismo, pero dio un sonoro bostezo. Demasiada comida buena y aire fresco, explicó señalando la mesa y tragando una gran bocanada de aire. Se disculpó y se fue directamente a la cama.

Lucio y yo llevamos unas sillas al lado del río y saboreamos su mejor vino mientras escuchábamos el gorgoteo del agua y el canto de los grillos, y observábamos las nubecillas, pasar como jirones de algodón por delante de la luna.

-Diez días así y creo que olvidaría cómo se vuelve a Roma.

-¡Ah! Pero apuesto a que no olvidarías cómo se vuelve a Bethesda -dijo Lucio-. Esperaba verla. Es una flor de ciudad, sí, pero ponla en el campo y dará flores lozanas que te sorprenderían. ¡Bueno, bueno! Seremos sólo tres.

-¿No hay más invitados?

-¡No, no, no! Esperé adrede hasta que no tuve ninguna obligación social pendiente para poder tener el lugar entero sólo para nosotros. -Me sonrió a la luz de la luna, luego torció los labios en una mueca de burla-. No es lo que estás pensando, Gordiano.

-¿Y qué estoy pensando?

-Que a pesar de sus virtudes domésticas, tu amigo Lucio Claudio es un patricio sometido a los prejuicios de su clase; que escogí para invitarte una época en la que no había nadie por aquí, para que no fueras visto por mis amigos de la clase alta. Pero no se trata de eso en absoluto. ¡Quería que el lugar fuera sólo para ti, para que tú no tuvieras que aguantarlos a ellos! ¡Ah! Si conocieras a la gente de la que estoy hablando.

Sonreí al ver su incomodidad. -A veces mi trabajo me pone en contacto con los patricios y los ricos, ya sabes.

-Ah, eso es diferente, tratar con ellos. No quiero ni hablar de los miembros de mi propia familia, aunque son los peores. Están los cazafortunas, los que están en los márgenes de la sociedad y piensan que pueden abrirse paso hacia la respetabilidad como los zorros. Y los patriarcas, los aburridos, vanidosos y viejos pederros que nunca dejan olvidar a nadie que algún antepasado suyo estuvo dos temporadas de cónsul, o saqueó un templo griego, o mató una tripulación de cartagineses en la edad de oro. Y los chiflados que aseguran que descienden de Hércules o de Venus... más probablemente de Medusa, a juzgar por sus modales en la mesa. Y los niñatos ricos que no piensan más que enjugar y en las carreras de caballos, y las niñatas ricas que sólo piensan en nuevas túnicas y en joyas, y los padres que no piensan más que emparejar a los chicos con las chicas para que engendren más de lo mismo.

»Ya ves, Gordiano, tú conoces a esta gente en sus peores momentos, cuando ha habido un homicidio espantoso o algún otro delito, y están nerviosos y confundidos, y necesitan tu ayuda. Pero yo los conozco en momentos más afortunados, cuando se pavonean como pájaros africanos y rezuman encanto como si fuera miel y, créeme, en sus mejores momentos son mil veces peores. No puedes ni imaginar las espantosas reuniones que he tenido que soportar aquí, en la villa. No, no, eso se ha acabado durante los

próximos diez días. Serán un respiro para ti y para mí al mismo tiempo... para ti de la ciudad y para mí de mi llamado círculo de amigos.

Pero no iba a ser así.

\* \* \*

Los tres días siguientes fueron como un anticipo del Elíseo. Eco exploró todos los rincones de la granja, tan fascinado por las mariposas y los hormigueros como por el mecanismo rudimentario de la prensa de aceite y la de vino. Siempre había sido un joven de ciudad (corría abandonado por las calles antes de que yo lo adoptara), pero estaba claro que podía desarrollar cierto gusto por el campo.

En cuanto a mí, me regalaba con las artes culinarias de Davia al menos tres veces al día, recorría la granja con Lucio y su capataz y pasaba horas acostado a la sombra de los sauces que crecían a lo largo del río, leyendo las baratas novelas griegas de la pequeña biblioteca de Lucio. El argumento parecía siempre el mismo: chico humilde conoce a chica noble, chica es secuestrada por piratas, gigantes o soldados, chico rescata chica y al final resulta que chico ser de nacimiento noble. Pero semejantes tonterías parecían adecuarse a mi humor perfectamente. Me relajé, me sentí totalmente holgazán de cuerpo, mente y espíritu, y disfruté de cada momento.

Entonces llegó el cuarto día y con él los visitantes. Llegaron cuando caía ya la noche, en un coche abierto y tirado por cuatro caballos blancos y seguido por un pequeño séquito de esclavos. Ella vestía de verde y llevaba los rizos de color cobre peinados hacia arriba, según la moda «abanico» que hacía furor en la ciudad aquella primavera; el peinado era un marco idóneo para la sorprendente belleza de su cara. Él llevaba una túnica azul oscuro sin mangas y por encima de las rodillas, para que se le vieran los musculosos brazos y las atléticas piernas, y una barbita de forma extraña que parecía hecha para burlar las convenciones. Parecían de mi edad, a mitad de camino entre los treinta y los cuarenta.

Yo volvía a la villa desde el río. Lucio salió de la casa para saludarme, miró detrás de mí y vio a los recién llegados.

-¡Por los cojones de Numa! -murmuró, tomando prestada iría exclamación favorita.

-¿Amigos tuyos? -dije.

-¡Sí!

-No habría parecido más desanimado si el visitante hubiera sido el fantasma de Aníbal.

Él se llamaba Tito Didio. Ella era Antonia, su segunda esposa. (Se habían divorciado de sus anteriores cónyuges para casarse, generando un gran escándalo y no poca envidia entre sus pares infelizmente casados.) Según Lucio, que me llevó aparte mientras la pareja se instalaba en la habitación que había al lado de la mía, bebían como esponjas, se peleaban como gallinas y robaban como urracas. (Advertí que poco después de su llegada los esclavos retiraban discretamente los vinos más caros, la mejor plata y los fragilísimos vasos aretinos.)

-Parece que tenían intención de pasar unos días en casa de mi primo Manio -explicó Lucio-, pero cuando llegaron no había nadie. Bueno, sé lo que pasó. Manio regresó a Roma para darles esquinazo.

-No.

-Desde luego que sí. ¡Me maravilla que no se hayan cruzado con él en el camino! Así que han venido aquí, pidiendo quedarse un tiempo. «Sólo, un par de días antes de volver a la ciudad. Teníamos muchas ganas de pasar unos días en el campo. Sé bueno, Lucio, déjanos quedarnos un poquito.» ¡Lo más probable es que se queden diez días en lugar de dos!

Me encogí de hombros.

-A mí no me parecen tan malos.

-¿Que no? Espera. Espera y verás.

-Buenos, si tan terribles son, ¿por qué no les dejas pasar la noche y luego los echas?

-¿Echarlos? -Repitió la palabra como si yo hubiera dejado de hablar latin-. ¿Echarlos? ¿Quieres decir expulsar a Tito Didio, el hijo mayor de Marco Didio? ¿Negar hospitalidad a Antonia? Pero Gordiano, conozco a esta gente desde que era niño. Quiero decir que evitarlos, como ha hecho mi primo Manio... bueno, eso es una cosa. Pero decirles en la cara...

-No importa. Lo entiendo -dije, aunque en realidad no entendía nada.

Fueran cuales fuesen sus defectos, los dos peligrosos visitantes tenían una virtud que lo compensaba todo: eran encantadores. Tan encantadores que la primera noche, cenando en su compañía, empecé a pensar que Lucio había exagerado. Ciertamente, no hicieron gala de ningún prejuicio clasista ni con Eco ni conmigo. Tito quería saberlo todo acerca de mis viajes y de los trabajos que realizaba para los abogados como Cicerón. (¿Es cierto que está castrado?, preguntó inclinándose seriamente hacia mí.) Eco estaba fascinado por Antonia, que era mucho más bella a la luz de las lámparas. La mujer estuvo coqueteando con él, pero lo hizo con una gracia natural que no era ni condescendiente ni significativa. Ambos eran ingeniosos, vibrantes y urbanos, y su sentido del humor era sólo ligera y encantadoramente vulgar.

También apreciaban la buena cocina. Al igual que había hecho yo mi primer día en la villa, insistieron en felicitar al cocinero. Cuando apareció Davia, la cara de Tito se iluminó por la sorpresa, y no sólo por el hecho de que el cocinero fuera una mujer joven. Cuando Lucio abrió la boca para presentarla, Tito le quitó el nombre de los labios.

-¡Davia! -dijo. La palabra dejó una sonrisa en su cara. Una expresión de disgusto apareció en los ojos de Antonia. La mirada de Lucio, momentáneamente sin palabras, iba de Davia a Tito.

-¿Así que tú... ya conocías a Davia? -claro. Nos vimos una vez en tu casa de la ciudad. Aunque Davia no era entonces la cocinera. Sólo una pinche de cocina, si mal no recuerdo.

-¿Cuándo fue eso? -preguntó Antonia con una ligera sonrisa.

Tito se encogió de hombros.

-¿El año pasado? Supongo que en una de las fiestas de Lucio. Lo extraño... es que no recuerdo que tú estuvieras. Algo te retuvo en casa aquella noche, querida. Quizá un dolor de cabeza... -Dedicó a su esposa una mirada conmisericordiosa y luego volvió a mirar a Davia con una sonrisa diferente.

-¿Y cómo es que conociste a la ayudante del cocinero? -La voz de Antonia tenía un tono ligeramente cortante.

-Creo que fui a la cocina a pedirle un favor al cocinero, o algo parecido. Y entonces... bueno, entonces conocí a Davia. ¿Verdad, Davia?

-Sí.

-Davia miraba al suelo. Aunque era difícil decirlo a la luz de la lámpara, me pareció que se había ruborizado.

-Bueno -dijo Tito dando una palmada-, ¡te has convertido en una espléndida cocinera, Davia! Totalmente digna de las exigencias de tu amo, que son famosas por su altura. Todos estamos de acuerdo en eso, ¿verdad, Gordiano... Eco... Lucio... Antonia?

Todos asentimos a la vez, unos con más entusiasmo que otros. Davia dio las gracias con un murmullo y desapareció en la cocina.

Los nuevos invitados de Lucio estaban cansados del viaje. Eco y yo habíamos disfrutado de un largo y alegre día. Todo el mundo se retiró temprano.



La noche era cálida. Ventanas y puertas estaban abiertas para aprovechar la ligera brisa que soplaba. Había un gran silencio en la tierra, de esos silencios que nadie experimenta en la ciudad. Cuando empezaba a deslizarme hacia los brazos de Morfeo, en un silencio tan absoluto que pensaba que podía oír el lejano y soñoliento removerse de las ovejas en el redil, el callado suspiro de la hierba que bordeaba el camino e incluso el suave gorgoteo del río. Eco, con quien compartía la habitación, empezó a roncar suavemente.

Entonces comenzó la pelea. Al principio sólo puede oír voces en la habitación de al lado, no palabras. Pero al poco rato empezaron a gritar. La voz de la mujer era más alta y daría que la de él.

-¡Sucio adúltero! Ya es bastante que te aproveches de las chicas en tu propia casa, pero ponerte a ligar con las esclavas de otro hombre...

Tito gritó algo, presumiblemente en su defensa. Ella no se impresionó.

-¡Maldito embustero! No puedes engañarme. He visto cómo la mirabas esta noche. Y no te atrevas a repetir lo del buscador de perlas de Andros. ¡Aquello sólo sucedió en tu imaginación calenturienta!

Tito gritó de nuevo. Antonia también. Siguieron así un largo rato. Oí ruido de cacharros rotos. Una breve pausa y los gritos continuaron.

Gruñí y me tapé la cabeza con la manta. Al rato me di cuenta de que los gritos habían cesado. Me di la vuelta pensando que finalmente me sería posible dormir y noté que Eco estaba de rodillas en su cama, con la oreja pegada a la pared.

-Eco, ¿qué lémmures estás haciendo?

Mantuvo la oreja pegada a la pared y me hizo señas para que me callara.

-¿Se están peleando otra vez?

Se dio la vuelta y negó con la cabeza.

-Pues ¿qué pasa?

Vi a la luz de la luna que esbozaba una sonrisa traviesa. Agitó las cejas como un mimo callejero, dibujó una o con dos dedos y con un dedo de la otra mano hizo un gesto obsceno que conocen todos los mimos callejeros.

-Entiendo. Bueno, deja de escuchar. Es de mala educación. -Me di la vuelta y me puse el cobertor sobre la cabeza.

Debí de dormir un largo rato, hasta que la luz de la luna, después de ir desde la parte de la habitación que ocupaba Eco hasta la mía, me dio en la cara y me despertó. Suspiré y tiré de la manta, y vi que Eco estaba todavía de rodillas, con la oreja pegada a la pared. ¡Aquellos dos habían estado con la misma marcha toda la noche!

Durante los dos días siguientes, Lucio Claudio me llevó aparte varias veces para disculparse por aquella alteración de mis vacaciones, Eco se dedicaba a sus sencillos placeres, yo todavía encontraba tiempo para leer solo en el no, y en la medida en que Tito y Antonia nos interrumpían, eran al mismo tiempo irritantes y divertidos. Nadie podía ser más agradable que Tito en las cenas, al menos hasta la primera copa de más; después, sus chistes eran casi vulgares y sus codazos casi rudos. Y nadie podía ser más interesante que Antonia alrededor de una mesa donde se servía cerdo asado, hasta que sucedía algo que estropeaba su brillo. Tenía una mirada que podía atravesar a un hombre como un clavo ardiendo, tan seguro como que el animal que había en la mesa había sido espetado y puesto a asar.

Nunca había conocido a una pareja como ellos. Empecé a entender por qué ninguno de sus amigos podía negarles nada. También empecé a comprender cómo entretenían a estos amigos con sus repentinos ataques de furia y su omnívora pasión por el otro, que se calentaba, se enfriaba y podía quemar o helar a cualquier extraño que se acercara demasiado.

Al tercer día de su visita, Lucio anunció que había algo especial que podíamos hacer todos juntos.

-¿Has visto alguna vez recoger miel de la colmena, Eco? No, no creo. ¿Y tú, Gordiano? ¿Tampoco? ¿Y vosotros dos?

-Pues en realidad no -dijo Antonia. Ella y su marido habían dormido hasta el mediodía y acababan de reunirse con nosotros en el río, para la comida del mediodía.

-¿Tiene que hacer tanto ruido el agua? -Tito se frotó las sienes-. ¿Has hablado de abejas, Lucio? Me parece que esta mañana tengo un enjambre entero en la cabeza.

-Ya no es por la mañana, Tito, y las abejas no están en tu cabeza, sino en una vaguada que hay más abajo -dijo Lucio.

Antonia arrugó la frente.

-¿Cómo se recoge la miel? Nunca lo he pensado... A mí me basta con comérmela.

-Bueno, es toda una ciencia -dijo Lucio-. Tengo un esclavo llamado Ursus al que compré expresamente por sus conocimientos sobre las abejas. Construye los panales con corteza de árbol, sujeta los pedazos con sarmientos y luego los cubre con barro y hojas. Mantiene alejadas las plagas, se asegura de que los prados tengan las flores adecuadas y recoge la miel dos veces al año. Ahora que las Pléyades se han elevado en el cielo, dice que es el momento de la cosecha de primavera.

-¿De dónde viene la miel? Quiero decir, ¿de dónde la sacan las abejas? -preguntó Antonia. La ignorancia daba a su rostro un encanto engañosamente inocente.

-¿A quién le importa? -dijo Tito, cogiendo su mano y besándole la palma-. ¡Tú eres mi miel y mi abeja reina!

-¡Y tú mi zángano!

-Se besaron. Eco hizo una mueca. Enfrentada a los besos reales, su rijosidad adolescente se convertía en puritanismo.

-¿De dónde sale la miel? -dijo-. ¿Y realmente hay monarquía entre las abejas?

-Bueno, te lo contaré -dijo Lucio-. La miel cae del cielo, como el rocío. Eso dice Ursus y él debe saberlo. Las abejas la recogen y la juntan hasta que se vuelve pegajosa y espesa. Para tener un lugar donde ponerla, recogen savia de los árboles y la cera de algunas plantas y construyen celdas dentro de los panales. ¿Que si tienen monarquía? ¡Oh, sí! Alegrementemente dan su vida para proteger a la reina. A veces dos enjambres diferentes se enfrentan en una guerra. Las reinas se quedan atrás, planeando la estrategia, y el choque puede ser terrible, ¡actos de heroísmo y sacrificio que rivalizarían con la *Iliada*!

-¿Y cuando no están en guerra? -dijo Antonia.

-Un panal es como una ciudad bulliciosa. Unas abejas salen a trabajar al campo, a recoger el rocío de miel, otras trabajan dentro, construyendo y manteniendo las celdas, y las reinas promulgan leyes para el bienestar general. Dicen que Júpiter concedió a las abejas sabiduría para gobernarse a sí mismas en pago por haberle salvado la vida. Cuando el niño Júpiter estuvo escondido en una cueva para que no lo matara su padre Saturno, las abejas le alimentaron con miel.

-Haces que parezcan incluso superiores a los humanos -dijo Tito riéndose y besando la muñeca de Antonia.

-¡Oh!, difícilmente. Todavía son monárquicas y no han avanzado lo suficiente para tener una república, como nosotros -explicó Lucio muy en serio, sin darse cuenta de que se estaban burlando de él-. Bueno, ¿quién quiere venir a ver cómo recogen la miel?

-No me gustaría que me picaran -dijo Antonia con cautela.

-No hay peligro de que eso suceda. Ursus adormece a las abejas con humo. El humo las vuelve torpes y pesadas. Y estaremos lejos de su camino.

Eco asintió con entusiasmo.

-Podría ser interesante... -dijo Antonia.

-No para mí -dijo Tito, recostándose en la verde orilla del río y frotándose las sienes.

-¡Tito! No seas un zángano torpe y pesado -dijo Antonia, dándole un codazo y haciéndole un puchero-. Ven con nosotros.

-No.

-Tito... -Hubo un leve dejo de amenaza en la voz de Antonia.

Lucio hizo una mueca, previendo una pelea. Se aclaró la garganta.

-Sí, Tito, ven con nosotros. El paseo te sentará bien. Te estimulará la circulación de la sangre.

-No. He tomado una decisión. Antonia esbozó una sonrisa crispada.

-Muy bien, haz lo que quieras. Te perderás la diversión y peor para ti. ¿Vamos, Lucio?

-Los enemigos naturales de la abeja son el lagarto, el pájaro carpintero, la araña y la polilla -rezongó el esclavo Ursus, que iba al lado de Eco, encabezando nuestra pequeña comitiva-. Todas esas criaturas gustan mucho de la miel y le harían cualquier daño a las colmenas para conseguirla. -Ursus era un cuarentón grande y macizo, desbordante de alegría, y de pelos, a juzgar por las matas que le asomaban por las aberturas de la túnica de manga larga. Varios esclavos nos seguían por el sendero que corría a lo largo del río, portando las brasas y antorchas de paja que serían utilizadas para hacer humo-. También hay plantas que son enemigas de las abejas -continuó Ursus-. El tejo, por ejemplo. Nunca pongas una colmena cerca de un tejo porque las abejas se marearán y la miel se volverá agria y goteará. Pero prosperarán al lado de los olivos y los sauces. Para recoger el rocío de miel les gustan las flores rojas y moradas; el jacinto rojo es su favorito. Si hay tomillo cerca, lo utilizarán para dar un delicado sabor al resultado. Prefieren vivir cerca de un río, con remansos sombríos y musgosos donde beber y lavarse. Y les gusta la paz y la tranquilidad. Como verás, Eco, el apartado lugar donde tenemos las colmenas reúne todas estas cualidades: estar cerca de un río, rodeadas de olivos y sauces, y con las flores que más gustan a las abejas.

Oí las abejas antes de verlas. Su zumbido se fundió con el rumor del río y fue creciendo mientras atravesábamos un seto y entrábamos en una vaguada resguardada del sol y cubierta de flores, tal como Ursus había descrito. Había magia en aquel lugar. Sátiros y ninfas parecían retozar en las sombras, un poco más allá de donde podíamos ver. Incluso imaginé al niño Júpiter acostado en la suave hierba, viviendo de la miel de las abejas.

Las colmenas, diez en total, estaban alineadas en plataformas de madera a la altura de la cintura, en medio del claro. Tenían forma de cúpula alta y parecía que las capas de barro seco y hojas hubieran sido puestas allí por la naturaleza; Ursus era un maestro en el oficio además de un pozo de sabiduría. Cada panal tenía sólo una estrecha abertura que servía de entrada y, a través de estas aberturas, las abejas iban y venían.

Una figura que había al lado de un sauce cercano atrajo mi mirada y, en un momento de sobresalto, pensé que un sátiro se había plantado en el claro para unirse a nosotros. Antonia la vio al mismo tiempo que yo. Dejó escapar una exclamación de sorpresa y luego aplaudió complacida.

-¿Y qué está haciendo ese individuo aquí? -Se echó a reír y se acercó para verlo mejor.

-Vigila la vaguada -dijo Ursus-. Es el guardián tradicional de las colmenas. Asusta a los ladrones de miel y a los pájaros.

Era una estatua bronceada del dios Príapo, sonriendo lascivamente, con una mano en la cadera y una hoz levantada en la otra. Estaba desnudo y su priapismo era empinadísimo notorio. Antonia, fascinada, le echó un buen vistazo y luego tocó su erecto falo, grotescamente grande, para que le diera suerte.

Mi atención en aquel momento se había desviado hacia Eco, que se había acercado al otro lado de la vaguada y se había detenido en medio de unas flores moradas que crecían cerca del suelo. Corrí hacia él.

-Ten cuidado con eso! No cojas más. Ve a lavarte las manos en el río.

-¿Qué pasa? -dijo Ursus.

-Es lengua etrusca, ¿no? -dije.

-Sí.

-Si eres tan cuidadoso como dices con lo que crece aquí, me sorprende verlo. La planta es venenosa.

-Para la gente, quizá si -dijo Ursus, restando importancia a la cuestión-. Pero no para las abejas. A veces, cuando una colmena se pone enferma, es lo único que la cura. Se cogen las raíces de la lengua, se cuecen con vino, se deja enfriar y se les da a las abejas para que lo beban. Les insufla nueva vida.

-Pero surtiría el efecto contrario en una persona.

-Sí, pero todos los de la granja saben que tienen que alejarse de esa flor y los animales son demasiado inteligentes para comérsela. Dudo que las flores sean venenosas; son las raíces las que contienen el tónico de las abejas.

-Bueno, incluso así, ve a lavarte las manos en el río -dijo a Eco, que había escuchado la charla sin perder prenda y me miraba expectante. El colmenero se encogió de hombros y siguió con la recogida de la miel.

Como Lucio había prometido, era fascinante observarlo. Mientras los otros esclavos encendían y apagaban las antorchas, para producir humo, Ursus se metió sin miedo en medio de la nube de abejas aturcidas. Tenía la boca llena de agua, que ocasionalmente escupía en una fina llovizna si las abejas empezaban a despejarse. Destapó los panales uno por uno y utilizó un largo cuchillo para sacar una parte de las celdillas. Las nubes de humo, el lento y deliberado avance de Ursus de panal en panal, la magia cerrada del lugar y la no menos importante y sonriente presencia del vigilante Príapo envolvían el momento en una aureola religiosa y rústica. Así habían recogido los hombres la dulce labor de las abejas desde el principio de los tiempos.

Sólo sucedió una cosa que rompió el hechizo. Mientras Ursus estaba destapando el último de los panales, una nube de polillas sepulcralmente blancas salió de la superficie de la tierra. Revolotearon a través del humo y se dispersaron en medio de las hojas relampagueantes del olivo. De aquel panal Ursus no sacaría miel, ya que, según dijo, la presencia de las polillas salvajes era un mal presagio.

\* \* \*

El grupo partió de la vaguada de buen humor. Ursus cortó trozos de panal y los repartió. Los dedos y labios de todo el mundo pronto estuvieron pegajosos por la miel. Incluso Antonia se puso hecha una pena.

Cuando llegamos a la villa echó a correr.

-Zángano -gritó-, tengo un beso de miel para ti! ¡una dulce razón para que me beses la punta de los dedos! ¡Tu miel está cubierta de miel!

¿Qué vio Antonia cuando entró corriendo en el vestíbulo de la casa? Seguro que no más de lo que vimos nosotros, que entramos dos zancadas detrás de ella. Tito estaba completamente vestido, y Davia también. Quizá había una expresión fugaz en sus rostros que nosotros nos perdimos, o quizá Antonia intuyó más que vio la causa que despertó su furia.

Fuera lo que fuese, la pelea comenzó entonces y allí mismo. Antonia salió del vestíbulo a toda velocidad, camino de su habitación. Tito la siguió rápidamente. Davia, ruborizándose, salió corriendo hacia la cocina.

Lucio me miró y entornó los ojos.

-¿Qué pasa ahora?

-Una hebra de miel, tan fina como la seda de una araña, le colgaba de la gordezuela barbilla.

El enfado entre Antonia y Tito no dio señales de haber terminado a la hora de la cena. Mientras Lucio y yo hablábamos de la recogida de la miel y Eco participaba con elocuentes florituras manuales (su evocación del vuelo de las polillas fue especialmente vivida), Antonia y Tito guardaban un silencio

pétreo. Se retiraron a su dormitorio temprano. Aquella noche no hubo ruiditos de reconciliación. Tito ladraba y gemía como un perro de vez en cuando. Antonia chillaba y lloraba.

Eco dormía a pesar del ruido, pero yo me agitaba y daba vueltas, y finalmente decidí dar un paseo. La luna iluminaba mi camino cuando salí de la villa, di una vuelta por las cuadras y fui paseando hasta las dependencias de los esclavos. Al doblar una esquina, vi dos formas sentadas muy juntas en un banco, al lado del pórtico que conducía a la cocina. Aunque su pelo no estaba recogido en un moño, sino suelto para dormir, la luz de la luna iluminaba su cara lo bastante para reconocer a Davia. Por su forma de oso conocí al hombre que se sentaba a su lado, rodeándola con un brazo y acariciándole la cara: Ursus. Estaban tan pendientes el uno del otro que no se dieron cuenta de mi presencia. Di media vuelta y volví sobre mis pasos, preguntándome si Lucio estaría enterado de que la cocinera y el colmenero se entendían.

Qué contraste entre su devoción silenciosa y la pareja que se alojaba en la habitación contigua a la mía. Cuando volví a la cama, tuve que taparme la cabeza con una almohada para ahogar los ruidos de la batalla entre Tito y Antonia.

Pero la mañana siguiente trajo un nuevo día. Mientras Lucio, Eco y yo desayunábamos pan con miel en el pequeño jardín que había delante del estudio de Lucio, Antonia volvió del río con una cesta de flores.

-¡Antonia! -dijo Lucio-. Pensaba que todavía estabas en la cama.

-En absoluto -dijo, resplandeciente-. Me levanté antes del amanecer y tuve el capricho de ir al río a coger flores. ¿No son preciosas? Mandaré a una de las muchachas que haga una guirnalda para ponérmela esta noche en la cena.

-Tu belleza no necesita adornos -dijo Lucio. La verdad es que Antonia estaba especialmente radiante aquella mañana-. ¿Y dónde está.... ejem... tu zángano, si me permites llamarlo así?.

Antonia se rió.

-Todavía duriniendo, imagino. Pero iré a despertarlo. ¡El día es demasiado bonito para perderselo! Estaba pensando que Tito y yo deberíamos coger una cesta con comida y vino, e irnos a pasar el día en el río. Sólo nosotros dos...

Enarcó las cejas. Lucio comprendió.

-Ah, sí, bueno, Gordiano y yo tenemos muchas cosas en que ocupamos aquí en la villa. Y Eco... tú creo que estabas pensando en hacer una excursión a la colina, ¿verdad?

Eco, aunque no entendía lo que pasaba, Asintió con la cabeza.

-Bueno, pues parece que tú y tu zángano tendréis el río sólo para vosotros -dijo Lucio.

Antonia sonrió. -Lucio, eres lo más dulce que hay en el mundo. -Se detuvo y le besó la ruborizada coronilla.

Poco más tarde, mientras terminábamos el desayuno sin prisas, vimos a la pareja paseando hacia el río, sin ni siquiera un esclavo que les llevara la cesta y la manta. Iban cogidos de la mano, y se reían y achuchaban tan lascivamente que Eco se les quedó mirando con cara de haba.

Por un curioso fenómeno acústico, a veces se oía en la casa algún ruido agudo procedente del río. Así fue como, poco más tarde, estando con Lucio frente a la villa, mientras él hablaba de las faenas de la jornada con el capataz, me pareció oír un grito y después un chasquido hueco. Lucio y el capataz, uno hablando y el otro escuchando, no parecieron darse cuenta, pero Eco, que trasteaba con un viejo lagar, levantó las orejas. Eco será mudo, pero su oído es muy fino. El grito había sido de Tito. Habíamos oído demasiado su voz durante los últimos días para no reconocerla.

Los cónyuges no se habían arreglado, después de todo, y otra vez estaban dale que te pego.

Al poco rato fue Antonia quien gritó. Todos la oímos. No era el familiar chillido de Antonia en un ataque de rabia. Era un grito de pánico.

Volvió a gritar. Echarnos a correr, Eco en cabeza y Lucio gruñendo y resoplando detrás.



-Por Hércules -exclamó-, debe de estar matándola. Pero Antonia no estaba muriéndose. Tito sí. Estaba boca arriba en la manta, con la corta túnica recogida en las caderas. Miraba la frondosa techumbre que le cubría con las pupilas muy dilatadas.

-Me marea, gira, dijo jadeando. Tosió, resolló y se apretó el cuello, luego se inclinó a un lado. Se aferró la barriga espasmódicamente. Su cara tenía un mortal matiz del azul.

-¡Por todos los lémures! -exclamó Lucio-. ¿Qué le ha pasado, Antonia? Gordiano, ¿qué podemos hacer?

-¡No puedo respirar! -dijo Tito, soltando las palabras sin aire-. El fin... mi fin... ¡ay! ¡Cómo duele! -Se cogió el taparrabos con fuerza-. ¡Malditos sean los dioses!

Tiró de la túnica, como si le oprimiera el pecho. El capataz me dio su cuchillo. Corté la túnica y la desgarre, dejando a Tito sin más vestimenta que el taparrabos que le ceñía las caderas; no le sirvió de nada, pero nos reveló que todo su cuerpo se estaba volviendo azul. Lo puse de costado y le miré la boca, pensando que quizá se había atragantado, pero tampoco sirvió de nada.

Estuvo forcejeando hasta el final, luchando por respirar. Fue una muerte horrible. Al final, los estertores y gemidos se detuvieron. Sus pulmones se vaciaron. La vida desapareció de sus ojos abiertos.

Antonia estaba allí mismo, atónita y muda, con la cara como la pétrea cara de una tragedia.

-¡No, no! -susurró, cayendo de rodillas y abrazando el cadáver. Empezó a gritar de nuevo y a sollozar salvajemente. Su sufrimiento fue tan doloroso de ver como la agonía de Tito y tampoco pudo hacerse nada al respecto.

-¿Cómo lémures ha ocurrido esto? -dijo Lucio-. ¿Cuál ha sido la causa?

Eco, el capataz y yo nos miramos como idiotas.

-Ella tiene la culpa! -gimió Antonia.

-¿Qué? -dijo Lucio.

-¡Tu cocinera! ¡Esa bruja! ¡Es culpa suya! Lucio miró a su alrededor, los restos de comida dispersos por el suelo. Cortezas de pan, una pequeña jarra de miel, aceitunas negras, una bota de vino. También había una botella de arcilla, rota... responsable, sin duda, del chasquido hueco que había oído.

-¿Qué quieres decir? ¿Estás diciendo que Davia lo envenenó?

Los sollozos de Antonia parecían atragantársele.

-Sí, eso es. ¡Sí! Fue una de mis propias esclavas la que puso la comida en la cesta, pero ella fue la que preparó la comida. ¡Davia! La muy bruja lo envenenó. ¡Lo envenenó todo!

-¡Oh, querida! Pero eso significa...

-Lucio se arrodilló. Cogió a Antonia por los brazos y la miró a los ojos-. ¡Que tú también estás envenenada! Antonia, ¿sientes algún dolor? Gordiano, ¿qué podemos hacer por ella?

Lo miré sin expresión. No tenía ni idea.

Antonia no mostraba síntomas. No estaba envenenada, después de todo. Pero algo había matado a su marido y de la manera más repentina y terrible.

Sus esclavas llegaron corriendo enseguida. Las dejamos lamentándose al lado del cadáver y volvimos a la villa para hablar con Davia. Lucio encabezó el grupo hasta la cocina.

-¡Davia! ¿Sabes lo que ha pasado? Davia miró al suelo y tragó saliva.

-Dicen que uno de tus huéspedes ha muerto, amo.

-Sí. ¿Qué sabes del asunto? Davia pareció consternada.

-¿Yo? Nada, amo.

-¿Nada? Estaban comiendo comida preparada por ti cuando Tito se puso enfermo. ¿Todavía dices que no sabes nada?

-Amo, no entiendo lo que quieres decir...

-Davia -dije-, debes contarnos lo que había entre Tito Didio y tú.

Davia titubeó y miró a otro lado.

-¡Davía! El hombre ha muerto. Su mujer te acusa. Corres un grave peligro. Si eres inocente, la verdad puede salvarte. ¡Sé valiente! Cuéntanos lo que había entre Tito Didio y tú.

-¡Nada! Lo juro por el espíritu de mi madre. No es que él no lo intentara y lo siguiera intentando. Se acercó a mí en la casa de la ciudad del amo la primera noche que me vio. Trató de hacerme entrar en una habitación vacía. Yo no quise. Siguió intentando lo mismo aquí. Me seguía, me arrinconaba. Me tocaba. ¡Yo nunca le di pie! Ayer, mientras estabais en las colmenas, vino detrás de mí, tirándome de la ropa, pellizcándome y besándome. Yo no paraba de correr. Perseguirme parecía gustarle. Cuando por fin volvisteis, casi lloré de alivio.

-Así que te acosaba -dijo Lucio tristemente-. Bueno, me lo creo. Es culpa mía, supongo; debería haberle dicho que mantuviera las manos lejos de mis propiedades. Pero ¿tan terrible fue que tuviste que envenenarle?

Yo nunca...

-¡Tendrás que torturarla si quieres averiguar la verdad! -Antonia apareció en la puerta. Tenía los puños apretados, el pelo en desorden. Parecía completamente loca, una arpía vengativa-. ¡Tortúrala, Lucio! Es lo que se hace cuando un esclavo testimonia en un juicio. Es tu derecho, pues eres su amo. Es tu deber, pues eras el anfitrión de Tito. ¡Exijo que la tortures hasta que confiese y ella misma se condene a muerte!

Davía se puso tan blanca como las polillas que había salido de las colmenas. Cayó desmayada.

Antonia, loca de dolor, se retiró a sus habitaciones. Davía recuperó el conocimiento, pero parecía presa de fiebres cerebrales; temblaba como un animal asustado y no quería hablar.

-Gordiano, ¿qué voy a hacer? -Lucio paseaba por el vestíbulo-. Tendré que torturarla si no quiere confesar. ¡Pero ni siquiera sé cómo se hace! Ninguno de mis esclavos de la granja sabría hacer de verdugo. Supongo que podría consultar con alguno de mis primos...

-Hablar de tortura es prematuro -dijo, preguntándome si realmente Lucio tendría corazón para torturar a nadie. Era un hombre bueno en un mundo cruel; pero a veces, lo que el mundo esperaba de él prevalecía sobre su naturaleza elemental. Podía sorprenderme. Pero no quería averiguarlo-. Creo que deberíamos echarle otro vistazo al cadáver, ahora que nos hemos calmado un poco.

Volvimos a la orilla del río. Tito estaba como lo habíamos dejado, vestido tímicamente con el taparrabos. Le habían cerrado los ojos.

-Tú sabes mucho de venenos, Gordiano -dijo Lucio-. ¿Qué crees?

-Hay muchos venenos y muchas reacciones. No puedo empezar a suponer cuál mató a Tito. Si encontráramos alguna provisión de veneno en la cocina, o si alguno de los demás esclavos hubiera visto a Davía poniendo algo en la comida...

Eco señaló la comida desparramada, representó el acto de dar de comer a un animal de la granja y luego la muerte del animal... una pantomima muy desagradable de ver después de haber visto una muerte auténtica.

-Sí, podríamos buscar el veneno en la comida de esa manera, en los excrementos de algún animal. Pero si estaba en la comida que vemos aquí, ¿por qué Antonia no se ha intoxicado también? Eco, tráeme los restos de la botella de arcilla. ¿Recuerdas haber oído que algo se rompía casi al mismo tiempo que oímos gritar a Tito?

Eco asintió y me dio los trozos de arcilla.

-¿Qué crees que contenía? -dijo.

-Imagino que vino. O agua -dijo Lucio.

-Pero hay una bota de vino ahí. Y el interior de esta botella parece estar tan seco como el exterior. Tengo una corazonada, Lucio. ¿Querías llamar a Ursus?

-¿Ursus? ¿Por qué?

-Tengo que hacerle una pregunta. El colmenero llegó enseguida bajando pesadamente por la loma. Pese a ser tan grande y paquidérmico, la muerte le daba miedo. Se quedó lejos del cadáver y hacía una mueca cada vez que lo miraba.

-Soy de ciudad, Ursus. No entiendo mucho de abejas. Nunca me ha picado ninguna. Pero he oído decir que con su aguijón pueden matar a un hombre. ¿Es eso cierto?

Pareció ligeramente confuso ante la idea de que sus queridas abejas pudieran hacer aquello.

-Bueno, sí, puede suceder. Pero es raro. A unos, casi todos, les pican y enseguida se les pasa. Pero a otros...

-¿Has visto alguna vez a alguien que muriera por la picadura de una abeja, Ursus?

-No.

-Pero con todo lo que sabes, seguro que tienes algo que decir sobre el asunto. ¿Cómo ocurre? ¿Cómo mueren?

-Los pulmones se abren. Mueren asfixiados. No pueden respirar, se ponen azules...

Lucio se horrorizó.

-¿Crees que ha sido así, que le picó una de mis abejas?

-Echemos un vistazo. La picadura habría dejado una marca, ¿verdad, Ursus?

-¡Ah, sí! Una hinchazón roja. Mejor aún, busca el aguijón ponzoñoso. Se queda clavado cuando la abeja levanta el vuelo. Es muy pequeño, pero no difícil de encontrar.

Examinamos el pecho y los miembros del cadáver, le dimos la vuelta y examinamos su espalda. Le inspeccionamos el pelo y miramos el cráneo.

-Nada -dijo Lucio.

-Nada -admití.

-De todas formas, ¿cuáles son las posibilidades de que una abeja haya aparecido por aquí ...?

-La botella, Eco. ¿Cuándo oímos que se rompía? ¿Antes o después de que Tito gritara? «Después», indicó Eco por señas, rodando los dedos hacia mí. Dio dos palmadas. «Inmediatamente» después

-Sí, así es como lo recuerdo yo también. Una abeja, un grito, una botella rota... -Imaginé a Antonia y a Tito como los había visto la última vez juntos, cogidos de la mano, sobándose mientras se dirigían al río-. Dos enamorados, solos en una apartada orilla ¿qué podíamos esperar que ocurriera entre ellos?

-¿Qué quieres decir, Gordiano?

-Creo que debemos volver a inspeccionar a Tito, más a conciencia.

-Habla claro, caramba.

-Que deberíamos quitarle el taparrabos. Está desceñido, ¿lo ves? Probablemente gracias a Antonia.

Tal como pensaba, encontramos la hinchazón roja de la abeja en las partes más íntimas del muerto.

-Desde luego, para estar completamente seguros tenemos que encontrar el aguijón y quitarlo. Te dejo la tarea a ti, Lucio. Era tu amigo, después de todo, no el mío.

Lucio localizó y extrajo el pequeño aguijón.

-Qué raro -dijo-. Pensaba que sería más grande.

-Qué, ¿el aguijón?

-No, su... bueno, eso de lo que siempre alardeaba, pensé que sería, oh, no importa.

\* \* \*

Enfrentada a la verdad, Antonia confesó. Nunca había pretendido matar a Tito, sólo castigarle por perseguir a Davia.

Su temprana excursión al río, ostensiblemente para coger flores, había sido en realidad una expedición para capturar una abeja. Para este propósito había utilizado la botella de arcilla, tapada con un corcho, y

luego la había escondido bajo las flores, en la cesta. Más tarde, el mismo Tito, sin saberlo, había transportado la abeja en la botella hasta el río, escondida en la cesta de la comida.

Fue el Príapo del valle el que había dado la idea a Antonia.

-Siempre pensé que el dios era muy «vulnerable» -nos dijo. Si podía infligir una herida a Tito en la parte más sensible de su anatomía, pensó, el castigo no sería sólo doloroso y humillante, sino también, y nunca mejor dicho, acojonante.

Mientras yacían en la manta al lado del río, Antonia envolvió a Tito en un amoroso abrazo. Se acariciaron y se soltaron la ropa. Tito se puso erecto, tal como ella había planeado. Mientras estaba en posición supina, con los ojos cerrados y una sonrisa soñadora, Antonia cogió la botella de arcilla. La sacudió, para mover a la abeja, luego la destapó y rápidamente apretó la boca de la botella contra el miembro viril. La picadura se infligió antes de que Tito se diera cuenta de lo que estaba pasando. Dio un respingo, gritó y golpeó la botella para quitársela de las manos. Se rompió contra un sauce.

Antonia estaba preparada para huir, ya que Tito se pondría hecho una furia. Pero Tito, por el contrario, empezó a apretarse el pecho y a atragantarse. La catástrofe que siguió la cogió totalmente por sorpresa. Tito estaba muerto al poco rato. La sorpresa y el dolor de Antonia eran sinceros. Quería hacerle daño, pero no matarlo.

Pero no podía admitir lo que había hecho. En un impulso, escogió a Davia como chivo expiatorio. En el fondo Davia era la culpable por haber tentado a su marido.

Se acordó que Lucio no propagaría la verdad de lo que había pasado. A su círculo de amigos les contaría que Tito había muerto por la picadura de una abeja, pero no el papel representado por Antonia. El homicidio no había sido intencionado, después de todo, no había sido un asesinato. El dolor de Antonia era probablemente suficiente castigo. Pero que acusara a Davia era imperdonable. ¿Habría mantenido la mentira hasta llegar a la tortura y la muerte de Davia? Lucio creía que sí. Permitió a Antonia que se quedara a pasar la noche y luego envió su equipaje a Roma, junto con el cadáver de su cónyuge. A ella le dijo que no volviera a visitarle nunca ni a dirigirle la palabra.

Paradójicamente, Tito se habría salvado si hubiera sido un poco más servicial o un poco menos calenturiento. Lucio no tardó en saber, en la conversación que siguió a la muerte de Tito, que el difunto había sido picado una vez por una abeja, cuando era pequeño, y se había puesto muy enfermo. Tito no había hablado del incidente ni con sus amigos ni con Antonia; sólo su vieja niñera y sus parientes más cercanos lo sabían. Cuando se negó a ver la recogida de la miel, supuse que lo había hecho porque quería estar solo para perseguir a Davia, pero también porque tenía miedo (y con razón) de acercarse a las colinas, y no quería admitir su miedo. Si nos hubiera contado entonces su extrema sensibilidad a las picaduras de abeja, estoy seguro de que Antonia nunca habría llevado a cabo su vengativo plan.

Eco y yo nos dispusimos a disfrutar del resto de nuestra estancia, pero los días que siguieron a la partida de Antonia fueron melancólicos. Lucio estaba de mal humor. Los esclavos, siempre supersticiosos con cualquier muerte, estaban inquietos. Davia estaba todavía conmocionada y sus recetas se resintieron. El sol era tan brillante como cuando llegamos, las flores igual de fragantes, el río no menos alegre, pero la tragedia arrojó un velo sobre todo. Cuando llegó el día de nuestra partida, ya ardía en deseos de estar entre el bullicio y el amnésico, ajeteo de la ciudad. ¡Y menuda historia le contaría a Bethesda!

Antes de irnos, fui a ver a Ursus y eché un último vistazo a las colmenas de la vaguada.

-¿Alguna vez te ha picado una abeja, Ursus?

-¡Oh, sí! Muchas.

-Debe de doler.

-Pero no mucho, supongo. De otra forma dejarías de ser colmenero.

Ursus hizo una mueca.

-Sí, las abejas pican. Pero siempre digo que cuidarlas es como amar a una mujer. Te pican a menudo, pero sigues volviendo por más porque la miel lo vale.

-No siempre, Ursus -dije suspirando-. No siempre.

## El gato de Alejandría

Estábamos sentados al sol en el atrio de la casa de Lucio Claudio, hablando de los últimos chismes del foro, cuando un temible alarido taladró el aire.

Lucio dio un salto y abrió los ojos de par en par. El grito terminó en un chillido felino, seguido por arañazos, golpes sordos y la aparición de un enorme gato amarillo corriendo por el tejado que teníamos a la vista. Las tejas de arcilla roja ofrecían poca resistencia a las garras de la criatura y el gato patinó tan cerca del borde que por un momento pensé que caería directamente en las piernas de Lucio. Lucio pareció pensar lo mismo. Se levantó de un salto, derribando la silla mientras se retiraba frenéticamente a la parte más lejana del estanque de los peces.

Al gato grande le seguía otro más pequeño, completamente negro. La pequeña criatura debía de tener una particular disposición agresiva para haberla tomado con un rival mucho más grande que él, pero su ferocidad atolondrada fue su perdición, porque mientras su oponente cruzaba el tejado sin dar un paso en falso, el gato negro perdió el equilibrio al dar un quiebro. Después de una sucesión de salvajes chillidos y uñas que rascaban las tejas, el gato negro cayó a plomo en el atrio, con los pies por delante.

Lucio gritó como un crío y blasfemó como un hombre. El joven esclavo que nos había escanciado el vino llegó corriendo.

-¡Bicho! -gritó Lucio-. ¡Apártate! ¡Fuera de aquí! Tras el primer esclavo llegaron otros, que rodearon al animal. Hubo un momento de indecisión mientras el gato negro encogía las orejas y gruñía y los esclavos se quedaban quietos, temerosos de los colmillos y las uñas del gato.

Recuperando su dignidad, Lucio respiró normalmente y se enderezó la túnica. Chascó los dedos y señaló la silla volcada. Nada más levantarla el esclavo, Lucio se subió encima. Sin duda quería poner entre el gato y él tanta distancia como le fuera posible, pero cometió un terrible error, porque al situarse tan arriba se convirtió en el objeto más alto del atrio.

Sin avisar, el gato dio un salto repentino. Atravesó el cordón de esclavos, se subió a la silla de Lucio, corrió verticalmente por sus extremidades y su tronco, trepó por la cara, pasó por la coronilla, saltó al tejado y desapareció. Lucio se quedó un rato con la boca abierta.

Finalmente, ayudado por sus esclavos (muchos de los cuales parecían a punto de estallar en carcajadas), Lucio se las arregló para bajar de la silla. Cuando se sentó, le pusieron otra copa de vino en la mano, que se llevó temblorosamente a los labios. Vació la copa y se la devolvió al esclavo.

-¡Bueno, bueno! -dijo-. Salid ahora todos. La diversión ha terminado.

Mientras los esclavos salían del atrio, vi que Lucio se estaba ruborizando, sin duda por la vergüenza de haber perdido la compostura, por no hablar de su papel de árbol callejero a mayor guasa de un animal salvaje, en su propia casa y delante de sus esclavos. La expresión de su gorda y rubicunda cara era tan cómica que tuve que mordirme los labios para no reír.

-Gatos -dijo al fin-. ¡Malditas criaturas! De niño apenas se veían por Roma. ¡Ahora han invadido la ciudad! Miles, por todas partes, vagando en libertad, riñendo y apareándose cuando les da la gana, y nadie es capaz de pararlos. Al menos, no se ven muchos aún por el campo; los granjeros los espantan porque asustan a los otros animales. ¡Misteriosos, feroces monstruitos! Seguro que vienen del Hades.

-En realidad vienen de Alejandría -dije con pachorra.

-¿En serio?

-Sí. Los marineros los trajeron de Egipto, o eso dicen. A los navegantes les gustan los gatos porque matan las ratas de los barcos.

-¡Vaya dilema... o ratas o una bestia salvaje con uñas y colmillos! ¡Y tú, Gordiano... todo este tiempo has estado sentado ahí como si no pasara nada! Claro, lo había olvidado, tú estás acostumbrado a los



gatos. Bethesda tiene uno que cuida como si fuera una especie de animal doméstico, ¿no? ¡Como si fuera un perro! -hizo una mueca-. ¿Cómo llama Bethesda a ese bicho maléfico?

-Bast. Así es como los egipcios llaman a su rey felino.

Lente tan extraña. Adorar a los animales como si fueran dioses. No hay que preguntarse por qué sus gobiernos andan siempre revolucionados. Un pueblo que adora a los gatos difícilmente puede estar preparado para gobernarse a sí mismo.

Me quedé callado ante aquella muestra de sabiduría convencional. Debería haber señalado que los adoradores de gatos que él tan alegremente desdeñaba habían conseguido crear una cultura de exquisita delicadeza y monumentales logros, mientras Rómulo y Remo todavía estaban chupando la teta de una loba, pero el día era demasiado caluroso para abordar un debate histórico.

-Si esa criatura vuelve, haré que la maten -murmuró Lucio, mirando nerviosamente al tejado.

-En Egipto -dije-, semejante acto sería considerado asesinato y castigado con la muerte.

Lucio me miró con recelo.

-¡No me digas! Me doy cuenta de que los egipcios adoran todo tipo de pájaros y animales terrestres, pero eso no les impide robarles los huevos o comerse su carne. ¿Matar a una vaca es allí asesinato?

-Quizá no, pero descalabrar a un gato sí lo es. De hecho, cuando era joven y estuve en Alejandría, una de mis primeras investigaciones fue sobre la muerte de un gato.

-¡Bromeas, Gordiano! No estarás diciendo que fuiste contratado realmente para seguir la pista del asesino de un gato, ¿verdad?

-Fue un poco más complicado. Lucio sonrió por primera vez desde que habíamos sido interrumpidos por la gatomaquia.

-Vamos, Gordiano, no te burles de mí -dijo, dando una palmada para que el esclavo sirviera más vino-. Tienes que contarme la historia.

Me alegré de verle recobrar el buen humor.

-Muy bien -dije-. Te contaré el cuento del gato de Alejandria...

La barriada llamada Rakotis es la parte más vieja de Alejandría. El corazón de Rakotis es el templo de Serapis, un magnífico edificio de mármol construido a escala descomunal y decorado con fabulosos adornos de alabastro, oro y marfil. Los romanos que han visto el templo admiten llenos de envidia que en esplendor «podría» rivalizar con nuestro austero templo de Júpiter... lo cual dice más del provincianismo romano que de los méritos arquitectónicos de los dos templos. Si yo fuera un dios, sabría qué templo escogería para vivir.

El templo es un oasis de luz y esplendor, rodeado por un laberinto de calles estrechas. Las casas de Rakotis, hechas de tierra endurecida, son altas y están pegadas unas a otras. Las calles están cruzadas por cuerdas en las que los inquilinos tienden la ropa, el pescado y las gallinas muertas. El aire suele ser tranquilo y caliente, pero a veces una brisa marina se las ingenia para cruzar la isla de Faros, el gran puerto y la muralla de la ciudad, y mecer las altas palmeras que crecen en las callejas y jardines de Rakotis.

En Rakotis, uno casi se puede imaginar que la conquista griega no ocurrió nunca. La ciudad puede deber su nombre a Alejandro y estar gobernada por un Ptolomeo, pero la gente del viejo barrio es inequívocamente egipcia, pues es de ojos oscuros y con esos rasgos que se ven en las estatuas de los faraones. Estas gentes son diferentes de nosotros, Así como sus dioses, que no son ni romanos ni griegos, de perfecta forma humana, sino extraños híbridos de animales y hombres, espantosos de ver.

Se ven muchos gatos en Rakotis. Vagan por allí a su antojo, confiados, calentándose al sol, cazando saltamontes, dormitando en cornisas y tejados, observando los inaccesibles peces y gallinas muertas, muy lejos de sus garras. Pero los gatos de Rakotis no tienen hambre; todo lo contrario. La gente les pone cuencos de comida en la calle, murmurando encantamientos mientras lo hacen, y ni siquiera a un mendigo

hambriento se le ocurriría coger esa comida consagrada... porque los gatos de Rakotis, como todos los gatos de Egipto, se toman por dioses. Los hombres se inclinan cuando se cruzan con ellos en la calle, y ay del grosero visitante de Roma o Atenas que se atreva a reirse disimuladamente al ver tales cosas, ya que los egipcios son tan vengativos como piadosos.

Cuando tenía veinte años, después de haber visto las Siete Maravillas del Mundo, me encontraba en Alejandría. Cogí un alojamiento en Rakotis por varias razones. Primera, porque un joven forastero con poco dinero podía encontrar allí un alojamiento adecuado a sus recursos. Pero Rakotis ofrecía mucho más que una habitación barata. Para alimentar el estómago, los vendedores de los rincones atestados de gente pregonaban exóticos manjares desconocidos en Roma. Para alimentar el intelecto, escuchaba a los filósofos que leían y debatían en las escaleras de la biblioteca que había al lado del templo de Serapis. Allí conocí al filósofo Dión; pero ésa es otra historia. En cuanto a los otros apetitos comunes a los jóvenes, también eran fácilmente satisfechos; los alejandrinos se tienen por las personas más tolerantes y mundanas del mundo, y cualquier romano que lo discuta sólo demuestra su propia ignorancia. Por cierto, conocí a Bethesda en Alejandría; pero eso también es otra historia.

Una mañana que estaba paseando por una de las calles más solitarias del barrio, escuché un ruido detrás de mí. Era un ruido confuso, como el de una multitud gritando no muy lejos. El gobierno de Egipto es notoriamente inestable y los motines son bastante comunes, pero parecía demasiado temprano para que la gente anduviera por las calles con ganas de jaleo político. Sin embargo, cuando me detuve para escuchar, el ruido creció y el retumbar se convirtió en voces humanas irritadas.

Poco después, apareció un hombre con túnica azul por la esquina, corriendo directamente hacia mí, con la cabeza vuelta hacia atrás. Me aparté rápidamente de su camino, pero cambió su curso y tropezó conmigo. Caímos al suelo en un revuelo de brazos y piernas.

-¡Por las turmas de Numa! -grité, pues aquel imbécil había hecho que me arañara las manos y las rodillas con las ásperas piedras del suelo.

El extraño detuvo el pataleo para ponerse en pie y me miró. Era un cuarentón bien vestido y bien alimentado. Sus ojos estaban llenos de pánico, pero en ellos también había un brillo de esperanza.

-¡Hablas en latín! -dijo roncamente-. Entonces eres romano, como yo.

-Sí

-Paisano, ¡sálvame! -Estábamos ya en pie, pero el extraño se movía de una manera tan espasmódica y se aferraba a mí de tal forma que casi hizo que volviéramos a caer al suelo.

El ruido de voces de cólera se acercaba. El hombre miró hacia la calle por la que había llegado. El miedo, bailaba en su cara como una llama. Me cogió con las dos manos.

-¡Te juro que nunca he tocado a ese animal! -susurró roncamente-. La niña dice que lo maté, pero ya estaba muerto cuando llegué yo.

-¿De qué hablas?

-¡Del gato! ¡Yo no he matado al gato! Ya estaba muerto, tirado en la calle. ¡Pero esos egipcios chiflados quieren desmembrarme! Si pudiera llegar a mi casa...

En aquel momento aparecieron varias personas por la esquina, hombres y mujeres vestidos con los harapos de las clases más pobres. Llegó más gente, gritando y haciendo muecas de odio. Venían a toda prisa hacia nosotros, unos blandiendo palos y cuchillos, otros agitando los puños en el aire.

-¡Ayúdame! -chilló el hombre con voz quebrada como la de un niño-. ¡Sálvame! ¡Te recompensaré! - La multitud estaba ya encima de nosotros. Me revolví para escapar de su tenaza. Al final se apartó de mí y continuó su precipitada huida. Mientras la indignada multitud se abalanzaba sobre mí, me pareció por un momento que era yo el objeto de su furia. Unos cuantos se dirigían en línea recta hacia mí y yo no veía posibilidad de escapar. «La muerte siempre nos alcanza», dice el viejo poema egipcio, y comprendí que estaba muy cerca.

Pero un hombre que iba casi en cabeza de la multitud, notable por su larga barba rizada, según la moda babilonia, comprendió el error y gritó con voz de trueno:

-¡No es éste! ¡Es el de azul! ¡Por allí, al final de la calle! ¡Rápido o se nos escapará otra vez!

El grupo de hombres y mujeres que habían estado a punto de golpearme hicieron una finta en el último momento y siguieron corriendo. Me escondí bajo un dintel, fuera de su vista, y me quedé de piedra al ver el tamaño de la multitud que pasaba ante mí. ¡La mitad de los habitantes de Rakotis detrás de un romano vestido de azul!

Una vez que pasó el grueso de la multitud, volví a la calle.

Detrás venían unos cuantos rezagados. Entre ellos reconocí a un hombre que vendía pasteles en una tienda de la calle de los Panaderos. Respiraba pesadamente, pero andaba a paso decidido. En la mano empuñaba un rodillo de amasar. Yo lo conocía como pastelero orondo y alegre, cuya alegría principal consistía en llenar los estómagos de otros, pero aquella mañana tenía en la cara el implacable rictus de los vengadores sin piedad.

-Menapis, ¿qué está pasando? -dije, andando a su lado. Me dirigió una mirada tan llena de desprecio que pensé que no me había reconocido, pero cuando habló, estuvo claro que sí.

-Vosotros los romanos vemos con vuestros pomposos modales y vuestra riqueza mal adquirida y nosotros hacemos lo que podemos para aguantaros. Os habéis metido en nuestra vida y lo aguantamos. ¡Pero cuando profanáis, llegáis demasiado lejos! ¡Hay cosas de las que ni siquiera un romano puede librarse!

-Menapis, cuéntame qué está pasando.

-¡Ha matado un gato! El muy imbécil mató a un gato a un tiro de piedra de mi tienda.

-¿Viste cómo ocurrió?

-Una niña le vio hacerlo. Gritó de terror, como es natural, y la gente llegó corriendo. Pensaban que la niña estaba en peligro, pero era peor. ¡El estúpido romano había matado un gato! Lo habríamos lapidado en el acto, pero se las arregló para escapar y echó a correr. Cuanto más duraba la persecución, más gente se unía al grupo. No escapará de nosotros ahora. ¡Mira, el romano debe de haber sido atrapado!

La caza parecía haber terminado, pues la multitud se había detenido en una plaza amplia. Si lo habían alcanzado, el de azul debía de ser ya una sanguinolenta masa pisoteada, pensé, y sentí náuseas. Pero mientras me acercaba, la multitud se puso a canturrear:

-¡Que salga el matagatos! ¡Que salga el matagatos! Menapis se puso a cantar con los otros, golpeándose la mano con el rodillo y dando patadas en el suelo.

Parecía que el fugitivo se había refugiado en una casa de aspecto próspero. Por las caras que miraban horrorizadas desde las ventanas del último piso, antes de cerrarse éstas de golpe, el lugar parecía estar lleno de romanos, y sin duda era el domicilio particular del fugitivo. Que no era pobre ya lo había imaginado por la calidad de su túnica azul, y el tamaño de su casa me lo confirmó. Un rico comerciante, pensé, pero ni la plata ni ningún pico de oro lo salvarían de la ira de la gente. La masa siguió cantando y se puso a golpear la puerta con palos.

Menapis gritó:

-¡Los palos no romperán la puerta! ¡Tenemos que hacer un ariete! -Miré al panadero, hombre alegre por lo general, y un estremecimiento me recorrió el espinazo. Todo aquello por un gato...

Me fui a una esquina tranquila de la plaza, donde algunos vecinos se habían aventurado a salir de sus casas para ver la conmoción. Una andana egipcia, impecablemente vestida con una túnica de lino blanco, miraba a la multitud con desprecio.

-¡Vaya chusma! -dijo, sin dirigirse a nadie en particular-. ¿A quién se le ocurre, asaltar la casa de un hombre como Marco Lépidio?

-¿Tu vecino? -dije. -Durante muchos años, como su padre antes que él. Un honrado comerciante romano y un honor para Alejandría mayor que toda esa chusma junta. ¿También tú eres romano?

-Sí.

-Eso pensé, por tu acento. Bien, no tengo problemas con los romanos. Tratar con hombres como Marco Lépidio y sus iguales enriquecieron a mi difunto marido. ¿Qué ha podido hacer Marco para atraer a semejante chusma ante su puerta?

-Le acusan de haber matado un gato. Dio un respingo. Una expresión de horror contorsionó su arrugada cara.

-¡Eso sería imperdonable!

-Él asegura que es inocente. Dime, ¿quién más vive en esa casa?

-Marco Lépidio vive con dos primos suyos. Le ayudan a llevar los negocios.

-¿Y sus mujeres?

-Los primos están casados, pero sus mujeres e hijos viven en Roma. Marco es viudo. No tiene hijos. ¡Mira! ¿Qué locura es ésta?

Moviéndose entre la multitud como un cocodrilo entre azucenas iba una inmensa palmera arrancada. En cabeza de los que la portaban iba el hombre de la barba babilonia. Mientras apuntaban con el árbol a la puerta de Marco Lépidio, comprendí que era un ariete. «¡Yo no maté al gato!», había dicho Marco Lépidio. Y: «¡Ayúdame! ¡Sálvame!» Y también, qué caramba: «¡Te recompensaré!» Me parecía, como buen romano al que se le había pedido ayuda, que no tenía elección: si el hombre de azul era inocente del crimen, era mi deber ayudarlo. Por si el deber no bastara, mi estómago gruñón y mi bolsa vacía dejaban la balanza en concluyente desequilibrio.

Necesitaría actuar con rapidez. Volví por el camino por donde había llegado.

El trayecto hasta la calle de los Panaderos, normalmente atestado de gente, estaba casi desierto; los tenderos y vendedores ambulantes habían salido corriendo a matar al romano. La tienda de Menapis estaba vacía; al mirar dentro, vi montones de masa sin forma encima de la mesa y el fuego del horno apagado. El gato había muerto a un tiro de piedra de su tienda; y más o menos a esa distancia, doblando la esquina, en una pequeña calle lateral, me encontré con un círculo de sacerdotes con la cabeza rapada y gacha.

Mirando entre las túnicas naranja vi el cadáver del gato, despatarrado sobre los adoquines. Había sido una criatura hermosa, de lomo brillante y pellejo como el azabache. No cabía duda de que lo habían matado deliberadamente, ya que le habían rebanado el cuello.

Los sacerdotes se arrodillaron y colocaron el gato muerto en un pequeño féretro, el cual se cargaron sobre sus hombros. Cantando y lamentándose, comenzaron una lenta procesión hacia el templo de Bast.

Miré alrededor, no muy seguro de lo que hacer. Un movimiento en una ventana atrajo mi atención, pero cuando miré hacia arriba no había nada que ver. Seguí mirando hasta que una carita apareció y rápidamente volvió a desaparecer.

-Niña -dije suavemente-. ¡Niña! Al poco rato reapareció. Tenía la redonda cara despejada, envuelta en un halo de pelo negro. Sus ojos tenían forma de almendra y sus labios se fruncían en un puchero.

-Hablas raro -dijo.

-¿Sí?

-Como el otro hombre.

-¿Qué otro hombre? Pareció pensárselo un momento, pero no contestó.

-¿Quieres oírme gritar? -dijo. Sin esperar respuesta, gritó. El chillido me hirió los oídos y resonó extrañamente en la calle vacía. Apreté los dientes hasta que calló.

-Oye -dije-, ha sido un buen grito. ¿Eres la niña que gritó antes?

-No sé.

-Quiero decir cuando mataron al gato.

Arrugó la frente.

-No del todo.

-¿No eres la niña que gritó cuando mataron al gato?

Meditó la pregunta.

-¿Te ha enviado el hombre de la barba rara? -dijo finalmente.  
Pensé un momento y recordé al hombre de la barba babilonia cuyo grito me había salvado de la multitud, «¡Es el de azul!», y al que había visto con el ariete.  
-¿Quieres decir una barba babilonia, rizada con tenacillas?  
-Sí -dijo-, rizada, como rayos que le salieran de la barbilla.  
-Ese hombre me salvó la vida -dije. Era la verdad.  
-Entonces puedo hablar contigo -dijo-. ¿Tú también tienes un regalo para mi?  
-¿Un regalo?  
-Como el que me dio él. -Levantó una muñeca de caña de papiro y trapos.  
-Muy bonita -dije, empezando a comprender-. ¿Te dio la muñeca por gritar?  
Se rió.  
-Fue justo. ¿Quieres oírme gritar otra vez? Sentí un escalofrío.  
-Más tarde. En realidad, no viste quién mató al gato, ¿verdad?  
-¡Idiota de la bellota! Nadie mató al gato, no de verdad. El gato estaba actuando, como yo. Pregúntale al hombre de la barba rara. -Sacudió la cabeza ante mi credulidad.  
-Desde luego -dije-. Lo sabía; pero lo había olvidado. ¿Así que piensas que hablo raro?  
-Sí, lo creo -dijo, imitando mi acento. Los niños alejandrinos adquieren la propensión al sarcasmo a muy corta edad-. Tú hablas raro.  
-Como el otro, dijiste.  
-Sí.  
-¿Te refieres al hombre de la túnica azul, al que persiguen por haber matado al gato?  
Su cara redonda se alargó un poco.  
-No, nunca le he oído hablar, menos cuando el panadero y sus amigos fueron tras él y él gritó. Pero yo puedo gritar más fuerte.  
Parecía dispuesta a demostrarlo, así que asentí rápidamente.  
-¿Quién entonces? ¿Quién habla como yo? ¡Ah, sí! El hombre de la barba rara -dije, pero sabía que me equivocaba incluso cuando lo estaba diciendo, porque el hombre me había parecido inequívocamente egipcio y no romano.  
-No, él no, idiota. El otro hombre.  
-¿Qué otro hombre?  
-El que estuvo aquí ayer, el de la nariz con mocos. Les oí hablar ahí en la esquina, al de la barba rara y al que habla como tú. Hablaban, señalaban con el dedo y parecían muy serios, el barbudo se tiraba de la barba y el de la nariz con mocos se la sonaba, pero finalmente se les ocurrió algo divertido y empezaron a reír. «¡Y pensar que tu primo es un amante de los gatos!», dijo el de la barba rara. Parecía que estaban planeando gastarle una broma a alguien. Lo olvidé todo hasta que esta mañana vi al de la barba rara otra vez y me dijo que gritara cuando viera al gato.  
-Ya veo. Te dio la muñeca, luego te enseñó el gato.  
-Sí, parecía tan muerto que engañó a todo el mundo. ¡Incluso a los sacerdotes!  
-El hombre de la barba rara te enseñó el gato, tú gritaste, la gente llegó corriendo ¿qué pasó luego?  
-El de la barba rara señaló a un hombre que pasaba por la calle y gritó: «¡El romano lo hizo! ¡El de azul! ¡Ha matado al gato!» -La niña recitaba con gran convicción, levantando la muñeca como si ésta fuera una actriz.  
-El hombre de los mocos que habla como yo -dije-. ¿Estás segura de que se habló de un «primo»?  
-¡Sí, sí! Yo también tengo un primo. Le gasto muchas bromas.  
-¿Qué aspecto tiene el hombre de los mocos? Se encogió de hombros.  
-Es un hombre.  
-Sí, pero ¿alto o bajo? ¿Joven o viejo? Pensó un momento, luego volvió a encogerse de hombros.  
-Un hombre, como tú. Como el de la túnica azul Todos los romanos sois iguales.



Sonrió. Luego volvió a gritar, sólo para demostrarme lo bien que lo podía hacer.

Cuando volví a la plaza, un grupo de soldados de Ptolomeo había llegado de palacio y estaba intentando, con muy poco éxito, alejar a la multitud. Los soldados eran ampliamente superados en número y la multitud sólo había retrocedido unos pasos. Lanzaban piedras y ladrillos contra la casa y algunos golpeaban los ya resquebrajados postigos. Parecía que se había hecho un intento serio de derribar la puerta, pero ésta había resistido.

Un factótum del palacio real, un eunuco a juzgar por su voz chillona, apareció en el lugar más alto de la plaza. Era un tejado cercano a la casa sitiada. Trató de calmar a la multitud, asegurándoles que se haría justicia. Era interés del rey Ptolomeo, por supuesto, aplacar lo que podía convertirse en un incidente de carácter internacional; el asesinato de un rico comerciante romano a manos de los alejandrinos podía causar un gran perjuicio político.

El eunuco siguió gritando, pero la multitud no se dejaba impresionar. Para ellos, el asunto era sencillo y claro: un romano había matado cruelmente a un gato y no estarían satisfechos hasta que el romano estuviera muerto. Reanudaron el canturreo, ahogando la voz del eunuco:

-¡Que salga el matagatos! ¡Que salga el matagatos! El eunuco bajó del tejado. Yo había decidido entrar en la casa de Marco Lépidio. La cautela me decía que tal actitud era una locura, pues ¿como iba a salir vivo una vez estuviera dentro? Y, de todos modos, debía de ser imposible porque si hubiera una manera sencilla de entrar en la casa, la multitud ya la habría descubierto. Entonces se me ocurrió que quien estuviera en el mismo tejado en el que había estado el eunuco de Ptolomeo, podía saltar o descender al tejado de la casa sitiada.

Parecía una empresa digna de Hércules; hasta que oí en mi cabeza el lastimoso eco de la voz del desconocido: «¡Ayúdame!» «¡Sálvame!»

Y: «¡Te recompensaré!» El edificio desde el que había hablado el eunuco había sido tomado por los soldados, como los demás edificios adyacentes a la casa sitiada, para evitar que la multitud ganara la entrada por una pared medianera o pegando fuego a toda la manzana. Tardé en convencer a los guardias de que me dejaran entrar, pero el hecho de ser romano y asegurar que conocía a Marco Lépidio me consiguió una audiencia con el eunuco del rey.

Los sirvientes reales entran y salen de Alejandría; los que no saben satisfacer a su amo se convierten en comida para los cocodrilos y son rápidamente reemplazados. Aquel sirviente real sabía lo que era estar a las órdenes de un monarca que podía aniquilarlo con un simple arqueamiento de cejas. Había sido enviado a sofocar una multitud furiosa y a salvar la vida de un ciudadano romano y, de momento, sus posibilidades de éxito parecían bastante remotas. Podía pedir más soldados, acuchillar a la multitud, pero semejante baño de sangre podía degenerar en una situación aún peor. Para acabar de rematar las cosas, había por allí un alto sacerdote de Bast, que pisaba los talones al eunuco, gimiendo y agitando sus ropas naranja y pidiendo que se hiciera justicia en nombre del gato muerto.

El atribulado eunuco estaba abierto a cualquier idea que yo quisiera sugerirle.

-¿Eres amigo del otro romano, el perseguido por la multitud? -preguntó.

-El «criminal» -corrigió el alto sacerdote.

-Un conocido suyo -dije y era cierto, si a haber cambiado unas palabras desesperadas después de tropezar en la calle se le podía llamar conocimiento-. De hecho, soy representante suyo. Me ha contratado para sacarle de este embrollo. -Lo cual, en cierto modo, también era verdad-. Y creo que sé quién mató realmente al gato. -Esto no era tan cierto, pero podía serlo si el eunuco se avenía a cooperar conmigo-. Debes introducirme en la casa de Marco Lépidio. He pensado que tus soldados podrían bajarme hasta su tejado con una cuerda.

El eunuco se quedó pensativo.

-Por la misma ruta, podríamos rescatar a Marco Lépidio haciéndole subir por la misma cuerda hasta este edificio, donde mis hombres podrían protegerlo mejor.

-¿Rescatar al asesino de un gato? ¿Darle protección armada? -El sacerdote estaba indignado. El eunuco se mordió el labio.

Al final se acordó que los hombres del rey se hiciesen con una cuerda para bajar al tejado de la casa sitiada.

-Pero no podrás volver por el mismo camino -insistió el eunuco.

-¿Por qué no? -Tuve una súbita visión de la casa ardiendo conmigo dentro, o de una multitud iracunda irrumpiendo por la puerta y apaleando y acuchillando, a todos los habitantes.

-Porque la cuerda será visible desde la plaza -dijo el eunuco-. Si la multitud ve a «quien sea» saliendo de la casa, imaginará que es el hombre que persigue. ¡Entonces entrarán en este edificio! No, te permitiré pasar a la casa de tu paisano, pero después te las arreglarás solo.

Lo pensé un momento y accedí. Detrás del eunuco, el alto sacerdote de Bast sonreía como un gato, sin duda previendo mi inminente fallecimiento y ronroneando ante la idea de que otro romano impío abandonara el valle de los vivos.

Mientras me bajaban al tejado del comerciante, sus esclavos se dieron cuenta de lo que estaba pasando y dieron la alarma. Me rodearon de inmediato, dispuestos a arrojarme a la plaza, cuando levanté las manos para demostrarles que no iba armado y grité que era amigo de Marco Lépidio. Mi latín pareció apacarlos. Al final me bajaron por unas escaleras para conducirme ante su amo.

El hombre de azul se había escondido en una pequeña habitación que tomé por un despacho, ya que estaba abarrotada de rollos y trozos de papiro.

Me miró cautelosamente y me reconoció.

-Eres el hombre con el que tropecé en la calle. ¿Por qué has venido?

-Porque me pediste ayuda, Marco Lépidio. Y porque me ofreciste una recompensa -dijo a bocajarro-. Me llamo Gordiano.

Tras las ventanas cerradas, que daban a la plaza, la multitud empezó a canturrear de nuevo. Una piedra golpeó las contraventanas con un estampido. Marco dio un salto y se mordió los nudillos.

-Éstos son mis primos, Rufo y Appio, -dijo, presentándose a dos hombres más jóvenes que acababan de entrar en la habitación. Como su primo más viejo, los dos estaban bien alimentados y bien vestidos, y al igual que él parecían incapaces de reprimir el pánico.

-Los guardias de fuera están empezando a debilitarse -dijo Rufó-. ¿Qué vamos a hacer, Marco?

-¡Si entran en la casa nos matarán a todos! -dijo Appio.

-Evidentemente, eres un hombre rico, Marco Lépidio -dijo-. Comerciante, según tengo entendido.

Los tres primos me miraron sin expresión, asombrados de mi aparente indiferencia a la crisis del momento.

-Sí -dijo Marco-. Tengo una pequeña flota. Transportamos a Roma cereales, esclavos y otras mercancías. -Hablar del oficio le tranquilizó notablemente, tal como recitar un cántico familiar tranquiliza a un fiel en el templo.

-¿Compartes el negocio con tus primos? -pregunté.

-El negocio es totalmente mío -dijo Marco con un dejo de pundonor-. Lo heredé de mi padre.

-¿Sólo tuyo? ¿No tienes hermanos?

-Ninguno.

-¿Y tus primos son simples empleados, no propietarios?

-Si lo pones así... Miré a Rufo, el más alto de los primos. ¿Era miedo a la multitud lo que leí en su cara o la huella de antiguos resentimientos? El primo Appio empezó a pasearse por la habitación, mordiendo las uñas y lanzándome miradas que tomé por hostiles.

-Entiendo que no tienes hijos, Marco Lépidio -dijo.

-No. Mi primera mujer sólo me dio hijas; todas murieron de fiebres. La segunda era estéril. Ahora no estoy casado, pero pronto lo estaré, cuando mi prometida llegue de Roma. Sus padres la han enviado en barco y me han jurado que es fértil, como sus hermanas. ¡El año que viene por estas fechas puede que sea un orgulloso padre por fin! -Esbozó una débil sonrisa, luego se mordió los nudillos-. Pero ¿de qué sirve complacerse en el futuro cuando no lo tengo? ¡Maldigo a todos los dioses de Egipto por haber puesto a ese gato muerto en mi camino!

-Creo que no fue un dios quien lo hizo. Dime, Marco Lepido, si murieras antes de casarte, antes de tener un hijo, y no permita Júpiter tal tragedia, ¿quién heredaría tus propiedades?

-Mis primos, a partes iguales. Rufo y Appio me miraron seriamente. Otra piedra golpeó las ventanas y todos dimos un salto. Era imposible leer en sus caras el menor signo de culpabilidad.

-Ya veo. Dime, Marco Lépidio, ¿quién crees que podía saber ayer que esta mañana ibas a pasar por esa calle de Rakotis?

Se encogió de hombros.

-Mis placeres no son un secreto. Hay una casa en esa calle en la que paso ciertas noches en compañía de un pequeño Ganimedes. No teniendo mujer en este momento...

-Entonces ¿cualquiera de tus primos podría haber sabido que vendrías por ese camino esta mañana?

-Supongo -dijo, encogiéndose de hombros. Si estaba demasiado distraído para ver el meollo, sus primos no lo estaban. Rufo y Appio me miraron con expresión turbia y entre sí con cara de interrogación.

En aquel momento entró en la habitación un gato gris, estirando la cola y con la cabeza erguida, al parecer indiferente al caos de la calle y a la desesperación de los de la casa.

-¡Qué ironía! -gimió Marco Lépidio, rompiendo a llorar de repente-. ¡Qué amarga ironía! ¡Ser acusado de matar a un gato... cuando yo jamás haría una cosa así! Adoro a esas pequeñas criaturas. Les doy un lugar de honor en mi casa, las alimento en mi propio plato. ¡Ven, precioso Nefer! -Se inclinó e hizo con las manos una silla de la reina para el gato, que de un salto se instaló en ella. El animal se puso de espaldas y ronroneó. Marco Lépidio abrazó al animal, acariciándolo para mitigar su angustia. Rufo parecía compartir la afición de Lépidio por los gatos, ya que sonrió débilmente y se puso también a acariciar la barriga del animal.

Había llegado a un callejón sin salida. Me parecía bastante probable que al menos uno de los primos se hubiera confabulado con el egipcio de la barba para planear la destrucción de Marco Lépidio, pero ¿cuál? Si la niña hubiera sido capaz al menos de darme una descripción mejor. «Todos los romanos sois iguales.» ¡Encima!

-¡Tú y tus malditos gatos! -dijo súbitamente Appio, arrugando la nariz y apartándose al rincón más alejado del cuarto-. Son los gatos los que tienen la culpa. ¡Todos hacen encantamientos! Alejandría está llena de ellos y por eso no puedo ser más desdichado. ¡Cada vez que me acerco a alguno pasa lo mismo! ¡Nunca había estornudado hasta que llegué aquí! -Y diciendo esto, estornudó y resopló, y sacó un paño de la túnica para sonarse la goteante nariz.

Lo que siguió no fue bonito, aunque quizá fuera justo.

Le conté a Marco Lépidio, todo lo que había sabido por la niña. Le hice acercarse a la ventana y abrí los postigos lo suficiente para señalar al hombre de la barba babilonia, que en aquel momento estaba inspeccionando la preparación de una hoguera. Marco había visto antes a aquel hombre, en compañía de su primo Appio.

¿Qué resultado esperaba yo? Había querido ayudar a otro romano en el extranjero, salvar a un inocente de la ira de una masa enloquecida y ganar mientras tanto unas cuantas monedas para mi bolsa... propósitos honorables todos. ¿No me di cuenta de que, inevitablemente, un hombre moriría? Entonces era muy joven, y no siempre pensaba las cosas hasta su resultado lógico.

La furia de Marco Lépidio me cogió por sorpresa. Quizá no tenía por qué, considerando la terrible conmoción que había sufrido aquel día y teniendo en cuenta que era un brillante empresario y por lo tanto despiadado hasta cierto punto; y teniendo en cuenta, finalmente, que la traición dentro de la familia a menudo conduce a los hombres a actos de extrema crueldad.

Acobardado ante Marco Lépidio, Appio confesó su culpa. Rufo, al que Appio declaró inocente, pidió clemencia para el primo común, pero sus ruegos fueron ineficaces. Aunque debíamos de estar a cientos de millas de Roma, las normas de la familia romana no cambiaban en aquella casa de Alejandría y todo el poder residía en el cabeza de familia. Cuando Marco Lépidio, se arrancó la túnica azul y ordenó que se la pusieran a su primo Appio, los esclavos de la casa obedecieron. Appio se resistió, pero estaba vencido. Cuando Marco ordenó que Appio fuera arrojado por la ventana, a la multitud, así se hizo.

Rufo, pálido y tembloroso, se metió en otro cuarto. Marco adoptó una expresión pétrea y dio media vuelta. El gato gris se enroscó a sus pies, pero nadie le hizo caso.

El egipcio barbado, sin darse cuenta de la sustitución, gritó a los otros componentes de la multitud que se vengaran en el hombre de azul. Sólo mucho más tarde, cuando la multitud se hubo dispersado y el egipcio pudo ver de cerca el cadáver machiacado, se dio cuenta del error. Nunca olvidaré su expresión, que cambió de la sonrisa de triunfo a la máscara del horror mientras se aproximaba al cuerpo, examinaba su cara y luego miraba a la ventana en la que estaba yo. Había presidido la muerte de su propio cómplice.

Quizá era justo que Appio sufriera la suerte que había planeado para su primo. Sin duda pensó que mientras esperaba a salvo en la casa familiar, el egipcio de la barba llevaría a cabo el plan tal como lo habían planeado, y su viejo primo sería despedazado en la calle de los Panaderos. No había previsto que Marco Lépidio eludiera a la multitud y huyera hasta su casa, donde los tres primos quedaron atrapados. Tampoco había previsto la intervención de Gordiano el Sabueso... o, para el caso, la intervención del gato gris, que hizo que se delatara con un estornudo.

Así terminó el episodio del gato de Alejandría, cuya muerte fue vengada terriblemente.

Días después de haber contado esta historia a Lucio Claudio, fui a visitarle de nuevo a su casa del Palatino. Me sorprendió ver que habían instalado un nuevo mosaico en las escaleras de su casa. Las pequeñas teselas de colores representaban un peligroso mastín de Molosia y formaban las siguientes palabras: CAVE CANEM.

Un esclavo me hizo entrar y me escoltó hasta el jardín del centro de la casa. Mientras me aproximaba, oí un gemido, acompañado de una risa profunda. Me acerqué a Lucio Claudio, que estaba sentado y tenía en los muslos algo que parecía una rata blanca y gigante.

-¿Qué rábanos es eso?

-Es mi querido, dulce, adorable y pequeño Momo.

-En el umbral he visto un mastín de Molosia, lo que ciertamente no es ese animal.

-Momo es una terrier de Mitilene... pequeña, cierto, pero muy feroz -dijo Lucio a la defensiva. Como para demostrar el punto de vista de su amo, la perrita portátil empezó a ladrar de nuevo. Luego se puso a lamer la barbilla de Lucio, lo que pareció gustar inmensamente al amo.

-El umbral advierte que hay que tener cuidado con el perro -dije con escepticismo.

-Como está mandado... especialmente los visitantes no bienvenidos y los de la variedad cuadrúpeda.

-¿Esperas que este perro tenga a raya a los gatos?

-¡Sí! Nunca más turbarán mi paz esas malditas criaturas, no con la pequeña Momo aquí para protegerme. ¿No es cierto, Momo? ¿No eres la más feroz cazagatos que hay en el mundo? Valiente, audaz pequeña Momo....

Entorné los ojos y vi por el rabillo que algo negro y sinuoso se movía en el tejado. Casi seguro que era el mismo gato que había aterrorizado a Lucio durante mi última visita.

Un momento después, el terrier había saltado del regazo de su amo y estaba bailando una frenética danza circular en el suelo, ladrando frenéticamente y enseñando los dientecitos. Arriba en el tejado, el gato negro arqueó el lomo, bufó y desapareció.

-Ya lo has visto, Gordiano! ¡Cuidado con este perro, gatos de Roma! -Lucio recogió al terrier en sus brazos y le besó la nariz-. ¡Muy bien, Momo, muy bien! Y el incrédulo Gordiano dudaba que tú...

Pensé en un dicho que me había enseñado Bethesda: que en este mundo están los que quieren a los gatos y los que quieren a los perros, y nunca cerrarán filas los dos. Pero Lucio Claudio y yo siempre podríamos compartir por lo menos una copa de vino y comentar los últimos chismes del foro.



## La casa de las vestales

-¿Qué sabes de las vírgenes vestales? -dijo Cicerón.

-Lo que saben todos los romanos: que hay seis; que vigilan la llama eterna del templo de Vesta; que sirven al menos durante treinta años, durante los cuales hacen voto de castidad. Y que en cada generación estalla un terrible escándalo...

-Sí, sí -dijo Cicerón. La litera dio un ligero bandazo, arrojándolo hacia delante. Era una noche sin luna y los portadores de la litera, que recorrían las calles desigualmente empedradas a la luz de una antorcha, nos estaban dando un viaje lleno de baches-. He sacado el tema a colación sólo porque uno nunca sabe estos días... vivimos en unos tiempos tan irreligiosos... y no es que yo preste oídos a las supersticiones...

La mente más aguda de Roma estaba diciendo tonterías. Cicerón estaba anormalmente agitado.

Había llegado a la puerta de mi casa en medio de la noche, me había sacado de la cama y había insistido en que lo acompañara a un destino desconocido.

Los portadores trotaban con nosotros encima; casi habría preferido apearme y trotar junto a ellos. Aparté las cortinas y miré fuera. Dentro de la litera había perdido la orientación; la calle oscura parecía igual a cualquier otra.

-¿Dónde vamos, Cicerón?

No me hizo caso.

-Como bien has dicho, Gordiano, las vestales son especialmente sensibles al escándalo. Sin duda habrás oído hablar del inminente juicio de Marco Craso.

-Es la comidilla de la ciudad... el hombre más rico de Roma acusado de corromper a una vestal. Y no a una vestal cualquiera, sino a la misma Licinia.

-Sí, la Virgo Máxima, alta sacerdotisa de Vesta y prima lejana de Craso. La acusación es absurda, por supuesto. Es tan probable que Craso esté envuelto en ese asunto como que lo esté yo. Como yo, y al contrario que muchos de nuestros contemporáneos, Craso está por encima de los bajos apetitos de la carne. A pesar de eso, hay un montón de testigos dispuestos a declarar que ha sido visto en compañía de Licinia en numerosas ocasiones: en el teatro durante las fiestas, en el foro, revoloteando a su alrededor, prácticamente molestándola. También me han dicho que hay pruebas circunstanciales que indican que la ha visitado durante el día en la casa de las vestales, sin testigos. Aunque fuera así, eso no es delito a menos que lo sea la insensatez. Los hombres odian a Craso sólo porque se ha hecho muy rico. Eso tampoco es un delito...

La mente del genio había empezado a divagar otra vez. La hora, después de todo, era tardía. Me aclaré la garganta.

-¿Vas a defender a Craso en el tribunal? ¿O a Licinia?

-¡A ninguno! Mi carrera política ha entrado en una fase muy delicada. No puedo permitir que se me relacione con un escándalo referente a las vestales. ¡Por eso son tan desastrosos los sucesos de esta noche!

Por fin, pensé, íbamos a ir al grano. Miré de nuevo por entre las cortinas. Parecía que nos aproximábamos al foro. ¿Qué intereses podíamos tener entre los templos y las plazas públicas a las tantas de la noche?

-Como probablemente sabrás, Gordiano, una de las vestales más jóvenes es pariente mía.

-No, no lo sabía.

-Pariente política; Fabia es hermanastra de mi mujer y por lo tanto mi cuñada.

-Pero la vestal sometida a investigación es la Virgo Máxima, Licinia.

-Sí, el escándalo sólo la ha salpicado a ella... hasta los sucesos de esta noche.

-Cicerón, ¿haces adrede esto del misterio?

-Muy bien. Esta noche ha ocurrido algo en la casa de las vestales. Algo horrible. ¡Impensable! Algo que amenaza no sólo con destruir a Fabia, sino con cubrir de calumnia la misma institución de las vestales y con socavar todo el estamento religioso de Roma. -Cicerón bajo la voz que había empezado a elevarse hasta el registro de los oradores-. No dudo que la persecución de Licinia y Craso esté relacionada de alguna manera con este último desastre; hay una conspiración para propagar la duda y el caos en la ciudad, utilizando a las vestales como punto de partida. ¡Si mis años en el foro me han enseñado algo es que ciertos políticos romanos no se detienen ante nada!

Me asió el brazo.

-¿Te das cuenta -añadió- de que este año es el décimo aniversario del incendio que arrasó el templo de Júpiter y destruyó los oráculos sibilinos? La masa es supersticiosa, Gordiano; todos están dispuestos a creer que en el décimo aniversario de tan terrible catástrofe puede ocurrir algo igual de terrible. Ya ha ocurrido. La cuestión es si ha sido dispuesto por los dioses o por los hombres.

La litera dio un bandazo final y se detuvo. Cicerón relajó la presión de mi brazo, se recostó y suspiró.

-Hemos llegado a tu destino. Aparté las cortinas y vi la columnata de la casa de las vestales.

-Cicerón, puede que no sea un experto en cuestiones religiosas, pero sé que entrar en la casa de las vestales una vez oscurecido es una ofensa que se castiga con la muerte. Supongo que no esperarás que yo...

-Esta noche no es como las demás noches, Gordiano.

-¡Cicerón! ¡Por fin has vuelto! -La voz que salía de la oscuridad era extrañamente familiar. Una masa de cabello rojo entró en el círculo de antorchas y reconocí al joven Marco Valerio Mesala Rufo (llamado así por lo rufo de su pelo), al que no había visto en los siete años que habían pasado desde que había ayudado a Cicerón en la defensa de Sexto Roscio. Entonces sólo tenía diecisiete años y era un muchacho de mejillas coloradas y nariz pecosa; ahora era un funcionario religioso, uno de los más jóvenes elegidos para el colegio de augures, encargado de interpretar la voluntad de los dioses leyendo los presagios de los rayos y el vuelo de los pájaros. A mí me seguía pareciendo un muchacho. A pesar de la gravedad del momento, sus ojos brillaban y sonreía mientras se acercaba a Cicerón y le cogía la mano; parecía que el amor por su mentor no había disminuido con los años.

-Rufo te sacará de aquí -dijo Cicerón.

-¿Qué? ¿Me sacas de la cama en medio de la noche, me haces atravesar media Roma sin darme explicaciones claras y ahora me abandonas?

-Creía que había dejado claro que no debe relacionarseme con los sucesos de esta noche. Fabia pidió ayuda a la Virgo Máxima, ésta se la pidió a Rufo, que es conocido suyo; todos juntos me llamaron a mí, pues saben mi vínculo familiar con Fabia; yo te he buscado a ti, Gordiano... y éste es el final de mi participación. -Me hizo señas impacientes para que saliera de la litera. En cuanto mis pies tocaron el suelo, sin siquiera despedirse, dio una palmada y la litera se puso en movimiento. Rufo y yo lo vimos partir rumbo a su casa del Capitolino.

-Ahí va un hombre extraordinario -suspiró Rufo. Yo pensaba algo muy diferente, pero me mordí la lengua. La litera dobló una esquina y desapareció de nuestra vista.

Ante nosotros estaba la entrada de la casa de las vestales. A los lados había dos braseros gemelos; sombras vacilantes danzaban por la ancha escalera de peldaños. Pero la casa estaba a oscuras y sus altas puertas de madera cerradas a cal y canto. Normalmente estaban abiertas día y noche. (¿Quién iba a atreverse a invadir la morada de las vestales sin ser invitado o con malas intenciones?) Al otro lado de la calle, el templo de Vesta estaba extrañamente iluminado, y de él salía un suave cántico que se perdía en el aire tranquilo de la noche.

-¡Gordiano! -dijo Rufo-. Qué extraño es verte después de tantos años. Oigo hablar de ti de vez en cuando...

-Como yo de ti, y te veo ocasionalmente, presidiendo alguna invocación pública o privada de los auspicios. Nada importante puede pasar en Roma sin un augur que interprete los presagios. Debes de estar muy ocupado, Rufo.

Se encogió de hombros.

-Hay quince augures en total, Gordiano. Yo soy el más joven y sólo un principiante. Muchos de los misterios son para mí justamente eso... misterios.

-Rayo a la izquierda, bueno; rayo a la derecha, malo. Y si la persona para la que estás pronosticando no está contenta con el resultado, sólo tienes que mirar en dirección opuesta, cambiando, derecha por izquierda. Parece sencillo.

Rufo apretó los labios.

-Veo que eres tan escéptico en cuestiones religiosas como Cicerón. Sí, en gran parte son fórmulas vacías y juego político. Pero hay otro elemento, la percepción del cual requiere, supongo, cierta sensibilidad por parte del perceptor.

-¿Y preves rayos esta noche? -dijo, olisqueando el aire. Sonrió débilmente.

-En realidad, sí, creo que va a llover. Pero no deberíamos estar aquí hablando, donde cualquiera puede vernos. Vamos. -Empezó a subir las escaleras.

-¿Entrar en la casa de las vestales? ¿A estas horas? Virgo Máxima en persona nos esta esperando. ¡Vamos! Lo seguí escaleras arriba, vacilando. Llamó suavemente a una puerta, que se abrió silenciosamente hacia dentro. Respirando profundamente, le seguí hasta el interior.

Nos detuvimos en un vacío vestíbulo que se abría a un patio interior, flanqueado de galerías porticadas. Todo estaba oscuro; no había ni una sola antorcha encendida. El largo estanque del centro del patio estaba negro y lleno de estrellas, su superficie cristalina rota sólo por algunos juncos que brotaban en el centro.

Sentí un súbito temor supersticioso. Se me erizó el vello de la nuca, una película de sudor me cubrió la frente y me sentí incapaz de respirar. Mi corazón latía tan fuerte que pensé que iba a despertar a una virgen dormida. Quería coger el brazo de Rufo y susurrarle al oído que debíamos volver al foro, «de inmediato»... tan profundo es el miedo a lo prohibido que nos inculcaron en la niñez, cuando nos contaban historias de hombres escondidos en lugares sagrados y obligados a sufrir castigos inimaginables. Por una ironía del destino, sólo cuando se asocia un hombre con la gente más respetable del mundo, como Cicerón y como Rufo, puede de repente encontrarse en el lugar más prohibido de toda Roma, a una hora en que su sola presencia podría significar la muerte. Uno está durmiendo inocentemente en su cama y cuando se da cuenta está en la casa de las vestales.

Hubo un débil ruido detrás de nosotros. Me volví y vi en la oscuridad una leve mancha blanca que paulatinamente se convirtió en una mujer. Debía de ser la que nos había abierto la puerta, pero no era una esclava. Era una de las vestales, a juzgar por su aspecto... el cabello muy corto, alrededor de la frente una corona blanca y ancha como una diadema, y adornada con cintas. Llevaba una estola blanca y sobre los hombros el manto de lino blanco de las vestales.

Chasco los dedos y sentí gotas de agua en la cara.

-Purificados seáis -susurró-. ¿Juráis por la diosa de la tierra que entráis en esta casa sin malas intenciones y a requerimiento de la señora de esta casa, la Virgo Máxima, suma sacerdotisa de Vesta?

-Lo juro -dijo Rufo. Seguí su ejemplo. La vestal nos condujo a través del patio. Mientras pasábamos al lado del estanque oí un suave chapoteo. Me enderecé al oírlo, pero sólo vi las ondas que recorrían la negra superficie, lo que hizo que las estrellas reflejadas rielasen y parpadearan. Me incliné sobre el oído de Rufo y susurré:

-¿Una rana?

-¡Pero hembra, no macho! -dijo, y me indicó con el dedo que callara. Cruzamos la columnata rodeados de profundas sombras y nos detuvimos ante una puerta que habría sido invisible de no ser por la débil raya de luz que se filtraba por debajo. La vestal llamó muy suavemente y susurró algo que no alcancé a

oír; luego nos dejó y desapareció entre las sombras. Poco después la puerta se abrió hacia dentro. Una cara apareció: asustada, hermosa y muy joven. También llevaba la diadema de las vestales.

Abrió la puerta del todo para dejarnos entrar. La habitación estaba débilmente iluminada por una sola lámpara, bajo la cual estaba sentada otra vestal con un papiro desenrollado. Era mayor que su compañera, de unos cuarenta y tantos años. Su cabello corto estaba plateado en las sienes. Mientras nos aproximábamos, mantuvo los ojos en el papiro y empezó a leer en voz alta en griego. Su voz era suave y melodiosa:

*Lucero vespertino, congregador de todas  
las que el alba dispersó:  
tú reúnes a la oveja, a la cabra;  
tú guardas a la criatura para su madre.*

Dejó el papiro a un lado y levantó la vista, primero hacia Rufo, luego hacia mi. Suspiró.

-En tiempos de calamidades, las poetisas me reconfortan. ¿Estás familiarizado con Safo?

-Un poco -dije.

-Soy Licinia. La miré más fijamente. ¿Era por aquella la mujer por la que el hombre más rico de Roma había puesto en peligro su vida? La Virgo Máxima no parecía extraordinaria en ningún sentido, al menos no para mis ojos; por otra parte, ¿qué mujer podía ponerse tranquilamente a leer a Safo en medio de lo que hasta el formal Cicerón había calificado de catástrofe?.

-¿Eres Gordiano, el que llaman el Sabueso? -dijo y asentí con la cabeza-. Cicerón mandó recado a Rufo diciéndole que vendrías. ¡Ah! ¿Qué habríamos hecho esta noche sin la ayuda de Cicerón?

-«Semejante es a un dios inmortal» -dijo Rufo, citando otro verso de Safo.

Siguió un silencio incómodo. La joven que había abierto la puerta permanecía en las sombras.

-Vayamos al grano -dijo Licinia-. Ya debes de saber que he sido acusada de conducta prohibida a una vestal; me acusan de haber tenido una aventura frívola con mi pariente Marco Craso.

-Eso he oído.

-Mi juventud pasó hace mucho y no me interesan los hombres. ¡La acusación es absurda! Es cierto que Craso busca mi compañía en el foro y en el teatro, y me importuna constantemente... ¡pero si nuestros acusadores supieran de qué hablamos cuando estamos solos! Créeme, no tiene nada que ver con asuntos del corazón. Craso es tan legendario por su avaricia como las vestales por su castidad... pero no quiero complicarte las cosas. Craso tiene su defensa y yo tengo la mía, y en tres días los tribunales oirán nuestros casos y decidirán. No hay testigos ni pruebas de actos contrarios a mi voto; el proceso no es más que una molestia para humillar a Craso y para socavar la fe del pueblo en las vestales. Ningún tribunal razonable podría encontrarnos culpables; sin embargo, después de los sucesos de esta noche, las cosas podrían empeorar para ambos.

Miró hacia la oscuridad y frunció el entrecejo, y acarició el papiro que tenía en el regazo, como si la conversación fuera de mal gusto para ella y anhelara volver de nuevo a los suaves ritmos de la poetisa lesbica. Cuando habló otra vez, su voz era lánguida y soñolienta.

-Fui consagrada a Vesta cuando tenía ocho años; todas las vestales son elegidas a temprana edad, entre los seis años y los diez. Servimos al menos durante treinta años. Los primeros diez somos novicias, estudiantes de los misterios, como Fabia. -Señaló a la joven de las sombras-. Los siguientes diez años llevamos a cabo los deberes sagrados... purificar el altar y hacer ofrendas de sal, vigilar la llama eterna, consagrar templos, asistir a las celebraciones, guardar las reliquias sagradas. En los siguientes diez años, nos convertimos en maestras y enseñamos a las novicias, transmitiendo los misterios. Al final de los treinta años se nos permite dejar la vida consagrada, pero las pocas que eligen hacerlo a menudo terminan mal. -Suspiró-. Dentro de la casa de las vestales, una mujer adquiere ciertos hábitos y esperanzas, cae en

un ritmo de vida incompatible con el mundo de fuera. Muchas vestales mueren como han vivido, rindiendo casto servicio a la diosa y su llama eterna.

»A veces... -su voz tembló-. A veces, sobre todo en los primeros años, una puede sentir la tentación de apartarse del voto de castidad. La consecuencia es la muerte, no una sencilla y piadosa muerte, sino un destino horrible de contemplar.

»El último escándalo de esta índole sucedió hace cuarenta años. La hija virgen de una buena familia fue fulminada por un rayo. Su ropa se desgarró y su desnudez quedó al descubierto; los adivinos interpretaron esto como que las vestales habían violado sus votos. Tres vestales fueron acusadas de impureza junto con sus presuntos amantes, y procesados por el colegio de los pontífices. Una fue encontrada culpable. Las otras fueron absueltas. Pero el pueblo no quedó satisfecho. El populacho rabió y alborotó hasta que se nombró una comisión especial. El caso volvió a abrirse. Las tres vestales fueron condenadas.

La cara de Licinia se ensombreció. Sus ojos brillaron a la luz de la lámpara.

-¿Conoces el castigo, Gordiano? El amante es azotado públicamente hasta que muere; un asunto horrible, pero sencillo y rápido. No ocurre lo mismo con la vestal. A ella la despojan de la diadema y del manto de lino. Es azotada por el Pontífice Máximo. La amortajan como a un cadáver, la tienden en una litera cerrada y la llevan a través del foro seguida por su gimiente familia, obligada a vivir la desgracia de su propio funeral. La conducen hasta un lugar que hay junto a la Puerta Colina, donde se ha preparado una pequeña cripta subterránea, con un colchón, una lámpara y una mesa con algo de comida. Un verdugo corriente la conduce por una escalerilla hasta la celda, pero no le hace daño. Su persona todavía está consagrada a Vesta; ningún hombre puede matarla. La escalera de mano se retira, la tumba se sella, la tierra se apisona. Y se deja a los dioses que se lleven la vida de la vestal..

-¡Enterrada viva! -susurró Fabia roncamente. La joven seguía en las sombras, tocándose nerviosamente los labios con la mano.

-Sí, enterrada viva -la voz de Licinia era serena, pero fría como la muerte. Tras un largo rato, se miró el regazo, donde yacía el papiro de Safo estrujado por su propia mano.

-Creo que ya ha llegado el momento de explicarle a Gordiano por qué lo hemos llamado. -Dejó el papiro y se puso en Pie-. Un intruso ha entrado en esta casa a primera hora de la noche. Más exactamente, dos intrusos, y es posible que tres. Un hombre vino a visitar a Fabia después del anochecer, por invitación suya, dice él...

-¡Falso! -dijo la joven.

Licinia la hizo callar con una mirada de desprecio.

-Fue descubierto en la habitación de Fabia. Pero peor que eso... lo verás por ti mismo, Gordiano.

Cogió la lámpara y nos guió por un corto pasadizo hasta otra habitación. Era más sencilla e íntima que la anterior. Las paredes estaban cubiertas por cortinas ornamentales de un color rojo oscuro que parecía absorber la luz del brasero que había en una esquina. Sólo había dos muebles, una silla sin respaldo y un triclinio para dormir. El triclinio, observé, parecía recién hecho, las almohadas estaban bien puestas, la colcha limpiamente estirada. El hombre que estaba en la silla levantó la vista cuando entramos. Contrariamente a la moda actual, no estaba afeitado, sino que llevaba una pequeña barba. Me pareció que sonreía, muy débilmente.

Parecía tener unos años menos que yo, alrededor de treinta y cinco, más o menos como Cicerón. Al contrario que Cicerón, era notablemente atractivo. Lo que no quiere decir que fuera especialmente guapo; si evoco su cara con el recuerdo, sólo puedo señalar que su pelo y su barba eran oscuros, sus ojos penetrantes y azules, y sus rasgos regulares. Pero en su presencia de carne y hueso había algo indefiniblemente atractivo y una alegría contagiosa en sus ojos que parecía bailar como chispas de fuego.

-Lucio Sergio Catilina -dijo, poniéndose en pie y presentándose.

El clan patricio de los Sergios se remonta a la época de Eneas; no había un apellido más respetable en la república. A Catilina lo conocía por su reputación. Unos decían que era encantador y otros que un



sinvergüenza. Todos estaban de acuerdo en que era inteligente, aunque algunos decían que demasiado inteligente.

Me dirigió una extraña semisonrisa que sugería que se reía de algo por dentro... pero ¿de qué? Agachó la cabeza.

-Dime, Gordiano, ¿qué tienen en común cinco personas que hay en esta habitación?

Desconcertado, miré a Rufo, que frunció el entrecejo.

-Todavía «respiran» -dijo Catilina-, ¡mientras que el sexto no!

Dio un paso hacia la cortina de la pared más lejana y la apartó para descubrir otro pasadizo. En el suelo, doblado de una forma poco natural, yacía el cuerpo de un hombre que sin duda estaba muerto.

Rufo y Licinia contemplaron con seriedad reprobadora el gesto teatral de Catilina, mientras que Fabia estaba a punto de echarse a llorar, pero ninguno dio muestras de sorprenderse. Tragué aire, me arrodillé y examiné el cuerpo doblado durante un rato.

Me incorporé y me senté en la silla, sintiéndome ligeramente marcado. La vista de un hombre con la garganta cortada nunca es agradable.

-¿Éste es el motivo por el que me has hecho venir, Licinia? ¿Éste es el desastre del que hablaba Cicerón?

-Un asesinato en la casa de las vestales -susurró-. ¡Un sacrilegio sin precedentes!

Luché para contener las náuseas. Rufo había vuelto con una copa de vino y me la puso en la mano. Me la bebí dándole las gracias.

-Creo que sería mejor que empezáramos por el principio -,dije-. En nombre de Júpiter, ¿qué estás haciendo aquí, Catilina?

Se aclaró la garganta y tragó saliva; una sonrisa parpadeó en sus labios y se desvaneció, como si fuera un tic nervioso.

-Fabia me llamó; o al menos eso pensé.

-¿Cómo es eso?

-Recibí esto a primera hora de la noche -dijo, sacando un trozo de papiro doblado:

VEN ENSEGUIDA A MI HABITACIÓN DE LA CASA DE LAS VESTALES.  
DESPRECIA EL PELIGRO, TE LO RUEGO. MI HONOR ESTÁ EN JUEGO  
Y NO ME ATREVO A CONFIAR EN NADIE MÁS. SÓLO TÚ PUEDES  
AYUDARME. DESTRUYE ESTA NOTA DESPUÉS DE LEERLA.

FABIA

La inspeccioné durante un rato.

-¿Has enviado tú esta nota, Fabia?

-¡Nunca!

-¿Cómo llegó hasta ti, Catilina?

-Un mensajero vino a mi casa del Palatino, un chico contratado en la calle.

-¿Estás acostumbrado a recibir mensajes de las vestales?

-En absoluto.

-Sin embargo, pensaste que éste era auténtico. ¿No te sorprendió recibir una comunicación tan íntima de una vestal?

Catilina sonrió con condescendencia.

-Las vestales llevan una vida casta, Gordiano, no retirada. No debería sorprenderte que conozca a Fabia. Ambos pertenecemos a viejas familias. Nos hemos encontrado en el teatro, en el foro, en comidas privadas. Incluso, aunque en raras ocasiones, y siempre a la luz del día y en presencia de testigos, la he visitado en la casa de las vestales; compartimos cierto interés por los poetas griegos y los vasos aretinos.

Nuestra conducta en público siempre ha sido irreproachable. Sí, me sorprendió recibir el mensaje, pero sólo porque era alarmante.

-¿Y a pesar de todo optaste por hacer lo que se te pedía... venir aquí de noche, burlando las leyes de hombres y dioses?

Se rió suavemente. La negrura de su barba hacía su sonrisa más deslumbrante.

-Realmente, Gordiano, ¿qué mejor excusa para quebrantar esas leyes que ir al rescate de una vestal en apuros? ¡Por supuesto que vine!

-Su expresión se hizo más formal-. Ahora me doy cuenta de que probablemente no vine solo.

-¿Te siguieron?

-En aquel momento no estaba seguro; paseando solo por Roma, uno siempre tiende a imaginar la presencia de espías en las sombras. Pero sí, creo que es posible que me siguieran.

-¿Un hombre o varios?

Se encogió de hombros.

-¿Este hombre? -Señalé el cadáver.

Catilina volvió a encogerse de hombros.

-No lo había visto antes.

-Ciertamente va vestido para espiar... capa negra con capucha. ¿Dónde está el arma que lo mató?

-¿No la has visto?

-Apartó las cortinas de nuevo y señaló una daga que había en un charco de sangre, en el pasadizo. Cogí una lámpara y la inspeccioné.

-Qué aspecto tiene la hoja; es tan larga como la mano de un hombre y la mitad de ancha, tan afilada que el borde brilla incluso a través de la sangre. ¿Es tu puñal, Catilina?

-¡Claro que no! Yo no lo maté.

-Entonces, ¿quién lo hizo?

-¡Si lo supiéramos, no estarías tú aquí! -Entornó los ojos y sonrió, con tanta dulzura como un niño. En aquel momento era difícil imaginarlo rebanándole el gástrico a otro hombre.

-Si esta daga no es tuya, Catilina, ¿dónde está tu puñal?

-No tengo puñal.

-¿Qué? ¿Has atravesado Roma en una noche sin luna y no llevas armas?

Asintió.

-Catilina, ¿cómo quieres que te crea?

-Créeme o no me creas. La casa de las vestales está a un corto paseo de mi casa, en lo que después de todo es uno de los mejores barrios de la ciudad. No me gusta llevar puñal. Siempre me corto los dedos.

La semisonrisa bailoteó en sus labios otra vez.

-Quizá deberías continuar con tu versión de los sucesos de esta noche. Una nota falsificada te atrajo aquí. Llegaste a la entrada...

-... y encontré las puertas abiertas, como de costumbre. Debo admitir que necesité cierto valor para cruzar el umbral, pero todo estaba tranquilo y por lo que sabía en aquel momento nadie me había seguido. Conozco un poco el templo, ya que lo he visitado de día; vine directamente a esta habitación y encontré a Fabia sentada en la silla, leyendo. Pareció sorprendida al verme, debo admitirlo.

-Es verdad -dijo Fabia, hablando sobre todo a Licinia

Yo nunca habría enviado semejante nota. No tenía idea de que iba a venir.

-¿Qué pasó entonces? -dijo.

Catilina se encogió de hombros.

-Nos reímos en silencio.

-¿Encontrábais divertida la situación?

-¿Por qué? Siempre estoy gastando bromas a mis amigos, y ellos a mí. Deduje que uno de ellos me había engañado para que viniera. ¡Convendrías conmigo en que la faena no está mal!

-Si no fuera porque he visto a un muerto en el suelo.

-Ah, sí -dijo, arrugando la nariz-. Estaba preparándome para salir... bueno, me entretuve un rato, saboreando el delicioso peligro de la situación. ¿Qué hombre no lo habría hecho?... Y entonces oímos un grito terrible detrás de la cortina. El tipo de ruido que hace un hombre, supongo, cuando le están cortando la garganta. Aparté la cortina y ahí estaba, retorciéndose en el suelo.

-¿No viste ni rastro del asesino?

-Solo el cuchillo en el suelo, todavía bailando en ese charco de sangre.

-¿No perseguiste al asesino?

-Confieso que me quedé paralizado del susto. Y poco después empezaron a llegar las vestales.

-El grito se oyó en toda la casa -dijo Licinia-. Yo llegué la primera. Las otras llegaron poco después.

-¿Y qué viste?

-El cadáver; y a Fabia y a Catilina abrazados...

-¿Puedes ser más precisa?

-No entiendo.

-Licinia, me obligas a ser crudo. ¿Cómo estaban vestidos?

-¡Pero bueno! ¡Exactamente como ahora! Catilina con la túnica, Fabia con el hábito.

-Y la cama...

-... estaba igual que la ves ahora: intacta. Si estás insinuando...

-No insinúo nada, Licinia; sólo quiero ver el suceso exactamente como ocurrió.

-Pues era un buen espectáculo -dijo Catilina, con los párpados caídos-. Un cuerpo ensangrentado, una daga, seis vestales consternadas... ¡Un momento extraordinario cuando piensas en él! ¿Cuántos hombres pueden decir que han estado en medio de un cuadro vivo tan salvaje y sensual?

-Catilina, eres absurdo! -dijo Rufo con asco.

-¿Nadie vio escapar al asesino? ¿Tú tampoco, Licinia, ni las otras?

-No. Aunque el patio estaba oscuro, como ahora. Pero me apresuré a enviar a una de las esclavas a cerrar la puerta.

-Entonces, ¿es posible que el villano esté atrapado dentro de la casa?

-Eso espero. Pero ya lo hemos registrado todo y no hemos encontrado a nadie.

-Entonces escapó; a menos, claro, que Catilina se lo haya inventado todo...

-No! -gritó Fabia-. Catilina dice la verdad. Sucedió tal como él lo cuenta.

Catilina puso las palmas hacia arriba y enarcó las cejas.

-Ahí lo tienes, Gordiano. ¿Mentiría una vestal?

-Catilina, esto no es una broma. Debes darte cuenta de las circunstancias. ¿Quién, aparte de ti, tenía motivos para matar a este intruso?

No tuvo respuesta para esto.

-No soy experto en leyes religiosas -dije-, pero es difícil imaginar una ofensa más grave que cometer un homicidio en la casa de las vestales. Aunque puedas explicar tu presencia aquí esta noche... y pocos jueces creerían que una nota falsificada o un bromazo es una excusa digna, el hecho del cadáver permanece. En un caso ordinario de asesinato, un ciudadano romano tiene la opción de huir a una tierra extraña antes que enfrentarse al juicio y al castigo; pero cuando hay una profanación por medio, las autoridades no dan opción a la clemencia. A menos, claro, que huyas de la ciudad esta noche...

Me miró con fijeza. Sus ojos parecían de un azul inaudito, como si llamas azules danzaran tras ellos.

-Aunque bromeé y me gusten los enigmas, Gordiano, no dudes que entiendo las circunstancias en que me encuentro. No, no huiré de Roma como un conejo asustado, dejando que una joven vestal se enfrente sola a una acusación de iniquidad.

Fabia empezó a llorar. Catilina se mordió el labio.

-Si esto era algo más que una simple broma... y el cadáver lo demuestra... entonces creo que puedo saber quién está detrás de todo.

-Algo es algo. ¿Quién está detrás?

-El mismo, hombre que está detrás de la acusación contra Licinia y Craso. Publio Clodio. ¿Lo conoces?

-He oído hablar de él, ciertamente. Un agitador de masas, un buscador de embrollos...

-Y enemigo personal mío. Un intrigante crónico. Un hombre de tan baja moral que no tendría reparos en involucrar a las vírgenes vestales en un plan para derrotar a sus enemigos.

-Así que sospechas que Publio Clodio te atrajo aquí con un mensaje falsificado y te hizo seguir. Pero ¿por qué iba a enviar a este hombre detrás de ti? ¿Por qué no dar la alarma desde fuera de la casa, atrapándote dentro? Todavía no tenemos un motivo para el asesinato de este hombre.

Catilina se encogió de hombros.

-No puedo decirte más.

Moví la cabeza.

-Haré lo que pueda. Quiero interrogar a las otras vestales y a todas las esclavas que había en la casa esta noche; eso puede esperar a mañana. Quizá pueda seguir la pista del chico que te llevó el mensaje y llegar así hasta Clodio o hasta quien sea. Quizá pueda descubrir al hombre u hombres que te siguieron cuando venías hacia aquí, si es que existen; quizá puedan ser convencidos para que digan lo que saben sobre el muerto y sus razones para estar aquí. Todo esto no es más que circunstancial, me temo, pero puede que descubra algo útil para tu defensa, Catililla. De todas formas, lo veo muy negro. No veo que se pueda hacer nada más esta noche, excepto registrar de nuevo todo el edificio.

-Ya hemos registrado y no hemos encontrado nada -dijo Licinia.

-Pero podemos buscar otra vez -dijo Fabia-. Por favor, Virgo Máxima.

-Muy bien -dijo Licinia con seriedad-. Llama a las esclavas y diles que cojan cuchillos de las cocinas. Volveremos a mirar en todos los rincones y grietas.

-Iré contigo -dijo Catilina-. Para protegerte -añadió mirando a Fabia-. El hombre que estamos buscando es un criminal desesperado, no lo olvidemos.

Licinia puso mala cara, pero no protestó.

\* \* \*

En el patio sin luna, bajo la columnata, me detuve para acosumbrar mis ojos a la oscuridad. Rufo chocó conmigo. Me tambaleé y le di una patada a un guijarro que patinó por las baldosas. El ruido pareció estruendoso en medio del silencio. Del estanque llegó un ligero chapoteo.

El ruido me asustó y el corazón me dio un vuelco. Es la rana otra vez, pensé. Sin embargo, veía fantasmas en las sombras y sacudí la cabeza para librarme de aquellas imágenes. De igual manera, pensé, Catilina podía haberse imaginado que le seguían hombres que no estaban allí. Incluso así, sentí de alguna manera que Rufo y yo no estábamos solos en el patio. El débil cántico de las vestales en el templo cercano parecía revolotear en el aire suspendido encima de nosotros. Me senté en un banco, cerca de los juncos del borde del estanque, y miré las estrellas que tachonaban su negra superficie.

Rufo se sentó a mi lado.

-¿Qué piensas, Gordiano?

-Creo que estamos en aguas profundas.

-¿Crees a Catilina?

-¿Y tú?

-¡Ni por un momento! Ese hombre es más falso que un sestercio de madera, todo encanto y ninguna sustancia.

-¡Ah! Lo comparas con Cicerón, quizá, y lo encuentras caprichoso.

-Sin embargo, parece encajar con su carácter que respondiera a una carta tan imprudente por pura aventura, ¿no? Esa parte de la historia parece creíble; ¿o es tan retorcido como para falsificar él mismo, una carta y utilizarla de excusa?

-¡Ciertamente, es lo bastante malvado para hacerlo!

-No estoy seguro de eso. En cuanto a su inocencia en el asesinato, me ha impresionado el detalle de que encontrara el cuchillo todavía bailando en el charco de sangre. Parece un detalle demasiado llamativo para ser inventado en el momento.

-Subestimas su inteligencia, Gordiano.

-O tú subestimas su nobleza. ¿Y si fue Fabia quien asesinó al intruso y Catilina está mintiendo para protegerla?

-¡Eso sí que es absurdo, Gordiano! La muchacha es frágil y tímida...

-Y está muy enamorada de Catilina. ¿No te has dado cuenta, Rufo? ¿Podría haberlo matado en un arrebato, para proteger a su amante?

-Eso es demasiado fantástico, Gordiano.

-Quizá tengas razón. El murmullo del lejano cántico y el estanque lleno de estrellas me distraen. Incluso pienso en la posibilidad de que fuera Licinia quien empuñara el cuchillo...

-La Virgo Máxima! ¿Con qué fin?

-Para desviar la atención de su inminente juicio. Para vengarse en los jóvenes amantes... suponiendo que sean amantes... porque está locamente celosa de ellos. O para protegerlos, matando al hombre enviado a espiarlos... porque se vuelve más sentimental con la edad, como yo. Pero su plan fracasó cuando el hombre gritó y las otras vestales llegaron corriendo...

-Aguas profundas -dijo Rufo-. ¿Podremos encontrar alguna vez la verdad?

-A trozos -dije-, y quizá mirando donde no esperamos encontrarla. -Me froté los ojos y traté de reprimir un bostezo. Cerré los ojos... sólo un momento...

Me desperté de un salto cuando me tocaron un hombro, abrí los ojos y vi a Catilina.

-¿La búsqueda...? -dije. -No ha dado fruto. Hemos mirado, detrás de cada cortina, debajo de cada colchón, dentro de cada bacinilla.

Asentí con la cabeza.

-Entonces volveré a mi casa ya, si Licinia es tan amable de enviar a los porteadores de literas al pie de la escalinata. Esperaré fuera. -Empecé a andar hacia las grandes puertas atrancadas-. Supongo que ésta será la única vez que estaré dentro de este lugar a estas horas de la noche. Ha sido una experiencia memorable.

-No muy desagradable, espero -dijo Catilina. Bajó la voz-. Harás lo que puedas por mí, ¿verdad? Fisga en beneficio mío, localiza a ese mensajero, descubre lo que puedas sobre Clodio y sus planes. No olvido a mis amigos, Gordiano. Te lo pagaré en el futuro.

-Por supuesto -dije, y pensé: «Si es que tienes futuro, Catilina».

La vestal que nos había dejado entrar apareció para desatancar la puerta. Tenía los ojos gachos, sobre todo para no mirar a Catilina.

Mientras la puerta se abría, oí que caía un objeto en el estanque. Sonreí a la vestal.

-Las ranas están inquietas esta noche. Negó con la cabeza cansadamente.

-No hay ranas en el estanque -dijo. La puerta se cerró detrás de mí. Oí caer la tranca. Bajé lentamente los escalones. Una brisa repentina sopló desde el foro, con olor a lluvia. Miré hacia arriba y vi que las estrellas empezaban a desvanecerse una por una detrás de un manto de negras nubes que llegaban del oeste.

De repente me di cuenta de la verdad. Subí corriendo los escalones y llamé a la puerta, al principio suavemente. Como no hubo respuesta, golpeé con el puño.

La puerta dio una sacudida y se abrió. Me deslicé dentro. La vestal frunció el entrecejo, confundida. Catilina y Fabia estaban al lado del estanque, con Licinia y Rufo al lado. Fui hacia ellos rápidamente,



absorbiendo la extrañeza de la luz de las estrellas, el canto lejano, la atmósfera de santidad y muerte que había dentro de los muros prohibidos.

-El asesino está todavía aquí, dentro de la casa -dije-. ¡Aquí, en nuestra presencia!

Miradas recelosas pasaron por todas las caras. Licinia dio un paso atrás. Incluso Fabia y Catilina se apartaron.

-¿Tenéis aún los cuchillos que cogistéis para la búsqueda? Licinia sacó un cuchillo de cocina de los pliegues de su estola, y lo mismo hizo Fabia.

-¿Y tú, Rufo? Rufo sacó una daga corta, igual que yo. Sólo Catilina estaba sin armas.

Fui hasta el borde del estanque.

-Cuando entré en la casa de las vestales, vi juncos saliendo del centro del estanque... sólo en el centro. Sin embargo esos juncos están ahora muy cerca del borde, Algo ha estado cayendo en el agua, aunque no hay ranas en el estanque. -Me estiré hacia los juncos huecos, los sacudí, los saqué del agua y los tiré sobre las losas del suelo.

Poco después, un hombre salió del agua, escupiendo y tosiendo. Tropezó y resbaló, luchando contra el obstáculo de la capa de lana empapada que le colgaba como una cota de malla. La capa era negra y con capucha, como la que había llevado su cómplice. En la oscuridad parecía un monstruo hecho de negrura emergiendo de un estanque de Pesadilla. Entonces algo osciló en el espacio, brillando a la luz de las estrellas. El hombre avanzó hacia mí, empuñando su daga.

Fue Catilina aunque iba sin armas, quien se arrojó sobre el criminal. Ambos Cayeron al agua. Rufo y yo corrimos tras ellos por el estanque, pero en medio del caos de espuma era imposible descargar un golpe.

La lucha terminó tan bruscamente como había empezado. Catilina se levantó apoyándose en manos Y rodillas, con la barba chorreando agua, los ojos abiertos de par en par, como si incluso él estuviera sorprendido de lo que había hecho. El sacrílego yacía retorcido en el agua, rodeado por un borbotillo de lo que incluso en el agua oscura no podía tomarse por otra cosa que por sangre; las estrellas reflejadas en su superficie eran de un rojo intenso.

-Ayúdame a sacarlo del agua -dije- ¡Rápido, Rufo! Arrastramos al hombre hasta las losas del suelo. Su cuchillo estaba clavado hasta la empuñadura en su propio corazón. Sus dedos todavía aferraban el puño. Sus ojos estaban abiertos como platos. Temblaba y se agitaba de vez en cuando, pero su cara, de ancha nariz, frente estrecha y mejillas sombradas por una barba incipiente, estaba extrañamente en paz. Las esclavas de la casa, alertadas por el ruido, se congregaron alrededor. En el templo de Vesta la sacerdotisa, sin hacer caso de nada, continuaba su cántico.

Como Cicerón, y sospecho que como Catilina, no soy hombre especialmente religioso. Sin embargo me pareció que el mismo Júpiter demostraba su favor por Catilina en aquel momento ¿Habría de confesado el asesino antes de morir si no hubiera cruzado el cielo un hilo finísimo del propio rayo de Júpiter?

El moribundo lo vio. Sus ojos se dilataron. Rufo se dobló sobre él y tocó la mano con la que aferraba el puño de su daga.

Soy un augur -dijo Rufo con un tono de autoridad que excedía largamente sus años. A pesar de su pelo rojo, sus pecas y sus brillantes ojos castaños, no parecía en absoluto un muchacho en aquel momento-. Interpreto los auspicios.

-El rayo... -gruñó el hombre.

-A tu derecha; la mano que aferra la daga que tienes en tu corazón.

-¿Un mal augurio? ¡Dímelo, augur!

-Los dioses han venido por ti...

-¡No, no!

-Mira dónde van a encontrarte, en la casa de las vestales con la sangre del hombre que asesinaste todavía caliente. Se pondrán furiosos...

Otro rayo cruzó el cielo. Los cielos retumbaron.

-¡He sido un impío! ¡He ofendido terriblemente a los dioses!

-Sí, y harías mejor en apaciguarlos mientras puedas. Confiesa lo que has hecho, aquí, en presencia de la Virgo Máxima.

El hombre se convulsionó tan violentamente que pensé que moriría allí mismo y en aquel momento. Pero al poco rato se recuperó.

-Perdóname...

-¿Por qué has venido aquí?

-Seguía a Catilina.

-¿Por orden de quién?

-De Publio Clodio. («¡Lo sabía», susurró Catilina.)

-¿Qué te proponías?

-Teníamos que seguirlo hasta esta casa sin ser vistos. Teníamos que espiarle en la habitación de la vestal. Yo tenía que esperar hasta el momento más comprometido... ¡pero no se quitaron la ropa! -Se rió y gimió de dolor.

-¿Y luego?

-Luego tenía que matar a Cneo.

-¿El hombre que vino contigo?

-Pero ¿por qué? ¿Por qué matar a tu compañero?

-¿Qué mejor para hundir a Catilina del todo que pillarle desnudo con una vestal, al lado de un cadáver y de una daga ensangrentada? ¡Pero no se quitaron la ropa! -Le entró otro ataque de risa. La sangre le caía por la comisura de la boca-. Así que... finalmente... seguí adelante y le corté la garganta a Cneo. ¡El pobre tonto no se lo esperaba! Yo tenía que escapar en silencio y dar la alarma al otro lado de las puertas. ¡Pero no había contado con que Cneo gritara tan fuerte! Solté el cuchillo... como Clodio me había dicho que hiciera, para estar seguro de que habría un arma que incriminara a Catilina. Luego cogí el cuchillo de Cneo y corrí hacia el patio. De repente empezaron a aparecer lámparas por todas partes, bloqueándome el camino de las puertas. Recordé un truco que me había enseñado un antiguo centurión del ejército... me metí en el estanque, tan silencioso como una sierpe de agua, y corté un junco para respirar por él. Cuando salí al cabo de un rato para ver cómo iban las cosas, las puertas estaban cerradas y atrancadas, y había una vestal de guardia. Volví a deslizarme bajo el agua y esperé. Es como la muerte estar debajo del agua, mirando, el cielo negro y todas esas estrellas...

Los rayos bailaban a nuestro alrededor, tanto a la derecha como a la izquierda. Sonó un gran trueno y el cielo se abrió sobre nuestras cabezas para dejar escapar un torrente de lluvia. El sacrílego tuvo una última convulsión, se puso rígido y aflojó los músculos de pronto.

Como toda Roma sabe, los juicios de las vestales Licinia y Fabia y de sus supuestos amantes terminaron con la absolución de todos.

Licinia y Craso fueron juzgados al mismo tiempo. La defensa de Craso fue novedosa pero efectiva. Su razón para perseguir apasionadamente a Licinia resultó que no era la lascivia, sino simple codicia. Parece que Licinia tenía una villa en las afueras de la ciudad que él estaba dispuesto a adquirir a precio de carcajada. Un indicio de la reputación de avaricioso que tiene Craso fue que los jueces aceptaran esta excusa sin ponerla en duda. Craso fue humillado públicamente y se hicieron chistes a su costa durante una temporada; pero me han dicho que siguió molestando a Licinia hasta que finalmente adquirió la propiedad al precio que quiso.

Los juicios de Fabia y Catilina se celebraron por separado, aunque los dos degeneraron rápidamente en esgrima política. Cicerón estuvo ausente de los procesos, pero algunos de los mas respetados oradores de

Roma hablaron en la defensa, incluidos Pisón, Catulo y... Marco Catón, probablemente el único hombre de Roma con reputación de ser más impermeable a las tentaciones sexuales que Cicerón. Catón hizo insinuaciones tan temerarias sobre las maquinaciones de Clodio (sin pruebas, ya que los asesinos estaban muertos y el asesinato se había frustrado, aunque no sin daños) que Clodio encontró conveniente huir de Roma y pasar varios meses en Bayas, esperando que pasara el furor. Más tarde, Cicerón agradeció en privado a Catón que defendiera el honor de su cuñada. Catón altivamente replicó que no lo había hecho por Fabia, sino por el bien de Roma. ¡Vaya par de presumidos!

Catilina también fue absuelto. El hincapié en que él y Fabia habían sido descubiertos totalmente vestidos pesó mucho en su favor. Por mi parte, estoy indeciso sobre si es culpable o inocente de haber seducido a Fabia. Me parece raro que pasara tanto tiempo cortejando a una joven que había jurado castidad si no eran impúdicas sus intenciones. ¿Y como sabía Clodio que Catilina respondería a una falsa carta de Fabia sino porque tenía razones para creer que ambos eran ya amantes? El repetido lamento del asesino de que «no se quitaron las ropas» parecía en la superficie, reivindicar a Catilina y a Fabia; pero hay muchas cosas que dos personas pueden hacer aunque estén completamente vestidas.

Las intenciones y motivos de Catilina continúan siendo un misterio para mí. Sólo el tiempo nos dirá qué carácter tiene realmente.

Mucho después de que terminaran los juicios, recibí un inesperado regalo de la Virgo Máxima... un papiro con los poemas de Safo. Eco, que tiene ya diecisiete años y estudia griego, dice que es su texto favorito, aunque no estoy seguro de si es lo bastante mayor para apreciar sus matices. A mí también me gusta a veces sacarlo de la estantería, sobre todo en las largas noches sin luna, y leerlo en voz alta y lánguida:

*La luna se ha puesto y puestas están  
Las Pléyades; pronto vendrá la medianoche  
y con ella la hora de separarse:  
y yo, en el lecho, sin nadie.*

Ese pasaje en especial me hace pensar en Licinia, sola en su habitación de la casa de las vestales.

## Cronología parcial de la vida y la época de Gordiano el Sabueso

Esta lista sitúa las historias de este volumen y las novelas de la serie ROMA *sub rosa* (las publicadas hasta ahora) en orden cronológico, al lado de algunos sucesos importantes, como nacimientos y muertes. Las estaciones, los meses y (cuando ha sido posible saberlos) los días concretos figuran entre paréntesis.

**a.C.**

- 110 Nace Gordiano en Roma
- 108 Nace Catilina
- 106 Nace Cicerón cerca de Arpino (3 de enero)  
Nace Bethesda en Alejandría
- 100 Nace Julio César (fecha tradicional)
- 90 Sucesos de «El gato de Alejandría»  
Gordiano conoce al filósofo Dión y a Bethesda en Alejandría. Nace Eco en Roma
- 84 Nace Catulo cerca de Verona
- 82-80 Dictadura de Sila
- 80 *Sangre romana* (mayo); juicio de Sexto Roscio, con Cicerón como abogado «La muerte lleva máscara» (15-16 de septiembre) Bethesda cuenta a Gordiano «El cuento de la cámara del tesoro» (verano)
- 79 Nace Metón
- 78 Muere Sila  
«La última voluntad no siempre es la mejor» (18-28 de mayo); Gordiano conoce a Lucio Claudio.  
«Los lémures» (octubre)  
Julio César es capturado por los piratas (invierno)
- 77 «El pequeño César y los piratas» (primavera-agosto); Gordiano conoce a Belbo.  
«La desaparición de la plata de las Saturnales» (diciembre)
- 76 «El zángano y la miel» (finales de abril)
- 74 Oppiánico es juzgado y condenado por varios delitos.  
Gordiano cuenta a Lucio Claudio la historia de «El gato de Alejandría» (verano)
- 73 «La casa de las vestales» (primavera) Comienza la revuelta de esclavos de Espartaco (septiembre)
- 72 Oppiánico es asesinado  
*El brazo de la justicia* (septiembre); asesinato de Lucio Licinio en Bayas
- 71 Derrota definitiva de Espartaco (marzo)
- 70 Nace en Roma Gordiana (Diana), hija de Gordiano y Bethesda (agosto) Nace Virgilio
- 67 Pompeyo limpia los mares de piratas
- 63 *El enigma de Catilina* (la historia comienza el 1 de junio de 63, el epílogo termina en agosto de 58); consulado de Cicerón y conjuración de Catilina
- 60 Nacen en Roma Tito y Titanía (gemelos), hijos de Eco y Menenia (primavera) César, Pompeyo y Craso forman el primer Triunvirato
- 56 *La suerte de Venus* (de enero al 5 de abril); asesinato del filósofo Dión
- 55 Pompeyo construye el primer teatro permanente de Roma.
- 52 *Asesinato en la Vía Apia* (del 18 de enero a abril); asesinato de Clodio e incendio de la Casa del Senado.

## Nota histórica

Las novelas protagonizadas por Gordiano el Sabueso han transcurrido hasta ahora en momentos distintos, separados por períodos que oscilan entre cuatro y nueve años. No a todos los lectores les han gustado estos saltos hacia delante. Entre otras cosas, ha dado la sensación de que Gordiano ha envejecido (y sus hijos crecido) con una rapidez asombrosa. (Podría argüirse que es un ejemplo de realismo, ya que en la vida real se produce igualmente esta inquietante impresión de aceleración del tiempo.) Los lectores de las series de intriga parece que prefieren un paso del tiempo más reposado, y que la acción del libro siguiente comience veinticuatro horas después de acabado el anterior, no varios años más tarde.

Con la serie ROMA *sub rosa* me propongo pintar un fresco de los últimos y revueltos años de la república romana, trazando un amplio arco temporal que va desde la dictadura de Sila (80 a.C.) hasta el asesinato de César (44 a.C.) y tal vez después. La inclusión de una trama policiaca en el núcleo de cada novela no plantea ningún problema, ya que en las fuentes no faltan puñaladas, envenenamientos, procesos por homicidio y otras travesuras. Sin embargo, he querido construir también cada libro alrededor de un acontecimiento histórico de relieve, con un motivo flotante de amplitud suficiente para servir de base a una novela histórica a gran escala: la dictadura de Sila y los comienzos de Cicerón (*Sangre romana*), la revuelta de los esclavos de Espartaco (*El brazo de la justicia*), el consulado de Cicerón y la conjuración de Catilina (*El enigma de Catilina*), el juicio contra Celio Rufo y la decadente «generación perdida» de Clodia y Catulo (*La suerte de Venus*), y el asesinato de Clodio, el juicio contra Milón y el comienzo del fin de la república que se anuncia ya en vísperas de la guerra civil (*Asesinato en la Vía Apia*). Un esquema así ha tenido por fuerza que introducir lapsos espaciadores entre las novelas. Esta tónica podría modificarse en volúmenes posteriores, cuando abordemos la guerra entre César y Pompeyo, rica en acontecimientos coetáneos. Gordiano, en consecuencia, podría envejecer más despacio para hacer gala de esa prudencia que se ha ganado a pulso.

Mientras investigo y me documento, encuentro a veces incógnitas llamativas y anécdotas que no dan para una novela de doscientas o trescientas páginas, pero que no por ello dejan de ser fascinantes. De aquí proceden los cuentos e historias breves.

Mientras leía el discurso de Cicerón en defensa de Cluencio encontré una de estas anécdotas, que me inspiró el primer cuento sobre Gordiano, «La última voluntad no siempre es la mejor». Oppiánico, Asuvio y Avilio, el caso del testamento y el soborno del edil Quinto Manilio salieron del discurso de Cicerón. Pero, como Gordiano dice a Lucio, «Los malos como Oppiánico y el Zorro no pueden ganar al final». En efecto, cuatro años después del caso del testamento, en 74 a.C., Oppiánico fue procesado y condenado por muchos otros delitos, y dos años más tarde pereció asesinado. (Por la defensa ciceroniana del hombre acusado de matar a Oppiánico, conocemos todos estos detalles, sin olvidar el breve fragmento que habla de Asuvio y el testamento.)

«La última voluntad no siempre es la mejor» fue el primer cuento que escribí, aunque cronológicamente el primer lugar corresponde a «La muerte lleva máscara». También se basa en detalles extraídos de Cicerón, concretamente de su discurso en defensa del rico y célebre actor Quinto Roscio (¡uno de los primeros famosos del *show-business*!). La situé en un momento un poco posterior a la acción de *Sangre romana*, durante las fiestas anuales que se celebraban en septiembre, para sacar partido de la temporada teatral e introducir algunos detalles de las representaciones antiguas. (Los lectores interesados pueden leer *The roman stage*, de W. Beare, y las comedias de Plauto, que son realmente fascinantes por



lo que revelan sobre el sentido del humor romano.) Estatilio, Roscio, Panurgo y Querea proceden directamente del discurso de Cicerón.\*

De todas las historias, la de acción más antigua es la que cuenta Bethesda a Gordiano para entretenerle, «El cuento de la cámara del tesoro». La anécdota se puede encontrar en el libro II de Heródoto. Yo no la conocí por Heródoto, sino por los «Incunables» de Ellery Queen, una serie de precursores antiguos de las historias policíacas de nuestra época. Se me ocurrió que a Gordiano podía gustarle que le contaran una buena historia policíaca, situada en el remoto pasado, desde luego, ya que a Gordiano, como a su creador, le gustan las intrigas policíacas históricas. El fragmento de Heródoto se ha vuelto a publicar no hace mucho, con el título de «The thief versus the king Rhampsinitus», *The Mammoth Book of Historical Whodunnits*, de Mike Ashley, publicado por Carroll and Graf en 1993. Invito a los lectores a que comparen las dos versiones, la de Heródoto y la de Bethesda.

«El pequeño César y los piratas» y «El gato de Alejandría» proceden de sucesos históricos que se encuentran en fuentes antiguas y que he modificado a mi aire. Desde el año 80 a.C. aproximadamente, los piratas, con un contingente nutrido de fugitivos de las guerras civiles, fueron un peligro creciente en las aguas del Mediterráneo y muchos jefes militares quisieron meterlos en cintura; fue Pompeyo quien lo consiguió, hacia el año 67 a.C. El secuestro de Julio César por unos piratas, contado en mi historia por Lucio Claudio, es un episodio célebre que se encuentra en las páginas de Plutarco y Suetonio. En mi historia puede verse más bien como un delito «de imitación», urdido por un personaje cruel y tramposo.

«El gato de Alejandría» me lo inspiró un episodio espeluznante que cuenta Diodoro Sículo. Conservé los detalles básicos, pero los hechos, que en Diodoro transcurren en 60 a.C., los trasladé a 90 a.C. (cuando Gordiano estaba en Alejandría). Como ciertos lectores se me echaron encima porque en una novela mía mataban a un gato, me entraron ganas de repetir la faena. La verdad es que me limité a ser fiel a Diodoro. De todos modos, confesaré que me gustan mucho los gatos y que en casa tengo dos que ostentan nombre detectivesco, Hildegard Whiskers («Bigotes») y Oscar Pooper («Curiosón»); los entusiastas de Stuart Palmer, una camada rarilla de por sí, comprenderán el mensaje. Quisiera subrayar que en este cuento el gato desempeña un papel importante en la identificación del criminal.

«La casa de las vestales» fue el cuento que más investigación exigió y que más satisfacción dio al autor, que se sintió un detective a tope después de rastrear multitud de pormenores tentadoramente incompletos en multitud de fuentes, algunas francamente oscuras. Los detalles tocantes al castigo de las vestales descarriadas son históricos, incluso hubo un proceso en 73 a.C. que afectó a todas las partes que figuran en el cuento. Las fuentes son las vagas alusiones que pueden verse en Cicerón (*Bruto*, «In toga candida», la tercera catilinaria), Plutarco («Vida» de Craso y de Catón el Joven), Salustio (*Conjuración de Catilina*), Asconio y Orosio. Paradójicamente, a causa de su parentesco con Fabia y de su respeto por Craso, Cicerón no pudo hablar en su campaña contra Catilina del escandaloso proceso del año 73 (salvo con segundas y rodeos).

Las tres historias restantes no se basan en acontecimientos históricos concretos, sino más bien en detalles típicos de la vida cotidiana de los romanos y que siempre me han llamado la atención.

«El zángano y la miel» se basa casi enteramente en la cuarta Geórgica de Virgilio («Cantaré los dones celestiales de la etérea miel...»). Todo lo que aparece en el cuento en relación con la apicultura es auténticamente romano, incluso la vigilante presencia de Príapo en las colmenas. Los romanos empleaban la palabra miel (*mel* en latín) como cumplido y piropo, tal como hacemos en Estados Unidos con la palabra *honey*, que significa lo mismo.

La creencia romana en los fantasmas me inspiró «Los lémures». Me basé igualmente en Plinio a la hora de mencionar ciertos detalles de farmacopea.

---

\* Aunque Steven Saylor reproduce en el cuento una versión compendiada de la Aulularia, la presente traducción ha aprovechado hasta donde ha podido la versión castellana de Marcial Olivar, Plauto, *Teatro completo*, Planeta, Barcelona, 1974, pp. 123 y ss. (*N. de la T*)

«La desaparición de la plata de las Saturnales» recrea la celebración romana del solsticio de invierno, algunos de cuyos aspectos han seguido en vigor hasta nuestros días, como hacerse regalos por Navidad. Cito de uno de mis libros de cabecera, el *Dictionary of Greek and Roman Antiquities*, de William Smith, ed. de 1869:

«Todas las capas sociales se entregan a la alegría y la celebración de banquetes, y los amigos intercambian regalos... las multitudes atestan las calles...

»Muchas costumbres típicas de entonces tenían un notable parentesco con las fiestas navideñas y de carnaval. Por ejemplo, durante las Saturnales los ediles permitían las apuestas públicas, tal como en la época de nuestros abuelos los más intransigentes toleraban las partidas de naipes en Nochebuena; toda la población se quitaba la toga, se ponía ropa más informal... y se paseaba con el púleo en la cabeza, todo lo cual nos recuerda a los dominós, los sombreros napoleónicos y otros disfraces que suelen verse en carnaval, los bailes de máscaras y Nochevieja... Por último, un entretenimiento privado era la elección de un rey de broma, lo cual nos recuerda inmediatamente las típicas ceremonias de la Epifanía.»

Es curioso, pero así como «El gato de Alejandría» apareció en una antología felina titulada *Mystery Cats 3* (Signet, 1995) y «Los lémures» en otra colección periódica titulada *Murder for Halloween* (Mysterious, 1994), mis deseos de ver «La desaparición de la plata de las Saturnales» en una antología de cuentos navideños no se han cumplido aún. Al fin y al cabo es un cuento de Navidad con misterio policíaco... aunque la acción transcurra antes de la aparición del cristianismo.

Por último: ¿por qué he puesto el título de ROMA *sub rosa* a una serie de novelas y cuentos protagonizados por Gordiano? En el antiguo Egipto, la rosa simbolizaba al dios Horus, considerado después por griegos y romanos como el dios del secreto. De aquí surgió la costumbre de poner una rosa en las asambleas para indicar que todos los reunidos estaban obligados a guardar silencio. Por eso hoy la expresión *sub rosa* («bajo la rosa») se aplica a lo que se desarrolla en secreto. En consecuencia, ROMA *sub rosa* quiere decir historia secreta de Roma, o historia de los secretos de Roma, contada desde el punto de vista de Gordiano.